28

En esto creemos

PARA ESTAR ATENTOS A LA PALABRA

Iglesia Adventista del Séptimo Día
División interamericana

Índice

EN ESTO CREEMOS. PARA ESTAR ATENTOS A LA PALABRA
es una coproducción de

APIA

Asociación Publicadora Interamericana
2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172 EE. UU.
tel. 305 599 0037 - fax 305 592 8999
mail@iadpa.org - www.iadpa.org

Presidente **Pablo Perla**
Vicepresidente Editorial **Francesc X. Gelabert**
Vicepresidente de Producción **Daniel Medina**
Vicepresidenta de Atención al Cliente **Ana L. Rodríguez**
Vicepresidenta de Finanzas **Elizabeth Christian**

para la
División Interamericana de los Adventistas del Séptimo Día

Redacción del texto
J. Vladimir Polanco

Edición del texto
Mónica Díaz
Francesc X. Gelabert

Diseño de la portada y diagramación
Kathy Polanco

Revisión del texto
Alejandro Medina V.

Conversión a libro electronico
Daniel Medina Goff

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas. También se ha usado la Reina-Valera Antigua de 1909: **RVA**, la revisión de 1960: **RV60** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Reina-Valera Contemporánea 2011: **RVC** © Sociedades Bíblicas Unidas, la versión popular Dios Habla Hoy: **DHH** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Traducción en Lenguaje Actual: **TLA** © Sociedades Bíblicas Unidas, la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Bíblica, la Biblia de Jerusalén latinoamericana: **BJ** © Editorial Desclée de Brouwer, la Nueva Biblia Española: **NBE** © Ediciones Cristiandad, la Nácar-Colunga: **NC** © **BAC** (Biblioteca de Autores Cristianos), la versión de Mons. J. Straubinger: Str © Club de Lectores, la Biblia del Peregrino: **BP** © Ediciones Mensajero, la Nueva Traducción Viviente: **NTV** © Tyndale House Foundation, la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy: **NBLH** © The Lockman Foundation, Biblia de Ferrera © Fundación José Antonio de Castro.
Las citas de los obras de Ellen G. White han sido tomadas de las ediciones renovadas de GEMA / APIA, que hasta la fecha son: *Patriarcas y profetas*, *Profetas y reyes*, *El Deseado de todas las gentes*, *Los hechos de los apóstoles*, *El conflicto de los siglos*, *El camino a Cristo*, Así dijo Jesús (El discurso maestro de Jesucristo), *Testimonios para la iglesia* (9 tomos), La educación, *Eventos de los últimos días*, Hijas de Dios, Mensajes para los jóvenes, Mente, carácter y personalidad (2 tomos),

La oración, Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática, *Consejos sobre alimentación* (Consejos sobre el régimen alimenticio), El hogar cristiano, Conducción del niño, Fe y obras, *Primeros escritos*, Ministerio de curación. El resto de las obras se citan de las ediciones clásicas de la Biblioteca del Hogar Cristiano.
En las citas bíblicas y de las obras de Elena G. de White, salvo indicación en contra, todas las cursivas han sido añadidas.

ISBN 10: 1-57554-997-2 / ISBN 13: 978-1-57554-997-2

Impresión y encuadernación
CORP. SERV. INTEGRALES DE ASESORÍA PROFESIONAL, S.A.

Impreso en México / Printed in Mexico
1ª edición: marzo 2012

- «De contenido profundo, pero de ágil lectura; la narración se adelanta a las preguntas lógicas del lector. Contrarresta de forma contundente argumentos contrarios a las posiciones adventistas sin polemizar».— Manuel Rosario, director de Mayordomía de la Asociación Central Dominicana.
- «Creer en algo es importante, pero creer en algo teniendo como centro a alguien, es fundamental. Siento que cada creencia, entendida adecuadamente, tiene como su centro a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida».— Héctor Sánchez, secretario Ministerial de la División Interamericana.
- «Sumamente práctico y útil».— Alejo Aguilar, profesor de Teología de la Universidad de Navojoa, México.
- «El manejo cuidadoso de los lenguajes originales de la Biblia, junto a cautivadoras narrativas, hacen del estudio de las doctrinas fundamentales de la Palabra aquí presentado un legado para Interamérica».— Efraín Velázquez, vicepresidente académico del Seminario Teológico Interamericano.
- «Rico, fresco y desafiante».— Roger Ruiz, director del departamento de Teología de la Universidad Adventista de Centroamérica.
- «Todo hermano, y especialmente los líderes a quienes Dios nos ha dado el honor de guiar a su iglesia, debemos conocer e impartir sus enseñanzas. Conocer a fondo nuestras creencias nos habilita para conducir al pueblo y para prepararlo para su venida».— Luis Astudillo, secretario Ministerial de la Unión Venezolana Oriental.
- «Un trabajo valioso para esta generación y las futuras. Un antídoto contra la apostasía, y al mismo tiempo un desafío para vivir cada día guardando y entendiendo las Escrituras».— Teófilo A. Silvestre, presidente de la Asociación Dominicana del Este.
- «De estilo fluido y muy humano, este libro nos invita a vivir cada día como hijos de Dios basados en los principios presentados en el Nuevo y en el Antiguo Testamento».— Joel Almaguel, presidente de la Asociación Puertorriqueña del Norte.

Presentación

Las palabras iniciales de la Epístola a los Hebreos ponen de manifiesto el gran interés de Dios de estar en constante comunicación con sus criaturas: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo» (Heb. 1: 1, 2). Esta manera de comunicarse con su iglesia, se amplía ahora por medio de esta nueva publicación, En esto creemos, para estar atentos a la Palabra, que exalta a nuestro Señor Jesucristo, hace sabio al creyente, defiende nuestras convicciones espirituales, y reafirma los fundamentos de nuestra fe.

Ninguna obra es de valor si no pone de manifiesto la relevancia de Jesucristo, y qué mejor manera de ensalzar a nuestro Señor, que explicar con claridad las doctrinas adventistas, todas basadas en un «así dice Jehová».

Esta obra, que la División pone a disposición de la iglesia interamericana y mundial, tiene como propósito ser un baluarte contra el error y fortalecer la fe de los fieles.

Será de gran provecho para todo creyente tomar tiempo para refrescar las bases de su fe, repasando desde una nueva óptica las verdades que nos son tan preciosas, y sobre todo, para renovar su relación con el Señor.

La División Interamericana está segura de que el estudio de esta obra será de gran beneficio para la iglesia, al ayudarla a entender y contextualizar el mensaje que Dios nos quiere transmitir en estos últimos tiempos. No tenemos más objetivo que glorificar el nombre de nuestro Señor, aumentar el conocimiento de las verdades bíblicas en la iglesia, y facilitar su compresión de forma práctica y su aplicación a la vida personal y comunitaria de la iglesia.

Este estudio es mucho más que un ejercicio intelectual, o un compendio de conocimientos teóricos. Su finalidad es ayudar a todo creyente en su diario vivir, para que tome conciencia de la urgente necesidad de estar preparado para la venida del Señor. En esto creemos, para estar atentos a la Palabra

quiere mostrarnos cómo vivir cotidianamente la fe en un mundo que requiere de evidencias prácticas de vidas transformadas para creer el testimonio de que Cristo vive en sus hijos y viene pronto. Además, este libro tiene el propósito de ayudar a todos los creyentes a ser Constantes en la oración (Rom. 12: 12), de acercarnos más a la Palabra de Dios obedeciendo el llamado de estar Atentos a su Palabra (2 Ped. 1: 19), y de hacer Que el mundo sepa (Juan 17: 23) de nuestra fe y nuestra esperanza.

Agradecemos al Señor por todos los que han contribuido para poner en manos de la iglesia esta joya, especialmente a J. Vladimir Polanco, que aceptó el reto de beneficiar a la iglesia por este medio.

Maranata

Israel Leito

Presidente de la División Interamericana

Antes de comenzar

Si usted tiene este libro en sus manos, entonces es muy probable que no solo sea un miembro activo de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, sino también un líder de la congregación. Si es así, es muy importante que, antes de comenzar a analizar este material, pueda tener una idea de lo que es, de lo que puede esperar de él y, sobre todo, que pueda saber cómo obtener un mayor provecho al usarlo.

Reflexione sobre estos interrogantes: ¿Cuándo fue la última vez que en su congregación se estudiaron las doctrinas de la iglesia? ¿O nunca lo han hecho? Seamos sinceros: ¿Está seguro de que lo que se comenta en su congregación es exactamente lo que predica y cree la Iglesia Adventista? ¿Pueden los miembros de su grupo pequeño entender el alcance de esas creencias? ¿Cree usted que puede defenderse de los falsos conceptos y enseñanzas que circulan hoy en día? Permítame una pregunta más: ¿Cuál cree que es el futuro inmediato de una iglesia cuyos integrantes no están completamente seguros de en qué deben creer ni cómo explicárselo a otros?

Preguntas como estas, y la necesidad de responderlas adecuadamente, se encuentran en la base de este proyecto que la División Interamericana ha denominado En esto creemos. Para estar atentos a la Palabra. Déjeme decirle primero qué no es este material:

1. **No es un simple libro de lectura.** Tiene usted en sus manos un material de trabajo que sirve de apoyo a un programa de reavivamiento espiritual en el territorio de la División Interamericana, y cuya meta es el repaso concienzudo de las 28 Creencias Fundamentales de nuestra iglesia en cada congregación.
2. **No es un libro de consulta esporádica.** Este material fue preparado para ser compartido con nuestros hermanos. Los que lo reciban deben asumir el compromiso de estudiarlo por lo menos con un pequeño grupo de diez a doce personas.
3. **No pretende revelar una «nueva luz»**. Lo que hemos hecho es simplemente tomar las 28 Creencias y ponerlas en un lenguaje y un

contexto que resulten comprensibles para todos. Por otro lado, nuestro interés no es que nuestros miembros y dirigentes se hagan expertos en responder a las críticas de no creyentes o de grupos disidentes; lo que sí nos importa es que todos en la iglesia conozcan las enseñanzas bíblicas y sepan fundamentar su fe en un «así dice el Señor».

Por lo tanto este material de estudio está hecho para responder a dos preguntas: ¿Qué cree mi iglesia? ¿Por qué lo cree así? Si usted ha de dirigir un grupo de estudio, esto es lo que puede esperar de este libro y la mejor forma de usarlo:

1. Las doctrinas han sido presentadas en un mismo formato que facilita la presentación y el aprendizaje de los aspectos básicos de nuestras creencias. En cada capítulo, tras la introducción, encontrará la parte que hemos titulado "**Lo que todo adventista debe saber**". Esta sección constituye el punto central de la exposición, y aborda los principales conceptos que deben ser conocidos por todo creyente. Debe usted asegurarse de presentarlos en forma clara, de leer los textos bíblicos que dan apoyo a la idea y, sobre todo, de promover el diálogo y la interacción.
2. La siguiente sección se titula: "**Esta doctrina y el gran conflicto**". Este segmento le añade un aspecto muy peculiar a este libro, porque no solo invita al miembro de iglesia a conseguir información sobre un tema en particular, sino que le permite vincular el tema con lo que está pasando en el universo, la lucha entre el bien y el mal y la forma como Dios está resolviendo esa crisis. Así, al estudiar la doctrina, fortalecerá su fe en la Biblia y su confianza en el triunfo final de la iglesia.
3. Seguidamente la sección que hemos llamado "**En defensa de nuestra fe**", donde se abordan algunos pasajes que pueden resultar controversiales para la doctrina en cuestión.
4. Le sigue un segmento muy práctico: "**La bendición de esta doctrina para mí**". Hay quienes, aunque hayan oído hablar por ejemplo del milenio o el Santuario celestial, no saben qué tienen que ver con su vida. Como instructor o dirigente no debe usted olvidar que la iglesia son sus miembros, así que el estudio de las doctrinas tiene que beneficiar en primer lugar a cada persona individualmente. Aquí se dan algunas de las bendiciones relacionadas con la doctrina bajo estudio,

pero esperamos que el líder pueda animar a los presentes a compartir sus propias apreciaciones del tema.

5. Finalmente en cada capítulo encontrará la sección "**Orando a la luz de esta doctrina**". La conclusión ha de ser un momento de encuentro con Dios, y para propiciar un ambiente de reavivamiento espiritual en los participantes.

Sugerimos que la forma mas idónea de usar este material es organizando la iglesia en grupos pequeños y preparando a los instructores que dirigirán el proyecto en cada grupo. Algunos han considerado la idea de establecer una reunión especial para esto, los sábados por la tarde, o dedicar algún otro momento en que la mayor parte de los miembros de la iglesia pueda participar. Cada doctrina, para ser bien presentada y aprovechada, debería estudiarse al menos en dos reuniones.

Finalmente, no me atrevería a decirle que esto será algo sencillo, al contrario, creo que demandará mucho amor, perseverancia y seriedad. Pero sí puedo asegurarle que este proyecto ayudará a todas las iglesias que lo lleven a cabo, y a sus miembros, a crecer espiritualmente, a mantener la unidad en la doctrina y a no ser llevado por cualquier viento de doctrina.

Roberto Herrera
Coordinador del Programa
de Reavivamiento de la División Interamericana

ESTO CREEMOS SOBRE
La Palabra de Dios

Las Sagradas Escrituras, que abarcan el Antiguo y el Nuevo Testamento, constituyen la Palabra de Dios escrita, transmitida por inspiración divina mediante santos hombres de Dios que hablaron y escribieron impulsados por el Espíritu Santo. Por medio de esta Palabra, Dios ha comunicado a los seres humanos el conocimiento necesario para alcanzar la salvación. Las Sagradas Escrituras son la infalible revelación de la voluntad divina. Son la norma del carácter, el criterio para evaluar la experiencia, la revelación autorizada de las doctrinas, un registro fidedigno de los actos de Dios realizados en el curso de la historia (2 Ped. 1: 20, 21; 2 Tim. 3: 16, 17; Sal. 119: 105; Prov. 30: 5, 6; Isa. 8: 20; Juan 17: 17; 1 Tes. 2: 13; Heb. 4: 12).—*Creencia Fundamental* nº 1

1

Desde nuestros primeros años como iglesia, los adventistas del séptimo día nos hemos venido considerando «el pueblo del Libro». De manera especial esta expresión nos ha sido aplicada por la fama que tenemos de ser asiduos estudiantes de las Sagradas Escrituras.

Para los pioneros adventistas, la Palabra de Dios tenía un valor exclusivo y primordial. Jaime White expresó esta gran verdad en 1847 cuando escribió: «La Biblia […] es nuestra única norma y práctica de fe» (*A Word to the Little Flock*, p. 13). Las Sagradas Escrituras fueron el fundamento sobre el cual establecieron su fe. En 1894 Elena G. de White escribió que «nuestra posición y fe se basan en la Biblia» (*El evangelismo*, cap. 8, p. 190). Toda doctrina y práctica ha de tener sus raíces en la Palabra de Dios.

Las Escrituras nos han servido de inspiración y de guía para la educación y crianza de nuestros hijos. La Palabra de Dios ha sido una fuente que nos ha llenado de valor para enfrentar los desafíos de la vida. Ha sido la voz que nos ha guiado en un mundo donde impera la confusión. Para los adventistas, el día debe comenzar con la lectura de la Biblia, y concluir de igual modo.

Según los datos arrojados por una encuesta preparada por el Grupo Barna, entre enero del 2000 y junio del 2001, el estudio de la Biblia entre los adventistas se encontraba en estado crítico. De entre doce grupos religiosos encuestados, los adventistas ocupaban la posición número siete entre las denominaciones que más estudian las Escrituras. Según la encuesta, apenas el 49% de los adventistas respondió afirmativamente a la pregunta de si estudiaba regularmente la Biblia. La investigación ubicó a los adventistas por debajo de los pentecostales (75%) y de los mormones (67%), y de otros cinco grupos religiosos más. Todo parece indicar que ya no somos el «pueblo del Libro». A los pentecostales les queda mejor ese sobrenombre.

Interesante, ¿no es así? Pues mire qué dicen las investigaciones adventistas sobre este particular. Un estudio que abarcó todas las

Divisiones de la iglesia, realizado por el Instituto de Ministerios de la Iglesia de la Universidad Andrews, reveló que solo el 51% de los adventistas practica diariamente alguna forma de devoción personal o culto familiar.

¿Hemos olvidado que las Escrituras constituyen la norma infalible de la revelación divina? Recordemos lo que los adventistas creemos sobre la Palabra de Dios.

Lo que todo adventista debe saber sobre la Palabra de Dios

La Biblia es la Palabra de Dios

Sin duda alguna, la característica que distingue a la Biblia del resto de los libros es que es «la Palabra de Dios» (Mar. 7: 13; Juan 10: 35; Rom. 3: 2; Heb. 6: 5). Precisamente por ser la Palabra de Dios, este antiguo libro ha podido romper las barreras del tiempo y todavía «permanece para siempre» (Isa. 40: 8; 1 Ped. 1: 23). Las Escrituras también son llamadas «la palabra de su gracia» (Hech. 20: 32), «la palabra de Cristo» (Col. 3: 16), «el libro del Señor» (Isa. 34: 16, DHH), «las Sagradas Escrituras» (2 Tim. 3: 15).

Dios y su Palabra se hallan indisolublemente vinculados. Por ejemplo, en Gálatas 3: 8 Pablo dice que «la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: "En ti serán benditas todas las naciones"»; pero lo que Pablo atribuye a la Escritura, en realidad, fue dicho por Dios mismo (Gén. 12: 1-3). David escribe en Salmo 2: 1: «¿Por qué se amotinan las gentes y los pueblos piensan cosas vanas?», y el Nuevo Testamento atribuye a Dios las palabras escritas por David (Hech. 4: 24, 25). Cuando Saúl desobedeció las palabras del profeta Samuel lo que hizo fue rechazar «la palabra de Jehová» (1 Sam. 15: 23). Moisés habló y escribió lo que Dios le había enseñado (Éxo. 4: 12). Fue Dios quien puso en boca de Jeremías sus palabras (Jer. 1: 7, 9). Cuando Isaías pronunció la profecía registrada en 7: 14, Mateo lo asumió como «lo que dijo el Señor por medio del profeta» (Mat. 1: 22).

Aporte del don profético

«El primero y más alto deber de toda criatura racional es el de escudriñar la verdad en las

Sagradas Escrituras» (*El conflicto de los siglos*, cap. 38, p. 584).

Para los escritores del Nuevo Testamento todo lo que estaba escrito en el Antiguo Testamento constituía lo que el propio Señor había dicho. Las palabras que Dios había transmitido a través de los seres humanos eran tan verdaderas y estaban tan cargadas de autoridad como las que fueron pronunciadas directamente por Dios. Lo mismo sucede con el Nuevo Testamento; por ejemplo, las palabras que Pablo escribió a los Corintios no eran caprichos personales del apóstol, sino «mandamientos del Señor» (1 Cor. 14: 37). Pablo le atribuye autoridad de Escritura a la frase: «Digno es el obrero de su salario»; esta Escritura no proviene del Antiguo Testamento sino que es una declaración que aparece registrada en Lucas 10: 7. El apóstol Pedro pone los escritos de Pablo al mismo nivel de «las otras Escrituras» (2 Ped. 3: 16). Por ende, para nosotros «toda Escritura es inspirada por Dios» (2 Tim. 3: 16).

La Biblia es la Palabra de Dios escrita por seres humanos

Moisés «escribió todas las palabras de Jehová» (Éxo. 24: 4) en un «libro hasta concluirlo» (Deut. 31: 24). Isaías recibió este mandato divino: «Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla en presencia de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre» (Isa. 30: 8). Dios le ordenó a Jeremías: «Escribe en un libro todas las palabras que te he hablado» (Jer. 30: 2; 36: 2), y Jeremías llamó a Baruc para que escribiera «en un rollo en blanco, dictadas por Jeremías, todas las palabras que Jehová le había hablado» (Jer. 36: 4). Juan debía escribir en un libro el contenido de sus visiones proféticas (Apoc. 1: 11). Mientras escribía sus libros, Salomón «procuró […] hallar palabras agradables y escribir rectamente palabras de verdad» (Ecl. 12: 10). A fin de expresar de la mejor manera posible el mensaje que recibieron de parte de Dios, los escritores bíblicos recurrieron a profesionales en el arte de escribir. Pablo, a pesar de su preparación académica, usó las habilidades editoriales de Tercio para redactar su Epístola a los Romanos (Rom. 16: 22). Pedro escribió su primera Epístola «con la ayuda de Silvano» (1 Ped. 5: 12, NVI). «Los escritores de la Biblia eran los escribientes de Dios, no su pluma» (*Mensajes selectos*, cap. 1, t. 1, p. 24).

Estos «santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Ped. 1: 21). Quizá usted suponga que los escritores bíblicos fueron elegidos porque eran dechados de pureza y santidad, pero lo cierto

es que estos «santos hombres» estuvieron sujetos «a pasiones semejantes a las nuestras» (Sant. 5: 17). Como todos nosotros, ellos también eran seres humanos finitos a quienes Dios les asignó la responsabilidad de llevar a cabo una obra de alcance infinito. La Biblia no fue redactada en un idioma celestial, como muchos creían hasta mediados del siglo XIX, sino en lenguaje terrenal. La Palabra de Dios constituye el mensaje divino impartido a través de instrumentos y medios humanos. De manera que las Escrituras salen de la mente de un ser perfecto, pero fueron escritas por seres imperfectos. Si, como dice Elena G. de White, «todo lo que es humano es imperfecto» (*Mensajes selectos*, cap. 1, t. 1, p. 23, ¿no cree usted que resulta imposible que el imperfecto «lenguaje humano» pueda captar la plenitud de un mensaje divino perfecto? «La Biblia no nos es dada en un grandioso lenguaje sobrehumano. Jesús tomó la humanidad a fin de llegar hasta el hombre donde este está. La Biblia debió ser dada en el lenguaje de los hombres. Todo lo que es humano es imperfecto. Diferentes significados se expresan con la misma palabra: no hay una palabra para cada idea distinta. La Biblia fue dada con propósitos prácticos» (*Mensajes selectos*, cap. 1, t. 1, p. 23).

La Palabra de Dios y el gran conflicto

Desde el Edén, la estrategia de Satanás ha consistido en invalidar la Palabra de Dios, y en el lugar de ella, imponer la tradición de los hombres (Mar. 7: 13). No ha descansado en su intento de falsificar y adulterar «la Palabra de Dios» (2 Cor. 2: 17; 4: 2). En algunos casos, el diablo ha tenido éxito y ha llevado a multitudes de personas a aceptar «como doctrinas mandamientos de hombres» (Mat. 15: 9; *cf.* Col. 2: 22). Por prestar atención «a las fábulas» de nuestro adversario, «algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios» (2 Tim. 4: 4; 1 Tim. 4: 1).

El diablo es consciente de que, si logra distraer nuestra atención de la Palabra de Dios, habrá conseguido despojarnos del arma más eficaz en nuestra batalla contra el mal. Pablo define la Biblia como la «espada del Espíritu» (Efe. 6: 17). Jesús enfrentó cada tentación con un «Escrito está» (Mat. 4: 4, 7, 10). El hecho de que la Palabra de Dios permanezca en nosotros constituye la garantía de que venceremos al maligno (1 Juan 2: 14). Elena G. de White dijo que «solo los que hayan fortalecido su espíritu

con las verdades de la Biblia podrán resistir en el último gran engaño» (*Eventos de los últimos días*, cap. 5, p. 59).

En defensa de nuestra fe

Los descubrimientos arqueológicos, ¿nos ayudan a entender el texto bíblico?

La Biblia es una impresionante colección de libros antiguos. Desde los tiempos de Moisés hasta el apóstol Juan transcurrieron aproximadamente mil quinientos años. Durante esos quince siglos no solo hubo cambios de idioma, sino también de cultura. Nos trasladamos de la vida nómada de los patriarcas hasta la era de la civilización grecolatina. Atrás quedaron los imperios de los reyes y faraones, han cedido su lugar a los césares. Todos estos cambios quedan reflejados de una u otra manera en la redacción del texto bíblico. Por ejemplo, cuando leemos el Génesis nos asombramos al ver algunas de las cosas que hicieron los patriarcas; sin embargo, eran acciones aceptables en su época. Y si avanzamos hasta llegar al libro de *los Hechos de los Apóstoles* recibimos una clase de la cultura, la política y la geografía del Imperio Romano.

Debido a estos cambios, el estudio de la Biblia debe auxiliarse de algunas ciencias que nos ayuden a entender mejor el mundo de los personajes que forman parte de sus relatos. Una de estas ciencias es la arqueología. La palabra «arqueología» viene del griego: arjaios (antiguo) y logos (conocimiento). La arqueología es el estudio de las cosas antiguas. Esta palabra ya fue utilizada por Tucídides en el mundo griego, por Dionisio de Halicarnaso en el mundo romano y por Josefo en el judío. No fue, sin embargo, hasta finales del siglo XVIII, que este término comenzó a usarse para referirse de manera especial al estudio de las civilizaciones antiguas. En este sentido, más que el estudio de los objetos antiguos, la arqueología tiene por finalidad el estudio de los testimonios de los utensilios, edificios, restos humanos, monumentos, etcétera, que nos ayudan a conocer y comprender mejor la religión, la historia, la política, las artes y las ciencias de la antigüedad.

¿Cómo nos ayuda a entender la Biblia?

La arqueología nos ayuda a entender la Biblia desde tres perspectivas.

- ***Aporta evidencias.*** Actualmente nos resulta menos chocante el hecho de que tanto Sara, como Raquel y Lea, dieran sus criadas a sus respectivos maridos con la intención de tener hijos usando a sus siervas (ver Gén. 16: 1-4 y 30: 1-13). No hay evidencias de este tipo de prácticas en la época del Éxodo ni en la de los Jueces, ni tampoco durante la monarquía. Entre los hebreos únicamente se practicó en la era patriarcal. Ahora bien, cuando analizamos documentos que provienen de esta época, tales como el Código de Hammurabi o los textos de Nuzi, descubrimos que este patrón de conducta social era común entre los integrantes de una familia patriarcal. En los textos de Nuzi se explica que era deber de la esposa estéril buscar una segunda esposa a su marido.
- ***Aclara pasajes dudosos.*** Durante mucho tiempo la credibilidad del evangelista y autor de *los Hechos de los Apóstoles*, Lucas, había sido puesta en entredicho por el uso que hace de un término griego en Hechos 17: 6, donde llama politarkos a las autoridades de la ciudad de Tesalónica. Aparte de en este texto de Lucas, en ningún otro documento antiguo aparecía esta palabra. Hace algunos años se descubrió en la ciudad de Tesalónica una inscripción, que actualmente se exhibe en el Museo Británico, donde se menciona a estos funcionarios públicos, y que aparecía a un arco del siglo I d. C. situado en la calle Egnatia, que empieza justamente así: «En el tiempo de los politarkos…». Después se han descubierto más de treinta documentos antiguos que hacen referencia a los politarkos. Esto demuestra el buen conocimiento que tenía Lucas de la ciudad de Tesalónica y de lo fiables que son sus libros en todos los detalles.
- ***Confirma la historia bíblica.*** Los críticos de la Biblia se mofaron durante mucho tiempo de uno de los personajes centrales de la Biblia, el rey David, alegando que no era más que un mito, ya que su nombre nunca había aparecido en ningún documento antiguo fuera de la Biblia. Durante el verano de 1993, el Dr. Avraham Biran y su equipo, mientras excavaban en Tell Dan, realizaron un espectacular hallazgo: una estela de basalto negro con inscripciones en arameo. La estela estaba compuesta por trece líneas, en una de las cuales se leían con toda claridad dos frases: «El rey de Israel» y «casa de David». Esta era la primera vez que el nombre de David aparecía en un documento escrito fuera de las Escrituras. El hallazgo pone claramente de manifiesto que

hubo una dinastía que comenzó con David y que reinó sobre la nación israelita. Esto nos permite concluir que David fue un personaje histórico y real, y que los reinos de Judá e Israel fueron relevantes en toda la región. Hershel Shanks, editor de la Biblical Archaeology Review [Revista de Arqueología Bíblica], dice que «la estela da vida al texto bíblico de una manera maravillosa. También nos da más confianza en la realidad histórica del texto bíblico».

Aporte del don profético

«Incansables han sido los esfuerzos del hombre por oscurecer la sencillez y claridad de las Santas Escrituras y para hacerles contradecir su propio testimonio, pero a semejanza del arca que flotó sobre las olas agitadas y profundas, la Palabra de Dios cruza ilesa las tempestades que amenazan destruirla» (*El conflicto de los siglos*, cap. 4, p. 66).

Es bueno precisar que nuestra fe no se sustenta en que los descubrimientos arqueológicos confirmen a las Sagradas Escrituras en todos sus detalles. Confiamos en la Biblia porque es la Palabra de Dios, no por lo que la arqueología confirme o deje de confirmar. Ahora bien, nuestra fe se ve afianzada con estos hallazgos, y nos permite dar testimonio de ella a los que no creen, con los argumentos objetivos y externos a la Biblia que aporta la ciencia arqueológica. El eminente arqueólogo Nelson Gluek escribió: «Podría decirse categóricamente que ningún descubrimiento arqueológico ha rebatido una sola referencia bíblica. Se han hecho muchísimos hallazgos arqueológicos que confirman, en un claro bosquejo o con detalles exactos, afirmaciones hechas en la Biblia».

Incluso, sin todos estos hallazgos a favor de la fiabilidad de los relatos bíblicos, las transformaciones que la lectura de las Sagradas Escrituras han producido en millones de personas, en todas partes del mundo y en todas las épocas, resultan más que suficientes para que creamos, aceptemos y prediquemos, lo que en ella aparece escrito.

La bendición de esta doctrina para nosotros

El arqueólogo e historiador inglés, William Ramsay, ateo e hijo de ateos, intentó demostrar que la Biblia no es un documento serio y que todas las aseveraciones históricas que hace son falsas. Así que acudió a dos libros,

el Evangelio de Lucas y *los* Hechos de los Apóstoles, ya que en ambos se mencionan muchos lugares, nombres y fechas que pueden ser fácilmente corroborados o desmentidos por las fuentes históricas seculares.

Para lograr su objetivo, Ramsay recorrió detenidamente las tierras bíblicas y se dedicó a investigar en ellas durante veinticinco años. Le resultó sorprendente comprobar por medio de sus excavaciones arqueológicas que los treinta y dos países, cincuenta y cuatro ciudades y nueve islas mencionados por Lucas en su segundo libro eran lugares reales.

En lugar de demostrar la falsedad de la Biblia, Ramsay encontró decenas de pruebas fehacientes que confirmaron su veracidad histórica. Él mismo llegó a decir que existían muchas razones «para colocar al autor de Hechos de los Apóstoles entre los historiadores de primera categoría». El mundo quedó asombrado cuando William Ramsay se convirtió en un célebre defensor de la verdad bíblica.

La Biblia no es un libro de historia, ni de ciencia, ni de filosofía; es el libro que contiene la verdad de Dios. Damos gracias a Dios porque los descubrimientos arqueológicos nos ayudan a confiar más en su Palabra. Pero nuestro agradecimiento es mayor por la transformación que el estudio, la meditación y la práctica de las verdades bíblicas ha producido en la vida de muchos hombres y mujeres semejantes a William Ramsay.

Todo creyente ha de dar un buen testimonio con relación a los beneficios que ha recibido de la Palabra de Dios. Dicho de otra manera, todos estamos de acuerdo con Pablo en que la Biblia es «útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia» y mucho más (2 Tim. 3: 16).

Algunos de los beneficios más importantes que recibimos de esta doctrina son:

- **Para ser salvos necesitamos conocer a Dios** (Juan 17: 3). La Biblia es la fuente más confiable de información respecto a quién es Dios, porque constituye en sí misma la revelación especial que Dios nos ha dejado para satisfacer la necesidad que tenemos de conocerlo.
- **La Biblia proporciona certidumbre a nuestra vida** porque afianza en nosotros la fe en Dios. Nuestra fe no se fundamenta en teorías humanas o en nuestra propia sabiduría, sino en lo que Dios nos ha revelado en su Palabra.
- **La Palabra de Dios es un medio que el Señor utiliza** para impulsar el crecimiento espiritual en nuestra vida, porque a través de la Biblia nos indica la forma en que debemos vivir en medio de un mundo caído y

dominado por el pecado. La Biblia es una lámpara que siempre alumbrará su camino (Sal. 119: 105). «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los sencillos» (Sal. 119: 130). Mediante el estudio de la Biblia somos santificados por la verdad (Juan 17: 17).

Orando a la luz de esta doctrina

Señor, tal vez no estemos valorando como debemos la importancia de tu Palabra en nuestras vidas. Por eso te pedimos que nos concedas la fuerza de voluntad para mantener el hábito de acudir a tu Palabra como principal y primordial actividad cotidiana. Fortalece nuestra fe en todas las verdades que en ella se encuentran cuando la ciencia o la arqueología no parezcan confirmarlas. Permite que lleguemos a conocer cada vez mejor tu Libro, para que podamos dar cumplida razón de nuestra fe.

ESTO CREEMOS SOBRE
La Deidad

Hay un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, una unidad de tres personas coeternas. Dios es inmortal, todopoderoso, omnisapiente, superior a todos y omnipresente. Es infinito y escapa a la comprensión humana, aunque lo podemos conocer por medio de su autorrevelación. Es digno para siempre de reverencia, adoración y servicio por parte de toda la creación (Deut. 6: 4; Mat. 28: 19; 2 Cor. 13: 14; Efe. 4: 4-6; 1 Ped. 1: 2; 1 Tim. 1: 17; Apoc. 14: 7).— *Creencia Fundamental* nº 2

2

Hace algún tiempo el boletín del Barna Group Research publicó los resultados de una encuesta sobre la percepción que tienen los cristianos de los seres celestiales. Casi el 25% de los encuestados expresó que, para ellos, «Dios es uno mismo, Dios es la realización del potencial de cada ser humano». El 22% afirmaba que Jesús no era Dios, y que pecó cuando estuvo en nuestro planeta. El 33% dijo que no aceptaba que el Espíritu Santo fuera un ser personal, sino un símbolo o emanación del poder de Dios. Lo paradójico de estos datos es que la mayoría de estos «cristianos» cree que la Biblia es una fuente confiable de información espiritual y que contiene la verdad, pero al mismo tiempo rechazan las verdades bíblicas que no pueden ser explicadas a través de la lógica humana.

Los resultados de la encuesta revelan que la creencia en la Trinidad se halla en entredicho. Como la mente humana no sabe razonar que «tres es igual a uno», su reacción natural es rechazar la doctrina trinitaria, y considerar la Trinidad como una idea contraria a la razón, ininteligible, incoherente, pagana, o simplemente anticristiana. Los adventistas creemos que «hay un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, una unidad de tres personas coeternas»; cada persona es plenamente Dios y hay un solo Dios.

Lo que todo adventista debe saber sobre la Deidad

Origen de la palabra «trinidad»

La palabra «trinidad» no es un término bíblico. De hecho, su ausencia en la Escritura es uno de los argumentos más usados que presentan sus detractores. No obstante, hay otros vocablos o expresiones que todos damos por válidos y que tampoco aparecen en la Palabra de Dios. Por ejemplo, nosotros hablamos del «milenio»; y aunque la Biblia no menciona esta

palabra, sabemos que el término es aplicable a los «mil años» mencionados en Apocalipsis 20.

Las Escrituras tampoco hablan de la «encarnación» de Cristo, pero los cristianos aceptamos que se hizo hombre y habitó entre nosotros. Lo importante no es que un vocablo forme parte de la terminología bíblica, sino que el concepto que trasmita pueda ser verificado con la Palabra de Dios.

La palabra «trinidad» viene de la expresión latina trinitas, que significa «triunidad» o «tres en uno». Teófilo de Antioquía, para defender la fe cristiana, usó este término por primera vez en el año 180 d. C.

La pluralidad de Dios en el Antiguo Testamento

Si la palabra «trinidad» no aparece en la Escritura, ¿qué base tenemos para sustentar esta doctrina? La Biblia afirma enfáticamente que ***Dios es uno***: «Jehová, nuestro Dios, Jehová uno es» (Deut. 6: 4). Fuera de este Dios «no hay otro» (Deut. 4: 39). Por medio del profeta Isaías, el Señor había dicho que «yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí» (Isa. 43: 10; *cf.* 45: 15, 18, 22). Si Dios es «uno», y fuera de él no hay más dioses, ¿por qué hablamos de una trinidad?

En el Antiguo Testamento hay varias referencias a la ***pluralidad de Dios***. En Génesis 1: 26 leemos: «Hagamos al hombre a nuestra imagen»; pero el versículo siguiente dice: «Y creó Dios al hombre a su imagen». El sujeto de hagamos a nuestra imagen es Dios, por lo tanto, este texto sugiere que aunque Dios sea uno, su unicidad se manifiesta por medio de una pluralidad.

En otros pasajes del Génesis, Dios se refiere a sí mismo en plural: «El hombre ha venido a ser como uno de *nosotros*» (Gén. 3: 22). «Ahora, pues, *descendamos y confundamos* allí su lengua» (Gén. 11: 7). Otra referencia la encontramos en Isaías 6: 8: «Después oí la voz del Señor, que decía: "¿A quién enviaré y quién irá *por nosotros*?"». Todo el capítulo 6 de Isaías resulta de mucho interés, pues el Nuevo Testamento lo ha relacionado tanto con Cristo (Juan 12: 37-41), como con el Espíritu Santo (Hech. 28: 25-27), lo cual sugiere que el nosotros de Isaías 6: 8 es una alusión directa a la Deidad en plural.

En Génesis 16 el Ángel de Jehová no solo es identificado por Agar como Jehová (vers. 13), sino que es presentado como refiriéndose a Jehová en tercera persona (vers. 11). Esto plantea una diferencia entre el Ángel de Jehová, que es Jehová, y otro ser que también es llamado Jehová.

En Zacarías 3 encontramos a Jehová reprendiendo a Satanás en el nombre de Jehová (vers. 1, 2) y al Ángel de Jehová que amonesta a Josué diciéndole: «Así dice Jehová de los ejércitos» (vers. 7). Estos dos pasajes ponen de manifiesto que hay ocasiones en que el Ángel de Jehová es una persona diferente al mismo Jehová (Éxo. 23: 23). En otros pasajes se identifica a Jehová con el Ángel de Jehová (Éxo. 3: 2, 7; Jue. 2: 1; 6: 11, 14, 16, 22; 13: 3, 9, 16, 18), y al Ángel de Jehová con el propio Dios (Jue. 13: 22; Zac. 12: 8).

En Génesis 19: 24 leemos: «Entonces *Jehová* hizo llover sobre Sodoma y sobre Gomorra fuego y azufre de parte de Jehová desde los cielos» (RV60). Algunas versiones bíblicas, entre ellas la Reina-Valera 1995, han omitido un «Jehová» a fin de evitar una redundancia, pero el texto hebreo menciona a dos personajes que son llamados Jehová, uno que estaba en la tierra y otro que estaba en el cielo. El Jehová que se hallaba en la tierra, era quien había tenido la entrevista con Abraham (Gén. 18: 2, 13, 16-31, 33).

En Daniel 3: 25 vemos que Nabucodonor había ordenado que los jóvenes hebreos fueran lanzados al horno de fuego por no haberse postrado delante de la estatua (Dan. 3: 1-23). Mientras están en el horno, Nabucodonosor dice que ve a una «cuarta persona» y que esta es «semejante a hijo de los dioses» (Dan. 3: 25). En las lenguas semíticas, la frase «hijo de» es una expresión idiomática que describe la naturaleza de lo que califica. Así, un «hijo de desobediencia» (Efe. 2: 2), es un desobediente; un «hijo de la resurrección» (Luc. 20: 36), es un resucitado; un «hijo de perdición» (Juan 17: 12), es un perdido. De este modo, «hijo de los dioses» designa a un personaje que posee naturaleza divina. Por eso algunas versiones han traducido esta expresión como «un ser divino» (BP, BJ), que «tiene la apariencia de un dios» (NVI). El texto dice «semejante a hijo de *'elahin*». La palabra aramea *'elahin* es la forma plural de 'elah, «dios», y se emplea para designar a dioses paganos (Dan. 2: 11, 47; 5: 4, 23). El equivalente hebreo de *'elahin* es 'elohim, que, a pesar de estar en plural, se usa regularmente para designar al único Dios verdadero. Por tanto, *'elahin* también puede referirse al Dios de los judíos. Es correcto, entonces, traducir el pasaje como «hijo de dioses», o «hijo de Dios».

Como Nabucodonosor reconoció en ese momento al Dios de los tres hebreos como único Dios, bien pudo haber exclamado: «Es semejante al hijo de Dios». Los comentaristas judíos han identificado al cuarto personaje como un ángel. La Septuaginta tradujo la frase como «ángel de Dios». Elena G. de White lo identificó con Cristo, la segunda persona de la Deidad

(*Profetas y reyes*, cap. 41, p. 339). En Daniel 3: 25 se cumplió al pie de la letra la promesa de Dios de Isaías 43: 2: «Cuando pases por las aguas, yo [Jehová] estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. *Cuando pases por el fuego, no te quemarás ni la llama arderá en ti*».

Otros pasajes del Antiguo Testamento que hacen referencia a la pruralidad de Dios son Salmos 45: 6, 7; 110: 1; Daniel 7: 13, 14; Oseas 1: 6, 7; Malaquías 3: 1. En Isaías 11: 1, 2; 42: 1; 48: 16; 61: 1, 2; 63: 8-10 se menciona de manera concreta el Espíritu de Dios.

La pluralidad de Dios en el Nuevo Testamento

La pluralidad de Dios aparece con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento. El ángel le dijo a María que Jesús sería llamado «hijo del Dios Altísimo» (Luc. 1: 32, DHH) porque el Espíritu Santo lo engendraría (Mat. 1: 20). En Mateo encontramos varias veces a las tres Personas de la Deidad en un mismo relato. Cuando Jesús fue bautizado, el Padre habló y el Espíritu Santo descendió en forma de paloma (Mat. 3: 13-17). Luego, al final de su Evangelio, Mateo registró la orden de Cristo de bautizar en el «*nombre* del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mat. 28: 19). Resulta muy significativo que, aunque son tres personas, dice que los bauticen en *el nombre*, no en *los nombres*. Esto sugiere una vez más que Dios es uno manifestado en tres Personas.

El apóstol Pablo también utilizó fórmulas trinitarias en sus escritos. En 1 Corintios 12: 4-6 se refiere a tres Personas en una misma sección: «Hay diversidad de dones pero el *Espíritu es el mismo*. Hay diversidad de ministerios, pero el *Señor es el mismo*. Hay diversidad de actividades, pero *Dios* […] *es el mismo*». En 2 Corintios 13: 14 vuelve a mencionar a las tres Personas de la Deidad cuando nos dice que «la gracia del Señor Jesucristo, el amor de *Dios* y la comunión del *Espíritu Santo* sean con todos vosotros. Amén». Incluso algunas de las Epístolas de Pablo siguen un esquema trinitario. Por ejemplo, los primeros ocho capítulos de Romanos bosquejan la obra de la Trinidad en el plan de salvación:

Romanos 1: 18–3: 20. El juicio de Dios contra los pecadores.
Romanos 3: 21–8: 1. La justificación por medio de la obra de Cristo.
Romanos 8: 2–30. La obra del Espíritu en el ser humano justificado.

Pedro inicia su primera Epístola diciendo que fuimos «elegidos según el previo conocimiento de Dios *Padre* en santificación del *Espíritu*, para

obedecer y ser rociados con la sangre de *Jesucristo*» (1 Ped. 1: 2). En la Epístola a los Hebreos se describe el papel de la Trinidad en la expiación al decir que «Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios» (Heb. 9: 14).

Es muy usual que los autores de las Epístolas del Nuevo Testamento hagan un saludo en nombre de Dios Padre y del Hijo (Rom. 1: 7; 1 Cor. 1: 3; 2 Ped. 1: 2; 2 Juan 3). Juan rompe este esquema e introduce el Apocalipsis con una salutación trinitaria: «Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros de parte del que es y que era y que ha de venir, de los siete espíritus que están delante de su trono, y de Jesucristo» (Apoc. 1: 4-5).

En Apocalipsis 4: 8-11 «el que es y que era y que ha de venir» es identificado como el que está «sentado en el trono», de quien Cristo recibe el libro sellado. Sin duda alguna esta frase designa a Dios el Padre. La expresión «siete espíritus» aparece varias veces en Apocalipsis (3: 1; 4: 5; 5: 6). Probablemente esta designación tenga su origen en las siete características que se le atribuyen al Espíritu de Dios en Isaías 11: 2. Por otro lado, no hemos de olvidar que, en la Biblia, el siete es el número de la plenitud y de la perfección. Los «siete espíritus» sugieren que la plenitud del Espíritu está a disposición de la iglesia. En Apocalipsis 4: 5 los «siete espíritus» son como «siete lámparas de fuego» que arden ante el trono de Dios; y en 5: 6 los «siete espíritus» son enviados «por toda la tierra».

Elena G. de White explica que, tan pronto acabó en el cielo la entronización de Cristo (Apoc. 4 y 5), «el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en abundantes raudales» y, agrega, que el «derramamiento pentecostal era la comunicación del cielo de que el Redentor había iniciado su ministerio celestial» (*Los hechos de los apóstoles*, cap. 4, p. 31). Cuando el Padre le entregaba el trono a Cristo en el cielo, el Espíritu descendió «como fuego» (Hech. 2: 3) a fin de que el evangelio llegara a todos los ángulos de la tierra. Hechos 2 constituye la versión terrenal de lo que ocurre en Apocalipsis 4 y 5.

Algunos se inquietan debido a que el Espíritu no aparece sentado en un trono como el Padre y el Hijo en el Apocalipsis. Sin embargo, la función del Espíritu no se cumple en el cielo, sino en la tierra, convenciendo «al mundo de pecado, de justicia y de juicio» (Juan 16: 8). Además, aunque el Espíritu no está sentado en el trono junto al Padre y el Hijo, siempre aparece vinculado al trono de Dios (Apoc. 1: 4; 4: 2, 5; 5: 6). Algunos comentaristas sugieren que el río que sale del trono de Dios y del Cordero

(Apoc. 22: 1) podría ser una expresión simbólica para referirse al Espíritu Santo, puesto que el mismo Juan identifica al Espíritu Santo como un «río de agua viva» que brota del interior de Cristo (Juan 7: 38, 39).

Otros pasajes del Nuevo Testamento que mencionan en conjunto a las tres Personas de la Deidad son: Juan 3: 34, 35; Hechos 2: 38, 39; Efesios 1: 3-13; 1 Tesalonicenses 5: 18, 19; Apocalipsis 14: 12, 13. La identidad divina de cada miembro del trío celestial la presentaremos en los capítulos siguientes donde estudiaremos a cada uno de ellos dentro del marco de las enseñanzas bíblicas.

En defensa de nuestra fe

¿Es la Trinidad una doctrina pagana?

El gran médico y teólogo español Miguel Servet (1511-1553) definió la creencia trinitaria como el Can Cerberos. En la mitología griega, el Can Cerberos era un monstruo de tres cabezas que custodiaba las puertas del *hades*. Muchos han creído lo dicho por Servet y han rechazado la doctrina trinitaria alegando que tiene origen pagano.

Se habla de la existencia de tríadas divinas en varias religiones antiguas. Un ejemplo clásico es la tríada egipcia de Horus, Osiris e Isis. Otros apuntan a la tríada hinduista de Brahma el creador, Visnú el preservador y Shivá el destructor. Los antiguos sumerios presentaban una tríada creadora en las figuras de Anu, Enlil y Enki. Lo mismo sucede en la versión caldea del diluvio de Noé, la Epopeya de Gilgamés, donde una vez más aparecen Anu, Enlil y Enki. Cuando se leen detenidamente estos relatos se ve que el vínculo o la relación entre la tríada es diferente del bíblico. Por ejemplo, en la versión babilónica del diluvio Anu y Enlil deciden, sin consultar con Enki, destruir a los humanos porque hacen mucho ruido y no dejan dormir a los dioses. Cuando Enki descubre el plan, secretamente da instrucciones a Upnapistin para que construya el arca y se salve del diluvio. Esta acción revela que no hay unidad en la tríada mitológica de Babilonia y que la concepción trinitaria, tal y como la presenta la Biblia, es ajena a las mitologías de la antigüedad.

Ahora bien, si vamos a recurrir a este tipo de relatos para rechazar las verdades bíblicas, entonces tendríamos que objetar la enseñanza de

que Dios creó el mundo, porque los quiché, un pueblo de la cultura maya, escribieron en el Popol Vuh una versión diferente de la creación de nuestro planeta. Asimismo deberíamos negar la validez del diluvio, porque existen cerca de medio centenar de versiones extrabíblicas de él. Y como dijo Celso, filósofo griego del siglo II, también habría que rechazar la resurrección de Jesús, porque los egipcios decían que Rampsonit jugó a los dados en el *hades* con Deméter y volvió a la tierra con un velo que la diosa le había dado. Asimismo, acabaríamos negando los milagros hechos por Jesús y los apóstoles, ya que se dice que el pagano Apolonio de Tiana hizo muchos milagros.

¿Es la Trinidad una doctrina católica?

Algunos argumentan que no se puede creer en la Trinidad porque es un dogma católico. Si bien es cierto que algunas de las doctrinas católicas —como la mediación de los santos, el sacrificio de la misa, el purgatorio, o la inmaculada concepción y la asunción de María— no se sostienen bíblicamente, no podemos negar que los católicos también promulgan enseñanzas con base bíblica, como la encarnación, que la Biblia es la Palabra de Dios o la muerte y resurrección de Cristo. No se puede rechazar algo simplemente porque los católicos también lo crean.

Aporte del don profético

«Hay tres personas vivientes en el trío celestial; en el nombre de estos tres grandes poderes el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son bautizados los que reciben a Cristo mediante la fe, y esos poderes colaborarán con los súbditos obedientes del cielo en sus esfuerzos por vivir la nueva vida en Cristo» (*El evangelismo*, cap. 18, p. 446).

Quizá le sirva de consuelo saber que el concepto católico de la Trinidad difiere del adventista. El catolicismo enseña la eterna «generación» del Hijo con respecto al Padre, es decir, que se da a entender que en algún momento el Hijo no fue Dios, sino que el Padre lo «generó» y lo hizo un ser divino. Esto no es lo que nosotros creemos respecto al Hijo de Dios. Por otro lado, Agustín de Hipona planteaba que el Espíritu Santo era algo parecido a un vínculo afectivo entre el Padre y el Hijo; para los adventistas el Espíritu es Dios. Precisamente ideas como estas fueron las que llevaron a algunos de nuestros pioneros a rechazar la doctrina trinitaria.

Debido a su falta de información ciertas personas han creído que la

Trinidad entró al cristianismo por influencia del papa, en el año 325, durante las sesiones del Concilio de Nicea. Pero cuando se celebró este concilio, el obispo de Roma, Silvestre, ni siquiera pudo asistir.

En *Vida de Constantino*, Eusebio de Cesarea, el primer historiador de la iglesia cristiana, dice que a Nicea llegaron delegados de África, Palestina, Mesopotamia, Europa y Asia y que era como «una sola casa de oración». Después de mucho análisis el concilio acordó: «Creemos en un Dios Padre todopoderoso […]. Y en un Señor Jesucristo […]. Y en el Espíritu Santo». ¿Así que fue en Nicea donde por primera vez los cristianos expresaron su creencia en la Trinidad? De ningún modo. Los cristianos creían en la Trinidad mucho antes de que llegara a ser una enseñanza catolicorromana. Así lo confirman documentos cristianos antiguos como la *Didajé*, escrita en la misma época en que se escribió el Evangelio de Juan y que era muy citada entre los primeros escritores cristianos: «En cuanto al bautismo, este es el modo de bautizar: habiendo previamente dicho todo esto, bautizad en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en agua viva» (VII. 1).

Los escritos cristianos más antiguos presentan la existencia de un Padre, un Hijo y un Espíritu Santo, y que ya se bautizaba en el nombre de los tres. Ignacio de Antioquía (m. 107) en su *Carta a los Efesios* dice: «Yo he sabido que algunos venidos de allá han estado de paso entre ustedes, portadores de una doctrina errónea, pero no les han permitido sembrarla, pues ustedes se taparon los oídos para no recibir lo que ellos siembran, ya que ustedes son piedras del templo del Padre, preparados para la construcción de *Dios Padre*, elevados hasta lo alto por la palanca de Jesucristo, que es la cruz, sirviendo como soga el *Espíritu Santo*» (IX. 1, la cursiva es nuestra).

Justino Mártir (100-165) expresó en su *Primera apología*: «Para que en el nombre de Dios el Padre y Señor del universo y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo, reciban entonces ellos el lavamiento con agua» (LXI).

Un siglo y medio antes de Nicea, Ireneo (115-190) dijo que «la iglesia, aunque dispersa a través del mundo […] ha recibido de los apóstoles esta fe: en un Dios, el Padre Todopoderoso […]; y en un Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el cual se encarnó para nuestra salvación; y en el Espíritu Santo» (*Contra herejías* X, I).

Tertuliano (160-215), apologista y teólogo norteafricano, dijo claramente: «Identificamos que hay el Padre y el Hijo y tres con el Espíritu Santo, y este

número es hecho por el modelo de salvación» (*Contra Praxeas*, 23). Por su parte el padre anteniceno Orígenes (185-254) afirmó: «Nada en la Trinidad puede ser llamado mayor o menor, ya que la sola fuente de la divinidad contiene todas las cosas por su palabra y razón y por el Espíritu de Su boca santifica todas las cosas las cuales son meritorias de santificación» (*Sobre los principios*, cap. 3.7).

La Deidad y el gran conflicto

Si usted quiere encontrar una trinidad pagana no tiene que recurrir a la mitología antigua, hay una en el libro de Apocalipsis. El profeta Juan se refiere a tres poderes: el dragón, la bestia que surge del mar y la bestia que surge de la tierra (ver Apoc. 12, 13 y 14), que tratan de usurpar el lugar del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Podemos ver, en los tres cuadros que aparecen más abajo, cómo la triada satánica es un intento de suplantar a la verdadera Trinidad.

Dragón/Satanás	**Dios Padre**
Aparece en el cielo (Apoc. 12: 3, 7-8)	Habita en el cielo (Apoc. 4 y 5)
Tiene un trono (Apoc. 13: 2)	Tiene un trono (Apoc. 19: 4)
Es adorado (Apoc. 13: 4)	Es adorado (Apoc. 4: 10; 5: 4)
Da su poder, trono y autoridad a la bestia del mar (Apoc. 13: 2, 4)	Da su poder, trono y autoridad a Cristo (Mat. 28: 18; Apoc. 2: 27)
La bestia que surge del mar	**Cristo**
Comienza su actividad al salir del agua (Apoc. 13: 1)	Comienza su actividad al salir del agua (Luc. 3: 21-23)
Tiene diademas (Apoc. 13: 1)	Tiene diademas (Apoc. 19: 12)
Ejerce durante cuarenta y dos meses o tres años y medio (Apoc. 13: 5)	Según el Evangelio de Juan el ministerio de Cristo duró tres años y medio
Fue herida (Apoc. 13: 3)	Fue inmolado (Apoc. 5: 9)
Fue curada (Apoc. 13: 3)	Resucitó (Apoc. 1: 18)
Recibe adoración y autoridad después de que su herida mortal ha sido sanada (Apoc. 13: 7)	Recibe adoración y autoridad después de su resurrección (Mat. 28: 17, 18)
La bestia que surge de la tierra	**El Espíritu Santo**
Es el falso profeta que engaña a las naciones (Apoc. 16: 13; 19: 20; 20: 10)	Guía a las personas al conocimiento de la verdad (Juan 16: 13)
Ejerce la autoridad de la bestia (Apoc. 13: 12)	Ejerce la autoridad de Cristo (Juan 16: 13, 14)
Hace descender fuego del cielo (Apoc. 13: 13)	Vino en forma de fuego que descendió del cielo (ver Hech. 2)

El hecho de que exista una trinidad pagana, ¿constituye un argumento de peso para no creer en la existencia de una trinidad divina? El hecho de que haya una trinidad falsa, ¿no supone precisamente la existencia de una verdadera?

La bendición de esta doctrina para nosotros

El filósofo Immanuel Kant dijo que la doctrina de la Trinidad no tenía nada que aportar a los aspectos prácticos de la vida diaria del ser humano. Para Kant, la creencia en un Dios trinitario era irrelevante, sin embargo,

cuando reflexionamos cuidadosamente, vemos que está llena de aspectos prácticos que nos ayudan en nuestra vida diaria.

Es una reprensión contra nuestro egoísmo. La doctrina de un Dios que se revela en tres Personas sugiere que Dios no es un ser egoísta que únicamente «busca lo suyo» (1 Cor. 13: 5).

El Nuevo Testamento dice que el Padre se deleita en glorificar al Hijo y darle todas las cosas (Juan 12: 28; 5: 26, 27). El Hijo también da la honra al Padre y hace lo que él le diga (Juan 5: 20-23). Jesús dijo que el Espíritu Santo «me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber» (Juan 16: 14, 15). Al imitar este mismo modelo, los seres humanos se preocuparán por agradar a los demás antes que buscar sus intereses personales.

Nos ayuda a entender la naturaleza de Dios. La Biblia indica que el principal atributo de Dios es el amor (1 Juan 4: 8, 16). El amor existe en la medida en que alguien es objeto de él. Millar Erickson lo explica así: «El hecho de que Dios es amor requiere que sea más de una Persona. El amor debe tener tanto un sujeto como un objeto. De esa manera, con anterioridad a la creación de los seres humanos, Dios no podría haber amado realmente, y así no habría sido verdaderamente amor. Sin embargo, si siempre hubo Personas múltiples dentro de la misma Trinidad, entre quienes el amor pudo ejercitarse, expresarse y experimentarse mutuamente, entonces Dios pudo haber estado amando activamente siempre.

Aporte del don profético

«El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera persona de la Divinidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 73, pp. 640-641).

El amor genuino requiere alguien que pueda ser amado». Yo no puedo decir que amo si nadie recibe la manifestación de ese amor. Si Dios es amor siempre debió tener a alguien que recibiera ese amor. Cuando no había nada creado en el universo, ¿a quién amaba Dios? La manifestación de Dios en tres Personas sugiere que Dios siempre ha tenido alguien a quien amar; la doctrina de la Trinidad me dice que yo sirvo a un Dios que siempre ha amado, que eternamente es amor. Cuando nada existía, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se mantenían unidos bajo el vínculo eterno del amor.

Ilustra la vida matrimonial. La unidad que existe en la Deidad queda revelada en el ideal de Dios para el matrimonio. Dios creó al ser humano con identidades sexuales diferenciadas: varón y hembra.

En Génesis 2: 24 Dios dijo que el hombre «dejará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán *una sola carne*». La orden de Dios en este versículo es que dos lleguen a ser uno. Observemos que el varón es un ser individual e independiente de la mujer; sin embargo, Dios dice que llegan a ser solo uno. Esto es similar a lo que ocurre en la Trinidad, aunque son tres Personas divinas, individuales e independientes, son un Dios.

La perfecta unidad que se manifiesta en la relación trinitaria de Dios debe ser la que prevalezca en nuestras relaciones conyugales.

Orando a la luz de esta doctrina

Aunque escapa a veces a nuestra comprensión humana la magnitud de tu Ser, ayúdame, Señor, a conocerte cada día más, para que pueda llegar a experimentar el verdadero amor que solo en ti se encuentra. Enséñame a servirte y alabarte como solo tú mereces. Permite que durante la eternidad pueda estudiar los misterios que encierra tu persona.

ESTO CREEMOS SOBRE

Dios el Padre

Dios el Padre eterno es el Creador, Originador, Sustentador y Soberano de toda la creación. Es justo y santo, misericordioso y clemente, tardo en airarse, y abundante en amor y fidelidad. Las cualidades y las facultades que se muestran en el Hijo y en el Espíritu Santo son asimismo manifestaciones del Padre (Gén. 1: 1; Apoc. 4: 11; 1 Cor. 15: 28; Juan 3: 16; 1 Juan 4: 8; 1 Tim. 1: 17; Éxo. 34: 6, 7; Juan 14: 9).— *Creencia Fundamental* nº 3

3

Todavía lo recuerda y no sabe cómo explicar lo que ocurrió. Debía poner primera, y puso reversa; debía frenar, y lo que hizo fue acelerar. Como resultado de su desacierto destruyó la cerca de una casa, estuvo a punto de atropellar a una mujer (afortunadamente se apartó de su trayectoria justo antes de su alocada entrada) y arruinó la parte trasera de la camioneta. Por supuesto, se puso muy nervioso, ya que no solo le preocupaban la camioneta, la casa de la vecina y aquella señora que no debía haber estado allí, sino especialmente la reacción de su padre cuando se enterara de la noticia.

Cuando llegó a la casa, su papá se estaba bañando. Con voz temblorosa, lo llamó: «Papi…». El tono de su voz revelaba que algo malo había ocurrido; así que antes de que terminara de hablar, su padre le preguntó: «¿Chocaste la camioneta?». El muchacho creía que le iba a dar una buena regañada, pero lo único que el padre atinó a decir fue: «¿Estás bien? ¿Hay que llevarte al médico? ¿Te pasó algo?».

En ese instante su preocupación no era la camioneta, ni los daños que podía haber causado a terceras personas. Toda su atención se centró en su hijo. Así son los buenos padres. Para un verdadero padre no hay nada más importante que su hijo. ¿Será nuestro Padre celestial peor que nuestro padre terrenal? ¡Claro que no! «El Señor es, con los que lo honran, *tan tierno como un padre con sus hijos*» (Sal. 103: 13, DHH).

Lo que todo adventista debe saber sobre Dios el Padre

Lamentablemente, la imagen de Dios como «Padre» ha sido tan distorsionada que, en lugar de evocarnos todo lo bueno que hay en un padre, nos evoca a un personaje vengativo, lleno de ira, que castiga y condena a los seres humanos. Pero, ¿es eso lo que enseña la Biblia acerca de Dios el

Padre?

Dios el Padre a través de los ojos de Jesús

Aun cuando la idea de que Dios es nuestro padre ya había sido expresada por los escritores del Antiguo Testamento (ver Deut. 32: 6; 2 Sam. 7: 14; Sal. 68: 5; 89: 26; Isa. 63: 16), es en el Nuevo Testamento donde se nos presenta un cuadro más detallado. Por ejemplo, en los Evangelios Jesús usó la palabra «Padre» para referirse a Dios en casi doscientas ocasiones, lo cual sugiere que, para Jesús, más que cualquier otro atributo, Dios era su Padre (Mat. 10: 32; Luc. 2: 49). Esto contrasta con la imagen de Dios que predominaba entre los judíos de aquella época, a saber, que Dios era un rey.

En una sociedad patriarcal como la judía de los tiempos de Jesús, la figura del padre desempeñaba el papel más importante dentro del círculo familiar. El padre era el responsable de **mantener**, **instruir y ejercer autoridad** en el seno familiar.

Respecto a la primera función, la de **mantener** a su familia, Jesús dijo lo siguiente del Padre celestial:

> «Por tanto os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mat. 6: 25, 26).
> «No os angustiéis, pues, diciendo: "¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?", porque los gentiles se angustian por todas estas cosas, pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas ellas» (vers. 31-32).

El Padre celestial también se ha ocupado de la segunda función, **instruir** a sus hijos. En Juan 6: 45 leemos las palabras de Jesús: «Escrito está en los Profetas: "Y todos serán enseñados por Dios". Así que, todo aquel que oye al Padre y aprende de él, viene a mí».

Pero, con respecto a la tercera función de **ejercer autoridad**, ¿es el Padre celestial, a los ojos de Jesús, alguien que se deleita en imponer su autoridad sobre los integrantes de su familia? En los Evangelios no encontramos a Dios el Padre sometiendo por la fuerza a sus hijos a la más estricta

obediencia, ni abusando de su autoridad. Para Jesús, el carácter de Dios no viene definido por su dominio sobre los habitantes del mundo, sino por su capacidad para perdonar y compadecerse de sus hijos (ver Mar. 11: 25; Luc. 6: 36). La autoridad del Padre es ejercida sobre nosotros en función del perdón y el amor incondicional que nos ofrece a todos (Juan 16: 27).

Por supuesto, Jesús era la persona más cualificada para hablarnos de Dios como Padre, siendo que él lo conoce más que nadie pues «vive en unión íntima con el Padre» (Juan 1: 18, NVI). Además, a través de la encarnación, él, que era igual al Padre (Fil. 2: 6), llegó a ser «Hijo de Dios» (Luc. 1: 35). Así que él, como ningún otro, sabe lo bueno que es tener a Dios por Padre.

Justo y santo, misericordioso y clemente: dos imágenes de un mismo Dios

En el Antiguo Testamento la imagen del Dios Padre encuentra su mayor expresión en el capítulo 7 de Daniel. Allí el Padre es descrito como un «Anciano de días»:

> «Estuve mirando hasta que fueron puestos unos tronos y se sentó un Anciano de días. Su vestido era blanco como la nieve; el pelo de su cabeza, como lana limpia; su trono, llama de fuego, y fuego ardiente las ruedas del mismo. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; miles de miles lo servían, y millones de millones estaban delante de él. El Juez se sentó y los libros fueron abiertos» (Dan. 7: 9, 10).

Es probable que al leer este retrato del Padre tengamos desconfianza de acercarnos a un personaje que está rodeado de fuego. Lo primero que suponemos es que en algún momento nos consumirá con las llamas que proceden de su trono. Sin embargo, el punto central de esta descripción es demostrar que nuestro Padre habita en un ambiente de justicia y santidad, porque él mismo es justo y santo (ver Lev. 11: 45; Jos. 24: 19). El Padre es justo porque sus decisiones se fundamentan en lo que está escrito en los libros, no en caprichos o consideraciones subjetivas. «Y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros» (Apoc. 20: 12). Dos veces Apocalipsis menciona que los juicios de Dios «son justos y verdaderos» (Apoc. 15: 3, *cf.* 16: 7).

Aporte del don profético

«Nuestro Padre celestial es la fuente de vida, sabiduría y gozo» (*El camino a Cristo*, cap. 1, p. 13).

Por otro lado, el fuego que rodea su trono es símbolo de la pureza y la santidad que se respira en las cortes celestiales. De hecho, cuando Juan relata la visión del trono en el libro de Apocalipsis, destaca que todos «día y noche, sin cesar, decían: ¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso» (Apoc. 4: 8).

Más de uno ha creído que, como el Padre es un «Anciano de días», ha de ser un viejo cascarrabias, pero nada más lejos de la realidad. En Lucas 15 Jesús relató una parábola en la que describía a Dios como un padre que ama a sus hijos independientemente de las decisiones que tomen, aun cuando sean erradas. Mediante esta parábola podemos comprender que la condición de Dios como nuestro Padre permanece invariable sean cuales sean las circunstancias en las que se encuentren sus hijos. Fíjese en que el hijo menor creyó que su padre era un padre benévolo: 1) cuando le dijo que le entregara los bienes (vers. 12); 2) cuando estaba en el fango junto con los cerdos (vers. 17, 18) y 3) cuando regresó a la casa (vers. 21). Este muchacho es bien conocido por su rebeldía y obstinada decisión de abandonar la casa del padre, pero si hay algo que podemos aprender de él, es a reconocer que Dios siempre será nuestro Padre. El hijo mayor, aun cuando nunca había abandonado la casa paterna, demostró que consideraba a su padre no como tal, sino como patrón (vers. 29). De hecho, en todo el relato nunca encontramos la palabra «padre» en los labios del hermano mayor.

Esta imagen de Dios como el Padre misericordioso constituye una verdad fundamental en todo el Nuevo Testamento. A los creyentes de la iglesia de Éfeso, el apóstol les presentó a Dios como alguien «rico en misericordia» (Efe. 2: 4). El mismo Pablo afirma que «Dios […] tiene misericordia con todos» (Rom. 11: 32), puesto que él es el «Padre de la misericordia» (2 Cor. 1: 3). Hablando de Dios Padre, Pedro escribió «que su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva» (1 Ped. 1: 3). Judas dice que hemos sido «conservados en el amor de Dios» (21). Y no crea usted que el Padre ama y tiene misericordia únicamente de sus hijos obedientes, ni que exige nuestra obediencia para mostrar su misericordia. No, sino que «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5: 8).

El texto más conocido de la Biblia no deja dudas sobre esta gran verdad: «Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el

que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16).

Aporte del don profético

«Del corazón del Padre es de donde manan para todos los seres humanos los ríos de la compasión divina demostrada por Cristo» (El camino a Cristo, cap. 1, p. 18).

Reconciliación y adopción: las obras del Padre

Reconciliación y adopción son dos de los conceptos más hermosos que registran las Escrituras. Mediante la reconciliación, el Padre produjo un cambio en nuestra relación con él. La barrera que habíamos levantado con nuestra horrenda rebelión fue quebrantada por la poderosa acción del Padre. La reconciliación nos permite «tener entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Efe. 2: 18). El Padre se encargó de franquearnos la entrada cuando «estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados» (2 Cor. 5: 19). ¡El Padre es quien inicia el camino hacia la reconciliación con sus hijos rebeldes!

La adopción es el proceso mediante el cual el Padre nos da el estatus de hijos. En los tiempos del Nuevo Testamento, cuando una persona era adoptada:

- Perdía todos los derechos de su antigua familia.
- Se convertía en heredero de su nuevo padre.
- Ante la ley, su vida anterior quedaba borrada.

El único derecho que nosotros teníamos en nuestra antigua familia era la muerte (Rom. 6: 23, *cf.* Heb. 2: 14), pero al ser adoptados por el Padre llegamos a ser herederos de nuestro Padre celestial (Rom. 8: 17) y recibimos una nueva vida, pues las cosas viejas quedaron atrás (2 Cor. 5: 17). Con razón, podemos clamar «¡Abba, Padre!» (Rom. 8: 15). El vocablo arameo abba solo es usado por Cristo en Marcos 14: 36 y por aquellos que han recibido la adopción del Padre. Algunos lingüistas han sugerido que más que una palabra, abba constituye el balbuceo de un niño pequeño que intenta llamar a su padre. De esta manera abba quizá sea la forma más personal de referirse a Dios, es como si llamáramos a Dios *papito*. «Ya no eres esclavo sino hijo; y como eres hijo, Dios te ha hecho también heredero» (Gál. 4: 7, NVI). El Padre «por su amor nos predestinó para ser adoptados hijos suyos» (Efe. 1: 5). ¡Qué bueno es nuestro «*papito*» celestial!

Dios Padre y el gran conflicto

El gran conflicto dio inicio cuando Satanás puso en evidencia su disgusto ante las acciones de Dios como Padre y Creador. Desde entonces, ha sido el plan del enemigo desvirtuar el carácter de Dios y tratar de ocupar el lugar que le corresponde al Padre en el trono celestial. Por ejemplo, así como el Padre tiene su trono (Apoc. 4: 1-3), también Satanás ha establecido su propio trono en la tierra (Apoc. 2: 13). El deseo del «padre de la mentira» era tener su propio trono «en lo alto, junto a las estrellas de Dios» (Isa. 14: 13). Así como el Padre sienta a Cristo en su trono (Apoc. 3: 21), el diablo le da su trono a la bestia (Apoc. 13: 2).

El profeta Daniel describe el momento en que el «Anciano de días», es decir Dios Padre, entrega al «hijo del hombre» «dominio, gloria y reino» (Dan. 7: 13, 14). Satanás usurpó la autoridad del Padre al mostrarle a Cristo «todos los reinos del mundo» y decirle: «Todo esto te daré, si postrado me adoras» (Mat. 4: 8, 9). Jesús rechazó la gloria ofrecida por el enemigo y, en cambio, procuró la gloria que viene del Padre: «Mi Padre es el que me glorifica» (Juan 8: 54).

Durante el desarrollo del gran conflicto entre el bien y el mal, el mismo Satanás ha llegado a fungir como «un padre». Refiriéndose a esto Jesús dijo: «El padre de ustedes es el diablo; ustedes le pertenecen, y tratan de hacer lo que él quiere» (Juan 8: 44, DHH). Esas personas que argumentaban ser «hijos de Dios» (vers. 41), se convirtieron en «hijos del diablo» porque rechazaron a Cristo (vers. 42), y al hacerlo también rechazaron al Padre, que lo había enviado (Juan 5: 36; 10: 36).

Aunque Satanás ha actuado de todas las maneras posibles para desvirtuar el carácter del Padre, el gran conflicto finalizará cuando «toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Fil. 2: 11).

En defensa de nuestra fe

El Dios del Antiguo Testamento, ¿es el mismo que encontramos en el Nuevo Testamento?

Esta pregunta viene despertando gran interés desde los mismos inicios de

la iglesia cristiana. De hecho, una respuesta errada a este interrogante provocó el primer cisma en la historia de la iglesia cristiana (siglo II d. C.), cuando Marción, obispo de Sinope, enseñó que el Dios del Antiguo Testamento era un Dios diferente al Padre que nos había mostrado Jesús. Para apoyar sus ideas, Marción rechazó el Antiguo Testamento y proclamó que únicamente los escritos de Pablo debían ser aceptados por los cristianos, pues, según él, Pablo era el único apóstol que había entendido las enseñanzas de Jesucristo. Por supuesto, la iglesia rechazó las enseñanzas de Marción.

Al estudiar la Biblia nos damos cuenta de que ambos Testamentos revelan al mismo Dios. Notemos los siguientes detalles:

- **El Dios del Antiguo Testamento es, en primer lugar, misericordioso**. Cuando Dios creó nuestro mundo se aseguró de que todo fuera «muy bueno» (Gén. 1: 31), y cuando el ser humano desobedeció su mandato (Gén. 3: 6, 7), en lugar de condenarlo, lo perdonó (Gén. 3: 21), y a quien condenó fue a la serpiente (Gén. 3: 14, 15). Es el Dios que esperó pacientemente durante ciento veinte años a que los antediluvianos se arrepintieran (Gén. 6: 3), y dio cuatrocientos años de oportunidad a los cananeos (Gén. 15: 13-16). Fue ese Dios quien, para asombro del mismo profeta, perdonó a la impía y depravada ciudad de Nínive (Jon. 3 y 4). Los escritores bíblicos lo describen como «clemente […] y grande en amor y fidelidad» (Éxo. 34: 6, NVI), alguien que es «bueno con todos» (Sal. 145: 9) y cuyo «amor perdura para siempre» (Sal. 136, NVI).
- **El Dios del Antiguo Testamento era el propio Jesús**. En el Antiguo Testamento se anunciaba que «una voz que clama en el desierto» habría de preparar «un camino a Jehová» (Isa. 40: 3). En el Nuevo Testamento, Mateo identifica a Juan el Bautista con estas palabras: «Este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: “Voz del que clama en el desierto”» (Mat. 3: 3) y, como todos sabemos, la persona a quien el Bautista preparó camino fue Jesús (Luc. 1: 17). Por su parte el profeta Isaías, cuando vio la gloria de Dios (Isa. 6: 1-10), vio a Jesús (Juan 12: 41). Jesús es el Creador de todo lo que existe (Heb. 1: 2), y fue quien guió a Israel por el desierto (1 Cor. 10: 4). Todo esto sugiere que el Dios del Antiguo Testamento es el mismo Jesús.

Ahora bien, no hemos de pasar por alto que el Nuevo Testamento también describe a un Dios que es fuego consumidor (Heb. 12: 29), que revela su «ira» (Rom. 1: 18), que «juzga y pelea» (Apoc. 19: 11) como en los tiempos del Antiguo Testamento, pero que sobre todo, con paciencia y misericordia, como lo hizo en los tiempos antiguos, espera que usted y yo nos arrepintamos de nuestros pecados. Dios siempre ha sido misericordioso y justo; él no cambia pues «es el mismo ayer, hoy y por los siglos de los siglos» (Heb. 13: 8). Es el Dios donde «la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron» (Sal. 85: 10).

La bendición de esta doctrina para nosotros

El acreditado escritor Perry Garfinkel nos regaló un interesante cuadro del valor de un padre cuando dijo: «Para un niño, el padre es un gigante desde cuyos hombros puede divisar el infinito». ¿Puede usted imaginar lo que esto significaría si ese padre fuera Dios y ese niño fuera usted?

No todo el mundo ha tenido la suerte de contar con un buen padre. Por tanto, es posible que para mucha gente la palabra «padre» no suscite buenas sensaciones. Cada vez vemos con mayor frecuencia que padres asesinan a sus hijos. Las estadísticas sugieren que los padres son los familiares más propensos a abusar de sus hijos. Muchos padres abandonan a sus hijos. Es posible que usted mismo haya sido víctima de la crueldad o el abandono de un padre terrenal. Sin embargo, Dios es el mejor Padre que existe en el universo.

En el libro *How God Changes your Brain* [Cómo cambia Dios tu cerebro], los investigadores Andrew Newberg y Mark Robert Waldman han concluido que las personas que verdaderamente creen en Dios son más felices que aquellos no lo hacen. No permita que el recuerdo de un mal padre le amargue la vida; en lugar de ello disfrute de los privilegios que conlleva ser hijo del Padre celestial.

Creer que Dios es su Padre lo ayudará a:

- Tener relaciones familiares mucho más sólidas y estables, y promover los valores de la familia.
- Desarrollar una mejor relación con sus hijos.

• Prevenir el consumo de sustancias dañinas para la salud.
• Ser menos propenso a caer en la depresión y el suicidio.

¿No le gustaría recibir todos estos beneficios?

Esta doctrina nos permite entender que Dios es un ser personal. Un padre no es un concepto, una idea o un sentimiento. Por el contrario, es alguien a quien podemos conocer y a quien podemos acercarnos; alguien con quien podemos comunicarnos y a quien podemos amar. Debido a que Dios es nuestro Padre, nuestra fe se convierte en algo real y tangible.

El Padre celestial anhela construir relaciones perdurables con todos nosotros. La relación de un padre con sus hijos es indisoluble y para siempre. Dios nos llama a aceptarlo como el único que puede darnos salvación y vida eterna. Como nuestro Padre, él se ha comprometido con nosotros para siempre, y ahora podemos establecer un vínculo permanente y duradero con él.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, qué maravilloso es que pueda llamarte Padre, mientras al mismo tiempo sé que eres también mi Dios omnipotente y majestuoso. Me refugio en tus brazos de amor, te ruego que me guíes con tu sabiduría, y me rodees con tu bondad y misericordia. Te amo y deseo verte pronto cara a cara y estar donde tú estás. Amén.

ESTO CREEMOS SOBRE

El Hijo

Dios el Hijo Eterno se encarnó en Jesucristo. Por medio de él fueron creadas todas las cosas, se reveló el carácter de Dios, se llevó a cabo la salvación de la humanidad y se juzga al mundo. Aunque es verdadero y eternamente Dios, llegó a ser también verdaderamente hombre, Jesús el Cristo. Fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María. Vivió y experimentó la tentación como ser humano, pero ejemplificó perfectamente la justicia y el amor de Dios. Mediante sus milagros él manifestó el poder de Dios y fue confirmado como el Mesías prometido de Dios. Sufrió y murió voluntariamente en la cruz por nuestros pecados y en nuestro lugar, resucitó de entre los muertos y ascendió para ministrar en el Santuario celestial en favor nuestro. Volverá otra vez en gloria para la liberar definitivamente a su pueblo y restaurar todas las cosas (Juan 1:1-3, 14; Colosenses 1: 15-19; Juan 10: 30; 14: 9; Romanos 6: 23; 2 Corintios 5: 17-19; Juan 5: 22; Lucas 1: 35; Filipenses 2: 5-11; Hebreos 2: 9-18; 1 Corintios 15: 3, 4; Hebreos 8: 1, 2; Juan 14: 1-3).— *Creencia Fundamental nº 4*

4

¿Ha oído usted hablar de Plinio el Joven? Fue gobernador de Bitinia, provincia romana ubicada en el noroeste de Asia Menor, y gran amigo del emperador hispanorromano Trajano. Plinio ha llegado a ser famoso por sus cartas. En una de ellas, escrita en el 112 d. C. y dirigida a dicho emperador, Plinio se refiere a los cristianos en estos términos: «Ellos afirmaban que toda su culpa y error consistía en reunirse en un día fijo antes del alba y cantar a coro alternándose un himno a Cristo como a un dios y en obligarse bajo juramento no solo a no cometer ningún delito, sino además a no cometer hurtos, fechorías ni adulterios, a no faltar a la palabra dada».

La búsqueda en *Google* de los términos «Jesús», «Cristo» y «Jesucristo» da como resultado un total de casi novecientos millones de entradas. Esta cifra constituye una simple muestra de que ningún otro personaje de la historia ha inspirado tanto interés y controversia como el humilde carpintero de Galilea. Pero, ¿quién es Jesús? La respuesta depende de a quién se lo preguntemos.

Erwin Lutzer tiene razón cuando dice que Jesús se ha convertido en una masilla en las manos de «quienes desean amoldarlo para que se ajuste» a sus opiniones personales. Así, Jesús ha llegado a ser un moralista, un revolucionario, un profeta, un campesino, un dios, un maestro, un simple hombre, el esposo de María Magdalena, un brujo, un estafador; pero también Dios, el Salvador, el Hijo de Dios y el único camino para llegar al cielo. En fin, Jesús puede ser lo que decidamos que sea. Pero, ¿quién es el Cristo que nos presenta la Biblia? A fin de cuentas, lo que vale es lo que las Escrituras hayan dicho respecto al personaje que los adventistas consideramos ***Dios el Hijo***.

Lo que todo adventista debe saber sobre Dios el Hijo

Es verdaderamente Dios

Al ascender al cielo, Jesús fue exaltado (Heb. 1: 3; 12: 2), pero él es más que un ser que ha sido exaltado. Jesús no es un hombre a quien se le otorgó la condición divina tras haber vivido una vida humana perfecta. No, Cristo existía antes de su nacimiento en la tierra (Juan 1: 1). Él pidió al Padre: «Glorifícame tú al lado tuyo, con aquella *gloria que tuve contigo antes* que el mundo existiera» (Juan 17: 5).

El ángel que anunció su nacimiento le explicó a su madre que él sería el «Emanuel» prometido (Isa. 7: 14), es decir «Dios con nosotros» (Mat. 1: 23). Como dijo Isaías, él es «Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz» (Isa. 9: 6, 7).

Algunas profecías del Antiguo Testamento que se referían a «Jehová» fueron aplicadas a Jesús. El «mensajero» (Mal. 3: 1) que prepararía el camino a Jehová (Isa. 40: 3) fue Juan el Bautista (Mar. 1: 1-4), quien preparó el camino a Jesús (Juan 1: 6, 7, 19-23). Cuando Isaías vio a «Dios sentado en un trono muy alto» (Isa. 6: 1-3, TLA) en realidad «vio su gloria [la de Cristo], y habló acerca de él» (Juan 12: 37-43).

Cuando Moisés preguntó a Dios cuál era su nombre, Dios respondió: «Yo soy el que soy. Y añadió: "Así dirás a los hijos de Israel: 'Yo soy' me envió a vosotros"» (Éxo. 3: 14). Jesús no solo usó la expresión «Yo soy» para indicar muchos de sus atributos, sino que se identificó con el Dios «Yo soy» del Antiguo Testamento (Juan 8: 24, 58). Cuando los soldados dijeron que estaban buscando a Jesús, él respondió «Yo soy» (Juan 18: 5). Era tan evidente para los oyentes que Jesús se estaba identificando a sí mismo con Dios que «cuando les dijo: "Yo soy", retrocedieron y cayeron en tierra» (vers. 6).

Jesús también actuó como Dios, y por eso fue acusado directamente por quienes lo observaban: «Tú, siendo hombre, te haces Dios» (Juan 10: 33). Perdonó pecados (Mar. 2: 5-6) asumiendo lo que eso implicaba, pues «¿quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?» (vers. 7). Aunque le dijo a Satán «al Señor tu Dios adorarás y solo a él servirás» (Mat. 4: 10), él aceptó ser adorado (Mat. 28: 9, 16, 17; Luc. 24: 52; Heb. 1: 6).

Aporte del don profético

«Cristo mismo es la perla de gran precio. En él se reúne toda la gloria del Padre, la plenitud de la Divinidad. Es el resplandor de la gloria del Padre, y la misma imagen de su persona. La gloria de los atributos de Dios se expresa en su carácter. Cada página de las Santas

Escrituras brilla con su luz» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 9, p. 87).

En el Nuevo Testamento frecuentemente se llama «Dios» a Jesucristo. Tomás le dijo: «¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20: 28). Pablo habló de «Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas» (Rom. 9: 5) y lo llamó «nuestro gran Dios y salvador Jesucristo» (Tito 2: 10, 13). El autor de Hebreos, probando la divinidad de Cristo, aplicó una cita del Antiguo Testamento a Jesús: «Pero del Hijo dice: "Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos. Cetro de equidad es el cetro de tu Reino"» (Heb. 1: 8). Juan declaró enfáticamente que Jesús «era Dios» (Juan 1: 1). Más que eso, en su primera Epístola declaró que Jesús era el «verdadero Dios»: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna» (1 Juan 5: 20).

Es verdaderamente hombre

En el Nuevo Testamento Jesús es identificado como un «hombre acreditado por Dios» (Hech. 2: 22, NVI). Su «genealogía» humana era conocida (Mat. 1: 1) y creció y aprendió como cualquier niño (Luc. 2: 52) sujeto a sus padres (vers. 51). Incluso la Biblia dice que «aprendió a obedecer» (Heb. 5: 8, NVI).

Como cualquier otro hombre Jesús lloró (Juan 11: 35), tuvo hambre y sed (Mat. 4: 2; Juan 19: 28), y comió y bebió (Mat. 11: 19); se entristeció (Mat. 26: 38) y se regocijó (Luc. 10: 21); se enojó (Mar. 3: 5), se turbó (Juan 12: 27) y se conmovió (Juan 11: 33). También murió (Mat. 27: 20; Juan 19: 30). Así como «los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo» (Heb. 2: 14).

Él vino «en semejanza de carne de pecado» (Rom. 8: 3), por eso fue tentado como nosotros «en todo» (Heb. 2: 18; 4: 15), pero se mantuvo «sin pecado» (Heb. 4: 15; 2 Cor. 5: 21), «santo, inocente, sin macha, apartado de los pecadores y hecho más sublime que los cielos» (Heb. 7: 26).

El apóstol Juan afirma que quien «era Dios» (Juan 1: 1), «se hizo carne» (vers. 14). ¿Cómo? El ángel le explicó a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que va a nacer será llamado Hijo de Dios» (Luc. 1: 35). Por obra de las Personas de la Trinidad, en el hombre Jesús «habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col. 2: 9). Más allá de estas afirmaciones no hay nada revelado. «Indiscutiblemente grande es el

misterio de la piedad. Dios fue manifestado en carne» (1 Tim. 3: 16).

Como Dios, Jesús es el Creador; «todas las cosas por él fueron hechas» (Juan 1: 3, RVA), «todo fue creado por medio de él y para él» (Col. 1: 16, DHH). Como hombre él es una criatura. Él «se hizo carne» (Juan 1: 14) y le fue preparado un «cuerpo» (Heb. 10: 5). Como Dios, es igual al Padre (Juan 10: 30; 14: 9), pero como hombre dijo: «El Padre es mayor que yo» (Juan 14: 28).

«Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo y se hizo semejante a los hombres. Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte cruz» (Fil. 2: 6-8).

Jesús se consideraba «enviado» del cielo a la tierra con una misión (Juan 6: 40; 11: 42; 17: 3, 4). Su misión era salvar a la humanidad perdida (Luc. 19: 10). La naturaleza de su misión determinó la forma en que vino. Era imprescindible que fuera hombre para corregir el fracaso del primer Adán (Rom. 5: 1-19), para interceder como sacerdote por los seres humanos (Heb. 4: 14-15; 15: 1-5), para entender las debilidades de la humanidad (Heb. 2: 18). Él se hizo hombre para poder morir: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Heb. 2: 14, 15).

Es el Mesías

«Jesucristo» o «Cristo Jesús» más que un nombre es una confesión: «Jesús es el Cristo» (Mat. 16: 20; Hech. 2: 36). La Palabra «Cristo» es una traducción de «Mesías» (Juan 1: 41; 4: 25; 9: 22) que significa «ungido» (Luc. 2: 26). Era una forma de identificar al ser prometido que redimiría al pueblo de Dios (Luc. 24: 21, 26).

Jesús es la «simiente» o «descendencia» prometida a la mujer en el Edén (Gén. 3: 15; Gál. 4: 4) y a Abraham (Gén. 12: 7; Gál. 3: 16); él es el «león» que saldría de la tribu de Judá (Gén. 49: 9-10; Apoc. 5: 5). Él es el retoño que se sentaría en el trono de David (Isa. 9: 7; 11: 1, 2; Mateo 1: 1; Luc. 1: 32, 33). Él es el «ungido» declarado «Hijo de Dios» (Sal. 2: 2, 7; Heb. 5: 5). Él es el «siervo» sufriente y exaltado profetizado por Isaías (42: 1; 52: 13-53: 11; Hech. 8: 30-35). Él es el «Mesías Príncipe» de quien Daniel profetizó el tiempo de su venida (Dan. 9: 25; Mar. 1: 15).

Todo su ministerio fue un «cumplimiento» de las profecías (Mat. 1: 22; 2:

15, 23; 4: 14; 8: 17). Él es el Mesías prometido en las Escrituras (Mat. 26: 54, 56; Mar. 14: 49). Cuando una mujer le dijo: «Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas», él le respondió: «Yo soy, el que habla contigo» (Juan 4: 25, 26).

Es nuestro Sustituto y Salvador

El mismo concepto de Mesías revela a alguien que triunfa en lugar del hombre precisamente donde los seres humanos habían fracasado. Todo el sistema ritual del Antiguo Testamento se centraba en la muerte de un animal como sustituto y expiación de los seres humanos (Lev. 1: 4, 5). Con ello se lograba el perdón o remisión de los pecados (Heb. 9: 22). Este animal representaba a Cristo, puesto que él es «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29).

Cristo murió «por nosotros» (Rom. 5: 8), es decir, en nuestro favor, en nuestro lugar (2 Cor. 5: 14, 21). Así con su muerte «nos salvó» (2 Tim. 1: 9; Tito 3: 5). Jesús resucitó de los muertos y ahora vive para nosotros (Heb. 7: 25). Él intercede por nosotros en el Santuario celestial aplicando los beneficios de su sacrificio en la cruz (Heb. 8: 1-5).

Él ahora reina en el cielo, sujetando el mundo a la voluntad de Dios (1 Cor. 15: 24-26). Cuando concluya su ministerio en el cielo regresará (Juan 14: 1-3) para restaurar todas las cosas y estar para siempre con nosotros.

Satanás puso en entredicho el carácter de Dios en el cielo, y Dios se propuso revelar su carácter más plenamente con la creación del mundo, por eso hizo al hombre a su imagen y semejanza (Gén. 1: 26, 27). Los seres humanos tenían el cometido de revelar a Dios, y cuando el pecado entró al mundo, Dios siguió con su plan de darse a conocer por nuestro medio. Por eso Jesucristo se hizo hombre. Él es el único capaz de revelar el verdadero carácter de Dios (Mat. 11: 27; Juan 1: 18). En la vida, muerte y resurrección de Cristo quedaron desmentidas de una vez y para siempre todas la deformaciones que el enemigo había atribuido al carácter de Dios. Quien quiera conocer a Dios debe mirar a Jesús (Juan 14: 8-10).

Satanás es «homicida» y «mentiroso» desde el principio (Juan 8: 44). El deseo de eliminar a Dios fue el detonante de la guerra que Satanás inició en el cielo (Apoc. 12: 7). Al hacerse hombre, Cristo le dio a Satanás la oportunidad de hacer con él lo que él se proponía hacerle a Dios. Apocalipsis 12 muestra a Satán tratando de destruir a Cristo desde su nacimiento (vers. 4; Mat. 2: 13). La muerte y tortura de Cristo en la cruz atestiguan ante el universo quién es realmente Satanás (Col. 2: 15).

En defensa de nuestra fe

¿Es Cristo un ser creado?

Algunos sostienen que Cristo fue un ser de alguna forma creado por Dios. Para esto se basan en una particular interpretación de ciertos pasajes bíblicos.

El proverbio a la «sabiduría» (Prov. 8) habla de la sabiduría como de una persona (vers. 1-3, 12). En el Nuevo Testamento se le llama a Cristo «sabiduría de Dios» (1 Cor. 1: 24, 30) y Jesús se refirió a sí mismo como la «sabiduría de Dios» (Luc. 11: 49). El proverbio dice que la sabiduría fue «*engendrada* antes que los abismos, antes que existieran las fuentes de las muchas aguas» (Prov. 8: 24). El versículo 22 dice también: «El Señor me creó al principio de su obra» (DHH). ¿Implican estos textos que Jesús fue creado?

En primer lugar Proverbios 8 está usando una figura literaria conocida como «personificación», que consiste en atribuirle personalidad a lo que no la tiene. Por ejemplo, la sangre «clama» (Gén. 4: 10), los montes cantan y los árboles aplauden (Isa. 55: 12). Así, en Proverbios, la sabiduría se presenta clamando (8: 1), hablando y dando voces (vers. 6), enseñando (vers. 10). Esto, por supuesto, no quita que la sabiduría sea un atributo que posee el sabio (Prov. 1: 1-6). El proverbio está hablando primeramente del eterno atributo divino de «sabiduría», de su «inteligencia» (Prov. 2: 6; 3: 13-20; 8: 1). Lo que afirma el texto es que Dios hizo todas sus obras «con sabiduría» (Sal. 104: 24).

Aporte del don profético

«Si Cristo hizo todas las cosas, existió antes que todas las cosas [existieran]. Las palabras que se refieren a este tema son tan concluyentes, que nadie tiene por qué quedar con dudas. Cristo fue Dios esencialmente y en el máximo sentido. Estuvo con Dios desde toda la eternidad; Dios sobre todas las cosas; bendito para siempre» (Elena G. de White, Comentario bíblico adventista, t. 5, p. 1100).

Debemos ser cuidadosos cuando tomamos un texto poético, como es el de Proverbios, y lo usamos para definir a la persona de Jesús. Realmente la sabiduría es algo, no alguien. Por ejemplo, el versículo 12 dice: «Yo, la sabiduría, habito con la cordura». ¿Se refiere a dos personas? ¿Quién es la cordura? La sabiduría se presenta como una mujer (7: 4), ¿es Cristo mujer?

Cristo es la «sabiduría» de Dios en el sentido de que, en su ser, él revela la sabiduría divina.

En la creación Dios habló para crear (Gén. 1: 3). En Salmos 33: 6 se dice que todo fue creado por «la palabra» y en Juan 1: 1 se nos dice que la Palabra era una Persona, divina y creadora, era Jesús (Juan 1: 1-3, 14). Pero Jesús no era una cosa que salió de la boca del Padre. Él era la palabra en el sentido de que era la expresión o ejecución del pensamiento divino. Esto mismo ocurre con el tema de la sabiduría. Él es «sabiduría de Dios y poder de Dios» (1 Cor. 1: 24).

En Colosenses 1: 15 se habla de Cristo como «primogénito de toda creación». ¿Implica este texto que Jesús fue creado? Colosenses 1: 15-20 es un poema de dos estrofas. En la primera, Cristo es descrito como «la imagen del Dios invisible» y creador de todo lo que existe (15-17). En la segunda, aparece como el agente de la nueva creación o redención (18-20). Si usted lee cuidadosamente ambas estrofas se dará cuenta de que existe un hermoso paralelismo entre ellas. El propósito de este poema es exaltar a Cristo sobre toda la creación. Con ello Pablo estaba contrarrestando a quienes trataban de rebajar al Señor y presentarlo como un semidiós, un ser intermedio entre Dios y los humanos.

La palabra que se traduce como «primogénito» (*prototokos*) tiene la connotación de «importancia», «honor», «dignidad» o «preeminencia» (Sal. 89: 20; Heb. 12: 23) y no necesariamente de «primero». Así, el mismo capítulo dice que Cristo es el «primogénito de entre los muertos» (vers. 18) y, ¿acaso fue Jesús el primer muerto? Lo que esto sugiere es que Cristo es lo «principal» en la creación. ¿Por qué? «Porque en él fueron creadas todas las cosas […] todo fue creado por medio de él y para él» (vers. 16). Algo similar sucede en Hebreos 1: 5, donde se utiliza con un sentido de preeminencia hacia Jesús.

Apocalipsis 3: 14 habla de Cristo como «el Principio de la creación de Dios». La palabra «*arjé*», que se traduce como «principio» significa también «principal», «primera causa» (note la palabra «*arquitecto*»: principal constructor). Por ejemplo, la palabra se traduce como «magistrado» en Lucas 12: 11. Cristo es el «arquitecto» del universo, el gobernador, la primera causa: «Todas las cosas por medio de él fueron hechas y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho» (Juan 1: 3).

La bendición de esta doctrina para

nosotros

Pascal dijo en cierta ocasión: «Crea en Cristo y, si él es el Hijo de Dios, usted gana el cielo; si no lo es, no tiene nada que perder».

Comprender la doctrina de Dios el Hijo trae a la vida de cada hijo de Dios incontables beneficios. Esto es así porque todas las bendiciones del creyente les son dadas en Cristo. Aun sabiendo que no podemos incluir todos esos beneficios en un espacio tan limitado, mencionemos algunos de ellos:

- Cristo es quien nos permite tener una perfecta revelación del carácter de Dios, y gracias a ello podemos tener una relación personal con él (Juan 1: 14).
- Debido a la encarnación de Cristo, podemos creer que Dios está comprometido con nuestra salvación, que lejos de abandonarnos se hizo uno con nosotros en Cristo, por tanto podemos contar con su solidaridad porque él es el Hijo del hombre (Mar. 10: 45).
- Como Cristo fue sometido a tentaciones semejantes a las nuestras, ahora podemos entender y aceptar que, cuando somos tentados, encontramos ayuda y comprensión en él.
- Cristo rompió para siempre el mito de que los seres humanos no son capaces de obtener la victoria sobre el pecado. Por el contrario, gracias a él ya sabemos que es posible ser fieles a la voluntad de Dios (Juan 16: 33).
- Finalmente, por haber aceptado a Cristo, somos ciudadanos del reino de la gracia, lo cual garantiza que cuando él regrese también seremos ciudadanos del reino de gloria que durará para siempre.

Orando a la luz de esta doctrina

Amado Dios, gracias por entregar a tu Hijo a cambio de nuestra salvación. Sentimos inmenso gozo sabiendo que en Cristo tenemos un amigo, un hermano, alguien que nos comprende. Gracias porque en Cristo hemos encontrado un Dios que se solidariza con todas y cada una de las situaciones de nuestra vida. Amén.

ESTO CREEMOS SOBRE

Dios el Espíritu Santo

Dios el Espíritu Eterno desempeñó una parte activa con el Padre y el Hijo en la creación, la encarnación y la redención. Inspiró a los autores de las Escrituras. Infundió poder a la vida de Cristo. Atrae y convence a los seres humanos, y renueva a los que responden y los transforma a la imagen de Dios. Enviado por el Padre y el Hijo para estar siempre con sus hijos, concede dones espirituales a la iglesia, la capacita para dar testimonio en favor de Cristo y, en armonía con las Escrituras, la guía a toda la verdad (Gén. 1: 1, 2; Luc. 1: 35; 4: 18; Hech. 10: 38; 2 Ped. 1: 21; 2 Cor. 3: 18; Efe. 4: 11, 12; Hech. 1: 8; Juan 14: 16-18, 26; 15: 26, 27; 16: 7-13).—*Creencia Fundamental* nº 5

5

Uno de los grandes problemas que tienen los que usan automóvil es que se les olvida apagar las luces del vehículo. A veces, alguien se lo advierte, y tienen que dejar de inmediato sus tareas para ir a apagarlas; pero otras veces no tienen esa suerte, y se les descarga la batería del auto. Entonces, por más que lo intenten, no logran encenderlo, y para colmo, el sistema electrónico de muchos vehículos modernos les impide usar cables para recargar la batería con la ayuda de otro automóvil. Afortunadamente, existe la posibilidad de firmar un contrato de seguro que incluye asistencia en carretera las veinticuatro horas del día. Con solo llamar, alguien vendrá pronto en su ayuda y ¡problema resuelto! Qué gran alivio saber que si tenemos dificultades con el automóvil, con solo hacer la llamada correcta, alguien vendrá a ayudarnos.

Tras haber desarrollado durante más de tres años su ministerio público, para sorpresa de todos, Jesús les dijo a sus discípulos que debía regresar al Padre: «Voy al Padre y no me veréis más» (Juan 16: 10). Imagine el impacto que esta declaración tuvo en el corazón de los doce. El mismo Jesús comprendió que aquellas palabras habían generado una gran tristeza en los discípulos (Juan 16: 6). Y no era para menos. Ellos habían visto al Señor curar enfermos, resucitar muertos, alimentar multitudes; e inesperadamente, Cristo les estaba anunciando ahora que tenía que regresar al cielo y dejarlos en la tierra. El «Dios con nosotros» (Mat. 1: 23) los dejaba en este mundo abominable y se marchaba a la presencia del Padre para recibir la gloria que había tenido «antes que el mundo existiera» (Juan 17: 5). No obstante, Jesús les aclaró que no los dejaría en la orfandad (Juan 14: 18), que su «tristeza se convertiría en gozo» (Juan 16: 20), porque vendría el Consolador, el Espíritu Santo, para estar con ellos para siempre (Juan 14: 16). El Señor dijo incluso que les convenía que él se fuera a fin de que descendiera el Espíritu Santo (Juan 16: 7).

¿Quién es ese personaje misterioso que vendría a dar continuidad a la obra de Cristo? ¿En qué sentido le convendría a la naciente iglesia que su

fundador regresara al cielo y en su lugar viniera el Espíritu Santo?

Lo que todo adventista debe saber sobre Dios el Espíritu Santo

El Espíritu Santo: alguien que está a nuestro lado

En el Evangelio de Juan el Espíritu Santo es llamado el «Consolador [gr. *paráclito*]» (14: 16, 26; 15: 26 y 16: 7). La palabra griega que ha usado el apóstol ha recibido distintas traducciones: «defensor» (DHH); «abogado defensor» (NTV); «abogado» (NC, NBE); «ayudador» (BP). La Biblia de Jerusalén prefirió transliterar el vocablo «*Paráclito*» y no traducirlo. «*Paráclito*» es una palabra compuesta por *pará*, que significa «al lado» y clito, «uno que es llamado»; literalmente significa «uno que es llamado para estar al lado».

Repasemos brevemente cómo se usaba el término en el mundo grecorromano. Cuando un soldado resultaba herido en la batalla, se le asignaba un compañero, un *paráclito*, para que estuviera a su lado y lo ayudara a mantenerse con vida. También se usaba esta palabra para aludir al líder que infundía nuevas fuerzas a sus tropas. En el ámbito jurídico el *paráclito* era el «amigo del reo», el «abogado defensor» que se mostraba leal al amigo cuando otros lo querían condenar. Asimismo, el *paráclito* era aquel que se ocupaba de «enseñar, exhortar e instruir» a la gente a fin de que pudieran realizar obras de bien.

Teniendo en cuenta los usos del término, cuando el evangelista llama «*paráclito*» al Espíritu Santo, es sin duda para describir al Espíritu realizando funciones semejantes a las que se refiere el término. Cuando las iglesias fueron devastadas por «una gran persecución» (Hech. 8: 1), al final quedaron «fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hech. 9: 31). El Consolador no nos abandona cuando nos toca luchar contra las fuerzas del mal, sino que «en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos» (Rom. 8: 26, NVI). Jesús prometió que cuando tengamos que comparecer ante «gobernantes y autoridades», no estaremos solos, puesto que el Espíritu de Dios nos enseñará en ese preciso momento «lo que hay que decir» (Luc. 12: 11, 12, NTV; *cf.* Mar. 13: 11). El Espíritu también es nuestro amigo ante la corte celestial, de tal manera que «ruega a Dios por nosotros, con gemidos que no pueden expresarse con palabras» (Rom. 8: 26, DHH).

El Consolador ha sido enviado para estar a nuestro lado como maestro de

la verdad divina (Juan 14: 26). Puesto que los escritores bíblicos fueron «inspirados por el Espíritu Santo» (2 Ped. 1: 21), nadie mejor capacitado que el propio Espíritu para guiarnos a toda verdad y hacernos saber «las cosas que habrán de venir» (Juan 16: 13). Él es responsable de enseñarnos, exhortarnos e instruirnos. Él es la queda voz que susurra en nuestros oídos: «Este es el camino, andad por él» (Isa. 30: 21).

Evidentemente, para que el Espíritu pueda ejercer las funciones propias del *paráclito*, no puede ser un ser indefinido e impersonal —como dijo Pablo de Samotracia en el siglo III, y como algunos en la actualidad siguen sosteniendo—, sino que ha de ser una persona real y concreta. La Biblia explica que el Espíritu es un ser inteligente (1 Cor. 2: 11), que tiene voluntad (1 Cor. 12: 11), poder (Luc. 4: 14; Rom. 15: 13) y capacidad de amar (Rom. 15: 30; Gál. 5: 22). Este tipo de cosas solo pueden ser hechas por un ser que posea personalidad propia.

El Espíritu Santo: Dios sin limitaciones corporales

Jesús dijo: «Es mejor para ustedes que yo me vaya» (Juan 16: 7, DHH). ¿Cuándo algo llega a ser «mejor», «más conveniente» para usted? ¿Cree usted que le resulta «mejor» al Barcelona cambiar a Messi, quizás el mejor futbolista del mundo, por Juan Pérez? ¡Por supuesto que no! Si lo que estoy recibiendo es inferior a lo que tengo, entonces ese cambio no puede ser conveniente para mí. Por lo tanto, si Jesús dice que a los discípulos les conviene que él se vaya para que descienda el Espíritu Santo, el Consolador no puede ser un personaje de una naturaleza inferior a la de Cristo; es decir, no puede ser menos que Dios. Pero, ¿es el Espíritu Santo Dios?

En Juan 14: 16 el Maestro dijo: «Yo le pediré al Padre, y él les dará *otro Consolador* para que esté siempre con ustedes» (NVI). De hecho en el Nuevo Testamento el uso del término *paráclito* está reservado para los miembros de la Deidad. Aparte del Espíritu Santo esta palabra únicamente se usa para referirse a Cristo en 1 Juan 2: 1, donde es traducida como «abogado». Los griegos usaban dos palabras cuyo significado básico era «otro». Cuando querían referirse a «otro» diferente, ellos empleaban heteros, palabra de la que derivan términos castellanos como «heterosexual» o «heterogéneo». En Juan 14: 16 el apóstol usa la otra palabra griega, allos, que es la que designa a «otro de la misma clase». Como Jesús es igual al Padre (Juan 1: 1-3; 5: 18, 19; 10: 30), al solicitar «otro Consolador», semejante a él, establece que el Espíritu Santo es «otro

de la misma clase» que él y el Padre, es decir, es Dios.

Aporte del don profético

«Estorbado por la humanidad, Cristo no podía estar en todo lugar personalmente. Por lo tanto, convenía a sus discípulos que fuese al Padre y enviase el Espíritu como su sucesor en la tierra» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 73, p. 638).

Pablo se refería indistintamente al Espíritu y a Dios, como vemos en Hechos 28: 25-26: «Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: "Ve a este pueblo y diles: 'De oído oiréis y no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis'"»; instrucciones estas que Isaías atribuye al Señor (ver Isa. 6: 8-10). Evidentemente, Pablo le está dando al Espíritu el mismo nivel de Dios. A los creyentes de la ciudad de Corinto les dijo que si nuestro «cuerpo es templo del Espíritu Santo» (1 Cor. 6: 19), en realidad es el «templo del Dios viviente» (2 Cor. 6: 16). En Hebreos 10: 15, 16 expresó: «El Espíritu Santo nos atestigua lo mismo, porque después de haber dicho: "Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: 'Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré'"»; pero Jeremías atribuye estas palabras al mismo Jehová (Jer. 31: 31-33). Es evidente que para Pablo el Espíritu Santo es Dios.

De igual manera, para el apóstol Pedro, mentir al Espíritu Santo era mentirle a Dios mismo (Hech. 5: 3, 4). Así como Dios es eterno, también lo es el Espíritu Santo (Heb. 9: 14).

En Jesús, «Dios fue manifestado en carne» (1 Tim. 3: 16), en él habitó «corporalmente toda la plenitud de la Divinidad» (Col. 2: 9); en Cristo Dios se limitó tanto en cuerpo como en espacio; sin embargo, con la venida del Espíritu Santo se pondría fin a esa limitación, pues el Espíritu Santo no estaría confinado a un cuerpo; por tanto, su obra sería mucho más amplia que la de Jesús. La venida del Espíritu haría posible que el conocimiento y la obra de Dios llegaran hasta «lo último de la tierra» (Hech. 1: 8).

El Espíritu Santo y el gran conflicto

Así como el diablo se ha ensañado contra el Padre y el Hijo, también lo ha hecho contra el Espíritu Santo. A lo largo de la historia Satanás ha tratado de atribuir a los poderes infernarles los milagros realizados por la manifestación del Espíritu de Dios y, al mismo tiempo, también ha intentado

falsificar la obra del Espíritu. Por tanto, la guerra de Satanás contra el Espíritu de Dios ha tenido dos frentes de ataque:

1. Convencer a la gente de que las acciones del Espíritu son obras diabólicas.
2. Guiar al mundo a creer que las manifestaciones satánicas son, en realidad, manifestaciones del Espíritu Santo.

Un ejemplo del primer caso podemos encontrarlo durante el ministerio de Cristo. Los enemigos del Señor insistían en que los milagros de Cristo eran realizados por demonios. «Los escribas que habían venido de Jerusalén decían que [Jesús] tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios» (Mar. 3: 22). Jesús contrarrestó esta afirmación y declaró que cuando echaba fuera a los demonios lo hacía mediante «el dedo de Dios» pues el «reino de Dios» había llegado (Luc. 11: 20). Mateo explica con mayor claridad lo dicho por Lucas. En lugar de mencionar la frase «dedo de Dios», Mateo escribió que Cristo echaba por tierra el poder de los demonios gracias a la obra del «Espíritu de Dios» (Mat. 12: 28). Así, los enemigos de Jesús asignaban al diablo lo que había hecho el Espíritu.

En Pentecostés, Satanás trató de hacer creer a la gente que las manifestaciones que se estaban produciendo habían sido provocadas por la borrachera de los discípulos, y no por el derramamiento del Espíritu (Hech. 2: 4-13). Más aún, como relata Hechos 8, el diablo intentó hacer creer a la gente que el Espíritu Santo era un don que se podía adquirir con dinero (vers. 14-18). Cuando el enemigo logra insertar este tipo de pensamiento en la mente de los creyentes nos coloca en «hiel de amargura y en prisión de oscuridad» (vers. 23). ¿Lo habrá logrado en la vida de muchos de nosotros?

Por otro lado, el diablo también ha intentado usurpar la obra del Espíritu. Pablo declaró por escrito a los creyentes de Roma que la labor que había llevado a cabo para guiar a los gentiles a la obediencia, la había realizado con «potencias de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios» (Rom. 15: 18, 19). Curiosamente, el mismo Pablo expresa que la venida de la «apostasía», que es «obra de Satanás», estará acompañada «de hechos poderosos, señales y falsos milagros» (2 Tes. 2: 3, 9). Mientras que el Espíritu obra estas señales para llevar a la gente a la obediencia, Satanás falsifica la labor del Espíritu para llevar a los seres humanos por el camino de la perdición, «por cuanto no recibieron el amor a la verdad para ser

salvos» (2 Tes. 2: 10).

Aporte del don profético

«El Espíritu Santo es el Consolador, en el nombre de Cristo. Él personifica a Cristo; sin embargo, es una personalidad distinta» (Manuscript Releases, t. 20, p. 324).

Durante el tiempo del fin la bestia que surge de la tierra (Apoc. 13: 11), y que en Apocalipsis 16: 13 es denominada «el falso profeta», hará «descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres» y engañará «a los habitantes de la tierra con señales» (Apoc. 13: 13, 14). Aquí tenemos una falsificación de lo que ocurrió en el Pentecostés, la imitación infernal del momento en que Dios envió al Espíritu para que descendiera como lenguas de fuego sobre los creyentes (Hech. 2: 3, 4). Los adventistas hemos identificado a esta bestia como un símbolo del protestantismo apóstata. No puede resultar una simple casualidad que este grupo que se autoproclama cristiano, no basa su validez en lo que está escrito en la Palabra, sino en las manifestaciones carismáticas que acompañan sus campañas evangelizadoras. Muchos de ellos han caído en la trampa de Simón, el mago, y se han dedicado a vender, negociar y falsificar la obra del Espíritu Santo.

Lo cierto es que mientras el diablo sigue luchando para denigrar y destruir la obra del Espíritu de Dios, el Señor tiene un grupo de hombres y mujeres que «son guiados por el Espíritu de Dios» (Rom. 8: 14). No olvidemos esta promesa: «Vendrá el enemigo como un río, mas el *Espíritu de Jehová levantará bandera contra él*» (Isa. 59: 19, RV60).

En defensa de nuestra fe

¿Por qué Jesús dice que el pecado contra el Espíritu Santo no puede ser perdonado?

La declaración de Cristo la encontramos en Mateo 12: 31, 32: «Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada […], ni en este siglo ni en el venidero».

- *Dios perdona todo*. Lo primero que Cristo dice es que «todo pecado […] será perdonado». Estas palabras son claras y contundentes. Nadie

debe creer que ha cometido un pecado, por grave que sea, que esté fuera de los límites del perdón divino. «Todo pecado será perdonado» por lo menos setenta veces siete (Mat. 18: 22), es decir, cada vez que usted acuda a Dios en busca de su perdón (1 Juan 1: 9). Dios perdonó la traición de Pedro (Juan 21: 15-19), el adulterio y el asesinato cometido por David (2 Sam. 12: 13), todas las atrocidades de Manasés (2 Crón. 33); por lo tanto, él también podrá perdonarlo a usted.

- *El pecado contra el Espíritu no es un acto, sino un estado*. La Biblia dice que la mentira es un pecado contra el Espíritu Santo (Hech. 5: 3); sin embargo, nadie duda que Dios puede perdonar a un mentiroso. Pablo nos advierte que nuestras acciones pueden entristecer al Espíritu Santo (Efe. 4: 30), lo cual implica que no existe un pecado que no sea cometido contra el Espíritu. Pero la declaración de Jesús no se refiere a actos, sino a una condición de permanente rechazo a la salvación que Dios ofrece por medio del Espíritu Santo (Apoc. 22: 17). Mateo nos explica que los fariseos y escribas rechazaban la obra que el Espíritu estaba haciendo por medio de Jesús (12: 28) y la atribuían a los poderes de Satanás (12: 24). El pecado de ellos consistió en permanecer en un estado de incredulidad y desprecio contra Cristo. Como se negaban a creer, el Espíritu Santo quedaba imposibilitado para convencerlos de su pecado (Juan 16: 8), y de guiarlos al arrepentimiento; por lo tanto, Dios no podía perdonarlos, pues ellos no estaban dispuestos a pedir perdón. En resumen, pecar contra el Espíritu Santo es rechazar la obra de Cristo (Heb. 6: 4-6; 10: 26) y repudiar la exhortación al arrepentimiento que Dios nos hace. Es decir, el pecado contra el Espíritu Santo es el que no se confiesa.

Dios no pierde la esperanza. El pecado contra el Espíritu es imperdonable para todo el que quiera permanecer en la incredulidad, pero tan pronto el corazón del incrédulo cede ante los llamados del Consolador celestial y se arrepiente, Dios lo perdonará. Aunque los fariseos pecaron contra el Espíritu como vemos en Mateo 12: 24-31, la Biblia nos dice que muchos de ellos recapacitaron, entregaron su vida a Cristo y se unieron a la Iglesia (Hech. 15: 5). Las Escrituras también mencionan a muchos sacerdotes que «obedecían a la fe» (Hech. 6: 7). Aun cuando el ser humano persiste en rechazar a Cristo y pecar contra el Espíritu, todo el cielo trabaja incansablemente por la salvación de cada uno de ellos. No crea que su situación está perdida. Si por alguna razón usted ha rechazado a Cristo, no

se desespere por ello, «ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de la salvación» (2 Cor. 6: 2), Dios anhela perdonarlo. ¿Quiere usted ese perdón?

La bendición de esta doctrina para nosotros

Jamás nuestro planeta había estado tan poblado como en esta época: más de siete mil millones de habitantes. Sin embargo, hoy los seres humanos vivimos más solitarios que nunca. El 26% de los estadounidenses se consideran solitarios crónicos, y el 54% de los franceses admite haber sufrido de soledad, a pesar de estar rodeados de gente. Según el Departamento Nacional de Estadística de Colombia, el 11% de los colombianos padece de soledad. En esa nación sudamericana más de seis millones de personas se hallan sumergidas en la depresión.

En una entrevista realizada recientemente al Dr. Santiago Rojas, este prestigioso psicólogo colombiano consideraba que la soledad es la enfermedad del siglo XXI y que el mejor remedio para lidiar con ella es fortalecer nuestra vida interior. El problema radica en la manera en que hemos tratado de llenar el vacío interior que nos empuja a la soledad y a la depresión.

El ser humano fue creado para vivir en compañerismo con sus semejantes y con su Creador. El Señor ha «puesto eternidad en el corazón» de todos nosotros (Ecl. 3: 11). El salmista, mientras atravesaba un momento de depresión tan profunda que sus propias lágrimas eran su alimento (Sal. 42: 3), expresó: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo» (Sal. 42: 2). Este vacío solitario solo puede ser llenado por el Espíritu Santo. Jesús comparó al Espíritu con un río de aguas vivas que fluyen en el interior del creyente (Juan 7: 38). Poco antes había dicho que «el Espíritu es el que da vida» (Juan 6: 63; *cf.* 2 Cor. 3: 6).

Dios ha enviado su Espíritu para que esté a nuestro lado en los momentos más angustiosos de nuestra existencia. Él estará a nuestro lado cuando sintamos que no tenemos a nadie que nos apoye y nos motive a seguir luchando. El Espíritu Santo es ese amigo que se mantiene a la par nuestra, aun cuando nuestra vida se ha convertido en un completo desastre. Y precisamente por eso lo necesitamos, porque él es el único capaz de llenar ese vacío existencial y espiritual que tenemos. Nosotros podemos ser

«llenos del Espíritu» (Efe. 5: 18). «Dios no da el Espíritu por medida» (Juan 3: 34). La Biblia termina con esta invitación hecha por el Espíritu: «El que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Apoc. 22: 17).

En esta vida todos necesitamos consuelo, orientación, ayuda, fortaleza, guía, inspiración, perdón, esperanza y compañía. El Espíritu Santo es el único que puede llenar todos nuestros vacíos y conducirnos a la verdad.

Orando a la luz de esta doctrina

Santo Espíritu de Cristo, mora en este corazón, lléname de tu presencia, cólmame de bendición. ¡Cólmame! ¡Cólmame! ¡Ven ahora y cólmame! ¡Cólmame de tu presencia!

ESTO CREEMOS SOBRE

La creación

Dios es el Creador de todas las cosas, y ha revelado en las Escrituras el relato auténtico de su actividad creadora. El Señor hizo en seis días «los cielos y la tierra» y todo ser viviente que la habita, y reposó en el séptimo día de aquella primera semana. De ese modo estableció el sábado como un memorial perpetuo conmemorativo de la terminación de su obra creadora. El primer hombre y la primera mujer fueron hechos a la imagen de Dios como corona de la creación, se les dio dominio sobre el mundo y la responsabilidad de cuidar de él. Cuando el mundo quedó terminado era «bueno en gran manera», proclamando la gloria de Dios (Gén. 1; 2; Éxo. 20: 8-11; Sal. 19: 1-6; 33: 6, 9; 104; Heb. 11: 3).— *Creencia Fundamental* nº 6

6

En el relato bíblico de la creación encontramos varios detalles muy significativos. Moisés inicia su narración con una escueta y contundente declaración: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gén. 1: 1). La Biblia no intenta demostrar que Dios es el Creador, sencillamente lo da por hecho.

En su estado original la tierra no era adecuada para la vida, pues «estaba desordenada y vacía, y las tinieblas cubrían la faz del abismo» (Gén. 1: 2). Así que durante seis días Dios ordenó y creó nuestro mundo, que pasó del caos inicial a ser un lugar «bueno en gran manera» (Gén. 1: 31).

Lo que todo adventista debe saber sobre la creación

Dios es el Creador de todo lo que existe

Dios crea por medio de la palabra. Cada acto creador comienza con una palabra suya, como relatan las Escrituras: «Y dijo Dios» (Gén. 1: 3, 6, 9, 11, 14, 20, 24, 26, 29). A través de su palabra Dios expresa exactamente cómo y qué quiere crear. La creación responde por tanto a una inteligencia y a un plan determinado por la Deidad. No es fruto del azar, ni de procesos evolutivos, ni de explosiones cósmicas. En ella vemos la mano de un Ser inteligente que va obrando con belleza y gracia todo lo que ha concebido como bueno para el hábitat del ser humano. En cada caso se dice que todo «fue» como Dios lo había determinado (Gén. 1: 3, 7, 9, 11, 15, 24). El poder creador de Dios está en su palabra, como afirma el salmista: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el espíritu de su boca […] porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Sal. 33: 6, 9).

En todo el relato de la creación se repite siete veces que Dios vio lo que había hecho y constató que «era bueno» (Gén. 1: 4, 10, 12, 18, 21, 24, 31).

Dios se deleita en su creación y se asegura de que responda a su plan. El relato nos muestra a Dios creando el espacio (1: 6), separando (1: 6, 7, 14), uniendo (1: 9) y reubicando los elementos de la tierra (1: 9). Dios tiene control de su creación. En los primeros tres días vemos a Dios poniendo nombre a su obra. Él asigna nombre al día, a la noche (1: 5), al cielo (1: 8), a la tierra y al mar (1: 10). Este acto, poner nombre, indica que Dios tiene autoridad sobre su creación.

Dios pudo haber creado todo con una sola palabra y en un solo instante, pero dedicó un día a cada aspecto de su creación. «Dios todo lo hizo hermoso en su tiempo» (Ecle. 3: 11). Él tiene un tiempo para cada necesidad o circunstancia. Cada acto creador termina con la frase «y fue la tarde y la mañana el día…» (Gén. 1: 5, 8, 13, 19, 23, 31), pues él es quien establece el tiempo en la creación.

El orden que el Señor siguió cada día revela la dinámica de la obra de la creación. Lo que Dios creó en los primeros tres días tiene una relación directa con lo que creó en los tres últimos.

Día 1: Dios crea la luz.	**Día 4:** Dios crea el sol, la luna y las estrellas.
Día 2: Crea «expansión» entre las aguas de arriba (cielo) y las aguas de abajo.	**Día 5:** Dios crea «de las aguas» aves para el cielo y peces para los mares.
Día 3: Dios establece la tierra seca.	**Día 6:** Dios crea a los animales terrestres y al ser humano.

En los primeros tres días Dios crea el espacio (luz, cielos y tierra), y en los últimos tres días llena el espacio con los astros, los animales y el hombre. El acto creador de Dios encuentra a la tierra «desordenada y vacía» (Gén. 1: 2); en los tres primeros días Dios crea el «orden», y en los últimos tres «llena» la tierra.

Aporte del don profético

«En Dios vivimos, y nos movemos. Cada latido del corazón, cada respiración es la inspiración de Aquel que alentó en la nariz de Adán el hálito de vida, la inspiración del Dios omnipresente, el gran Yo Soy» (Elena G. de White, Comentario bíblico adventista, t. 1, p. 1095).

La dinámica de la creación es el establecimiento del orden y el abastecimiento de la tierra. El sábado, séptimo día, en el que culmina la creación (Gén. 2: 1), no tiene relación con ningún otro día. Es un elemento divino adicional para enseñarnos que el orden culmina en «reposo», y que el «vacío» solo se elimina con la «bendición» y la «santidad» de Dios (Gén. 2: 2, 3). El hecho de que la creación culmine en un día de adoración revela claramente el verdadero propósito de la creación: la adoración del Creador.

Génesis 2: 4-25 pudiera parecer un relato independiente, pero en realidad es un suplemento al anterior relato de la creación, que ahora tiene como eje central al hombre. Es decir, este relato es una ampliación de lo que ocurrió el sexto día. Primero se nos dice cómo estaba la tierra sin seres humanos y se relata la creación del hombre (vers. 4-7). Luego se nos habla de la creación de un lugar especial para el hombre, el huerto del Edén (vers. 8-14). A continuación se muestra la colocación del hombre en el huerto (vers. 15-17) y la creación de la mujer (vers. 18-25).

Dios creó al hombre y a la mujer con sus propias manos y les dio vida con su propio soplo (Gén. 2: 7, 22). Aunque la tierra era un lugar «bueno en gran manera» (Gén. 1: 31), Dios colocó al hombre en un sitio todavía más especial: el huerto del Edén (Gén. 2: 15). Al colocarlo en el Edén, con los ríos que lo regaban, el Creador quería establecer la posición especial que le corresponde a la humanidad en el planeta. En el capítulo 1 del Génesis se nos indica que Dios creó al hombre para que tuviera dominio sobre la creación (Gén. 1: 26). Vemos pues a Adán dando nombre a los animales (Gén. 2: 19, 20), es decir, ejerciendo dominio sobre ellos. Dios dio al ser humano la responsabilidad de «cuidar» y hacer producir la tierra (Gén. 2: 15). Esa responsabilidad y autoridad debía culminar con la aceptación de los límites que Dios le había impuesto (Gén. 2: 16, 17). Dios creó al ser humano a su imagen, varón y hembra (Gén. 1: 26, 27). En todo el relato de la creación lo único que se dice que «no es bueno» es la soledad de Adán (Gén. 2: 18). El propósito de la humanidad se logra cuando el varón y la mujer se unen en Dios como una sola entidad (Gén. 2: 24, 25).

La postura que tengamos en relación con la enseñanza bíblica de la creación determinará, en gran medida, cómo nos consideraremos a nosotros mismos, a Dios y a todo lo demás. Muchos de los grandes problemas y debates actuales se deben a las posiciones tomadas en relación a la creación.

Nuestros orígenes

Muchos, en nombre de una falsamente llamada ciencia, sostienen que la humanidad y la vida en la tierra llegaron a la existencia por medio de un largo y complicado proceso evolutivo. Hay quienes se consideran a sí mismos como seres superiores evolucionados de formas de vida inferiores. Muchos que profesan ser cristianos consideran el relato de la creación un mito, una ilustración teológica que no tiene nada que ver con el modo como se originó la vida. Por otro lado, algunos tratan de hacer concordar la Biblia con otras posiciones reinterpretando el relato bíblico, como por ejemplo, considerando los días de la creación como si fueran etapas de millones de años.

El relato bíblico de la creación es un registro histórico. Aunque no podemos esperar que la Biblia presente la «historia» al estilo en que un historiador actual lo haría, los escritores bíblicos presuponían la veracidad y credibilidad de sus detalles. Los escritores bíblicos, así como el propio Jesús, consideraron los primeros dos capítulos del Génesis como relatos de acontecimientos y personajes absolutamente reales (Mat. 19: 4, 5; Rom. 5: 12-19).

Los días de la creación son literales, de veinticuatro horas, compuestos por «tarde y mañana» (Gén. 1: 5). ¿Cómo se hubiera mantenido la vegetación, creada el tercer día, si hubiera tenido que esperar miles o millones de años por el sol, creado en el cuarto día?

La vida en la tierra se debe a un acto deliberado e instantáneo de Dios. La creación responde a su voz: «Él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió» (Sal. 33: 9). Nuestro origen se encuentra en Dios, no en un accidente cósmico. Somos parte del plan divino. Más aún, la vida actual no se debe a un proceso de evolución, sino a un acto directo del Señor. La tierra y la humanidad salieron de la mano del Creador, no como entes necesitados de evolución y perfeccionamiento, sino como algo «bueno en gran manera» (Gén. 1: 31). El hombre es imagen de Dios (Gén. 1: 26), fue hecho tan solo un «poco menor que los ángeles», «coronado de gloria» (Sal. 8: 5, 6). Nuestro antepasado no es una simple y remota célula imperfecta, sino que, por creación, somos hijos de Dios (Luc. 3: 38).

Somos mayordomos del planeta

A través de los siglos muchos seres humanos han adorado diversos

elementos de la naturaleza (idolatría) o concebido a Dios como la suma de la naturaleza (panteísmo). Hoy, muchos ven la naturaleza como algo casi mágico, con poderes para regir el destino de la humanidad. Pero la Biblia muestra claramente que solo Dios es el Creador, y que todo lo demás son sus criaturas (Isa. 45: 5-7). La creación se origina en Dios, pero él no es la creación (Rom. 1: 25), ni es controlado por la obra de sus manos (Isa. 45: 9. 10).

La creación se halla sujeta al poder de Dios, quien a su vez ha colocado todo bajo la autoridad del ser humano (Gén. 1: 26; 9: 2; Sal. 8: 6). Pero esta autoridad no nos da derecho a explotar irresponsablemente la creación, sino que debemos cuidar de ella. Dios colocó al hombre en el huerto del Edén para que hiciera producir la tierra y cuidara de sus recursos (Gén. 2: 15). Tendremos que dar cuenta por el uso que hagamos de la creación, pues la Biblia expresa con mucha claridad que Dios pedirá cuenta a sus mayordomos (Gén. 3: 8-11; Mat. 24: 45-51; 25: 14-30; Luc. 16: 2) y castigará «a los que destruyen la tierra» (Apoc. 11: 18).

Sustentación y revelación

Algunos consideran que aunque Dios creó el mundo, lo abandonó a su propia suerte, de tal modo que ya no interviene ni se interesa en los asuntos del ser humano (deísmo). Rechazamos esta creencia, ya que es antibíblica, y afirmamos que Dios no solo es Creador, sino Sustentador de su creación: Dios «sustenta todas las cosas con la Palabra de su poder» (Heb. 1: 3). Los movimientos de los astros, el sol, la luna y las estrellas, y todo el ciclo de la vida en la tierra se deben a la intervención directa y constante de nuestro Señor (Lev. 26: 4; Deut. 11: 14; Neh. 9: 6; Job 5: 10; 38: 31-41; Sal. 104: 10, 11).

Dios cuida y protege todo lo que ha creado. El salmista reconoce que todas las criaturas «esperan en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien. Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Sal. 104: 27-30). «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? [...]. Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros,

hombres de poca fe?» (Mat. 6: 27-30). «Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros» (1 Ped. 5: 7).

Dios interviene en su creación de acuerdo a su voluntad. Él, como Creador de las leyes de la naturaleza, puede intervenir cuando y como quiere. Algunas veces la Biblia llama a esas intervenciones «milagros». El Dios Creador es un Dios de milagros.

Algunos pretenden ver la naturaleza como algo independiente del Creador. Ponen al lado sus creencias religiosas, si tienen alguna, a la hora de estudiar la naturaleza. En cambio, los adventistas creemos que la naturaleza revela a Dios: «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa» (Rom. 1: 20). El Salmo 19 nos habla de las «palabras» y la «sabiduría» que resuenan con la voz de la creación (vers. 2, 3). «Los cielos cuentan la gloria de Dios» (vers. 1).

Caída y redención

El mundo actual no refleja el ideal de Dios, pues el pecado trastornó el orden natural e introdujo muerte y dolor en la naturaleza (Gén. 3: 17-19). Por así decirlo, el enemigo es cizaña en el campo de Dios (Mat. 13: 25-30), de modo que la naturaleza no refleja a Dios con exactitud. Pero el plan de salvación incluye la redención de la naturaleza. Pablo confirmó esta verdad cuando escribió: «Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujetada a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (Rom. 8: 19-22). La Biblia habla del fin de esta creación y del establecimiento de un cielo nuevo y una tierra nueva (2 Ped. 3: 11-13; Apoc. 21: 1).

En defensa de nuestra fe

La existencia de Dios

Antes del Siglo de las Luces no era así; pero en un mundo deslumbrado, y a menudo cegado por la falsa luz de un «progreso decadente» —Luis

Racionero *dixit*—, el primer paso en la defensa de nuestra fe a menudo tiene que ser el de hacer ver que creer en la existencia de Dios es lo realmente razonable. Porque así es. Lo único verdaderamente racional y lógico es creer en la existencia de un Creador. Negarla es ir en contra de lo más íntimo y propio de la naturaleza humana.

En la Biblia no se argumenta en favor de la existencia de Dios, pues en realidad no necesita demostración. Lo que habría, si acaso, es que demostrar su presunta no existencia. Por repetido no pierde valor el clásico argumento de que nadie se puede imaginar un reloj sin que haya habido antes un relojero.

La Escritura da por sentado que la primera afirmación del Génesis resulta irrebatible, que además es el fundamento y la base de la revelación divina. Porque si no hay un Creador, el resto de la Escritura huelga. Por eso la Palabra declara repetidamente que negar la existencia de Dios es una sinrazón: «Dentro de sí dicen los necios: "Dios no existe"» (Sal. 14: 1; 53: 1, RVC. «Los necios piensan que no hay Dios», DHH).

Vivir como si Dios no existiera, lleva siempre a la alienación individual y social, como lo viene demostrando una y mil veces la historia. Todos los totalitarismos que, desde la Revolución francesa hasta la bolchevique, quisieron basar su ética y el progreso humano en el ateísmo, acabaron en el caos social y moral. Así lo constató uno de los más grandes escritores de todos los tiempos, Fiódor Dostoyevski: «Si Dios no existe, todo está permitido». Y cuando dijo «*todo*», quiso decir «*todo*». Sin Dios es la vuelta al caos original. El escritor británico G. K. Chesterton decía con su fina ironía: «Cuando la gente deja de creer en Dios, acaba creyendo... en cualquier cosa». Eran estas afirmaciones el eco de aquella que dos milenios antes había dejado escrita otro gran sabio de poderoso raciocinio, Saulo de Tarso:

> «Lo que de Dios se puede conocer, ellos lo conocen muy bien, porque él mismo se lo ha mostrado; pues lo invisible de Dios se puede llegar a conocer, si se reflexiona en lo que él ha hecho. En efecto, desde que el mundo fue creado, claramente se ha podido ver que él es Dios y que su poder nunca tendrá fin. Por eso los malvados no tienen disculpa. Pues aunque han conocido a Dios, no lo han honrado como a Dios ni le han dado gracias. Al contrario, han terminado pensando puras tonterías, y su necia mente se ha quedado a oscuras. Decían que eran sabios, pero se hicieron tontos; porque han cambiado la gloria del

Dios inmortal por imágenes del hombre mortal, y hasta por imágenes de aves, cuadrúpedos y reptiles. Por eso, Dios los ha abandonado a los impuros deseos que hay en ellos, y han cometido unos con otros acciones vergonzosas. En lugar de la verdad de Dios, han buscado la mentira, y han honrado y adorado las cosas creadas por Dios y no a Dios mismo, que las creó y que merece alabanza por siempre. Amén. Por eso, Dios los ha abandonado a pasiones vergonzosas. Hasta sus mujeres han cambiado las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza; de la misma manera, los hombres han dejado sus relaciones naturales con la mujer y arden en malos deseos los unos por los otros. Hombres con hombres cometen acciones vergonzosas, y sufren en su propio cuerpo el castigo merecido por su perversión. Como no quisieron reconocer a Dios, él los ha abandonado a sus perversos pensamientos, para que hagan lo que no deben» (Rom. 1: 19-28, DHH).

¿Creación o evolución? ¿Diseño o azar?

El espacio no nos permite extendernos en la respuesta a estas dos inquietantes preguntas. Afortunadamente hay muchas obras que con rigor científico y claridad expositiva les dan cumplida respuesta.*

Destaquemos aquí únicamente que, para creer que una simple célula, no digamos ya el ojo humano o las galaxias, surgieron y siguen funcionando con toda precisión regidos por el ciego azar, hay que ir en contra de todas las leyes naturales conocidas. Es decir, hay que tener una fe tan irracional como para creer que por pura casualidad de la nada puede surgir algo, que del caos puede surgir el orden, que de la materia inerte puede surgir vida, y que de la no inteligencia puede, como por arte de magia, nacer la racionalidad.

Los defensores del surgimiento de la vida por azar se escudan en que con miles de millones de años… cualquier cosa puede ocurrir. Ignoran voluntariamente que la experiencia y la razón nos dicen que cuanto más tiempo le demos al caos, mayor será el desorden que por sí solo desarrollará. La segunda ley de la termodinámica lo sentencia categórica e irrefutablemente: «En un sistema cerrado, si no se produce un aporte externo de energía, todo tiende al máximo desorden».

Desgraciadamente, muchos creyentes, abrumados por el tsunami de la imposición cultural cuasi dictatorial, también olvidan que la evolución

transformista no es más que una teoría, no un hecho como sus defensores pretenden hacernos creer, y se han situado en una vergonzante defensiva. Si tenemos claro que en realidad «se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón» (Rom. 1: 21, NVI), nos sucederá todo lo contrario: Nos sentiremos seguros de estar de parte de la verdadera ciencia y de la más pura y racional lógica, la de que hay un Creador todopoderoso, omnisapiente y omnipresente sustentador del universo y de la vida.

La creación y el gran conflicto

La Biblia presenta a Satanás pretendiendo ser Dios (Isa. 14: 12-14) y buscando ser adorado (Mat. 4: 9). Sin embargo, en Apocalipsis 4 y 5 se muestra una escena cósmica en la que participan todos los seres del universo. Esta escena provee respuesta a la pregunta: «¿Quién es digno de recibir adoración?». La dignidad de Dios ha sido puesta en entredicho y sus méritos para ser adorado también. Ahora bien, en la Biblia leemos: «Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas» (Apoc. 4: 11). Y de Cristo se dice: «Digno eres […] porque fuiste inmolado y […] nos has redimido» (Apoc. 5: 9). Como Creador y Redentor reclama su derecho a la adoración.

El universo adora a Dios como Creador (Neh. 9: 6). Él se diferencia de otros que pretenden ser adorados precisamente en que es creador (Isa. 45: 18). Así, quienes reconocen a Dios como Creador abandonan la idolatría (Hech. 14: 15; 1 Tes. 1: 9). Esa es la razón por la que el relato de la creación culmina con un día de adoración (Gén. 2: 1-3). El sábado es guardado «porque en seis días hizo Jehová el cielo, la tierra y el mar» (Éxo. 20: 11).

El último llamamiento de Dios al mundo a la correcta adoración conlleva el reconocimiento de él como Creador: «Temed a Dios y dadle gloria porque la hora de su juicio ha venido. Y adorad a aquel que hizo el cielo, la tierra, el mar y las fuentes de las aguas» (Apoc. 14: 7). No es causalidad que en el mismo tiempo en que Dios suscitó un pueblo para que proclamara esta verdad en el mundo, el enemigo sacara a la luz la hoy popular teoría de la evolución. En 1844 Charles Darwin preparó el bosquejo de lo que en 1859 sería publicado bajo el título *El origen de las especies*, una obra que quizá sea la que más haya influido en el pensamiento contemporáneo.

Satanás no solo ha impulsado teorías que tratan de socavar la identidad de Dios como Creador, sino que también se ha empeñado en dañar la creación, en quitar de ella todo vestigio de la obra divina, y de esta manera dar una imagen errónea de Dios, y así impedir que pueda recibir la honra y la gloria que le corresponden.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Cuando estudio la enseñanza bíblica de la creación soy bendecido al descubrir:

- **Quién es mi Dios.** Él es mi Creador, mi Sustentador y mi Redentor, quien satisface todas mis necesidades, se preocupa por mi felicidad, me ha dado responsabilidad ante su creación y espera que yo lo adore y lo glorifique.
- **Quién soy, de dónde vengo y hacia dónde voy.** Soy la imagen de Dios en la tierra, producto de su creación, y tengo la esperanza de formar parte de la nueva creación que es posible por medio de Cristo. Soy parte de una gran familia. Todos los seres humanos son mis hermanos.
- **Cuál ha de ser mi modelo de conducta.** Cristo me enseñó que debo regirme por cómo era el ideal de Dios «en el principio». Lo que era «en el principio» muestra el ideal de Dios para mí (Mat. 19: 8).

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, cuando medito en el poder de tu Palabra me siento pequeño. Tú hablaste y todo fue creado, y todo era bueno en grado sumo. Gracias, Señor, por darnos un espacio idóneo para nuestro desarrollo personal. Ahora que el mundo sufre las consecuencias del pecado, ayúdanos a saber cuidar de él hasta que tú vuelvas y podamos verlo recreado en su gloria primera.

---

* *Por ejemplo: J. Flori y H. Rasolofomasonadro, En busca de los orígenes. ¿Evolución o creación?* (Madrid: Safeliz, 2000). A. A. Roth, Los orígenes (Buenos Aires: ACES, 1999). M. T. Terreros, *La ciencia contradice la evolución* (Doral, Florida/México: APIA/GEMA, 2011). A. A. Roth, *La ciencia descubre a Dios* (Madrid: Safeliz, 2009).

ESTO CREEMOS SOBRE

La naturaleza humana

El hombre y la mujer fueron hechos a la imagen de Dios, con individualidad propia, y con la facultad y la libertad de pensar y obrar. Aunque fueron creados como seres libres, cada uno es una unidad indivisible de cuerpo, mente y espíritu, que depende de Dios para la vida, el aliento y para todo lo demás. Cuando nuestros primeros padres desobedecieron a Dios, negaron su dependencia de él y cayeron de la elevada posición que ocupaban como dependientes de Dios. La imagen de Dios en ellos se desfiguró y quedaron sujetos a la muerte. Sus descendientes participan de esta naturaleza caída y de sus consecuencias. Nacen con debilidades y tendencias hacia el mal. Pero Dios, en Cristo, reconcilió al mundo consigo mismo y, por medio de su Espíritu Santo, restaura en los mortales penitentes la imagen de su Hacedor. Creados para la gloria de Dios, son llamados a amarlo a él y a amarse mutuamente, y a cuidar del medio ambiente (Gén. 1: 26-28; 2: 7; Sal. 8: 4-8; Hech. 17: 24-28; Gén. 3; Sal. 51: 5; Rom. 5: 12-17; 2 Cor. 5: 19, 20; Sal. 51: 10; 1 Juan 4: 7, 8, 11, 20; Gén. 2: 15).— *Creencia Fundamental* nº 7

7

Tras haber preparado la tierra con todo lo necesario para satisfacer las necesidades de sus criaturas, Dios procedió a llevar a cabo su obra cumbre: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Gén. 1: 26, 27). Tres veces Moisés repite que Dios creó al ser humano, y tres veces menciona que lo creó «a su imagen». Este énfasis sugiere que hay algo especial que distingue a la especie humana del resto de la creación. Dios no solo la creó, sino que grabó en ella su propia imagen. ¿Qué quiso decir Moisés cuando escribió que fuimos creados a «imagen de Dios»? ¿Todavía conservamos esa imagen de Dios? ¿Cuál es nuestra situación actual?

Lo que todo adventista debe saber sobre la naturaleza humana

Imagen del Dios invisible

Mucho se ha escrito sobre el sentido de la expresión «imagen de Dios». Algunos sostienen que la «imagen de Dios» se limita a nuestra capacidad intelectual. Otros la conciben como nuestra capacidad de tomar decisiones, es decir, nuestro libre albedrío. Unos la vinculan con la perfección moral que poseían nuestros primeros padres. Debido a que la Palabra de Dios no da una definición exacta de esa expresión, cada cual expone su propio parecer. Sin embargo, la Biblia nos aporta varios indicios, que estudiados en conjunto, nos permiten conocer algunos puntos clave sobre este asunto.

Aporte del don profético

«El hombre fue creado a semejanza de Dios. Su mente era capaz de comprender las cosas

divinas. Sus afectos eran puros; sus apetitos y pasiones estaban bajo el dominio de la razón. Era santo y se sentía feliz de llevar la imagen de Dios y de mantenerse en perfecta obediencia a la voluntad del Padre» (*Patriarcas y profetas*, cap. 2, pp. 24, 25).

Lo primero que debemos saber es que la cuestión de la imagen de Dios aparece en toda la Biblia. Incluso después de la entrada del pecado, el Señor condena el homicidio «porque a imagen de Dios es hecho el hombre» (Gén. 9: 6). Basados en este pasaje algunos han sugerido que el ser humano mantiene la imagen de Dios pero no su semejanza, pues esta última la perdió después de la caída. Pero no hay fundamento para establecer una diferencia entre imagen y semejanza. El texto hebreo de Génesis 1: 26 no tiene la conjunción «y», simplemente dice: «a nuestra imagen, a nuestra semejanza», lo cual evidencia una duplicación de conceptos, algo muy común en la literatura hebrea. Hablando a los creyentes de Corinto, Pablo dice que el varón «es imagen y gloria de Dios» (1 Cor. 11: 7). Santiago escribió que los hombres «están hechos a la semejanza de Dios» (Sant. 3: 9). El uso tanto del término «imagen» como de «semejanza» sugiere que, para los escritores del Nuevo Testamento, no había diferencia entre ambos términos. El hecho fundamental aquí es que en los dos Testamentos se indica que el ser humano se distingue de las demás criaturas porque ha sido creado a imagen de Dios.

Nuestro problema no es que ya no poseamos la imagen de Dios, sino que los aspectos principales que distinguían la imagen de Dios en nosotros se han desvirtuado a causa del pecado. Como decía Lutero, apenas queda una reliquia, indicios, de esa imagen. Aún así, cada persona, independientemente de que por causa del pecado, la enfermedad, los vicios o sus debilidades, haya perdido la imagen divina, merece ser tratada con la decencia, deferencia y dignidad que se le debe a alguien creado a imagen de Dios. El hecho de que todos hayamos sido creados a imagen de Dios hace que, no importa cuán pecaminosos seamos, ni cuál sea nuestra condición social u origen étnico, ni nuestros talentos, todos seamos iguales a los ojos de Dios.

Volvamos a la pregunta: ¿Qué significa que el hombre haya sido creado a imagen de Dios? En la antigüedad tener la imagen de algo servía como un sello de propiedad. Cuando los fariseos le preguntaron a Cristo si era correcto «dar tributo a César», Jesús les dijo: «“Mostradme la moneda del tributo”. Ellos le presentaron un denario. Entonces les preguntó: “¿De quién es esta imagen y la inscripción?”. Le dijeron: “De César”. Y les dijo: “Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”» (Mat. 22:

17-22). César era el dueño de la moneda porque esta llevaba su imagen. De igual manera, al poner su imagen sobre nosotros Dios nos está señalando como su propiedad.

En los tiempos bíblicos los reyes colocaban imágenes de su figura por todas partes en sus dominios como símbolo de la autoridad que poseían sobre esos lugares. Al imprimir su imagen en nosotros, el Creador nos está recordando que somos sus representantes en el planeta. Por esta razón se nos dio el señorío sobre el resto de la creación (Sal. 8: 5-8). Este hecho marca una gran diferencia respecto a las cosmogonías de las naciones antiguas. Por ejemplo, el relato babilónico de la creación, el *Enuma Elish*, narra que el ser humano fue creado para trabajar como esclavo de los dioses, sin participar de la imagen divina.

Los griegos seguidores de Platón creían que el mundo había sido hecho a imagen de los dioses, pero que el hombre era la imagen del mundo. De esta manera se relegaba al ser humano a una posición inferior a la del mundo. En cambio, el relato bíblico subraya la dignidad que el Señor nos concedió al crearnos tan solo un «poco menor que los ángeles», coronarnos «de gloria y de honra» y al colocarnos por encima del resto de la creación (Sal. 8: 5-8).

Hay quienes rechazan la idea de que la «imagen de Dios» guarda relación con nuestra apariencia externa, y la limitan al aspecto moral, aunque el aspecto físico forma asimismo parte de ella. La Palabra de Dios dice que Adán «engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen» (Gén. 5: 3). Así como hubo un vínculo físico entre Set y Adán, lo tuvo que haber entre Adán y Dios. Elena G. de White nos explica que «el hombre había de llevar la imagen de Dios, *tanto en la semejanza exterior,* como en el carácter» (*Patriarcas y profetas*, cap. 2, p. 24). La imagen de Dios en nosotros es una señal de que Dios es nuestro dueño, de que somos sus representantes y de que ella nos vincula físicamente con nuestro Creador.

Sin duda alguna, la mejor manera de entender el significado de la imagen de Dios es observando la vida de Cristo. Cristo, como segundo Adán (1 Cor. 15: 45) «es la imagen del Dios invisible» (Col. 1: 15). En lo externo, como en todos los seres humanos, la imagen de Dios en Cristo había sufrido los estragos de cuatro mil años de pecado (Isa. 52: 14). Describiendo a Jesús el profeta Isaías dijo: «No hay hermosura en él, ni esplendor; lo veremos, mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos» (Isa. 53: 2). La plenitud de la imagen de Dios en Cristo quedó manifestada a través de su carácter. Cristo era uno con el Padre (Juan 10: 30) y su voluntad estuvo sometida a la del Padre (Mat. 26: 39). En él se evidencian los atributos

comunicables de Dios: el amor (Rom. 5: 8), la gracia (Hech. 15: 11), la misericordia (Mar. 1: 41; Juan 8: 1-11), la paciencia (2 Tes. 3: 5), la santidad (Mar. 1: 24), la justicia (Heb. 1: 9) y la verdad (Juan 14: 6). Jesús demostró con su vida en qué consiste tener la imagen de Dios y cómo vive quien dice creer que la tiene.

La naturaleza de la caída

Aunque Dios había hecho todo «bueno en gran manera», lamentablemente la belleza y la armonía primigenias quedaron distorsionadas por la rebelión de nuestros primeros padres. Tanto Génesis 3 como la historia de nuestro planeta manifiestan rotundamente la alienación que a partir de entonces ha existido entre nosotros y Dios, así como entre nosotros y nuestros semejantes.

Si leemos cuidadosamente Génesis 3 nos daremos cuenta de que toda la trama de la caída gira en torno a estas palabras: «De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás» (Gén. 2: 16, 17). Cuando Satanás inicia su diálogo con Eva cambia radicalmente las palabras de Dios: «¿Conque Dios os ha dicho: "No comáis de ningún árbol del huerto?"» (Gén. 3: 1). El Creador había dicho que podían comer de todos menos de uno, Satanás puso en boca de Dios exactamente lo contrario a lo que el Señor había dicho. Al contradecir a Dios, la serpiente está presentando ante Eva la posibilidad de un camino alternativo donde las cosas son diferentes a lo que ella conocía. Eva trata de corregir al diablo y termina diciendo más de lo que Dios había dicho: «Del fruto de los árboles del huerto podemos comer, pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: "No comeréis de él, ni lo tocaréis"» (Gén. 3: 2, 3). La frase «ni lo tocaréis» no formaba parte de lo dicho por Dios en Génesis 2: 17. Así, todo parece indicar que Eva también expresó su propia alternativa, diferente a la de Dios y a la del diablo. Todo esto preparó el camino para la próxima escena.

Ahora el diablo no trata de corregir a Eva, no es necesario ni importante. Ya ella ha dado el primer paso al hacer su propia interpretación de la palabra divina. Las condiciones están dadas para pasar a la segunda escena de la tragedia. «No moriréis», dijo Satanás, sino que «Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios» (Gén. 3: 5). Mirándolo desde nuestra posición uno no puede más que pensar que la propuesta de Satanás era completamente ridícula.

Fíjese en lo que el diablo le ofrece a Eva: 1) No morirás. 2) Serás como

Dios. ¿Acaso Eva no tenía esas cosas? Ella había sido creada para vivir eternamente y ya era «como Dios», puesto que había sido creada a su imagen. ¡Qué más podía tener! ¡Increíblemente, Satanás logró que Eva codiciara lo que ya tenía! Y como menospreció lo que ya tenía, estuvo lista para codiciar lo que no necesitaba: conocer el mal. Esta codicia provocó que ella considerara que «el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría» y «tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella» (Gén. 3: 6). Eva catalogó como bueno lo que Dios había declarado malo y consideró agradable lo que Dios había prohibido. Al pretender buscar la sabiduría terminó siendo engañada, pues olvidó que «el principio de la sabiduría es el temor de Jehová» (Prov. 1: 7).

No hemos de pasar por alto el hecho de que tan pronto la mujer cayó en pecado se convirtió en un elemento transmisor del mismo. Eva «dio también a su marido» (Gén. 6: 3) del fruto prohibido y de esa manera «el pecado entró en el mundo» y «así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5: 12). De ahí que todavía hoy nosotros estemos pagando las consecuencias del pecado de Adán, porque hemos seguido su ejemplo de rebeldía contra Dios, pues todos hemos pecado (Rom. 3: 23).

A partir de entonces el pecado forma parte de nuestro ADN, a tal punto que desde el mismo momento de nuestra concepción, la maldad corre por nuestras venas (Sal. 51: 5). «El corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud» (Gén. 8: 21). Pablo expresó la misma verdad cuando escribió que somos «por naturaleza hijos de ira» (Efe. 2: 3).

Elena G. de White declaró que «por naturaleza estamos enemistados con Dios» y que «cuando el hombre pecó llegó a estar en armonía y no en divergencia con Satanás» (*El camino a Cristo*, cap. 5, p. 65; *El conflicto de los siglos*, cap. 31, p. 495). La caída invirtió el orden de las cosas: El ser humano, que había sido creado con inclinación a lo bueno, dio un giro de ciento ochenta grados y sus inclinaciones se volvieron hacia lo malo. «Dios creó al ser humano para que sea virtuoso, pero cada uno decidió seguir su propio camino descendente» (Ecle. 7: 29, NTV).

La naturaleza humana y el gran conflicto

Cuando el ser humano se rebeló contra su Creador no solo introdujo el pecado en el mundo, sino que se convirtió en un aliado de Satanás y, como tal, en enemigo de Dios. Desde entonces los designios naturales del hombre

«no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8: 7), y no pueden porque su naturaleza está controlada por el pecado, a tal punto que hacen lo que no quieren. En Romanos 7: 14-25 el apóstol describe la lucha espiritual que tiene como campo de batalla al ser humano. Dos fuerzas se hallan en conflicto a fin de colocar su estandarte en la vida de los hombres. Según Pablo, durante esta lucha lo natural para mí es no hacer lo que quiero, sino lo que detesto.

¿Qué podía hacer Dios con seres cuyos «pensamientos son de continuo al mal» (Gén. 8: 21)? ¿Qué haría el Señor a fin de ejercer nuevamente su señorío sobre la humanidad? «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5: 8). Este amor es «derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo» (Rom. 5: 5). Una vez más la Trinidad entra en acción. El Padre dio a su Hijo por amor (Juan 3: 16); el Hijo entregó su vida por amor (Gál. 2: 20) y el Espíritu toma ese amor divino y lo instaura en nuestros corazones. Esta obra trinitaria resume la esencia de la Deidad: «Dios es amor» (1 Juan 4: 8).

Cuando el amor de Dios ha quebrantado el poder del pecado ya no vivimos conforme a nuestra naturaleza pecaminosa, «sino según el Espíritu» (Rom. 8: 9). Como por el poder de Dios hemos crucificado nuestra naturaleza pecaminosa (Rom. 6: 6) una vez más llegamos «a ser participantes de la naturaleza divina» que el pecado nos había arrebatado (2 Ped. 1: 4).

En defensa de nuestra fe

Espíritu, alma y cuerpo

Al leer «que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes. 5: 23), podríamos pensar que el ser humano está constituido por tres elementos. ¿Es así? Antes de explicar el significado de este pasaje conviene establecer ciertas bases a partir de Génesis 2: 7: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente». Otras versiones han traducido la última parte de este versículo así: «Y fue el hombre un alma viviente» (RVA). Precisamente esas traducciones han suscitado confusión en muchos creyentes y los han llevado a sostener la doctrina de la inmortalidad del alma al suponer que existe una división

entre cuerpo y alma. Pero no hay ningún pasaje bíblico que sugiera tal cosa. Más bien los cristianos que han adoptado este planteamiento están siguiendo un modelo dualista de la naturaleza humana semejante al propuesto por la filosofía griega.

Cuando Dios sopla el «aliento de vida» en la nariz del hombre no le está dando un «alma». De hecho, el «aliento de vida» no es exclusivo de los seres humanos, puesto que los animales también lo tienen (Gén. 7: 21, 22; Ecl. 3: 19). Cuando Dios une el polvo de la tierra con el aliento de vida, entonces el hombre llega a ser un «alma viviente», «un ser animado» (NC). Por tanto, el hombre no tiene alma, sino que él es un alma. La naturaleza humana constituye un todo que es indivisible. En Génesis 2: 7, lo material, el espíritu y el alma no están en radical oposición el uno respecto al otro, sino que se complementan para presentar un todo inseparable.

En varios pasajes bíblicos la palabra hebrea traducida como «alma», *nefesh*, se aplica a la vida misma. Por ejemplo, la expresión «te ruego que viva mi alma [*nefesh*]» (1 Rey. 20: 32, RV60), ha sido correctamente traducida en la Reina Valera 95: «Te ruego que me perdones la vida» (*cf.* DHH, BLA, NVI). Incluso, el alma es tan carnal que hasta puede enamorarse: «Pero su alma [*nefesh*] se apegó a Dina, la hija de Lea; se enamoró de la joven y habló a su corazón» (Gén. 34: 3). «Su alma se apegó» lo que quiere decir es que «él se enamoró» (NBLH). Cuando Job pregunta: «Y mi alma [*nefesh*], ¿no se entristeció sobre el menesteroso?» (Job 30: 25, RV60) en realidad está diciendo: «¿No me he entristecido a causa del necesitado?». También se utiliza para hablar de alguien que ya murió: «Ni entrará donde haya alguna persona [*nefesh*] muerta» (Lev. 21: 11). Todos estos pasajes demuestran que *nefesh* no es algo que el hombre tiene, no es un elemento independiente del cuerpo, sino que *nefesh* alude a la totalidad de la persona.

Entonces, si la palabra «alma» más que una parte de la persona es la persona misma, ¿por qué Pablo se refiere al «espíritu, alma y cuerpo» en 1 Tesalonicenses 5: 23? La cuestión central de este texto es el deseo de Pablo de que los creyentes fueran santificados por Dios. En la misma Epístola el apóstol ya había dicho que «la voluntad de Dios es vuestra santificación», que «Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación» (1 Tes. 4: 3, 7).

En este versículo hay algunas cosas que Pablo quiere dejar bien claras. Lo primero es que este proceso de renovación espiritual no se lleva a cabo por voluntad humana, sino divina, como lo sugiere el uso del verbo en voz

pasiva: «sea guardado». El «mismo Dios» va a consumar el proyecto de renovación tomando al pecador arrepentido, que por naturaleza está enemistado contra él, y convirtiéndolo en su «templo» (1 Cor. 3: 16).

En 2 Tesalonicenses 2: 13 el apóstol dice que Dios nos ha escogido «para salvación, mediante la santificación por el Espíritu». El Espíritu es el agente divino que obra en nosotros la santificación. A los corintios los llamó «los santificados en Cristo Jesús» (1 Cor. 1: 2). La santificación es fruto de la obra que la Trinidad hace en nosotros, y no de lo que nosotros hacemos por la Deidad. No soy santo por las buenas acciones que yo realice, sino por la «buena obra» que el Dios triuno hace en mí (Fil. 1: 6).

Un hecho que debemos tomar en cuenta es que la expresión «os santifique» en griego no está en tiempo presente, sino pasado. Esto contrasta notablemente con los verbos de los versículos anteriores donde el apóstol habló en presente, lo cual sugiere que la petición de Pablo por la santidad de los creyentes no es algo que ocurrirá, sino algo que ya se ha completado. Pablo da esto como un hecho porque Dios es fiel (1 Tes. 5: 24).

Esta santidad no se limita a ciertos aspectos, sino que lo abarca todo. Para Lutero, Pablo está diciendo que Dios nos santifica «de cabeza a pies, de extremo a extremo, al revés y al derecho». No deja nada impuro en nuestra vida. El término griego que ha sido traducido como «por completo» es olostelei, palabra compuesta por *olos*, «todo», «entero», y *telei,* «fin», «objetivo». *Olostelei*, entonces, incluye tanto plenitud como finalidad. Dios me santifica con un fin en concreto: prepararme para la segunda venida. Hasta aquí todo está claro. El problema radica en la frase: «Todo vuestro ser: espíritu, alma y cuerpo», pues parece que Pablo está hablando del hombre como un ente tripartito, lo cual contradice lo que hemos dicho respecto a Génesis 2: 7.

A diferencia de muchos escritos de la antigüedad, en 1 Tesalonicenses 5: 23 Pablo no está presentando una división técnica de las partes que componen la naturaleza humana. En 1 Corintios él menciona que la mujer debe ser «santa tanto en cuerpo como en espíritu» (7: 34). En este pasaje no se menciona la palabra «alma». En Romanos 12: 1 se dice que debemos presentar nuestros «cuerpos como sacrificio vivo, santo». Aquí deja de lado el espíritu y el alma. Jesús ordenó amar al Señor «con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente» (Luc. 10: 27). ¿Usaremos esta declaración de Cristo para aseverar que la naturaleza humana está constituida por cuatro componentes? Si tomamos cada uno de

estos pasajes aisladamente podríamos decir que el ser humano solo es cuerpo; o cuerpo y espíritu; o cuerpo, alma y espíritu; o también alma, corazón, fuerza y mente. Si hacemos eso los escritores bíblicos quedarán como culpables de haberse unido al circo de confusión que había en la antigüedad respecto al tema. De ser así, concordarían con Cicerón, que dividía al hombre en dos componentes; o con Platón, que lo dividía en tres; o con aquellos que sugerían que la naturaleza humana poseía ocho elementos.

Entonces, ¿qué quiso decir Pablo? En realidad, la cláusula «que todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable» constituye una explicación de la primera parte del versículo «os santifique por completo». «Espíritu, alma y cuerpo» es una forma de decir que la santificación ha de incluir todos los aspectos de nuestra vida. La palabra «todo» en este pasaje es el vocablo *holokleron*, de *holos*, todo, completo, y *kleron*, partes. Dios santifica todos los componentes de nuestro ser: voluntad, afectos, pensamientos, nada queda fuera de su poder. Tengamos en cuenta que, en la misma Epístola, Pablo repite la idea de este pasaje, pero hace un cambio. En 3: 12, 13 escribió: «Que el Señor […] os haga irreprochables en santidad». Lo que en 5: 23 son el «espíritu, alma y cuerpo», en 3: 13 somos nosotros. Por tanto, Pablo nos está diciendo que Dios cubrirá con su santidad todos los aspectos de nuestra vida.

En lugar de andar dividiendo lo que Dios unió, procuremos dejar que este cuerpo débil y mortal se convierta en la morada del Espíritu Santo.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Hace algunos años se llevó a cabo un estudio con once mil presos condenados por delitos graves. Según este estudio, el sesenta por ciento de los reclusos presentaban deformidades faciales. Al final del estudio los investigadores se preguntaron: ¿Fueron estos criminales rechazados por su entorno social debido a sus deformidades? ¿Podrían las burlas hechas respecto a su rostro haberlos empujado al desequilibrio emocional y finalmente a cometer actos delictivos? Eso llevó a los médicos a promover un programa de cirugía plástica para los presos. La idea era comprobar si un cambio de imagen los ayudaría a rehabilitarse socialmente.

Quizá no todos podamos hacer cambios en nuestra apariencia física, pero

sabemos que así como somos, con todas nuestras imperfecciones físicas y espirituales, somos especiales, puesto que somos hijos de Dios. Llevamos en nosotros los rasgos de nuestro Padre celestial.

Cuando Cristo venga, esta naturaleza carnal, mortal y pecaminosa será transformada por completo. Mientras tanto hemos de alegrarnos de que nuestro Dios no nos rechaza a pesar de nuestras deformidades, sino que obra en nosotros a fin de que podamos ser restaurados no solo para vivir correctamente en este mundo, sino para que muy pronto podamos morar con él por siempre en el reino de los cielos.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre celestial, aunque tu imagen en nosotros se ha ido borrando tras tantos siglos de pecado, no podemos dejar de reconocer la perfección con que nos has creado y de darte gracias por el don de la libertad y la facultad de pensar. Ayúdanos a dar un buen testimonio de ti con nuestra imagen y nuestra conducta, y permite que un día nuestra naturaleza sea restaurada.

ESTO CREEMOS SOBRE

El gran conflicto

Toda la humanidad se halla ahora inmersa en un gran conflicto entre Cristo y Satanás en cuanto al carácter de Dios, su ley y su soberanía sobre el universo. Este conflicto se originó en el cielo cuando un ser creado, dotado de libre albedrío, se exaltó a sí mismo y se convirtió en Satanás, el adversario de Dios, y condujo a la rebelión a una parte de los ángeles. Satanás introdujo el espíritu de rebelión en este mundo cuando indujo a Adán y a Eva a pecar. El pecado humano produjo como resultado la distorsión de la imagen de Dios en la humanidad, el trastorno del mundo creado y, posteriormente, su completa devastación en ocasión del diluvio universal. Observado por toda la creación, este mundo se convirtió en el campo de batalla del conflicto universal, a cuyo término el Dios de amor quedará finalmente vindicado. Para ayudar a su pueblo en este conflicto, Cristo envía al Espíritu Santo y a los ángeles leales para guiarlo, protegerlo y sostenerlo en el camino de la salvación (Apoc. 12: 4-9; Isa. 14: 12-14; Eze. 28: 12-18; Gén. 3; Rom. 1: 19-32; 5: 12-21; 8: 19-22; Gén. 6-8; 2 Ped. 3: 6; 1 Cor. 4: 9; Heb. 1: 14).— *Creencia Fundamental* nº 8

8

James Stewart está considerado como el actor estadounidense más querido del siglo XX. Tal vez la razón radique no tanto en que haya sido un buen actor, sino en su participación activa en la Segunda Guerra Mundial. Stewart se alistó en la fuerza aérea y llevó a cabo veinte misiones, que justificaron su ascenso de soldado a coronel, y finalmente a general de brigada. En marzo de 1941, cuando hacía los preparativos para irse a la guerra, su padre le entregó una carta:

> «Mi querido Jim: Poco después de que leas esta carta estarás en camino a tu mayor peligro. Por eso te he adjuntado una copia del Salmo 91. Este salmo echará fuera el temor y la preocupación».

Amparado en las promesas del Salmo 91, Stewart se sintió seguro durante la guerra y regresó sano y salvo a casa.

¿Sabe que tanto usted como yo formamos parte de una guerra? La guerra más grande de la historia. La madre de todos los conflictos bélicos. Vivimos en el centro de la lucha que ha provocado todas las muertes de la historia de la humanidad, todas las enfermedades, todos los desastres naturales. Nuestro mundo es el campo de batalla en el que se enfrentan dos grandes poderes. Y, querámoslo o no, todos estamos implicados en una guerra cuyas repercusiones rebasan las más lejanas fronteras del planeta y alcanzan al mismo cielo. Se trata del gran conflicto entre el bien y el mal. Pero así como James Stewart salió victorioso de la Segunda Guerra Mundial, nosotros, si confiamos en las promesas de Dios, también seremos más que vencedores en este conflicto cósmico sin precedentes.

Lo que todo adventista debe saber sobre el gran conflicto

Los protagonistas

Al leer Apocalipsis 12 se hace evidente que los problemas que hoy abaten a nuestro planeta comenzaron en el cielo. Juan nos dice que «hubo una guerra en el cielo. Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón y sus ángeles» (Apoc. 12: 7). Solo hay dos grupos; no existe término medio. O estamos en el grupo de Miguel, o estamos entre los súbditos del dragón. Pero, ¿quiénes son estos dos personajes?

Miguel. El nombre Miguel aparece cinco veces en cuatro capítulos de la Biblia: Daniel 10, Daniel 12, Judas 9 y Apocalipsis 12. En todos estos pasajes hay un conflicto de por medio. En Daniel 10, Miguel pelea contra el «príncipe de Persia» (vers. 13); en Daniel 12, se levanta para librar al pueblo de Dios del tiempo de angustia (vers. 1); en Judas 9, contiende contra Satanás por el cuerpo de Moisés, y en Apocalipsis 12 otra vez pelea contra el diablo.

La descripción que se hace de Miguel en Daniel 10 es idéntica a la del ser celestial que se les apareció tanto al profeta Ezequiel (Eze. 1: 26-28) como al apóstol Juan (Apoc. 1: 12-18). Ezequiel lo llamó «la semejanza de Jehová» (Eze. 1: 28). De hecho, el nombre Miguel significa «¿Quién es semejante a Dios?». Juan lo identificó como uno «semejante al Hijo del hombre»; es decir, el Señor Jesucristo (Apoc. 1: 13, *cf.* Luc. 19: 10). En Apocalipsis 19 Jesús es el comandante del ejército celestial. En la literatura judía Miguel es identificado como el «ángel protector de Israel». Con razón «el ángel de Jehová [que es el mismo Jehová] acampa alrededor de los que le temen y los defiende» (Sal. 34: 7). Una antigua tradición judía sostiene que Miguel es el responsable de «mandar a los demonios a la prisión», acción que en el Nuevo Testamento se le atribuye a Cristo (ver Luc. 8: 31). Así que podemos afirmar que Miguel es otro nombre para referirse a Cristo.

Miguel representa a un Dios que viene «para ayudarnos y pelear nuestras batallas» (2 Crón. 32: 8). Miguel es el Dios «que pelea por» nosotros (Deut. 3: 22). Pero, ¿por qué pelea Miguel-Dios? He aquí la respuesta de Moisés: «Porque el Señor su Dios es el que va con ustedes, para pelear por ustedes contra sus enemigos, para salvarlos» (Deut. 20: 4, NBLH). *¡Miguel pelea contra el dragón porque quiere salvarnos!*

Aporte del don profético

«La historia del gran conflicto entre el bien y el mal, desde que principió en el cielo hasta el final abatimiento de la rebelión y la total extirpación del pecado, es también una demostración del inmutable amor de Dios» (*Patriarcas y profetas*, cap. 1, p. 12).

El dragón. Doce veces aparece la palabra «dragón» en Apocalipsis (12: 3, 4, 7, 9, 13, 16, 17; 13: 2, 4, 11; 16: 13 y 20: 2). Es «la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás» (Apoc. 12: 9, *cf.* 20: 2), el que «engaña al mundo entero» (Apoc. 12: 9).

En el Antiguo Testamento el dragón es un monstruo simbólico que representa a los poderes opuestos al pueblo de Dios (ver Jer. 51: 34; Eze. 29: 3; 32: 2). La muerte del dragón será resultado de la intervención divina: «El Señor […] matará al dragón que está en el mar» (Isa. 27: 1, NVI). En ese mismo pasaje, el profeta identifica al dragón como «Leviatán, la serpiente tortuosa». Dios aplastará «las cabezas del monstruo Leviatán» (Sal. 74: 14, DHH).

La causa del conflicto

El libro de Ezequiel hace mención a un «querubín grande y protector» que habitaba en «el santo monte de Dios» (28: 14), que era «sello de la perfección» «en todos sus caminos» hasta que se halló en él maldad (vers. 12, 15), pues «se enalteció su corazón a causa de su hermosura» (vers. 17). En Isaías 14: 4-21 el profeta hace referencia al «lucero, hijo de la mañana» y nos dice que se propuso: 1) subir al cielo, 2) levantar su trono y sentarse en el «monte del testimonio» y 3) ser «semejante al Altísimo». Es interesante observar que en ambos relatos finalmente el personaje en cuestión es aniquilado (Eze. 28: 19).

¿Quién es el «querubín protector», el «lucero, hijo de la mañana»? Algunos han sugerido que podría ser Adán. Sin embargo, las características mencionadas en estos pasajes no pueden describir a un simple ser humano. En la Palabra de Dios el vocablo «querubín» solo se aplica a seres celestiales. Los querubines moran junto al trono de Dios (Eze. 10: 4, 7, 10), lo cual estaba simbolizado en las imágenes de querubines que cubrían el propiciatorio del antiguo santuario (Éxo. 25: 19). Dios habita «entre los querubines» (Isa. 37: 16) y «está sentado sobre los querubines» (Sal. 99: 1). En otras palabras, un «querubín» es un ángel que está en la misma «presencia de Dios» (Luc. 1: 19). Con razón, después de Cristo, Lucifer «había sido el más honrado por Dios», «el más exaltado en poder y en gloria entre los habitantes del cielo», pues «era el principal de los querubines cubridores» (*Patriarcas y profetas*, cap. 1, p. 13).

Por otra lado, en las Escrituras la expresión «lucero» no se utiliza para referirse a un ser humano. En 2 Pedro 1: 19 se menciona como un título de

Cristo (*cf.* Apoc. 22: 16). Por tanto, en Isaías 14 debe referirse a un personaje espiritual que pretende usurpar el lugar que le corresponde a Cristo dentro de la Deidad. Sin duda alguna, Satanás es el único que encaja con las descripciones mencionadas en estos dos libros proféticos. Pablo dijo que Satanás «se disfraza de ángel de luz» (2 Cor. 11: 14).

El problema de Lucifer consistió en querer «sentarse en el trono de Dios» que estaba ubicado en el «monte del testimonio». Jeremías dice que el «trono [de Dios] es el lugar de su santuario» (Jer. 17: 12). Cuando sale «una gran voz del santuario», en realidad está saliendo desde el «trono de Dios» (Apoc. 16: 17). El dragón pelea porque quiere gobernar el Santuario de Dios (ver 2 Tes. 2: 4). Quiere recibir la adoración que le corresponde a Cristo. La adoración es un elemento clave en el desenlace final del gran conflicto (ver Apoc. 14: 7). Satanás pretendía recibir la gloria que se le tributaba a Dios en el Santuario celestial. ¡Eso era inaceptable! ¡Dios no comparte su gloria!

Como el dragón no pudo conquistar el Santuario celestial, «fue lanzado fuera» (Apoc. 12: 9), quedó expulsado «del monte de Dios» (Eze. 28: 16), arrojado «del cielo» (Isa. 14: 12). Jesús lo confirmó cuando dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Luc. 10: 18). Cuando Satanás perdió el cielo, lo perdió todo. Lo mismo le puede pasar a todo aquel que vaya en pos del príncipe de las tinieblas.

La guerra continúa en la tierra

Al no poder conquistar el Santuario celestial, Satanás se empeñó en gobernar el primer santuario de Dios en la tierra: el Jardín del Edén. Elena G. de White escribió: «Como no pudo continuar con su rebelión en el cielo, Satanás halló un nuevo campo de acción para su enemistad contra Dios, al tramar la ruina de la raza humana» (*Patriarcas y profetas*, cap. 2, p. 31).

En el capítulo 3 del Génesis se describe el inicio del conflicto en la tierra. Para engañar a nuestros primeros padres, Satanás usó la misma estrategia que había utilizado en el cielo: sembrar dudas en torno al carácter y la Palabra de Dios (Gén. 3: 1-4). Por medio de la astuta serpiente, él sembró en Eva la semilla de la duda. Mario Benedetti dio en el blanco cuando dijo que no hay nada peor que cargar «con la maleta de la duda». Eva dudó, la incredulidad germinó en su corazón y dio como fruto el pecado. Al creer en las palabras del archienemigo, traspasó los límites que Dios había establecido y sirvió como instrumento de perdición para su esposo (Gén. 3: 6) y, por medio de él, para toda la raza humana (Rom. 5:

12).

Desde el mismo momento en que el ser humano transgredió la orden divina, se convirtió en «enemigo de Dios» (Rom. 1: 30; Sant. 4: 4). Aunque creados a imagen de Dios (Gén. 1: 27), Adán y Eva llegaron a ser «por naturaleza hijos de ira» (Efe. 2: 3), esclavos del pecado (ver Juan 8: 34, *cf.* 2 Ped. 2: 19; Rom. 6: 16). ¡Increíble! Al pecar, la raza humana se hizo amiga de Satanás y enemiga de Dios. El diablo se constituyó en «príncipe de este mundo» (Juan 12: 31; 14: 30; 16: 11), «el dios de este mundo» (2 Cor. 4: 4) y estableció en nuestro planeta «el imperio de la muerte» (Heb. 2: 14). Por tanto, la tierra quedó cercenada del cielo y alejada de su comunión. ¿Puede sorprendernos, entonces, que ocurran cosas malas en este mundo? ¡Por causa del pecado nuestro planeta terminó siendo el campo de concentración del diablo!

El pecado de Adán aportó una nueva dimensión al conflicto cósmico: los problemas interpersonales. Cuando Dios lo interpela por las acciones que ha cometido, descaradamente Adán se limita a decir: «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol» (Gén. 3: 12). No olvidemos que «Adán no fue engañado» (1 Tim. 2: 14), él pecó por temor a perder a Eva. Pero al enfilar sus sentimientos hacia la criatura por encima de su Creador, Adán reveló la debilidad de su amor.

La llegada del gran conflicto a nuestro mundo hizo necesaria la intervención divina. El Señor no podía permitir que Satanás arruinara por completo nuestra existencia y, aunque éramos sus enemigos, se propuso «poner enemistad», «hostilidad» (Gén. 3: 15, NTV, BP) entre nosotros y la serpiente. En Génesis 3: 15 encontramos la primera promesa hecha a la humanidad caída. Cuando Satanás la escuchó, «comprendió que serían contrarrestados sus esfuerzos por corromper la naturaleza humana»; por lo tanto, decidió «oponerse al plan divino de redención del hombre, deshonrar a Dios *mutilando y profanando sus obras, causar dolor en el cielo y llenar la tierra de miseria y desolación*» (*El conflicto de los siglos*, cap. 31, p. 496).

Fíjese en que Dios es el sujeto del verbo «poner» (Gén. 3: 15). El hombre por sí mismo no puede llegar a ser enemigo de Satanás. Para conseguir romper nuestra amistad con el diablo, es vital que Dios entre en acción. La «enemistad» debe ser colocada desde afuera, pues no puede ser generada desde nuestro interior. ¿Cómo crearía Dios esa enemistad? Elena G. de White responde a esta pregunta: «La gracia que Cristo derrama en el alma es la que crea en el hombre enemistad contra Satanás. Sin esta gracia

transformadora y este poder renovador, el hombre seguiría siendo un esclavo de Satanás, siempre listo para ejecutar sus órdenes. Pero el nuevo principio introducido en el alma crea un *conflicto allí donde antes reinó la paz*. El poder que Cristo comunica habilita al hombre para resistir al tirano y usurpador» (*El conflicto de los siglos*, cap. 31, p 496).

El gran conflicto: centro de la teología adventista

Hasta aquí hemos relacionado cada doctrina con el gran conflicto entre Cristo y Satanás. Lo mismo sucederá con todas las que aún nos restan por estudiar. A estas alturas quizá usted ya se ha preguntado por qué hemos hecho esto.

Posiblemente usted habrá oído hablar de Lutero, el gran reformador alemán. El centro del mensaje de Lutero fue la justificación por la fe. Para él todo debía ser examinado a la luz de dicha doctrina, de tal manera que si alguna declaración bíblica parecía entrar en contradicción con dicha enseñanza, entonces no podía ser aceptada como legítima. Lo que representaba para Lutero la justificación por la fe, lo representa el gran conflicto para el pensamiento doctrinal de la Iglesia Adventista. El gran conflicto entre el bien y el mal constituye el eje teológico de todas nuestras enseñanzas. Es el prisma a través del cual nosotros vemos todos los hechos revelados en la Biblia y en nuestras vidas. Por eso resulta indispensable que todo miembro de iglesia llegue a comprender la naturaleza de este conflicto y rastrearlo mediante el cumplimiento de las profecías a lo largo de la historia humana. El gran conflicto es como una puerta mediante la cual pasa todo lo relacionado con Dios y el plan de salvación.

Ahora usted está listo para comprender por qué los cinco volúmenes que constituyen los comentarios de Elena G. de White a toda la Biblia precisamente se llama «Serie El Gran Conflicto». Los cinco libros que integran esta colección, *Patriarcas y profetas*, *Profetas y reyes*, *El Deseado de todas las gentes*, *Los hechos de los apóstoles* y *El conflicto de los siglos*, analizan el desarrollo de la historia de la salvación desde la época patriarcal hasta después del milenio, desde la perspectiva del gran conflicto cósmico entre el bien y el mal.

En defensa de nuestra fe

¿Dios en el banquillo de los acusados?

Ernie Chambers, senador por el estado de Nebraska, Estados Unidos, presentó una demanda contra Dios, donde lo acusaba de ser el causante de «espantosas inundaciones, violentos terremotos, horrendos huracanes, terroríficos tornados, perniciosas plagas, feroces hambrunas, devastadoras sequías y guerras genocidas» que ocurren en el mundo y que han provocado «muertes masivas y destrucciones, y que han aterrorizado a millones y millones de habitantes».

Que alguien pretenda hacer comparecer a Dios en el banquillo de los acusados frente a un tribunal acusado de la muerte de millones de personas parece una locura. Pero Chambers no es ningún lunático. Por el contrario, es un ciudadano honorable de su comunidad. Quizá usted no haya pensado en llevar a Dios al banquillo de los acusados, pero con seguridad la duda le sobrecoge cuando lee, escucha o sufre las consecuencias de una catástrofe natural. Todos en algún momento nos hemos preguntado: ¿Es Dios el causante de todas estas tragedias?

Al final de cada día de la creación Dios expresa su agrado de saber que todo cuanto ha hecho es «bueno en gran manera» (Gén. 1: 31). Todo lo que existía era perfecto, y así debía ser, pues la tierra no había sido creada «en vano, sino para que fuera habitada» por todos nosotros (Isa. 45: 19), y para que disfrutáramos de ella (Gén. 1: 28, 29), no para que sufriéramos en ella.

Este cuadro cambió con la entrada del pecado, pues el pecado no solo afectó a la relación entre el ser humano y Dios, sino que también provocó cambios en el medio ambiente. Cuando Adán y Eva pecaron, Dios declaró enfáticamente: «Maldita será la tierra» (Gén. 3: 17). Pablo agrega que «la creación fue sujetada a vanidad», por lo tanto, la creación necesita ser liberada de esta «esclavitud de corrupción» que le produce «dolores de parto hasta ahora» (Rom. 8: 20-22).

El medio ambiente ha sido corrompido por la maldad de quienes habitan el planeta. Es injusto decir que esto es obra de Dios, cuando en realidad es resultado del pecado y de aquel que lo originó. Es Satanás el que suscita las «espantosas inundaciones, terremotos, horrendos huracanes, terroríficos tornados, perniciosas plagas, feroces hambrunas, devastadoras sequías y guerras genocidas». Es Satanás quien está envenenando la atmósfera. Es el diablo el que destruye las plantaciones para generar hambrunas. Es este

despiadado homicida el que altera los elementos de la naturaleza a fin de matar a muchos. Y hace todo esto usando a sus agentes demoníacos, pero también se aprovecha de nuestra ambición y egoísmo para continuar destruyendo nuestro planeta.

Aporte del don profético

«El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor» (*El conflicto de los siglos*, cap. 43, p. 657).

Muy pronto Dios liberará a su creación de todos estos dolores. Mientras tanto, en nuestro mundo seguirán ocurriendo más desgracias, y cualquiera de nosotros puede verse afectado por ellas. Hace algunos años multitud de cristianos murieron a causa de las inundaciones que afectaron a Centroamérica. Millares murieron a causa del terrible terremoto que sacudió Haití. Los hijos de Dios no estamos exentos del sufrimiento provocado por un desastre natural. No obstante, tenemos una promesa especial. Dios nos promete llevarnos a vivir a un «cielo nuevo y una tierra nueva» (Apoc. 21: 1) donde no habrá terremotos ni ciclones, ni enfermedades ni muerte. Dios quiere llevarnos a vivir a esa ciudad (Apoc. 22: 17). Cuando llegue el momento, usted, Dios y los redimidos nos sentaremos a juzgar a todos aquellos que atribuyeron a Dios lo que había hecho Satanás.

La bendición de esta doctrina para nosotros

¿Habrá algo que ganar al considerar un conflicto que ha tenido repercusiones cósmicas? Pues sí. He aquí algunas de las bendiciones que recibimos al estudiar concienzudamente esta doctrina:

- Obtenemos una comprensión de la vida y sus misterios de una manera unificada e integrada.
- Nos ayuda a obtener la respuesta a la inquietante pregunta: ¿Por qué hay tanto sufrimiento en nuestro mundo? Dios no es el culpable del dolor y

la miseria en la que se halla sumergido nuestro planeta. Todo lo malo que hay en el mundo es consecuencia de la rebelión de la raza humana contra su Creador.
- Es indudable que la libertad de elegir es uno de los mayores privilegios que la Deidad nos ha proporcionado. El gran conflicto nos ofrece la oportunidad de decidir a quién le entregaremos nuestra lealtad.
- Nos permite alcanzar a ver el cumplimiento en nuestra propia vida de esta maravillosa promesa: «A los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien» (Rom. 8: 28).

Orando a la luz de esta doctrina

Padre querido, hay muchas cosas de este conflicto que van más allá de lo que puede comprender nuestra mente finita. Solo queremos pedirte que nos ayudes a obtener la victoria y a permanecer en el grupo de los que al final del conflicto dirán: «¡He aquí, este es nuestro Dios! Lo hemos esperado, y nos salvará» (Isa. 25: 9).

ESTO CREEMOS SOBRE

La vida, muerte y resurrección de Cristo

En la vida de Cristo de perfecta obediencia a la voluntad de Dios, y en sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, Dios proveyó el único medio para expiar el pecado humano; de manera que quienes por fe aceptan esta expiación puedan tener vida eterna, y toda la creación pueda comprender mejor el infinito y santo amor del Creador. Esta expiación perfecta vindica la justicia de la ley de Dios y la benignidad de su carácter; porque condena nuestro pecado, y garantiza nuestro perdón. La muerte de Cristo es vicaria y expiatoria, reconciliadora y transformadora. La resurrección de Cristo proclama el triunfo de Dios sobre las fuerzas del mal, y les garantiza la victoria final sobre el pecado y la muerte a los que aceptan la expiación. Proclama el señorío de Jesucristo, ante quien se doblará toda rodilla en el cielo y en la tierra (Juan 3: 16; Isa. 53; 1 Ped. 2: 21, 22; 1 Cor. 15: 3, 4, 20-22; 2 Cor: 5: 14, 15, 19-21; Rom: 1: 4; 3: 25; 4: 25; 8: 3, 4; 1 Juan 2: 2; 4: 10; Col. 2: 15; Fil. 2: 6-11).— *Creencia Fundamental* nº 9

9

La vida, muerte y resurrección de Cristo han marcado para siempre la existencia de la raza humana. Nadie ha tenido tanta repercusión sobre nuestras vidas como el humilde Maestro de Nazaret. De hecho, dos mil años «han pasado hasta el día de hoy y todavía sigue siendo la figura central de la tierra. Ni los ejércitos que han marchado, ni las armadas que han zarpado, ni los parlamentos políticos, ni los reyes de este mundo, todos juntos, han podido cambiar la vida del hombre en esta tierra tanto como este, que vivió una vida solitaria» (anónimo).

Para los adventistas Jesús constituye el centro y la razón de nuestra fe. Sin él, nuestra existencia carece de sentido. De ahí la importancia de que repasemos algunos aspectos de la vida, muerte y resurrección de Cristo y su relación con el plan de salvación.

Lo que todo adventista debe saber sobre la vida, muerte y resurrección de Cristo

Jesús vivió para salvarnos

Cuando el ángel Gabriel se le apareció en sueños a José a fin de convencerlo de que se quedara al lado de María, pronunció estas palabras: «Dará [María] a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, *porque él salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mat. 1: 21). El primer hálito de la vida de Cristo constituyó la más grande esperanza que alguna vez haya tenido la humanidad. A los pastores que cuidaban las ovejas cerca de Belén, un ángel les dio este mensaje: «Les traigo una buena noticia que los dejará muy contentos: ¡Su Salvador acaba de nacer en Belén!» (Luc. 2: 10, 11, TLA).

Los ángeles identifican a Cristo como nuestro «Salvador» y «Señor», títulos que se utilizaban para dirigirse al emperador. Este es el único pasaje de los Evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) donde se llama

«Salvador» a Jesús. Dios se hace hombre, da inicio a su vida en esta tierra con un objetivo bien claro: salvar a la humanidad. El Hijo de Dios nació en un establo, entre los animales, no en vano era el «cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1: 29, NVI). Cuando Jesús fue presentado en el templo, Simeón exclamó: «Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación» (Luc. 2: 29, 30). ¡Cristo era la salvación encarnada!

Aporte del don profético

«Cristo fue tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiéramos ser tratados como él merece. […] Él sufrió nuestra muerte, a fin de que nosotros pudiésemos recibir la vida suya» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 1, p. 16).

Durante su ministerio vemos a Jesús desempeñando su obra salvadora. Cuando sanó a la mujer que había estado enferma de flujo de sangre durante doce años, el Maestro le dijo: «“Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado”. Y la mujer fue salva desde aquella hora» (Mat. 9: 22, 23). Al ciego Bartimeo le dirigió estas palabras: «Vete, tu fe te ha salvado» (Mar. 10: 52). Basándonos en la experiencia de la mujer pecadora que ungió los pies de Jesús con perfume en casa de Simón, podemos deducir que la salvación equivale a perdonar los pecados (Luc. 7: 49, 50). Cuando Jesús visitó a Zaqueo, expresó: «Hoy ha venido la salvación a esta casa» (Luc. 19: 9). Es innegable que la vida de Jesús giraba en torno a nuestra salvación. Pero ¿de qué manera la vida de Cristo desempeñó un papel salvífico?

En dos ocasiones el apóstol Pablo, citando Levítico 18: 5, atribuye vida a la obediencia de la ley: «El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas» (Rom. 10: 5; *cf.* Gál. 3: 12). Tanto Pablo como Moisés se referían a los estatutos y ordenanzas que Dios había dado para marcar la diferencia entre Israel y las demás naciones (Lev. 18: 1-5). El problema de vivir por la obediencia a la ley es que hasta la venida de Cristo ningún ser humano había podido obedecer en todo momento todos los requerimientos de la ley. Por esta razón Pablo dice que «la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes» (Gál. 3: 22); en otras palabras: todos estamos «bajo el pecado» (Rom. 3: 9).

Fíjese en este ejemplo. Dios dice que Abraham oyó «mi voz y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes» (Gén. 26: 5). A primera vista Abraham sería un buen candidato a recibir la vida por haber sido obediente. Sin embargo, todos sabemos que hubo momentos en que el

noble patriarca no fue honesto (Gén. 12: 10-17; Gén. 20: 1-5), ni confió en la promesa divina (Gén. 16: 1-4).

Como Abraham había desobedecido la ley divina, merecía la pena de muerte. Él había demostrado ser incapaz de guardar en todo tiempo, y en todo momento, los mandatos del Señor. Porque para poder vivir basado en la obediencia, hay que ser obediente en todos y cada uno de los aspectos de nuestra existencia. La más leve falta nos descalifica. Esta es la razón por la que, a pesar de que nosotros proclamamos respetar y obedecer la ley de Dios, no podemos ser salvos por nuestra obediencia a la ley, puesto que ya la hemos desobedecido (Rom. 3: 9, 23). Además, la obediencia actual no expía la desobediencia pasada. De ahí que «el mandamiento que era para vida» al final «resultó para muerte» (Rom. 7: 10), pues en todo caso la función de la ley no es salvar sino poner en evidencia el pecado (Rom. 7: 7; 1 Juan 3: 4).

Precisamente ahí es donde entra en escena Cristo. Él fue «obediente hasta la muerte» (Fil. 2: 8). Pablo dice que «Cristo, en los días de su *vida terrena*, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que lo podía librar de la muerte, y fue *oído a causa de su temor reverente*» (Heb. 5: 7). La obediencia de Cristo durante su vida es lo que garantiza el perdón de mi desobediencia. Pablo lo expresó de esta manera: «Por la obediencia de uno [Jesús], muchos serán constituidos justos» (Rom. 5: 19). Por tanto, nosotros recibimos la salvación, no por nuestra propia obediencia de la ley, sino por la completa obediencia que mostró Jesús durante su vida terrenal. En otras palabras, somos salvos por la vida de Cristo.

Jesús murió para salvarnos

Cristo era consciente de que su muerte tenía una función redentora. Justo después de que sus discípulos hubieran discutido sobre cuál de ellos había de ser el mayor en el reino de los cielos, nuestro Señor les dijo: «El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos» (Mar. 10: 45). La expresión griega traducida como «rescate» se utilizaba en los ámbitos comerciales para hacer referencia a la compra de un esclavo. Con su muerte, Jesús pagó el precio de nuestra salvación y nos libró de nuestra condición de esclavos condenados a muerte (1 Ped. 1: 18, 19; Rom. 6: 16). Para poder garantizar el perdón de nuestros pecados, Cristo debía morir porque la ley prescribía que «no hay perdón de pecados si no hay derramamiento de sangre» (Heb. 9: 22, DHH).

La muerte de Cristo permitió que los méritos de su vida estén disponibles

no solo para los que tuvieran contacto con el Jesús terrenal, sino para «todo aquel que crea» en él (Juan 3: 16). Además, por su sacrificio él pudo «destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Heb. 2: 14) y traer «a la luz la vida y la inmortalidad» (2 Tim. 1: 10).

Aporte del don profético

«A la muerte de Cristo debemos aun esta vida terrenal. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Nadie, santo, o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 72, p. 630).

No hemos de pasar por alto que el Señor no experimentó cualquier tipo de muerte, sino la «muerte de cruz» (Fil. 2: 8). Como nos dice el autor de Hebreos, Jesús «sufrió la cruz» (Heb. 12: 2). Resulta imposible tratar de describir la gravedad de la crucifixión. Cicerón, el gran filósofo y orador romano, consideraba que «la palabra "cruz" debería estar lejos no solo del cuerpo de todo ciudadano romano, sino también de sus pensamientos, sus labios y sus oídos» y que la cruz era «la más cruel y abominable de las torturas». Además, morir en una cruz implicaba, como escribió Pablo, padecer la maldición divina (Gál. 3: 13).

¿Por qué nuestro Señor se expuso públicamente a esa «locura de la cruz»? Pues, hay varias razones, pero la principal es que Jesús soportó la crucifixión «por el gozo puesto delante de él» (Heb. 12: 2), es decir, que prefirió recibir una muerte tan vergonzosa a fin de disfrutar el gozo de ver «un pecador que se arrepiente» (Luc. 15: 7). Como había profetizado Isaías: «Verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho» (Isa. 53: 11). Nuestro Señor se proyectó al futuro y visualizó la alegría que le produciría ver hombres y mujeres, como usted y como yo, siendo «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Rom. 3: 24).

Jesús resucitó para salvarnos

Hay personas que consideran la resurrección de Cristo legendaria, sin embargo, no es un secreto que la resurrección es una de las doctrinas fundamentales de la religión cristiana. Jesús expresó su fe en ella cuando dijo que pondría su «vida para volverla a tomar» (Juan 10: 17). Él no solo era consciente de su muerte inminente sino también de que «al tercer día»

iba a resucitar (Mat. 17: 23; 20: 19; Mar. 10: 34).

Cuando los griegos solicitaron un encuentro con Jesús, el Maestro pronunció estas palabras: «De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto» (Juan 12: 24). Mediante esta metáfora, Cristo está prediciendo su inminente muerte, pero después de la muerte habrá un nuevo resurgir a la vida que producirá mucho fruto. Esto se hizo realidad porque la resurrección le permitió al Señor sentarse «a la diestra del trono de la Majestad en los cielos» y ahora se presenta «por nosotros ante Dios» (Heb. 8: 1; 9: 24). El aspecto salvífico de la resurrección es expresado por Pablo con estas palabras: «Porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Rom. 5: 10).

Cristo y el gran conflicto

La vida, muerte y resurrección de Cristo son hitos decisivos en el gran conflicto entre el bien y mal. Tan pronto como el Hijo de Dios hizo su entrada en el mundo, el diablo trató de devorarlo (Apoc. 12: 4). Por supuesto, dicha acción la llevó a cabo por medio de instrumentos humanos, empezando por Herodes, que «mandó a matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén» (Mat. 2: 16). Para evitar la muerte de Jesús, su familia fue advertida en sueños de que debían huir a Egipto, y de este modo se cumplió la declaración profética: «De Egipto llamé a mi Hijo» (Mat. 2: 15).

Curiosamente, el enemigo ha intentado sacarle partido a este exilio. Celso, uno de los más acérrimos opositores a la religión cristiana, argumentó que durante su estadía en Egipto, Jesús aprendió los trucos de brujería que luego utilizaría en la realización de sus milagros. La misma acusación es presentada en el Talmud. De esta manera, el enemigo ha tratado de eliminar la connotación profética del viaje a Egipto y denigrar el ministerio de nuestro Señor.

Al Jesús adulto Satanás también intentó eliminarlo. En varias ocasiones los judíos tomaron «piedras para apedrearlo» (Juan 10: 31). En otro momento intentaron «tirarlo por el precipicio» (Luc. 4: 29, NVI), lo perseguían e «intentaban matarlo» (Juan 5: 16; 7: 1). Lucas relata que otro Herodes trató de matarlo. Es interesante que este complot contra Jesús fue delatado por sus principales adversarios: «Aquel mismo día llegaron unos

fariseos, diciéndole: “Sal de aquí, porque Herodes te quiere matar”» (Luc. 13: 31).

Por supuesto, Jesús veía en estas acciones de sus adversarios los embates del príncipe de las tinieblas. Por ello, el Señor identificó al diablo como el eje motor de estos intentos de asesinarlo: «El padre de ustedes es el diablo; ustedes le pertenecen, y tratan de hacer lo que él quiere. El diablo ha sido un asesino desde el principio» (Juan 8: 44, DHH). Con estas palabras queda en evidencia que el gran deseo de Satanás en su lucha contra los poderes del cielo ha sido matar al Hijo de Dios. Pero el enemigo fracasó, perdió la batalla y Cristo «fue arrebatado para Dios y para su trono» (Apoc. 12: 5).

En defensa de nuestra fe

¿Podemos confiar en los libros que relatan la vida, muerte y resurrección de Cristo?

Uno de los asuntos más debatidos es cuán confiable es la información que tenemos sobre Jesús en los Evangelios. Algunos autores han tratado de demostrar que hubo una distancia temporal considerable entre la muerte de Cristo y la redacción de los Evangelios, de modo que la brecha de tiempo permitió que las leyendas y los mitos arroparan la historia de Jesús. Defienden que lo que leemos en los Evangelios es el resultado de invenciones y especulaciones posteriores. Sin embargo, a diferencia de otros textos que han llegado hasta nosotros, los Evangelios cuentan con sólidos argumentos a favor de su fiabilidad como documentos históricos.

En primer lugar, cuarenta años no constituyen tiempo suficiente para manipular y rodear de leyendas un hecho histórico con las repercusiones sociales, políticas y religiosas que había tenido el comienzo del cristianismo. No hemos de ignorar que muchas de las personas que conocieron a Jesús estaban aún vivas cuarenta años después, y esto es verdad no solo respecto a sus seguidores, sino también a sus oponentes. La biografía de Alejandro fue escrita por Arriano y Plutarco más de cuatrocientos años después de su muerte, y nosotros damos crédito histórico a muchos de los hechos narrados por estos historiadores. Entonces, ¿por qué dudar del relato evangélico, que fue escrito menos de cuarenta años después de los acontecimientos que narra? En realidad existen muy pocos documentos de la historia antigua que tengan una brecha de transmisión tan

corta como la que tienen los Evangelios.

En segundo lugar, el cultivo de la memoria ha sido uno de los elementos distintivos de la cultura hebrea a lo largo de los siglos. Cada padre tenía la responsabilidad y la obligación de transmitir a sus hijos las enseñanzas dadas por Moisés y los profetas, y estos debían aprenderlas de memoria (Deut. 6: 4-9 y 26: 5-10).

Un ejemplo asombroso de memorización es el tratado Abot, que abarca la transmisión de dichos orales que van desde el año 300 a. C. hasta el 200 d. C., y la veracidad histórica de estos dichos es incuestionable. Filón, el judío helenista, decía: «Los verdaderos maestros […] obligan a sus alumnos a repetir de memoria lo que se les ha dicho, para que impriman firmemente en su interior lo que han escuchado». Jerónimo, que vivió muchos años en Palestina, quedaba maravillado al ver cómo los judíos de su época se sabían de memoria el Pentateuco y los Profetas, y podían repetir, palabra por palabra, todos los nombres registrados en los libros de Crónicas, y en el mismo orden en que habían sido escritos por el cronista.

En tercer lugar, los escritores de los Evangelios recibieron la información de fuentes primarias. Mateo, por ejemplo, fue testigo ocular de lo que narra en su libro. Marcos, según nos cuenta Papías (citado por Eusebio de Cesarea) escribió las memorias del Evangelio tal y como le fueron transmitidas por Pedro. Y Lucas nos narra el evangelio que conoció de labios del apóstol Pablo. Así que la información que tenemos es de primera mano. Los autores de los Evangelios fueron testigos oculares, o personas que escribieron lo que recibieron de testigos reales. En los casos de Lucas y de Pablo, aunque ninguno fue testigo de los acontecimientos, Pablo sí recibió el evangelio de parte del mismo Cristo (Gál. 1: 12) y con toda certeza también Lucas recibió la información de parte de los testigos oculares que habían estado con el Señor (Luc. 1: 1-4).

Otra evidencia a favor de la confiabilidad del relato evangélico la constituye la gran cantidad de manuscritos que existen. Estos manuscritos datan desde el siglo II hasta el XVI. Cuando Erasmo produjo la primera edición de su Nuevo Testamento griego apenas contó con cuatro, o tal vez cinco manuscritos antiguos. Hoy, las ediciones que tenemos a nuestro alcance del Nuevo Testamento están basadas en miles de manuscritos antiguos. Hay catalogadas entre unciales, papiros y minúsculos más de cinco mil porciones del Nuevo Testamento. Pero esto es solo en griego. Si agregamos los manuscritos en latín, siríaco, etíope, eslavo y armenio, llegamos a más de veinticuatro mil copias. Toda esta variedad y cantidad ha

permitido a los eruditos tener una transmisión confiable de lo narrado en los Evangelios. Ningún documento de la antigüedad tiene una cantidad similar de manuscritos.

Bruce Metzger, uno de los más grandes especialistas sobre el tema, nos dice que, por ejemplo, los Anales de Tácito constituyen una obra clave para conocer la historia del Imperio Romano. Tácito la escribió alrededor del año 116 d. C., sin embargo, solo disponemos de una copia de esta obra que data de cerca del año 850 d. C. A pesar de ello, ningún historiador serio tendría el atrevimiento de cuestionarla.

En cuanto a Flavio Josefo y su importante obra *Guerras de los judíos* apenas existen nueve manuscritos fechados entre los siglos X y XII d. C. Solo existen diez copias de las *Guerras de las Galias*, de Julio César, y datan de mil años después del original; siete manuscritos de las Tetralogías de Platón, mil doscientos años después de que se escribiera la primera. Lo mismo sucede con las obras de Tucídides y Herodoto.

Ahora bien, una cosa debe quedar clara, si no existieran evidencias a favor de la confiabilidad de estos relatos, las transformaciones que su lectura y predicación han producido en la vida de millones de personas en todo el mundo y en todas las épocas, son más que suficientes para que nosotros creamos, aceptemos y prediquemos, lo que en ellos está escrito.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Oscar Wilde dijo en cierta ocasión que «el hombre puede soportar las desgracias, que son accidentales. Pero sufrir por las propias culpas, esa es la pesadilla de la vida». En cambio, nosotros, gracias a la vida, muerte y resurrección de Cristo, podemos derrotar la pesadilla de la culpa. Usted y yo servimos a un Dios que se «despojó a sí mismo», «tomó forma de siervo» (Fil. 2: 7), «habitó entre nosotros» (Juan 1: 14) y derramó su «sangre para perdón de los pecados» (Mat. 26: 28), que resucitó y ascendió al cielo como Príncipe y Salvador y ahora ofrece al mundo «arrepentimiento y perdón de pecados» (Hech. 5: 31).

El rey David, que también sufrió a causa de los pecados que había cometido, nos dice que mientras se mantuvo encerrado en su propia culpabilidad, sus «huesos se fueron consumiendo» (Sal. 32: 3, NVI). No permitamos que los fantasmas de nuestros pecados pasados nos impidan

disfrutar el gozo que podemos alcanzar en esta vida, gracias a la obra de Cristo. Por su vida, muerte y resurrección Jesús no solo puede liberarnos de nuestra culpabilidad, sino que mediante la presencia del Espíritu Santo nos proporciona las fuerzas necesarias para vivir de la manera que a Dios le agrada.

Además, gracias a la vida, muerte y resurrección de Cristo:

- Hemos sido reconciliados con Dios, pues en Cristo se encontró la única forma de perdonarnos y salvarnos mientras se salvaguardaba la integridad de la ley.
- Dios aceptó a Cristo como nuestro sustituto.
- Ya no somos esclavos ni de Satanás ni del pecado, porque Dios pagó el precio de nuestra liberación.
- La resurrección de Cristo es nuestra garantía de que las promesas de vida eterna que Dios nos ha hecho son verdaderas y seguras.

Orando a la luz de esta doctrina

Padre, gracias por la vida, muerte y resurrección de Cristo; porque mi salvación depende de sus méritos. Quita de mí el pesar que me provocan mis pecados pasados, y ayúdame a vivir en armonía con tus preceptos, como lo hizo Jesús.

ESTO CREEMOS SOBRE

La experiencia de la salvación

Con amor y misericordia infinitos, Dios hizo que Cristo, que no conoció pecado, fuera hecho pecado por nosotros, para que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. Guiados por el Espíritu Santo sentimos nuestra necesidad, reconocemos nuestra pecaminosidad, nos arrepentimos de nuestras transgresiones, y ejercemos fe en Jesús como Señor y Cristo, como sustituto y ejemplo. Esta fe que acepta la salvación nos llega por medio del poder divino de la Palabra y es un don de la gracia de Dios. Mediante Cristo somos justificados, adoptados como hijos e hijas de Dios y liberados del dominio del pecado. Por medio del Espíritu nacemos de nuevo y somos santificados; el Espíritu renueva nuestras mentes, graba la ley de amor de Dios en nuestros corazones y nos da poder para vivir una vida santa. Al permanecer en él somos participantes de la naturaleza divina y tenemos la seguridad de la salvación ahora y en ocasión del juicio (2 Cor. 5: 17-21; Juan 3: 16; Gál. 1: 4; 4: 4-7; Tito 3: 3-7; Juan 16: 8; Gál. 3: 13, 14; 1 Ped. 2: 21, 22; Rom. 10: 17; Luc. 17: 5; Mar. 9: 23, 24; Efe. 2: 5-10; Rom. 3: 21-26; Col. 1: 13, 14; Rom. 8: 14-17; Gál. 3: 26; Juan 3: 3-8; 1 Ped. 1: 23; Rom. 12: 2; Heb. 8: 7-12; Eze. 36: 25-27; 2 Ped. 1: 3, 4; Rom. 8: 1-4; 5: 6-10).— *Creencia Fundamental* nº 10

10

Supongamos que alguien llega a su casa y le regala un millón de dólares, ¿qué pensaría usted de esa persona? Quizá le vendrían a la mente por lo menos tres posibilidades: está loca, quiere algo a cambio, lo ama mucho y usted ni lo sabía. ¿Se ha dado cuenta de que Cristo vino al mundo para entregarle un tesoro mayor que un millón de dólares? Cristo vino a regalarnos algo mucho más valioso que todo el dinero del mundo; vino para darnos la salvación. Y el costo de esa salvación fue su sangre. ¿Por qué lo hizo? Porque nos ama, aunque quizá nosotros no hemos llegado a percibir en su plenitud la grandeza de ese amor. La salvación es un tema que nunca se agotará, seguiremos hablando de él en el mundo venidero.

Lo que todo adventista debe saber sobre la salvación

Caídos de la gracia

A fin de que podamos comprender, aunque sea muy parcialmente, el plan de salvación, es preciso que seamos conscientes de cuál es nuestra verdadera condición. Aunque Dios creó al ser humano «bueno en gran manera» (Gén. 1: 31), con la entrada del pecado llegó a convertirse en un ser perverso y alienado de su Creador (Ecl. 7: 29; Gén. 8: 21; Gén. 3: 10). Isaías describe el estado natural de la humanidad rebelde con estas palabras: «*Toda* cabeza está enferma y todo corazón doliente. *Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana*, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas ni vendadas ni suavizadas con aceite» (Isa. 1: 5, 6). El mismo profeta más adelante agregará: «*Todos nosotros somos* como cosa impura, todas nuestras justicias como trapo de inmundicia. *Todos nosotros* caímos como las hojas y nuestras maldades nos llevaron como el viento» (Isa. 64: 6).

Pablo está en sintonía con las declaraciones del profeta. En la Epístola a

los Romanos, antes de exponer en detalle el plan de salvación, dedicó los tres primeros capítulos al tema de la depravación universal del hombre.

Para los judíos, el mundo se dividía en dos grupos: ellos y los gentiles; los salvos y los perdidos. Para los judíos la salvación era un asunto más vinculado a la raza que a la fe del individuo. Cuando Pablo plantea cuán pecadora es la raza humana, comienza demostrando que los gentiles son pecadores (Rom. 1: 18-32). En su larga exposición de los pecados de ellos, Pablo intercala en tres ocasiones la frase Dios «los entregó» (Rom. 1: 24, 26, 28), es decir, los dejó que caminaran por la senda de maldad y destrucción que ellos mismos habían elegido. Fueron «entregados» para que cosecharan los resultados de su maldad. Su condición era tan grave que se convirtieron en «aborrecedores de Dios» e «inventores de males» (Rom. 1: 30, RV60). Aunque sabían que «los que practican tales cosas son dignos de muerte» no solo las cometían con alevosía, sino que aplaudían a quienes las practicaban (vers. 32). El veredicto, por tanto, es que los gentiles merecen ser castigados con la ira divina.

En los siguientes capítulos (Rom. 2: 1-3: 8) se presenta la otra cara de la moneda: los judíos también son pecadores. Ellos, a pesar de sus privilegios, son igualmente transgresores de la ley (Rom. 2: 17-24); además añaden el pecado de juzgar a los demás y creerse superiores (Rom. 2: 1-4). Su pecado también los hace merecedores de estar bajo ira: «Atesoras para ti mismo ira para el día de la ira» (Rom. 2: 5).

Romanos 3: 9-23 presenta la conclusión lógica de los argumentos precedentes. Si tanto judíos como gentiles son pecadores, entonces todos somos pecadores, todos estamos bajo la ira de Dios: «Hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado» (Rom. 3: 9), es decir, «bajo la autoridad del pecado». El versículo 23 despeja todas las dudas: «Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios».

Esta descripción de la miserable condición caída de la humanidad tiene como objetivo resaltar la maravillosa solución que Dios ha provisto al problema del pecado. Los que creen en Cristo, con independencia de su origen étnico, pueden ser «justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús» (Rom. 3: 24). Por tanto, si el pecado es un problema de todos, entonces todos tenemos necesidad de salvación, salvación ya realizada en Cristo y que por fe está disponible para todos (Rom. 5: 1; Efe. 2: 8). La antigua división del mundo entre salvos y perdidos, judíos y gentiles, queda descartada. Los salvos y los perdidos son, respectivamente, el creyente y el que no cree (Juan 3: 16-18).

La redención ha sido provista de manera gratuita, pero eso no quiere decir que no haya tenido un costo. El cielo nos redimió pagando el precio de nuestra salvación no con «oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo» (1 Ped. 1: 18, 19).

Cristo, nuestro sustituto

En Romanos 3: 25, 26 Pablo dice que Dios puso a Cristo como propiciación «para manifestar [*eideizein*] su justicia». *Eideizein* significa «mostrar», «probar», «evidenciar», «manifestar», «exhibir», «vindicar». ¿Por qué necesitaba Dios «vindicar», «demostrar» su justicia? El versículo 26 responde este interrogante: A fin de ser declarado justo.

En Romanos 3, Pablo citó el Salmo 51: «Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado» (Rom. 3: 4). Para entender esta justificación de Dios debemos echar un vistazo al Salmo 51. ¿Qué hace David para que Dios sea reconocido justo en su palabra? En la primera parte de Salmo 51: 4, el rey declaró: «Contra ti, contra ti solo he pecado». Este reconocimiento de David en parte fue motivado por las reprensiones del profeta Natán, que lo había acusado de haber hecho lo malo delante de Dios (2 Sam. 12: 9). Cuando fue confrontado con su pecado, David reconoció que había pecado (2 Sam. 12: 13). Al admitir su culpa David afirmó que lo dicho por Dios respecto a él era cierto, y lo aceptó «para que seas [Dios] reconocido justo en tu palabra» (Sal. 51: 4); es decir, si negamos que somos pecadores, entonces decimos que Dios es un mentiroso (1 Juan 1: 10). Por ello Pablo dice: «Antes bien, sea Dios veraz y todo hombre mentiroso» (Rom. 3: 4). La Palabra de Dios queda justificada cuando admitimos que lo que dice respecto a nuestra condición pecadora es cierto. Pero este deseo divino de llevarnos a reconocer nuestra culpabilidad no tiene como objetivo avergonzarnos por nuestros pecados, sino ponernos en la ruta del perdón. Cuando David reconoció su pecado, Natán le dijo: «También Jehová ha remitido tu pecado; no morirás» (2 Sam. 12: 13). Dios quiere convencer a David de que ha pecado, no para condenarlo, sino para perdonarlo. Dios se ha comprometido a perdonar a todo aquel que confiesa su pecado (1 Juan 1: 9).

A fin de que Dios sea «justificado» tiene que cumplir su «palabra» de perdonar a David. Lo que Pablo está queriendo decir es que si nuestro reconocimiento de pecado justifica la ira divina sobre nosotros, el hecho mismo de este reconocimiento compromete a Dios a salvarnos para que él sea «justificado en su palabra».

¿Ante quiénes debía ser Dios justificado? ¿Ante quiénes tenía que manifestar su justicia? Pues ante toda la humanidad, con la cual había comprometido su palabra, y, siguiendo el pensamiento paulino, ante todo el universo (1 Cor. 4: 9). Recordemos que Cristo «vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo» (*Patriarcas y profetas*, cap. 4, p. 49). El carácter de Dios es descrito por Moisés con estas palabras: «¡Jehová! ¡Jehová! Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que castiga la maldad» (Éxo. 34: 6, 7). Este texto pone de manifiesto que en el carácter de Dios se entretejen la justicia y la misericordia. Pero al mismo tiempo establece que el «culpable», el ser humano, no será tenido por «inocente», puesto que merece morir. Pero si Dios llevara a cabo semejante obra de destrucción, Satanás lo acusaría de arbitrario e intransigente; y si Dios perdonara al ser humano, el enemigo lograría que Dios echase por tierra la santidad de la ley. De esta forma «Dios no podía ser justo y, al mismo tiempo, mostrar misericordia al pecador» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 79, p. 723).

El razonamiento de Satanás era: «Dios no puede ser justo y a la vez, mostrar misericordia; o lo uno, o lo otro. Si manifiesta su ira, moriré, pero lo haré con los pecadores a quienes Dios ama; no creo que Dios esté dispuesto a permitir eso. Si manifiesta su amor, invalidaría su ley y así se mantendría la perpetuidad de mi rebelión». Ante un dilema de esta envergadura, ¿qué podía hacer Dios? Pablo nos da la respuesta: Dios puso a Cristo como propiciación (Rom. 3: 25). Jesús ocuparía el lugar que le correspondía al pecador. Si el pecador merecía la ira divina, entonces Cristo la recibiría por él.

En los tiempos de Pablo el término «propiciación» se utilizaba para describir el sacrificio que los humanos ofrecían a los dioses con el propósito de apaciguar su ira; pero en la Biblia es el mismo Dios quien «puso» a Cristo como «propiciación». Eso establece una diferencia radical entre el concepto de «propiciación» de Pablo y el de las religiones paganas. Una de las declaraciones más hermosas de la señora White es esta: «Si el Padre nos ama no es a causa de la gran propiciación, sino que él proveyó la propiciación porque nos ama» (*El camino a Cristo*, cap. 1, pp. 19-20). Dios no exige una propiciación, sino que él la otorga a cambio de la salvación humana. Así la «propiciación» hecha por Cristo no se realizó para apaciguar a un Dios airado, sino como demostración del gran

amor que la Deidad siente por cada uno de nosotros. Pero, ¿recibió Cristo la ira divina al morir en nuestro lugar en la cruz?

Aporte del don profético

«El poder divino es colocado sobre el hombre para que pueda llegar a ser participante de la naturaleza divina, habiendo escapado de la corrupción que está en el mundo por la concupiscencia. Por esto el hombre, arrepentido y creyente, puede ser hecho justicia de Dios en Cristo» (*Mensajes selectos*, cap. 35, t. 1, p. 300).

En el Antiguo Testamento la ira divina se manifestaba de dos maneras: 1) Destrucción (Gen. 7: 21-23; 19: 24-25; Lev. 10: 23; Núm. 16: 21). 2) Dios se alejaba de quienes se habían alejado de él (Ose. 9: 12; Lam. 4: 16). Estas dos formas de ejecución de la ira divina quedan evidenciadas en Salmos 89: 46: «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Te *esconderás* para siempre? ¿Arderá tu ira como el *fuego*?».

En los momentos previos a la cruz, Jesús no quería tomar «la copa» (Mat. 26: 39, 42; Mar. 14: 36; Luc. 22: 42). ¿Por qué? ¿Qué había en aquella copa? En las Escrituras la copa es utilizada como un símbolo de la «ira divina» (Jer. 25: 15; Apoc. 16: 1). Daniel había dicho que el Mesías debía venir «para terminar la prevaricación, poner fin al pecado» (Dan. 9: 24). Para acabar con la prevaricación y el pecado habría que eliminar a los que pecan y prevarican, es decir, a los seres humanos. Sin embargo, la ira que debía caer sobre nosotros, cayó sobre el instrumento que el cielo había provisto para librarnos, Cristo. Elena G. de White comenta que en la cruz «los pecados de los hombres descansaban pesadamente sobre Cristo, y el sentimiento de la *ira de Dios* contra el pecado abrumaba su alma» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 74, p. 653), y más adelante agrega que «él, el Expiador del pecado, soporta la ira de la justicia divina y por causa tuya se hizo pecado» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 78, p. 716). Pablo escribió a los creyentes de Roma: «Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira» (Rom. 5: 9). No olvidemos que la sangre de Cristo nos libra de la ira, porque hubo una sustitución. La ira que caería sobre mí, la recibió Cristo y ahora la sangre de Cristo me sirve de escudo contra la ira divina. Él fue mi sustituto.

Al descargar sobre Cristo la ira divina, Dios satisface las exigencias de su justicia; y por lo mismo, al no derramar su ira sobre el mundo, Dios manifiesta su amor. Así, la justicia y la misericordia obraron juntas y ambas quedaron satisfechas. Ahora la salvación está disponible para todo aquel que cree, pues esta justicia «es por medio de la fe» (Rom. 3: 22).

Aporte del don profético

«El mensaje del evangelio de su gracia tenía que ser dado a la iglesia con contornos claros y distintos, para que el mundo no siguiera afirmando que los adventistas del séptimo día hablan mucho de la ley, pero no predican a Cristo ni creen en él» (Testimonios para los ministros, cap. 2, p. 92).

Hay que precisar que en todo este proceso «Dios sufrió con su Hijo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 74, p. 657). No hemos de olvidar tampoco que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Cor. 5: 19). La muerte de Cristo manifiesta de manera irrebatible la bondad y la justicia de Dios. Mediante la sustitución de Cristo, Dios encontró una manera de preservar la ley y proteger su justicia, y al mismo tiempo extender su misericordia al pecador culpable que confía en él. En la cruz convergen el juicio extremo y la gracia extrema. ¡Qué gloriosa paradoja!

Salvación: el don de la gracia divina

La sustitución que Cristo hizo por nosotros en la cruz fue un acto de la gracia divina. La palabra «gracia» aparece más de cien veces en la Biblia. Esta gracia no es un atributo humano, sino que es una cualidad divina. Esta cualidad es propia de los tres miembros de la Deidad. El Nuevo Testamento menciona «la gracia de nuestro Dios» (Jud. 4); «la gracia de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. 6: 18) y el «Espíritu de gracia» (Heb. 10: 29).

La gracia de Dios no es una enseñanza exclusiva del Nuevo Testamento, puesto que circula por toda la Biblia. Noé se salvó del diluvio porque «halló gracia ante los ojos de Jehová» (Gén. 6: 8). Lot reconoció que había sido librado de la destrucción de Sodoma y Gomorra porque halló gracia ante el Señor (Gén. 19: 19). Los sacerdotes podían ministrar ante la presencia del Dios santo porque el Señor les había prodigado su gracia (Éxo. 28: 38). La gracia es algo que se recibe «sin dinero» (Éxo. 21: 11). Una vez recibida hemos de perseverar en la gracia de Dios (Hech. 13: 43) a fin de no caernos de ella (Gál. 5: 4); hemos de crecer «en la gracia» (2 Tim. 2: 1; 2 Ped. 3: 18). Creemos en Dios, no porque sea algo natural en nosotros, sino porque su gracia nos ha guiado a hacerlo (Hech. 18: 27). Aunque la gracia es mucho más grande que nuestro pecado (Rom. 5: 20; 2 Cor. 9: 14; Efe. 1: 7), eso no significa que hemos de permanecer en el pecado (Rom. 6: 1-3), pues al hacerlo convertimos «en libertinaje la gracia de Dios» (Jud. 4).

Fuimos elegidos y llamados por la obra de gracia (Rom. 11: 5, 6; Gál. 1:

15; Efe. 1: 6). La consolación y la esperanza nos llegan «por gracia» (2 Tes. 2: 16). Los cristianos expresaban su seguridad de que la salvación es un don de la gracia divina (Hech. 15: 11). Somos «justificados por su gracia» (Tito 3: 7). «Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no es de vosotros, pues es don Dios. […] No por obras, para que nadie se gloríe» (Efe. 2: 8, 9).

La experiencia de la salvación y el gran conflicto

Pablo declaró que «tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado» (Rom. 3: 9). Estar «bajo el pecado» significa que nos hallamos bajo la autoridad del pecado, que él es nuestro amo y que hacemos lo que él nos ordene. El pecado ha establecido su reino en nuestros cuerpos mortales y nos obliga a obedecer sus deseos (Rom. 6: 12). En cambio, cuando aceptamos la salvación que Cristo nos ha ofrecido, hemos «renacido, no de simiente corruptible, sino de incorruptible» (1 Ped. 1: 23). Al participar de la experiencia de la salvación se implanta en nosotros una nueva naturaleza que obedece, no a las demandas de nuestras inclinaciones pecaminosas, sino a la voluntad del Espíritu. Por eso en lugar de estar «bajo el pecado» los salvos viven «conforme al Espíritu» (Rom. 8: 4). Al recibir a Cristo como Señor de nuestra vida llegamos a ser partícipes «de la naturaleza divina» (2 Ped. 1: 4). Ahora el Espíritu Santo no solo trabajará con nosotros, sino también en nosotros. Libraremos una lucha cuerpo a cuerpo contra el enemigo de las almas, puesto que dos naturalezas batallan dentro de nosotros.

Nuestra batalla contra el mal entra en su fase más crítica cuando decidimos abandonar las huestes del diablo y alistarnos bajo la bandera ensangrentada de Jesús. De hecho, Satanás no está en guerra contra quienes viven bajo el poder del pecado, pues estos se han rendido a sí mismos al poder del mal; la verdadera batalla la libra contra los que hemos decidido pasar «de las tinieblas» a «su luz admirable» (1 Ped. 2: 9). Al aceptar la salvación que Dios nos ha ofrecido en Cristo, el gran conflicto pasa a ser no solo una lucha cósmica sino también nuestra lucha personal.

En defensa de nuestra fe

La fe y las obras

Muchos creyentes sinceros han llegado a la conclusión de que, como vivimos «bajo la gracia», ya no precisamos realizar ninguna obra. Sin embargo, inmediatamente después de establecer que somos salvos por gracia, independientemente de nuestras obras, Pablo dice que «somos hechura suya [de Dios], creados en Cristo *Jesús para buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas» (Efe. 2: 10). Aunque las buenas obras no nos salvan, son tan vitales para la vida cristiana que Dios creó en nosotros un «nuevo hombre» para que las hiciéramos. Esa es la manera de dar una muestra visible de «la fe que obra por el amor» (Gál. 5: 6). A esto se refirió Cristo cuando dijo: «El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto» (Juan 15: 5). Las buenas obras no sirven para salvarnos, sino para manifestar al mundo que ya somos salvos. Pablo nunca estuvo en contra de las «obras» sino en que se les atribuyera a las obras un papel salvífico.

Pablo creía que la salvación produce un cambio radical en la conducta del creyente y lo habilita para que el Espíritu de Dios obre en el corazón humano «el querer como el hacer» de Dios (Fil. 2: 13). Incluso él se consideraba a sí mismo como alguien que había recibido «la gracia y el apostolado para conducir a todas las naciones a la *obediencia de la fe*» (Rom. 1: 5). La mayor evidencia de que hemos aceptado el don gratuito de Dios, es nuestra manera de vivir obedeciendo los principios establecidos por la Palabra de Dios. Es preciso que vivamos a la altura de la vida nueva que hemos recibido y que es nuestra en Cristo Jesús (1 Cor. 5: 7). No podemos atrevernos a tratar con ligereza esa «salvación tan grande» que nos ha sido dada (Heb. 2: 3).

A fin de evitar que alguno de nosotros, aunque diga que es salvo por fe, llegue a creer que sus buenas obras lo hacen superior a los demás, Jesús nos recordó lo siguiente: «Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y *glorifiquen a vuestro* Padre que está en los cielos» (Mat. 5: 16). El centro de nuestras buenas obras no somos nosotros, sino Dios. Nosotros únicamente somos los medios a través de los cuales él realiza sus buenas obras. Por eso la gloria siempre le pertenecerá a él. Ojalá que cuando la gente vea nuestras buenas obras, en lugar de alabarnos a nosotros, glorifiquen a nuestro Dios.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Karl Barth fue uno de los teólogos más influyentes del siglo XX. Su Dogmática abarca catorce gruesos volúmenes sobre cuatro grandes temas: la revelación, la Deidad, la creación y la expiación. Cuando Barth visitó la Universidad de Chicago suscitó gran expectación. Estudiantes y profesores lo rodeaban. Mientras participaba en una conferencia de prensa, alguien le preguntó: «Dr. Barth, ¿cuál es la verdad más profunda que usted ha aprendido a través de sus estudios?». De inmediato el eminente teólogo respondió con las palabras del canto infantil: «Sí, Cristo me ama, la Biblia dice así».

El mayor beneficio que me da la doctrina de la salvación es saber que soy amado por mi Dios. ¿Habrá algo más grande o mejor que esto?

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, gracias por la salvación que nos ofreces a través de Cristo. Ayúdanos a reconocer nuestra pecaminosidad y a tener fe en nuestro Redentor. Que tu Espíritu nos enseñe a permanecer en Cristo para que algún día estemos con él en el cielo.

ESTO CREEMOS SOBRE

El crecimiento en Cristo

Jesús triunfó sobre las fuerzas del mal por su muerte en la cruz. Aquel que subyugó los espíritus demoníacos durante su ministerio terrenal, quebrantó su poder y aseguró su destrucción definitiva. La victoria de Jesús nos da la victoria sobre las fuerzas malignas que todavía buscan controlarnos, y nos permite andar con él en paz, gozo y la certeza de su amor. El Espíritu Santo ahora mora dentro de nosotros y nos da poder. Al estar continuamente comprometidos con Jesús como nuestro Salvador y Señor, somos liberados de la carga de nuestras acciones pasadas. Ya no moramos en tinieblas, ni en el temor a los poderes malignos, ni en la ignorancia, ni en la falta de sentido de nuestra antigua manera de vivir. En esta nueva libertad en Jesús, se nos invita a desarrollarnos a semejanza de su carácter; en comunión diaria con él por medio de la oración, alimentándonos con su Palabra, meditando en ella y en su providencia, entonando alabanzas a su nombre, reuniéndonos para adorarlo y participando en la misión de la iglesia. Al darnos en servicio amante a aquellos que nos rodean y al testificar de la salvación, la presencia constante de Jesús por medio del Espíritu transforma cada momento y cada tarea en una experiencia espiritual (Sal. 1: 1, 2; 23: 4; 77: 11, 12; Col. 1: 13, 14; 2: 6, 14, 15; Luc. 10: 17-20; Efe. 5: 19, 20; 6: 12-18; 1 Tes. 5: 23; 2 Ped. 2: 9; 3: 18; 2 Cor. 3: 17, 18; Fil. 3: 7-14; 1 Tes. 5: 16-18: Mat. 20: 25-28; Juan 20: 21; Gál. 5: 22-25: Rom. 8: 38, 39;1 Juan 4: 4; Heb. 10: 25).— Creencia Fundamental nº 11

11

¿Ha oído hablar de Simone da Fiesole? Probablemente no, salvo que usted sea un conocedor de la historia del arte. Pero seguramente sí habrá oído hablar de Miguel Ángel, ¿verdad? Simone fue el artista a quien primero se le encargó esculpir la figura de uno de los personajes bíblicos más admirados, David. Sin embargo, debido a su falta de pericia, dañó el gigantesco bloque de mármol. Tras el fracaso de otros dos artistas, y después de casi treinta años de haberse iniciado la obra, se le encomendó a Miguel Ángel esculpir la figura del cantor de Israel en la misma piedra con la que los demás habían fracasado. Durante dos años trabajó con perseverancia y dedicación arreglando y esculpiendo el mármol con su cincel. Finalmente, con aquel pedazo de piedra que parecía inservible, el gran artista florentino dio vida a una de las obras maestras de todos los tiempos.

Al igual que aquel bloque de mármol, nuestras vidas han sido modeladas por maestros que no poseen la destreza necesaria para producir en nosotros un carácter equilibrado, semejante al de nuestro Creador. Pero un día, cansados de rodar por este mundo y atraídos por la gracia de Dios, nos entregamos a las manos del gran Maestro. Él nos aceptó tal y como acudimos a él: imperfectos, débiles, sin esperanza, con una vida llena de remordimientos y pesares. Y, sin pedir nada a cambio, nos «hizo aceptos en el Amado» (Efe. 1: 6), nos libró «del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo» (Col. 1: 13); «nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia» (Tito 3: 5). Pero su amor por nosotros es tan grande que, a pesar de aceptarnos como bloques desechos por el pecado, no nos dejó como nos encontró, sino que comenzó a trabajar en nosotros a fin de prepararnos para que lleguemos «a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efe. 4: 13).

¿Cómo lleva a cabo Dios ese proceso de crecimiento espiritual? ¿Qué

debemos hacer a fin de que podamos crecer en nuestra vida cristiana? ¿Contra qué tendremos que luchar durante el proceso de crecimiento? Esas son las preguntas que responde la doctrina que abordamos en este capítulo.

Lo que todo adventista debe saber sobre el crecimiento en Cristo

Somos la morada del Espíritu

Cuando experimentamos una entrega sincera y completa a Dios, no solo enterramos nuestro viejo hombre, sino que iniciamos una vida nueva (Rom. 6: 4-11). Al morar Cristo en nosotros nuestro «cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu vive a causa de la justicia» (Rom. 8: 10). Ahora somos el «templo del Dios viviente» y, por tanto, no tenemos nada en común con nuestros ídolos pasados (2 Cor. 6: 16). La presencia del Espíritu de Cristo en nuestra vida nos da la certeza de que, a pesar de nuestras imperfecciones actuales, nos mantendremos «firmes hasta el fin» para que nadie pueda reprocharnos nada cuando nuestro Señor Jesucristo regrese (1 Cor. 1: 8). Esta vida de santidad y crecimiento continuo se experimenta mediante dos vías inseparables la una de la otra: la comunión con Cristo y la comunión con nuestros hermanos.

La comunión con Cristo consiste en permanecer en él. En Juan 15: 1-11, donde se recurre a la imagen de la vid y el viñador, aparece en diez ocasiones el verbo «permanecer». En este capítulo Jesús no está hablando de la salvación. El creyente ya es salvo. El tema clave es que la manera de mantenerse salvo es permaneciendo en comunión con el Señor, pues quien no lo haga «será echado fuera» (vers. 6). La imagen de la viña evoca varios pasajes del Antiguo Testamento (Sal. 80: 14; Ose. 10: 1; Isa. 1: 8). La nación de Israel era la «viña del Señor» que había sido cuidada por Dios para que diera buenos frutos (Isa. 5: 1-5). Sin embargo, la vid no produjo los frutos que el Señor esperaba (vers. 2). Jesús ahora se presenta como «la vid verdadera», y él sí dará los frutos que Dios había anhelado ver en Israel. ¿Cómo logró Cristo producir esos frutos? Permaneciendo en comunión con su Padre por medio de la oración (Mar. 1: 35), el estudio de la Palabra (Luc. 4: 17-19) y haciendo la obra de su Padre (Juan 5: 36).

Si queremos permanecer en Cristo hemos de hacer lo que él hizo: vivir una vida para Dios. Al permanecer creciendo junto a la vid verdadera nuestra vida de oración será efectiva (Juan 15: 7), Dios será glorificado en

nosotros (vers. 8), creceremos en amor (vers. 9, 10), llevaremos una vida cristiana rebosante de gozo (vers. 11). Son los nutrientes que provienen de la vid los que darán crecimiento y frutos a quienes permanezcan en ella. El crecimiento espiritual es resultado de la obra que la Deidad lleva a cabo en nuestro interior. «El crecimiento lo da Dios» (1 Cor. 3: 6, 7). «En virtud de quien [Cristo] todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios» (Col. 2: 19).

El crecimiento cristiano también se desarrolla viviendo en comunión con aquellos por quienes Jesús entregó su vida. Hemos de amar a nuestros semejantes tanto como Dios nos ha amado a nosotros. La falta de amor en los miembros de la comunidad de la fe es un reflejo de nuestra pequeñez espiritual y de nuestra falta de comunión con Dios. El apóstol Juan destacó este aspecto horizontal de la santidad cuando escribió: «El que dice que está en luz y odia a su hermano, está todavía en tinieblas» (1 Juan 2: 9). «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte» (1 Juan 3: 14). «Si alguno dice: "Yo amo a Dios", pero odia a su hermano, es mentiroso» (1 Juan 4: 20).

El amor de Dios se vive y se expresa en la comunidad de la fe, no fuera de ella. La iglesia primitiva se preocupaba por desarrollar y mantener la «comunión unos con otros» (Hech. 2: 42). El ideal de Dios es que lleguemos a un compañerismo cristiano tan intenso que nuestras conversaciones sean «salmos, con himnos y cánticos espirituales» (Efe. 5: 19), que nos amemos con «amor fraternal» (Rom. 12: 10; Gál. 5: 13), que nos preocupemos por los demás (1 Cor. 12: 25), que seamos pacientes con nuestros semejantes (Efe. 4: 2). Por supuesto, esta comunión con el prójimo no es resultado de nuestra piedad, sino de la obra de renovación que Dios va produciendo en nosotros. Tenemos que permitir que se cumpla en nosotros el pedido que Pablo hizo a favor de los creyentes de Tesalónica: «Que el Señor los haga crecer para que se amen más y más unos a otros» (1 Tes. 3: 12, NVI).

Cada momento y cada tarea una experiencia espiritual

Muchos asocian el crecimiento cristiano con manifestaciones carismáticas y hechos asombrosos que cautivan a multitudes. Es cierto que en ocasiones Dios puede manifestar su grandeza por medio de señales y prodigios (Hech. 2: 22), pero también la presencia de Dios se puede dejar sentir en algo tan sencillo como un leve silbido (1 Rey. 19: 11-13). Nosotros somos el templo

de Dios (1 Cor. 3: 16; 6: 19; 2 Cor. 6: 16). Todo lo que se realizaba en el Templo estaba impregnado de santidad. No solo era santa la obra del sumo sacerdote; el perfumista que fabricaba el perfume aromático también realizaba una obra santa (Éxo. 37: 29); los que cargaban los muebles del santuario realizaban una obra santa (Núm. 7: 9). Todo lo que hagamos con el templo de nuestra vida ha de llevar el sello: «Santidad a Jehová» (Éxo. 28: 36).

Aporte del don profético

«Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo. Solo estando en comunión con él diariamente, y permaneciendo en él en todo momento, es como hemos de crecer en la gracia. Él no es solamente el autor de nuestra fe, sino también su consumador. Ocupa el primer lugar, el último y todos los lugares» (*El camino a Cristo*, cap. 8, p. 102-103).

Por todo ello, la labor de la persona que con amor y devoción prepara los alimentos para su familia, no es menos espiritual que la del pastor que ha pasado la noche orando. No olvidemos «que hay religión práctica en un buen pan» (*Consejos sobre alimentación*, cap. 14, § 368, p. 205). El empleado, comerciante o profesional que sale a trabajar y cumple con su labor dando un silente testimonio de que es un hijo de Dios, no ha realizado una obra menos importante que la del obrero evangélico que pasa todo el día predicando la Palabra. Para el cristiano todas las tareas que lleve a cabo han de estar santificadas por la presencia de Cristo mientras las realizamos. Nuestra fe va entretejida con todo lo que hacemos. Son estos pequeños actos los que ponen de manifiesto lo que hay realmente en nuestro corazón. Nuestra vida espiritual está vinculada a nuestras labores diarias independientemente de lo insignificantes que parezcan. «En conclusión, ya sea que coman o beban o hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10: 31, NVI).

El crecimiento en Cristo y el gran conflicto

La Biblia describe la vida cristiana como una lucha, y al cristiano como un combatiente. Timoteo recibió este consejo: «Pelea la buena batalla de la fe» (1 Tim. 6: 12). Casi al concluir su ministerio en esta tierra el apóstol Pablo escribió: «He peleado la buena batalla» (2 Tim. 4: 7). Epafrodito era considerado su «compañero de milicia» (Fil. 2: 25), por eso en 1 Corintios

9: 7 el apóstol compara su obra con la de un soldado.

En Efesios 6: 10-18 se utiliza un vocabulario bélico para describir la contienda que han de librar los cristianos contra las fuerzas espirituales que tratan de impedir su crecimiento espiritual. «No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (vers. 12). El vocablo griego traducido por «lucha» denota un enfrentamiento entre dos hasta que uno logra derribar al otro. Es un conflicto que no acaba hasta que alguien es declarado ganador. ¿Quiénes son estas fuerzas espirituales de las regiones celestes que luchan contra el creyente?

Varios pasajes del Antiguo Testamento hacen mención al «ejército del cielo». En algunos casos esta frase se aplica a los ángeles de Dios (Dan. 8: 10); otras veces se refiere a deidades paganas (Deut. 4: 19). Uno de los pecados de Acab consistió en haber adorado «a todo el ejército de los cielos» (2 Rey. 21: 3). En tiempos de Jeremías algunos ofrecieron «incienso a todo el ejército del cielo, y vertieron libaciones a dioses ajenos» (Jer. 19: 13). Para el profeta «el ejército del cielo» era una expresión que se correspondía con los «dioses ajenos». Es innegable que entre el verdadero Dios que habita en los cielos y los seres humanos que vivimos en la tierra, Satanás se encargó de interponer potestades infernales cuya tarea es impedir el acercamiento entre Dios y sus criaturas. Como estas huestes espirituales fueron asociadas con los astros del cielo, se creía que podían alterar el destino de los seres humanos. Varios textos antiguos utilizan la frase «gobernantes del mundo» para referirse a las deidades de las naciones. Pablo había identificado a los ídolos de las naciones paganas como representaciones demoníacas (1 Cor. 10: 20; *cf.* Deut. 32: 17). Por tanto, los principados, poderes, autoridades, gobernadores de las tinieblas, las huestes de maldad, son expresiones idiomáticas para identificar a Satanás y su malvado séquito. En Efesios 6: 11 se identifica claramente a nuestro enemigo como el diablo.

Es reconfortante saber que estos «poderes» ya fueron derrotados por Cristo: «Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col. 2: 15). La palabra griega que Pabló usó para «despojar», *apekdusamenos*, significa que le quitó las armas y la armadura al enemigo. Los cristianos nos enfrentamos a un enemigo ya derrotado y desarmado. Como pertenecemos a Cristo su victoria es nuestra victoria. Ya no tenemos que vivir bajo el temor «de los

poderes que dominan este mundo» (Gál. 4: 3, DHH) sino que debemos dar gracias a Dios porque «nos lleva siempre de triunfo en triunfo en Cristo Jesús» (2 Cor. 2: 14). La versión *Dios Habla Hoy* vierte así este pasaje: «Gracias a Dios que siempre nos lleva en el desfile victorioso de Cristo».

Nuestra victoria es segura. Mientras el enemigo está desarmado, nosotros, en cambio, estamos ataviados con la poderosa armadura de Dios. Pablo nos dice que «las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas» (2 Cor. 10: 4); poseemos «las armas de la luz» y «de justicia» (Rom. 13: 12; 2 Cor. 6: 7). El cristiano está revestido de «toda la armadura de Dios» (Efe. 6: 11). El Antiguo Testamento usa la metáfora del guerrero como una referencia a Dios: «Jehová es un guerrero» (Éxo. 15: 3). Por ello, como todo guerrero, el Todopoderoso también se ciñe su armadura: «Pues de justicia se vistió como de una coraza, con yelmo de salvación en su cabeza; tomó ropas de venganza por vestidura y se cubrió de celo como con un manto, como para vindicación, como para retribuir con ira a sus enemigos y dar el pago a sus adversarios» (Isa. 59: 17, 18). La armadura de Jehová ha pasado a ser de su pueblo militante en la tierra. Y es lógico que así sea, puesto que el cuerpo del Señor ahora es su iglesia (Efe. 1: 23; 1 Cor. 12: 27). Únicamente usando esta armadura podremos «estar firmes contra las asechanzas del diablo» y «resistir en el día malo» (Efe. 6: 11, 13). No hemos de suponer que el secreto de la victoria radica en nosotros. La victoria es posible porque vestirnos con la armadura de Dios equivale a estar vestido «del Señor Jesucristo» (Rom. 13: 14), «de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia» (Col. 3: 12). Tener la armadura de Dios se resume en estar vestido con el amor de Dios (Col. 3: 14).

En defensa de nuestra fe

¿Por qué fue necesario establecer esta nueva declaración doctrinal?

Seguramente usted sabrá que esta doctrina comenzó a formar parte de la declaración de Creencias Fundamentales en el 2005. Muchos se han preguntado: ¿Por qué fue necesario incluir esta nueva declaración en nuestro cuerpo doctrinal? Es bien sabido que donde la Iglesia Adventista posee mayores índices de crecimiento es en África, Asia y Latinoamérica.

Tanto en África como en Asia las iglesias pentecostales han experimentado un crecimiento exorbitante, puesto que han logrado sincretizar el cristianismo con las culturas religiosas autóctonas. Muchos integrantes de grupos pentecostales aceptan creer en Cristo, pero siguen vinculados a las experiencias espiritistas dominantes en su cultura. Como gran número de adventistas proviene de estas iglesias, de una u otra forma algunos de ellos se sienten confundidos respecto a cuán diferente es el cristianismo de la religión que habían aprendido de sus padres. Muchos de esos miembros pretendían seguir a Cristo mientras al mismo tiempo vivían atemorizados por los dioses o los espíritus que gobernaban su antigua vida.

Esta situación llegó a ser muy problemática para los líderes de las congregaciones de esos lugares, por lo que se creyó necesario que la iglesia fijara su posición sobre estos asuntos. Era importante que los miembros conocieran que los adventistas creemos que Cristo nos ha liberado de nuestra carga pasada, que incluye, no solo el perdón de los pecados, sino también el quebrantamiento de los poderes que los espíritus malignos ejercían sobre nosotros; era preciso declarar por escrito que no hay ningún vínculo entre Cristo y los espíritus de los clanes tribales de donde ellos provenían. Esta liberación era resultado de la victoria que Jesús había alcanzado en la cruz sobre los poderes del mal. Esta victoria ahora se le otorga a todo aquel que tenga fe en Jesús. En resumen, la declaración doctrinal sobre el crecimiento en Cristo fue concebida a fin de resolver un problema concreto que estaba teniendo un impacto muy negativo en diversas partes del mundo.

Una vez publicada la declaración, algunos miembros pensaron que, como los creyentes de Éfeso (ver Hech. 19) tuvieron que ser bautizados al recibir una verdad nueva y vital por medio de la predicación de Pablo, entonces nosotros también debimos bautizarnos de nuevo cuando se introdujo la doctrina sobre el crecimiento cristiano.

Aporte del don profético

«Si tenemos puesta la armadura celestial descubriremos que los asaltos del enemigo no tendrán poder sobre nosotros. Nos rodearán ángeles de Dios para protegernos» (*Comentario bíblico adventista*, t. 6, p. 1119).

Es cierto que la nueva declaración doctrinal puede ser considerada como «vital», pero no se trata de una nueva verdad. La iglesia emitió una nueva declaración, o mejor dicho redactó de una mejor manera, con «una *mejor expresión*», el entendimiento de la victoria de Cristo en la cruz. Si usted lee

detenidamente toda la declaración doctrinal se dará cuenta de que no hay ninguna «nueva verdad» en su contenido.

Esta nueva declaración doctrinal está llena de elementos que constituyen verdades básicas de la fe cristiana, pero no hay nada en ella que no creyéramos antes de que se emitiera la declaración en el 2005. Por lo tanto, no se ha agregado ninguna verdad adicional. Son verdades básicas de la fe cristiana el hecho de que Jesús triunfó sobre los poderes del maligno, que la victoria de Cristo nos da el triunfo sobre Satanás, que no tenemos que temer a los poderes malignos, que debemos estudiar la Biblia, predicar el mensaje, asistir a la iglesia; todo esto lo enfatiza la nueva declaración doctrinal. ¿Hay algo adicional a lo que ya creíamos antes del 2005? Nos parece que no. Lo que sí hay es «una nueva comprensión más completa de la verdad bíblica» y «una formulación mejor para expresar las enseñanzas de la Santa Palabra de Dios» (*Manual de la Iglesia*, ed. 2010, p. 169).

No tenemos aquí espacio para analizar la especial condición en que se encontraban los creyentes en Éfeso; así que nos limitaremos a recordar las dos condiciones por las que el *Manual de la Iglesia* permite el rebautismo: 1) Cuando un creyente de otra denominación que ya ha sido bautizado por inmersión lo solicita. 2) Cuando un miembro había abandonado la Iglesia. Por ello, según estas especificaciones del *Manual de la Iglesia*, quienes éramos adventistas antes de que se acordara la nueva declaración doctrinal y no hemos abandonado los caminos del Señor, no tenemos que recibir un nuevo bautismo. Un grupo de nuestros lectores recordará que hasta el Congreso de la Asociación General de 1980 teníamos 22 declaraciones doctrinales, en dicha ocasión se elevó el número a 27, es decir se agregaron cinco nuevas declaraciones, entre ellas «la creación» y «el matrimonio y la familia». ¿Fue necesario un nuevo bautismo cuando los hermanos se enteraron de que se habían establecido estas nuevas declaraciones? Por supuesto que no; pues antes de 1980 ya creíamos en esas verdades, simplemente ese año les dimos una «mejor expresión» a nuestras antiguas creencias.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Quizá no tengamos relación con los dioses o los espíritus de los africanos o de los asiáticos, pero de una u otra manera nuestra sociedad se halla bajo

los mismos poderes. En un país como España, por ejemplo, más del cuarenta por ciento de los jóvenes cree en el horóscopo y en la astrología; el 29% cree en los sanadores espirituales y el 20% en que se puede establecer comunicación con el más allá. Por tanto, este lado del mundo también debe recibir los beneficios que aporta la doctrina sobre el crecimiento cristiano.

Somos grandemente bendecidos al saber que Satanás no tiene poder sobre nosotros. Nuestro adversario es un enemigo derrotado. Solo es cuestión de un poco más de tiempo para que finalmente su cabeza sea aplastada para siempre. Nos consuela saber que la victoria de Cristo ahora es nuestra por la fe que ejercemos en él. Recibimos las mejores bendiciones celestiales cuando compartimos nuestra experiencia cristiana en unión con nuestro Dios y con nuestros hermanos. Esta doctrina nos impulsa a vivir considerando que todo lo que hacemos forma parte del proceso

Orando a la luz de esta doctrina

Señor, queremos parecernos cada día más a ti. Queremos liberarnos de las cadenas de nuestras antiguas creencias y de los preconceptos anticristianos que permean nuestra sociedad. Ayúdanos a encontrar en ti la libertad que nos permita crecer más espiritualmente cada día.

ESTO CREEMOS SOBRE

La iglesia

La iglesia es la comunidad de creyentes que confiesan que Jesucristo es Señor y Salvador. Como continuadores del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, se nos invita a salir del mundo; y nos congregamos para adorar, para estar en comunión unos con otros, para recibir instrucción en la Palabra, para la celebración de la Cena del Señor, para servir a toda la humanidad y para proclamar el evangelio en todo el mundo. La iglesia recibe su autoridad de Cristo, que es la Palabra encarnada, y de las Escrituras, que son la Palabra escrita. La iglesia es la familia de Dios; adoptados por él como hijos, vivimos sobre la base del nuevo pacto. La iglesia es el cuerpo de Cristo, es una comunidad de fe, de la cual Cristo mismo es la cabeza. La iglesia es la esposa por la cual Cristo murió para poder santificarla y purificarla. Cuando se produzca su regreso triunfal, él presentará para sí mismo una iglesia gloriosa, los fieles de todas las edades, adquiridos por su sangre, una iglesia sin mancha, ni arruga, sino santa y sin defecto (Gén. 12: 3; Hech. 7: 38; Efe. 4: 11-15; 3: 8-11; Mat. 28: 19, 20; 16: 13- 20; 18: 18; Efe. 2: 19-22; 1: 22, 23; 5: 23-27; Col. 1: 17, 18).— *Creencia Fundamental* nº 12

12

En cierta ocasión sonó el teléfono de la oficina de la iglesia a la que solía asistir el presidente del país. La persona que estaba llamando preguntó: «¿Asistirá el presidente a la iglesia la próxima semana?». El pastor de la iglesia le respondió: «No sé si el presidente vendrá a la iglesia la semana próxima. Lo que puedo asegurarle es que Dios sí estará en la iglesia».

¡Qué gran verdad! Ya lo había dicho Jesús: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18: 20). Cuando el Cristo glorificado se le manifestó a Juan en la solitaria isla de Patmos, se identificó a sí mismo como el que anda «en medio de los siete candelabros de oro», y «los siete candelabros […] son las siete iglesias» (Apoc. 1: 13, 20). Por tanto, Cristo siempre está presente en medio su iglesia.

Pero, ¿qué es la iglesia? ¿Para qué sirve? ¿Qué provecho nos aporta formar parte de ella? Vamos a ver las respuestas a estos interrogantes que nos ayudarán a saber qué creemos los adventistas sobre la doctrina de la iglesia.

Lo que todo adventista debe saber sobre la iglesia

El término «iglesia» deriva del vocablo griego *ekklesia*, cuyo significado es «llamar fuera». En el mundo grecorromano esta palabra se usaba para describir una reunión de personas, ya fuera política o religiosa. Por ejemplo, en Atenas se celebraba la asamblea (*ekklesia*) de sus habitantes unas cuarenta veces al año, y solo podían participar quienes eran ciudadanos de pleno derecho. Con este sentido secular se usa *ekklesia* en Hechos 19: 39: «Y si demandáis alguna otra cosa, en legítima asamblea [*ekklesia*] se puede decidir».

Sin embargo, el Nuevo Testamento le agrega a *ekklesia* una connotación

religiosa cuando la utiliza para referirse a Israel como pueblo escogido de Dios: «La congregación [*ekklesia*] en el desierto» (Hech. 7: 38), y con mayor frecuencia al grupo de individuos que han aceptado a Cristo como su Salvador (Hech. 2: 47; 12: 5; Rom. 16: 5).

Los escritores bíblicos han establecido claramente que la iglesia es de Dios (1 Cor. 15: 9; 1 Tes. 1: 4; 1 Tim. 3: 15). El Nuevo Testamento también se refiere a ella como la iglesia de Cristo (Rom. 16: 16). El Espíritu Santo es el encargado de fortalecer, dirigir e instruir a la iglesia (Hech. 9: 31; 20: 28; Apoc. 2: 7). Por ende, la iglesia es el resultado de la acción ejecutada por todos los miembros de la Deidad. Cada uno de ellos tiene una participación activa en la iglesia.

La Biblia usa diversas metáforas para referirse a la iglesia y cada una de ellas alude a un aspecto o función distintiva de ella. Algunas son: el templo de Dios (2 Cor. 6: 16-18; 1 Cor. 3: 16); la esposa de Cristo (2 Cor. 11: 2; Efe. 5: 22-31); una nación santa (1 Ped. 2: 9); la familia de Dios (Efe. 2: 19); el cuerpo de Cristo (Efe. 1: 22, 23; 1 Cor. 12: 27).

Las dimensiones de la iglesia

La iglesia de Dios, aunque una sola, tiene dos dimensiones distintas: una invisible y otra visible.

La ***iglesia invisible*** rompe las barreras religiosas y geográficas y está compuesta por «*la comunidad de creyentes que confiesan que Jesucristo es Señor y Salvador*». Pablo dijo que «el Señor conoce a los que son suyos» (2 Tim. 2: 19, NBLH), los que integran «la congregación [*ekklesia*] de los primogénitos que están inscritos en los cielos» (Heb. 12: 23). Esta iglesia, que escapa a los ojos humanos, incluye a «*los fieles de todas las edades*». Esta posición, que heredamos de la Reforma, contradice el concepto de la Iglesia Católica en el sentido de que solo en ella los seres humanos pueden encontrar salvación.

Creemos que tanto en las iglesias protestantes como en las católicas hay personas que confían en los méritos del Señor, que lo aman de todo corazón. El mismo Jesús expresó que, fuera del círculo apostólico, él tenía «otras ovejas» (Juan 10: 16). En el último libro de la Biblia, el Señor llama a un grupo de sus seguidores que todavía se halla en Babilonia y les dice: «Salid de ella pueblo mío» (Apoc. 18: 4); es decir, hay un «pueblo de Dios» que está disperso entre las distintas confesiones religiosas, que debe ser atraído a la iglesia visible, pero aun así forma parte de la iglesia invisible.

Aporte del don profético

«Deberíamos recordar que la iglesia, aunque débil y defectuosa, constituye el único objeto en la tierra al cual Cristo otorga su consideración suprema […]. En este mundo no hay ninguna cosa que sea tan cara para Dios como su iglesia» (*Mensajes selectos*, t. 2, cap. 52, pp. 457, 458).

La ***iglesia visible***. Aunque hay una iglesia invisible, la Biblia habla claramente de una iglesia visible. Los doce apóstoles eran los integrantes de la iglesia visible de Cristo mientras él estuvo en la tierra. Ese fue su redil (Juan 10: 16). Poco después de la muerte y resurrección del Señor, el grupo visible comenzó a crecer, miles aceptaron al Señor como su Salvador (Hech. 2: 14-41), de tal manera que cada día se «añadía a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hech. 2: 47). Este era un grupo concreto, real; por ello «la iglesia que *estaba en Jerusalén*» podía ser perseguida (Hech. 8: 1). Pablo y Bernabé se «congregaron […] todo un año con la iglesia» de Antioquía (Hech. 11: 26). El Nuevo Testamento menciona iglesias visibles que se reunían en las casas de los miembros (Rom. 16: 5; 1 Cor. 16: 19). Las iglesias de Roma, Corinto, Éfeso, Tesalónica, etcétera, eran instituciones visibles, es decir, concretas y conocidas.

Por supuesto, a diferencia de la iglesia invisible, la iglesia visible sí tenía inscritos en sus libros gente que no era muy buena (ver 1 Corintios 1-7). Incluso tanto Jesús como Pablo aconsejaron expulsar de la iglesia visible a todo aquel que no prestara atención a las enseñanzas que la iglesia había recibido (Mat. 18: 17; 1 Cor. 5: 5).

Nos congregamos para adorar, estar en comunión y recibir instrucción

Nos congregamos como iglesia para adorar a Dios. La adoración es algo que usted trae, es el regalo que usted le brinda a Dios. Por ello, en lugar de depender del programa que hayan preparado los dirigentes, la adoración tiene que ver con la disposición del adorador. Como dijo Jesús, al adorar a Dios hemos de hacerlo «en espíritu y en verdad» (Juan 4: 24). Esta comunión con Dios mediante la adoración, nos lleva a desarrollar la genuina fraternidad cristiana.

Para los escritores del Nuevo Testamento esta comunión halla su expresión audible en la palabra favorita que utilizaban para identificar a los miembros de la iglesia y definir la estrecha relación que existía entre ellos: **hermanos** (Rom. 15: 14; 1 Cor. 15: 58; Efe. 6: 10). Es este sentido de

comunión lo que impulsa al hermano más fuerte a cuidar del «hermano débil por quien Cristo murió» y «no poner tropiezo» ante él (1 Cor. 8: 11, 13).

La iglesia desempeña una función didáctica. Para ello Dios la ha dotado de «pastores y maestros» (Efe. 4: 11), a fin de que estos se preocupen por presentar al pueblo «todo el consejo de Dios» (Hech. 20: 27). Precisamente uno de los dones que la iglesia debe usar «conforme a la medida de la fe» es el de la enseñanza (Rom. 12: 6, 7). Una de las responsabilidades de Timoteo como dirigente de la iglesia de Dios era ocuparse «en la lectura, la exhortación y la enseñanza» (1 Tim. 4: 13). Esta función didáctica la iglesia debe cumplirla «mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable, de modo que el adversario se avergüence y no tenga nada malo que decir» (Tito 2: 7, 8).

La iglesia es la esposa de Cristo

En la Epístola a los Efesios, Pablo identifica a la iglesia con la hermosa figura de la «esposa de Cristo» (Efesios 5: 21-33). Esta metáfora es tan profunda que conlleva la unidad más íntima que puede ocurrir entre dos elementos: convertirse en una sola carne (vers. 31, 32). Pablo no tiene más alternativa que exclamar: «Grande es este misterio».

El Antiguo Testamento ya había descrito la relación entre Dios y su pueblo en términos conyugales. «Porque tu marido es tu Hacedor» (Isa. 54: 5). «Yo fui un marido para ellos, dice Jehová» (Jer. 31: 32).

Para Pablo, la iglesia es el objeto del amor divino, «Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (Efe. 5: 25). Este es un amor que sirve de ejemplo para todo aquel que dice amar. Todas las acciones de Dios hacia su iglesia se fundamentan en el amor. En Efesios 1: 5 el apóstol explica que la iglesia fue predestinada en amor, y en Romanos 1: 7 la identifica con el adjetivo de «amados» de Dios. Así que por encima de todo, la iglesia es el objeto del amor divino, y el ámbito donde se reúnen los que han respondido a ese amor. El amor de Dios por su iglesia comenzó en el pasado y continúa firme en el presente.

A la luz de Efesios 5 podemos percibir tres cualidades del amor divino hacia a la iglesia:

- ***Es un amor capaz de sacrificars*e** (vers. 25). El amor de Cristo por su iglesia lo llevó a entregarse «a sí mismo por ella». La «iglesia» somos «nosotros». Cristo nos amó tanto que se sacrificó. ¿No cree usted que lo menos que podemos hacer es darnos nosotros mismos por él y por su

causa? Dios espera que los que hemos llegado a formar parte de su pueblo, también podamos atesorar en nuestro corazón un amor que nos lleve a darlo todo por él.

- ***Es un amor que santifica*** (vers. 26). ¿Cómo ocurre eso? Pablo dice que «habiéndola purificado en el lavamiento del agua». Por la flexión verbal de la expresión «purificado» sabemos que es una acción anterior al verbo principal «santificado». Antes de la santificación, es necesario la «purificación por el lavamiento del agua», es decir el «nuevo nacimiento» o «la renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3: 5). Este proceso de renovación y santificación se va desarrollando a diario mientras el amor de Dios está siendo derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rom. 5: 5).
- ***Es un amor que cuida*** (vers. 29). Pablo dice que Cristo «sustenta» y «cuida» a la iglesia. La palabra griega traducida como «sustentar» se usa en Efesios 6: 4 para referirse a la crianza de los hijos. Jesús está pendiente del crecimiento de su iglesia, y la mejor manera de hacerlo es cuidándola. En los tiempos de Pablo la expresión «cuidar» también aludía a «calentar» y en términos metafóricos a «dar cariño y consuelo». Pablo la usa en 1 Tesalonicenses 2: 7: «Como cuida una madre con amor a sus propios hijos». ¿Se imagina usted a Cristo acariciando, cuidando con amor y ternura a su iglesia?

La iglesia y el gran conflicto

Satanás es el principal adversario de la iglesia y su mayor deseo siempre ha sido poder devorarla (1 Ped. 5: 8). Por eso, mediante Herodes, intentó matar a Cristo (Mat. 2: 16-18; Apoc. 12: 4). Como no pudo destruir al Señor, el diablo lanzó un despiadado ataque contra la iglesia, y desde entonces las puertas del infierno han tratado de dominarla, pero no han podido (Mat. 16: 18).

Satanás ha guerreado contra el pueblo de Dios de diferentes maneras, unas más sutiles que otras. Él ha guerreado contra la iglesia de Dios por medio de:

- ***Persecución*** (Hech. 8: 1; 11: 19; 2 Tim. 3: 12). Durante los primeros siglos de la iglesia cristiana, la persecución fue el principal instrumento usado por el enemigo para destruir a la iglesia. Satanás lanzó sus más fieros ataques a la iglesia de los primeros siglos de la

era cristiana. Pero, como dijo Tertuliano, la sangre de los mártires era como semilla. Lo único que logró la persecución fue afianzar la fe de muchos y esparcir el conocimiento del evangelio en otros lugares, lo cual permitió que el número de creyentes aumentara.

- **Introduciendo falsos maestros** (2 Ped. 2: 1; 2 Cor. 11: 13; Jud. 3-5). Este es quizá el medio más sutil y el más letal. Una de las principales formas en que se manifiestan estos maestros es rechazando las enseñanzas validadas por la iglesia mediante el estudio de la Palabra de Dios. Es decir, su principal función es poner en entredicho la luz que ya ha sido revelada, así como sembrar desconfianza en el liderazgo de la iglesia.
- ***Estableciendo su propia iglesia*** (Apoc. 2: 9; 3: 9; 17: 1-6). El diablo siempre ha procurado ser adorado. Por tanto, la mejor y más rápida manera de lograr dicho objetivo es creando una institución religiosa que, mediante el engaño y la corrupción de la verdad, pueda llevar a los moradores de la tierra a ridiculizar y desechar a la auténtica iglesia de Dios.

Aporte del don profético

«La iglesia es la fortaleza de Dios, su ciudad de refugio, que él sostiene en un mundo en rebelión. Cualquier traición a la iglesia es traición hecha a Aquel que ha comprado a la humanidad con la sangre de su Hijo unigénito» (*Los hechos de los apóstoles*, cap. 1, p. 10).

Aunque el diablo ha hecho todo lo posible por destruir a la iglesia de Dios, a lo largo de la historia ella se ha mantenido firme «como columna y defensa de la verdad» (1 Tim. 3: 15). La iglesia tiene la promesa de victoria: «El enemigo vendrá como un río, el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él» (Isa. 59: 19, RV60). Al estar edificada «en el Señor y en su fuerza poderosa» y habiéndose revestido de «toda la armadura de Dios», la iglesia resistirá con firmeza «las asechanzas del diablo» (Efe. 6: 10, 11). Al final del gran conflicto, la iglesia emergerá «gloriosa […], santa y sin mancha» (Efe. 5: 27).

En defensa de nuestra fe

La Roca sobre la cual está fundada la iglesia:

Mateo 16: 18

El 18 de julio de 1870, el Concilio Vaticano I emitió la siguiente declaración: «Por lo tanto, si alguien dijere que el bienaventurado Apóstol Pedro no fue constituido por Cristo el Señor como príncipe de todos los Apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante […]: sea anatema».

Esta declaración se fundamenta en una interpretación muy católicarromana de Mateo 16: 18. Después de la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo, Jesús le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia» (NVI). Según la Iglesia Católica esto significa que Pedro es el fundamento de la Iglesia y, por lo tanto, el apóstol de mayor autoridad, pues él recibió «las llaves del reino» a fin de atar y desatar tanto en la tierra como en el cielo (vers. 19).

Pedro en el Nuevo Testamento

Es innegable el papel protagónico de Pedro en el Nuevo Testamento. Su nombre aparece 152 veces, solo superado por el de Jesús. En todas las listas de los apóstoles, su nombre es el primero (Mat. 10: 1-4; Mar. 3: 14-19; Luc. 6: 13-16; Hech. 1: 13). Ganó miles de almas (Hech. 2: 41; 4: 4), realizó grandes milagros: sanó cojos y paralíticos, resucitó muertos (Hech. 3: 6; 5: 15, 16; 9: 32, 36-41). La Biblia también destaca las debilidades de Pedro. Confiaba mucho en sí mismo (Luc. 22: 33), negó al Señor (Luc. 22: 54-62), era muy agresivo (Juan 18: 10). Pablo lo reprendió por ser un simulador e hipócrita en Gálatas 2: 11-13.

Aunque la Biblia destaca los grandes logros de Pedro, no soslaya sus debilidades de carácter. Sus defectos constituyen un eco de su nombre, cuyo significado es «piedra pequeña». Cristo no fundaría su iglesia sobre una piedra pequeña, sino sobre la «Roca».

La Roca es Jesús

En el Nuevo Testamento la metáfora de la roca/piedra se aplica a Cristo en muchas ocasiones. El mismo Pedro nos dice que Cristo es la «piedra viva», la «principal», la «angular» (1 Ped. 2: 6; Hech. 4: 11, NVI). Moisés llamó a Dios «la Roca, cuya obra es perfecta» (Deut. 32: 4), y Pablo dice que esa «roca era Cristo» (1 Cor. 10: 4). Por lo tanto, «nadie puede poner otro *fundamento* […], el cual es Jesucristo» (1 Cor. 3: 11). Aunque la iglesia se apoya en las enseñanzas de los apóstoles, la «principal piedra» es el Señor (Efe. 2: 20, 21), no Pedro.

Para los discípulos estaba tan claro que Pedro no era el principal, que después del incidente de Mateo 16, preguntaron a Jesús cuál de ellos sería el mayor (Mat. 18: 1). En el libro de los Hechos las decisiones no las tomaba Pedro, sino «los doce» (ver Hech. 6: 1-5). El primer concilio de la iglesia cristiana no lo presidió Pedro, sino Jacobo (Hech. 15: 13). Pablo menciona a «Jacobo, Cefas [Pedro] y Juan» como los principales dirigentes de la iglesia (Gál. 2: 9). En Corinto, para algunos la supremacía la llevaba Pedro; pero para otros pertenecía a Apolos o a Pablo (1 Cor. 1: 12). Todo esto es una clara evidencia de que la iglesia del Nuevo Testamento nunca le otorgó a Pedro primacía o superioridad sobre los demás apóstoles.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Hace algunos años, científicos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Pittsburg publicaron los resultados de un estudio que revelaban que asistir a la iglesia semanalmente podía añadir tres años de vida. Las conclusiones de la investigación fueron publicadas en el *Journal of the American Board of Family Medicine*.

Según Daniel Hall, director de la investigación, «hay algo en formar parte integrante de una comunidad como los grupos religiosos que tiene un efecto positivo sobre la salud». El ser humano no fue creado para vivir en solitario. Por esta razón formar parte de la comunidad de la fe aporta sentido a la existencia humana. Ya lo había dicho el salmista: «¡Qué maravilloso y agradable es cuando los hermanos conviven en armonía» (Sal. 133: 1, NTV).

La Biblia describe a la iglesia como la «familia de la fe» (Gál. 6: 10), «la familia de Dios» (Efe. 2: 19). Se supone que cada uno de nosotros forma parte de una familia, ¿verdad? Así que ya usted se habrá dado cuenta de que no todos son idénticos en el seno familiar. Algunos han estudiado; otros, no. Unos son honestos, otros son un tanto pícaros. Pero, independientemente de cómo sea o quién, es un miembro de la familia.

¿Será diferente la familia de Dios? ¡Por supuesto que no! Somos su familia. Somos sus hijos. «Somos aceptos en el Amado» (Efe. 1: 6). En Jesús hemos sido llamados y elegidos para formar parte de la familia celestial. Lo importante en esta familia espiritual no es lo que sea cada uno de sus integrantes, sino como dijo Bonhoeffer, lo que «somos por el poder

de Cristo». Ello debería hacer de nosotros las personas más felices de la tierra. ¡El Señor ha hecho planes concretos para que aceptemos que somos parte de esta familia y, por tanto, viviremos no solo tres años más en esta tierra, sino por toda la eternidad!

Orando a la luz de esta doctrina

Amado Señor, gracias por darnos la oportunidad de formar parte de tu gran familia. Solo te pedimos que así como hoy somos parte de la iglesia visible, también podamos estar entre el grupo de aquellos cuyos nombres se hallan escritos en la iglesia del cielo.

ESTO CREEMOS SOBRE

El remanente y su misión

La iglesia universal está compuesta por todos los que creen verdaderamente en Cristo; pero en los últimos días, una época de apostasía generalizada, ha sido llamado un remanente para que guarde los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Este remanente anuncia la llegada de la hora del juicio, proclama la salvación por medio de Cristo y pregona la proximidad de su segunda venida. Esta proclamación está simbolizada por los tres ángeles de Apocalipsis 14; coincide con la obra del juicio en los cielos y, como resultado, se produce una obra de arrepentimiento y reforma en la tierra. Se invita a todos los creyentes a participar personalmente en este testimonio mundial (Apoc. 12: 17; 14: 6-12; 18: 1-4; 2 Cor. 5: 10; Jud. 3, 14; 1 Ped. 1: 16-19; 2 Ped. 3: 10-14; Apoc. 21: 1-14).— *Creencia Fundamental* nº 13

13

Durante siglos, la religión dominante en Europa construía una iglesia —que solía ser el edificio más grande y más alto— en el centro neurálgico de cada pueblo y aldea. Así afirmaba su autoridad sobre todo poder civil o movimiento religioso, como se puede comprobar al viajar por estos países contemplando innumerables ermitas, iglesias, catedrales y basílicas, todas de gran belleza arquitectónica. Pero, ¿qué es una iglesia? ¿Es acaso un edificio, o tal vez una asamblea de fieles, o se trata de una confesión religiosa? Con tantas organizaciones religiosas como existen, es difícil para el creyente encontrar la verdadera iglesia, aquella que se considera como «la iglesia remanente de Dios».

El 10 de julio de 2007 el Vaticano, a través de la Congregación para la Doctrina de la Fe, publicó un documento titulado: «Aspectos de la doctrina eclesiástica». El texto, aprobado por el papa Benedicto XVI, es muy claro: «Las iglesias protestantes no pueden ser llamadas iglesias en el sentido propio del término». También destacaba que Cristo estableció «una sola iglesia» en la tierra, la cual «subsiste en la católica», gobernada por el sucesor de Pedro, es decir, el papa. Esta publicación confirmaba la posición tradicional de la Iglesia Católica de que no hay salvación fuera de Roma.

La Biblia nos exhorta a congregarnos en una iglesia (Heb. 10: 25), pero ¿dónde encontraremos la verdadera iglesia? ¿Cuál es la iglesia remanente de Dios?

Lo que todo adventista debe saber sobre el remanente y su misión

¿Quién es el remanente?

«Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer la

guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apoc. 12: 17). ¿Quién es este «resto» o «remanente»? ¿Qué sucede con él? ¿Por qué el dragón deja de perseguir a la mujer y lanza su furia contra él? La identificación tanto del hijo como de la mujer es casi unánime: el hijo es un símbolo de Cristo, y la mujer, una representación de la iglesia. Ahora bien, ¿quiénes constituyen el «resto»?

El remanente en el Antiguo Testamento

En varios pasajes del Antiguo Testamento «el resto» es llamado «el remanente». El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define la palabra «remanente» como «aquello que queda de algo». Cuando las tribus del reino de Israel fueron destruidas, del pueblo de Dios únicamente quedó una pequeña porción formada por las tribus de Judá y Benjamín. De ahí que cuando los ejércitos asirios sitiaron Judá, el rey Ezequías rogara al profeta Isaías que elevase una oración por «el remanente que aún queda» (2 Rey. 19: 4; *cf.* Isa. 37: 4). En este mismo capítulo queda claro que el remanente está constituido por el «resto» que recibirá la salvación «en el monte Sión» (vers. 31; *cf.* Isa. 37: 32).

Así como Israel no era ni la más numerosa ni la más justa de las naciones cuando fue elegida por Dios (Deut. 7: 7, 8; Deut. 9: 4, 5), su remanente tampoco se caracterizó por ser poderoso ni especialmente piadoso; al contrario, estaba integrado por «ovejas cojas» y «descarriadas» (Miq. 4: 6). Miqueas se quedó maravillado de que Dios pudiera perdonar «la maldad y olvida[r] el pecado del remanente» (Miq. 7: 18), lo cual indica que estaba formado por gente imperfecta y pecadora necesitada del perdón divino. Jeremías clama por la salvación del remanente: «¡Salva, Señor, a tu pueblo; salva al remanente de Israel!» (Jer. 31: 7, NVI). Sin embargo, a pesar de su débil condición, «Jehová reinará sobre ellos en el monte Sión» (Miq. 4: 7).

El hecho de que el remanente pecara y se mostrara débil en algunos momentos de su historia no indica que eso era lo que Dios esperaba de él. El Señor había establecido normas elevadas para el remanente, esperaba que fuera «santo» (Abd. 17). Sofonías describe con estas palabras el ideal divino: «El resto de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa» (Sof. 3: 13). El pueblo reconocía que si el Señor «no hubiera dejado un remanente», su destino habría sido similar al de Sodoma y Gomorra (Isa. 1: 9, RVC).

El remanente en el Nuevo Testamento

El remanente de la mujer presenta las mismas características que el remanente de Israel del Antiguo Testamento. Uno de los elementos que nos ayudan a identificar al remanente del tiempo del fin es de naturaleza temporal, pues el «resto de la descendencia» de la mujer habría de hacer su aparición en algún momento después del final del período de persecución predicho en Apoc. 12: 6, 14, es decir, después de 1798. El remanente de los últimos días ha de ser una agrupación religiosa formada a finales del siglo XVIII o principios del siglo XIX, por tanto ningún movimiento religioso anterior puede ser identificado como tal.

Juan nos proporciona dos detalles adicionales que nos permiten ser más precisos a la hora de identificar al remanente del tiempo del fin. El vidente de Patmos dice que el remanente está formado por aquellos que «guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo» (Apoc. 12: 17). En otros capítulos abordamos ampliamente estos dos conceptos, pero aquí mencionaremos algunos detalles.

«Los que guardan los mandamientos de Dios». Leemos en Apocalipsis 12: 17 que «el dragón se llenó de ira contra la mujer y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo». Los capítulos 12 al 14 constituyen el centro del libro de Apocalipsis. En ellos los mandamientos de Dios desempeñan un papel esencial. De hecho, la escena introductoria a esta sección se inicia con una visión del arca del pacto en el cielo (Apoc. 11: 19). La ley de Dios se hallaba justo al lado del arca (Deut. 31: 26), y en el interior las tablas del Testimonio, los Diez Mandamientos (Deut. 10: 2, 5: Heb. 9: 4). Como hemos visto, el remanente está comprometido en obedecer los mandamientos del Señor (Apoc. 12: 17; 14: 12), pero los capítulos 12 y 13 introducen una trinidad diabólica que ha declarado la guerra a la ley divina. Jesús dijo que, el que lo ama, guarda los mandamientos (Juan 14: 15), de lo cual se deduce que odiar a Dios es dejar de respetar su ley. El siguiente cuadro muestra el odio que los poderes enemigos de Dios manifiestan hacia la ley.

Ataque contra los mandamientos de Dios

Mandamientos de Dios en Éxodo 20	Acciones de la trinidad diabólica en Apocalipsis 13
«No tendrás dioses ajenos delante de mí» (vers. 3).	Reclaman la adoración para el dragón y la bestia (vers. 4, 8).
«No te harás imagen [...]. No te inclinarás a ellas ni las honrarás» (vers. 4, 5).	Edifican una imagen de la bestia y obligarán a adorarla bajo pena de muerte (vers. 14, 15).
«No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano» (vers. 7).	La bestia «abrió su boca para blasfemar contra Dios» y contra «su nombre» (vers. 5, 6).
«Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó» (vers. 8-11).	Tanto la marca de la bestia como el sábado tienen que ver con asuntos económicos, con el trabajo y el día de reposo. Por ejemplo, la marca incluye restricciones para la compra y venta, como lo hace el sábado (Neh. 10: 31; 13: 15-22). La marca de la bestia es de alcance universal, igual que el sábado que debía ser observado por todos. La marca de la bestia es un falso sábado, es decir un día de reposo distinto al que se menciona en la Biblia.

«No tendrás dioses ajenos delante de mí» (vers. 3). Reclaman la adoración para al dragón y la bestia (vers. 4, 8).

Como la ley —especialmente aquellos mandamientos que ponen de manifiesto nuestro amor hacia Dios— ha sido pisoteada, durante el tiempo del fin el Señor ha llamado un remanente para que cumpla lo dicho por el salmista: «Tiempo es de actuar, Jehová, porque han invalidado tu ley» (Sal. 119: 126). La iglesia remanente debe proclamar al mundo la vigencia de los mandamientos divinos, incluyendo la observancia del sábado como día de reposo. La entidad religiosa que se considere como el remanente de los últimas días debe mostrar su lealtad a la ley de Dios en hechos y palabras.

«Los que tienen el testimonio de Jesucristo». ¿Qué es «el testimonio de Jesucristo»? Esta expresión aparece seis veces en el último libro de la Biblia. Un análisis minucioso nos permite concluir que alude al testimonio que el propio Jesús ha dado. En Apocalipsis 19: 10 Juan declara que «el

testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía». El espíritu de la profecía es quien inspira a los profetas a dar el testimonio de Jesús, es decir, la revelación que Jesús da de sí mismo. Apocalipsis 19: 10 es un pasaje paralelo a Apocalipsis 22: 9. Si usted compara ambos versículos notará que son muy semejantes, pero el último sustituye la frase «espíritu de profecía» por «tus hermanos los profetas». En otras palabras, el «espíritu de profecía» se manifiesta a través de un profeta. Por tanto, la iglesia remanente de Dios ha de disponer de orientación profética.

¿Un profeta en la iglesia remanente? No hemos de olvidar que Jesús anunció que durante el tiempo del fin «se levantarán falsos profetas» (Mar. 13: 22), con lo cual se da a entender que también habrá profetas verdaderos, de lo contrario la advertencia resultaría fuera de lugar. No se puede rechazar a un profeta porque sus escritos no formen parte del canon bíblico, pues han existido profetas verdaderos que no participaron en la redacción del canon de la Biblia como Natán (2 Sam. 7: 2), Gad (1 Sam. 22: 5), o el más grande de todos, Juan el Bautista (Luc. 7: 28). Tampoco hemos de rechazarlo por ser mujer, pues ha habido profetisas como Débora (Jue. 4) y Hulda (2 Rey. 22: 14), o las «cuatro hijas doncellas [de Felipe] que profetizaban» (Hech. 21: 9). Por tanto, «el testimonio de Jesús», que es el «espíritu de profecía» a través de la obra de un profeta, puede manifestarse por medio de hombres o mujeres cuyos escritos no formaron parte del canon bíblico.

Podemos decir pues, que una confesión religiosa que pretenda ser el remanente tiene que haber surgido después de 1798, guardar los mandamientos de Dios y tener el «testimonio de Jesús».

Desde sus inicios como movimiento religioso, los adventistas hemos creído ser «la descendencia de la mujer», «el resto», la iglesia remanente. Refiriéndose a Apocalipsis 12: 17, George I. Butler, cuarto presidente de la Asociación General, fue muy claro cuando dijo en 1874: «¿No hay, entonces, un pueblo en el que se cumplan estas premisas en estos últimos días? Creemos que las cumplen los adventistas del séptimo día». Una posición similar fue expresada en 1883 por Wolcott H. Littlejohn, presidente del Colegio de Battle Creek (1883-1885): «Por lo tanto, sépase que los adventistas del séptimo día reivindicamos ser aquellos a los que Juan vio en visión, y a quienes denominó el remanente que guarda los mandamientos y tiene el testimonio de Jesús». Era muy común que nuestros pioneros se refirieran a nuestra iglesia como «pueblo de Dios», «remanente», «el pequeño remanente», «el remanente disperso» o «manada

pequeña».

La misión del remanente

¿Somos el remanente porque somos mejores que los demás? Por supuesto que no. No somos perfectos, sino que estamos todos inmersos en un profundo y largo proceso de transformación. Pero no somos el remanente de Dios porque seamos impecables, sino por su amor y misericordia, porque nos ha elegido sobre la base de la gracia, y no de nuestros méritos. Como dijo Pablo: «En este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia» (Rom. 11: 5) para que ahora se dedique a proclamar al mundo «la multiforme sabiduría de Dios» (Efe. 3: 10), tal y como ha sido manifestada en el mensaje de los tres ángeles de Apocalipsis 14.

Aporte del don profético

«Tengan todos cuidado de no hacer declaraciones contra el único pueblo que está cumpliendo la descripción que se da del remanente que guarda los mandamientos de Dios, tiene la fe de Jesús, y exalta la norma de la justicia en estos postreros días» (Testimonios para los ministros, pp. 57, 58).

Bajo la dirección del Espíritu Santo hemos llevado el mensaje de los tres ángeles a todos los países. Nuestra iglesia es una iglesia universal, que está asentada en casi todos los países del mundo y predica el evangelio en casi todos los idiomas. Nos sentimos impelidos por la orden de Dios de predicar el evangelio eterno «a toda nación, tribu, lengua y pueblo» (Apoc. 14: 6).

El remanente y el gran conflicto

Es obvio que todas las fuerzas del mal concentran sus ataques contra la iglesia remanente de Dios. Satanás sabe bien que la existencia del remanente en la tierra anuncia al universo que nuestro planeta no se halla completamente a merced de los poderes del infierno, porque el «resto» es fiel al Señor. Esta fidelidad del remanente hacia su Dios es la razón por la cual el enemigo se ha propuesto destruirlo y erradicarlo de la faz de la tierra.

Satanás quiso destruir a Jesús pero no pudo, ya que «fue arrebatado para Dios y para su trono» (Apoc. 12: 4, 5). Pero el diablo dejó de perseguir al Hijo y se lanzó contra el remanente (Apoc. 12: 17). Hay algunos elementos

que establecen una estrecha relación entre Cristo y el remanente de los últimos días. Fijémonos en cómo Apocalipsis 12: 17 evoca el texto de Génesis 3: 15:

Génesis 3: 15	Apocalipsis 12: 17
Serpiente (Satanás)	Dragón (Satanás)
Mujer (Eva)	Mujer (iglesia)
Simiente de la mujer (Cristo)	Simiente de la mujer (el remanente)
Enemistad	Ira, guerra

El lugar de Cristo en Génesis 3: 15 es ocupado por el remanente en Apocalipsis 12: 17. Cuando Satanás ve al remanente, a través de ese «pequeño resto» ve al propio Cristo. Por eso odia a la iglesia remanente con la misma intensidad con la que ha odiado al Señor desde el principio. El remanente es la imagen misma de Cristo. Si Satanás destruye al remanente logrará echar por tierra la obra redentora de nuestro Salvador. Pero nosotros confiamos en la promesa de victoria del Cordero de Dios. El diablo y sus aliados lanzarán su despiadado ataque contra lo que queda del pueblo de Dios en la tierra, pero «el cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles» (Apoc. 17: 14).

En defensa de nuestra fe

¿Quiénes son los 144,000?

El libro de Apocalipsis menciona en dos ocasiones a los 144,000 (7: 1-8 y 14: 1-5) en contextos plenamente simbólicos. Por ejemplo, en Apocalipsis 14: 1 los 144,000 se hallan de pie sobre el monte de Sion y, como leemos en Hebreos 12: 22, 23, este monte constituye un símbolo de la Jerusalén celestial y del lugar donde el remanente recibirá la salvación (2 Rey. 19: 31; Miq. 4: 6, 7).

En Apocalipsis 7: 4 los «ciento cuarenta y cuatro mil sellados» salen de «todas las tribus de los hijos de Israel», y un poco más adelante el mismo Juan afirma que los 144,000 «fueron redimidos de entre los de la tierra»

(14: 3), por lo que cabe deducir que las «tribus de Israel» es una expresión simbólica que abarca a todos «los de la tierra». Pablo se refiere a todos los miembros de la iglesia como el «Israel de Dios» (Gál. 6: 16), y Santiago identifica a los creyentes en Jesús como «las doce tribus que están en la dispersión» (Sant. 1: 1).

Apocalipsis 14: 1 dice que los 144,000 están con el Cordero; sin embargo, anteriormente, en el capítulo 7 (vers. 9), Juan describe a la cantidad de personas que vio junto al Cordero como una «multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, pueblos, tribus y lenguas». Es decir, que los 144,000 simbolizan a una gran cantidad de personas que formarán parte del pueblo de Dios justo antes de la venida de Cristo. Téngase en cuenta que, en la Biblia, doce es un número que representa al pueblo de Dios, y que, multiplicado por sí mismo y por mil, expresa las elevadas expectativas que el Señor tiene para sus hijos.

¿Quiénes son?

Juan se pregunta: «Cuando la "ira del Cordero" sea derramada sobre la tierra (Apoc. 16), *¿quién podrá sostenerse en pie*?» (Apoc. 6: 17). La respuesta aparece en el capítulo 7: los 144,000. Cuando los enemigos del pueblo de Dios se alíen para destruir a los fieles, tal como se nos dice en Apocalipsis 13 que sucederá, muchos, asombrados, se formularán la pregunta: «¿Quién como la bestia y quién podrá luchar contra ella?» (vers. 4). La respuesta la encontramos en el capítulo 14: los 144,000. Los 144,000 son los «guerreros» de Dios durante el tiempo del fin. Es curioso que se cense a estos guerreros para saber su número, ya que en el Antiguo Testamento, los censos solían ir asociados a situaciones conflictivas; normalmente se censaban a los que estaban capacitados «para ir a la guerra» (Núm. 1: 3).

Como ellos son los que se enfrentarán a los poderes satánicos del tiempo del fin y los que estarán de pie cuando la «ira de Dios» venga sobre el planeta, no cabe duda de que ellos representan a los fieles que estarán vivos durante la segunda venida de Cristo. Elena G. de White se refiere a ellos como los «144,000 santos vivientes» que reconocieron y entendieron la voz de Dios cuando anunciaba el día y la hora de su venida (*Primeros escritos*, cap. "Mi primera visión", p. 15).

Lo más importante

Siendo que el número 144,000 simboliza a los fieles de Dios que vivirán los momentos previos a la segunda venida de Jesús, todos los que estamos vivos ahora hemos de tener bien presentes las características que identifican a este grupo. Según Apocalipsis 14:

- Cantan un cántico nuevo (vers. 3), pues son vencedores.
- Han sido redimidos, es decir, comprados por la sangre de Cristo (vers. 3, *cf.* RVA).
- No se han contaminado con las doctrinas embriagantes propuestas por las mujer y sus hijas (vers. 4; Apocalipsis 17), sino que han creído en la verdad de Dios.
- Siguen al Cordero por dondequiera que va (vers. 4).
- No hay mentira en sus bocas (vers. 5), por eso están en el monte santo de Dios (Salmos 15: 1, 2).

Nosotros hemos de comenzar a desarrollar esas características aquí y ahora. Hoy mismo podemos tomar la decisión de pedirle al Espíritu de Cristo que nos ayude a poseer las cualidades que identifican a los 144,000. ¡Después de todo, lo importante es que estemos junto al Cordero!

La bendición de esta doctrina para nosotros

¿Se ha preguntado alguna vez qué opinión de usted tienen los demás? Una respuesta muy común a esta pregunta es: «No me importa lo que piensan los demás de mí». Pero en lo más profundo de nuestro corazón hemos de reconocer que en muchos casos sí es importante saber qué piensan los demás de nosotros. Los adventistas nos consideramos la iglesia remanente de los últimos días pero, ¿no le gustaría saber algunas opiniones que se han expresado en torno a nuestra iglesia?

Por ejemplo, Harold Bloom, catedrático de la Universidad de Yale, al examinar las principales confesiones religiosas de Estados Unidos, dijo: «Los adventistas tienen una teología particular, reveladora de una espiritualidad muy diferente de cualquier otra». Así es; proclamamos un mensaje que posee notables diferencias en comparación con el resto de las confesiones cristianas. Abogamos por un estilo de vida que difiere radicalmente de las prácticas más comunes de nuestros tiempos.

En el artículo principal del número de noviembre de 2005 de la revista *National Geographic* se presentó un estudio según el cual los adventistas viven como promedio entre cuatro y diez años más que los no adventistas. Esta ventaja radica en el estilo de vida saludable que promovemos y en el descanso semanal que nos brinda la observancia del día de reposo. Junto con los nativos de Okinawa y Cerdeña, los adventistas, según *National Geographic*, son uno de los grupos de población más longevos del mundo.

Aun cuando nuestra esperanza se encuentra en los cielos nos esforzamos por mejorar la calidad de vida de todo el mundo aquí, en la tierra. Con este propósito administramos el sistema educativo denominacional más grande de todo el protestantismo. Formar parte de la Iglesia Adventista del Séptimo Día no solo nos ayuda a prepararnos para vivir en el cielo, sino que nos ayuda a vivir más y mejor en este mundo. En nosotros se cumplen al pie de la letra las palabras de Cristo cuando prometió que sus hijos recibirían «mucho más en este tiempo; y en la edad venidera, la vida eterna» (Luc. 18: 30, NVI).

Orando a la luz de esta doctrina

Padre, gracias por el maravilloso privilegio que nos has dado de formar parte de tu pueblo remanente. Ayúdanos a ser conscientes de la responsabilidad que ello conlleva.

ESTO CREEMOS SOBRE

La unidad del cuerpo de Cristo

La iglesia es un cuerpo constituido por muchos miembros, llamados de entre todas las naciones, razas, lenguas y pueblos. En Cristo somos una nueva creación; las diferencias de raza, cultura, educación y nacionalidad, y las diferencias entre encumbrados y humildes, ricos y pobres, varones y mujeres, no deben causar divisiones entre nosotros. Todos somos iguales en Cristo, quien por un mismo Espíritu nos unió en comunión con él y los unos con los otros; debemos servir y ser servidos sin parcialidad ni reservas. Por medio de la revelación de Jesucristo en las Escrituras, participamos de la misma fe y la misma esperanza, y damos a todos un mismo testimonio. Esta unidad tiene sus orígenes en la unicidad del Dios triuno, que nos adoptó como hijos suyos (Rom. 12: 4, 5; 1 Cor. 12: 12-14; Mat. 28: 19, 20; Sal. 133: 1; 2 Cor. 5: 16, 17; Hech. 17: 26, 27; Gál. 3: 27, 29; Col. 3: 10-15; Efe. 4: 14-16; 4: 1-6; Juan 17: 20-23).— *Creencia Fundamental* nº 14

14

De todas las iglesias que el Señor estableció mediante el ministerio del apóstol Pablo, la de Corinto fue, sin duda, una de las más problemáticas. Entre los conflictos que hubo, el principal era la falta de unidad. Cuando alguien llegaba a la iglesia de Corinto no tardaba mucho en darse cuenta de que existían, al menos, cuatro grupos o partidos: 1) los que decían seguir a Pablo, 2) los que simpatizaban más con Apolos, 3) los partidarios de Cefas y 4) otro grupo que decía pertenecer a Cristo (1 Cor. 1: 12). ¿Se puede usted imaginar la vida en esa iglesia, de qué hablaban, cómo era la convivencia entre ellos, cómo tomaban las decisiones y cómo hacían los dirigentes para lidiar con una congregación tan fragmentada? Con razón los de Cloe informaron a Pablo de que había entre ellos contiendas (1 Cor. 1: 11) y por lo mismo Pablo les expresa su deseo de que no haya divisiones, sino unidad de criterio y un mismo propósito (vers. 10).

Por la experiencia de estos hermanos, podemos tener una idea del daño que pueden causar a una iglesia las divisiones y los pleitos, y tomar conciencia de la importancia que la Palabra de Dios concede a la unidad en el cuerpo de Cristo.

Lo que todo adventista debe saber sobre la unidad del cuerpo de Cristo

La unidad, resultado de la obra del Espíritu Santo

El apóstol Pablo exhortó a los creyentes que vivían en Éfeso a mantener «la unidad que proviene del Espíritu Santo» (Efe. 4: 3, DHH). De ahí que la unidad de la iglesia no es algo que podemos producir por nosotros mismos, sino una bendición que nos es dada a través del ministerio del Espíritu Santo. Nuestra parte es preservar esa unidad y no estorbarla, contribuyendo a «la paz y a la mutua edificación» (Rom. 14: 19).

Puesto que es el Espíritu Santo quien produce esta unidad es importante que comprendamos la manera mediante la cual lleva a cabo esta obra. Es el Espíritu quien atrae a las personas a Cristo, y por el Espíritu esas personas son bautizadas e integradas en la iglesia (1 Cor. 12: 13). Según Efesios 4: 4-6, el Espíritu nos ha dado un solo cuerpo, una misma esperanza, un solo Señor, una misma fe y un mismo bautismo y, a fin de cuentas, un solo Dios y Padre de todos.

La fe cristiana es una experiencia que se disfruta comunitariamente. La idea de que la iglesia es como un cuerpo constituido por diferentes órganos sugiere claramente que el Señor estableció su iglesia con gentes de todas las naciones, de todas las culturas, razas y sexos, sin importar su posición social o económica (Mat. 28: 19; Mar. 16: 15; Apoc. 14: 6, 7). «De la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, *siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo Jesús*, y todos miembros los unos de los otros» (Rom. 12: 4, 5). Por lo tanto, está fuera de lugar que en la iglesia alguien trate de resaltar estas diferencias o sugerir que algunos de estos elementos determinan nuestra posición en Cristo (Gal. 3: 26-28). El único camino que nos queda es continuar edificando el «cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe» (Efe. 4: 13).

Que a toda iglesia se le haya dado un mismo Espíritu sugiere que todos somos iguales ante Dios (Hech. 11: 15-17), lo cual produce una unidad que no reconoce jerarquías, pues atribuye a todos los dones y ministerios la misma importancia (1 Cor. 12: 1-11). Al darnos la misma esperanza (Tito 2: 13) el Espíritu nos recuerda que viviremos juntos en el reino de los cielos por la eternidad. Tal pensamiento constituye una motivación para comenzar a relacionarnos como personas que saben que estarán unidas por los siglos de los siglos. Esa misma esperanza nos anima a dejar atrás toda diferencia o discrepancia que pueda entorpecer nuestros planes de esperar a Cristo bien preparados (1 Juan 3: 3).

Aporte del don profético

«Lo que causa división y discordia en las familias y en la iglesia es la separación de Cristo. Acercarse a Cristo es acercarse unos a otros. El secreto de la verdadera unidad en la iglesia y en la familia no estriba en la diplomacia ni en la administración, ni en un esfuerzo sobrehumano para vencer las dificultades —aunque habrá mucho que hacer de esto— sino en la unión con Cristo» (Mente, carácter y personalidad, t. 2, cap. 53, p. 147).

Al tener la misma fe somos librados de la confusión y de malgastar

tiempo, medios materiales y otros recursos que tendríamos que usar para sostener una iglesia fragmentada. Además, compartir la misma fe hace posible que nos unamos en la proclamación de ella y de esa manera se convierte en un poderoso incentivo de la unidad de la iglesia. El bautismo expresa públicamente esa fe y muestra que todos los que nos unimos a la iglesia deseamos morir a las cosas del mundo y aceptar la nueva vida en Cristo (2 Cor. 5: 17). Esa nueva vida nos hace estar dispuestos a actuar con armonía y entusiasmo junto a todos aquellos que tienen el mismo sentir (Efe. 4: 3; Fil. 2: 2).

Finalmente, Pablo también nos recuerda que hay un solo Dios de quien proceden la esperanza, la fe, la iglesia, el bautismo y la unidad, porque la unidad de la iglesia es una excelente manera de mostrarle al mundo que las tres Personas divinas son uno.

La unidad, esencial para el cumplimiento de la misión

El Señor Jesús, mirando hacia ese momento en que ya no iba a estar físicamente con sus discípulos, pudo ver cuán importante resultaba que ellos se mantuvieran unidos a fin de poder cumplir la misión que les estaba encomendando. Por tal motivo, el Señor oró para que su Padre le concediera dicha bendición y el mundo lo percibiera como una evidencia de que Dios es amor (Juan 17: 21, 23). Esto nos da una idea de lo esencial que es la unidad para que la iglesia pueda alcanzar al mundo con el evangelio de Cristo. Si los cristianos no podemos darle a este mundo un ejemplo práctico de que el poder y el amor de Dios unen a los seres humanos y los hacen mejores personas, entonces no tenemos nada que ofrecerles a nuestros semejantes y no nos reconocerán como representantes de Dios, puesto que no habremos seguido el ejemplo de Cristo (Juan 13: 15).

Aporte del don profético

«Todos los miembros deben acercarse el uno al otro, para que la iglesia llegue a ser un espectáculo ante el mundo, ante los ángeles y ante los hombres» (Mesajes selectos, t. 3, cap. 1, p. 16).

Además de tener clara cuál es su misión, la iglesia debe estar unida en Cristo para ser fuerte y poder enfrentar los desafíos que tiene por delante. Pocas cosas debilitan más a la iglesia que las divisiones, los pleitos y la falta de unidad entre sus miembros. El salmista pudo comprender lo gratificante que resulta formar parte de una iglesia unida y expresó lo bueno

y delicioso de ello con estas palabras: «¡Cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos convivan en armonía!» (Sal 133: 1, NVI). Pablo escribió a los creyentes de Corinto: «Les ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos se pongan de acuerdo (que hablen lo mismo), y que no haya divisiones entre ustedes, sino que estén enteramente unidos en un mismo sentir (de una misma mente) y en un mismo parecer» (1 Cor 1: 10, NBLH).

El Espíritu produce la unidad, pero nosotros hemos de preservarla

La unidad no es algo que surge por casualidad, sino únicamente por la obra del Espíritu y el esfuerzo intencional de cada creyente que la recibe y la disfruta. Por eso Pablo nos recomienda ser solícitos en guardar la unidad. En su Epístola a los Romanos nos ofrece algunos consejos concretos para preservar la unidad:

- **Aceptarnos unos a otros tal como somos** (Rom. 14: 1-4). Donde no hay aceptación se introducen con facilidad actitudes negativas como la de juzgar a los demás o menospreciar a los que no piensan como nosotros. Esas actitudes perjudican a la unidad de la iglesia.
- **Reconocer el señorío de Cristo en la iglesia** (Rom. 14: 7-9; 15: 7). La mayoría de los problemas de falta de unidad en la iglesia ocurren cuando alguien considera que los demás deben ser y hacer como él o ella entienden que se debe proceder. El único remedio contra esto es reconocer constantemente que Cristo es el dueño de la iglesia. Quien hace esto contribuye notablemente a la unidad del cuerpo de Cristo.
- **El amor ha de ser el principio que guíe nuestras vidas** (Rom. 14: 15-18). Cuando amamos a Dios, amamos también a los seres humanos, y ese amor nos impide hacer o decir algo que pueda dañar a nuestros hermanos y ofender a Dios.
- **Hemos de destacar aquello que nos une y edifica** (Rom. 14: 19). Nada que cause división entre los miembros de iglesia es bueno para su salud y crecimiento espiritual. Si habláramos más acerca de los elementos que nos unen y que resultan de provecho para todos, la unidad del Espíritu sería una realidad (Rom. 14: 13; 15: 2).

Unidad no es sinónimo de uniformidad

Probablemente usted se esté preguntando hasta dónde ha de llegar la unidad del cuerpo de Cristo. El apóstol Pablo dijo a los miembros de la iglesia de Corinto que debían hablar todos una misma cosa y que debían estar perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer (1 Cor. 1: 10). Estas declaraciones establecen claramente que la iglesia debiera poseer unidad de sentimiento, pensamiento y acción. Por ello surgen las preguntas: ¿Debemos sentir, actuar e incluso pensar todos del mismo modo en todo? ¿La unidad de la iglesia exige uniformidad?

Una breve reflexión sobre algunos pasajes bíblicos pone de manifiesto que la riqueza de la iglesia precisamente se halla en la diversidad de los dones y ministerios que el Espíritu Santo ha otorgado a sus integrantes (1 Cor. 12: 11). La Biblia se refiere a la iglesia como un cuerpo del cual Cristo es la cabeza (Col. 1: 18). Esta imagen habla de una unidad que se da en el contexto de la diversidad.

Cada parte del cuerpo es única y distinta en sí misma, pero al mismo tiempo solo funciona y es útil cuando actúa en unión con el resto de las partes que integran el cuerpo. Lo que hace que todas estas partes, aun cuando son distintas, funcionen en forma coordinada es el cerebro que está situado en la cabeza. Por tanto, Cristo, que es la Cabeza de la iglesia, es el único que puede garantizar, a través de la obra de su Espíritu, que en su cuerpo, que es la iglesia, haya unidad en medio de la diversidad (1 Cor. 12: 4-6).

¿Cómo es que siendo disímiles podemos tener unidad de sentimientos, pensamientos y acción sin necesidad de llegar a la uniformidad? Otra vez la respuesta es Cristo. Sin importar la raza, el sexo, la educación o la nacionalidad, hay un punto en el que todos los creyentes podemos y debemos sentir, pensar y actuar igual, y ese punto es Cristo. Sin ninguna duda todos los creyentes hemos de sentir el mismo deseo de glorificar el nombre de Cristo y de servirle. Todos tenemos que pensar en quién es él y darle el lugar que le corresponde, y todos también debemos actuar siempre tomando en cuenta las instrucciones dadas por Cristo a través de su Palabra. Es aquí donde ocurre el milagro maravilloso de la unidad del Espíritu en un cuerpo creado por Cristo con personas de todas partes del mundo (Gál. 3: 26-28; Efe. 4: 16).

La unidad de la iglesia y el gran conflicto

Los intentos del enemigo por desacreditar el carácter de Dios están

totalmente condenados al fracaso. No obstante, Satanás sí ha logrado sembrar en el corazón humano la fatídica semilla del egoísmo, y de esta forma ha provocado división, sufrimiento y fragmentación entre los habitantes de este planeta. Los últimos días de la historia de este mundo son testigos de la existencia de seres humanos totalmente desconectados de Dios y del prójimo (Rom 1: 28-31; 2 Tim. 3: 1-5).

Satanás se anotaría una gran victoria si lograra introducir ese espíritu dentro del cuerpo de Cristo, pues así desacreditaría el poder del evangelio y haría creer al mundo que la iglesia no tiene nada mejor que ofrecerles.

La perfecta unidad de la iglesia en Cristo es una poderosa manera de mostrar el carácter de amor y el poder transformador de la gracia de Dios a favor de todos aquellos que desean un futuro con esperanza (Juan 13: 35; 17: 23). Si Dios puede unirnos en la iglesia, donde nos trae de todas partes del mundo, esto es un signo esperanzador de que es posible, por su gracia y poder, tener un mundo nuevo y mejor, donde no existan ni el dolor, ni el engaño, ni las contiendas, y donde la familia humana sea una para siempre con el Señor (Apoc. 21: 4; Isa. 66: 22-23).

En defensa de nuestra fe

Los adventistas y el movimiento ecuménico

Algunos movimientos independientes y grupos de personas disgustados con la Iglesia Adventista la han acusado de formar parte del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) y de estar comprometida con los objetivos del movimiento ecuménico. ¿Qué hay de cierto en estos cuestionamientos?

El CMI es una institución que se fundó el 23 de agosto de 1948 en Amsterdam, Holanda. En la actualidad está formado por más de trescientas iglesias y confesiones cristianas, ubicadas en ciento diez países y que agrupan a más de quinientos millones de cristianos. Según lo publicado en su página de Internet, las iglesias que forman parte del CMI procuran:

- Alcanzar la unidad visible en una sola fe y una sola comunión eucarística.
- Promover el testimonio común en el trabajo de misión y evangelización.
- Realizar un servicio cristiano atendiendo a las necesidades humanas, eliminando las barreras que nos separan, buscando la justicia y la paz y salvaguardando la integridad de la creación.

- Promover la renovación en la unidad, el culto, la misión y el servicio.

Es innegable que los objetivos del CMI son dignos de elogio. Los adventistas creemos en la unidad por la cual oró el Señor, e incluso trabajamos como el que más a fin de responder al pedido de Cristo. Pero eso no indica que seamos miembros del CMI. Usted puede buscar la lista de las iglesias y confesiones que pertenecen al CMI y comprobará que entre ellas no se encuentra la Iglesia Adventista. La razón por la cual no formamos parte del CMI es porque consideramos que la unidad de la iglesia cristiana ha de estar fundamentada en la Palabra de Dios. Si esa unidad no tiene como punto de apoyo la verdad revelada en las Escrituras, los adventistas no podemos formar parte de ella.

Ahora bien, el hecho de que no tengamos parte activa en el movimiento ecuménico no implica que los adventistas seamos sectarios y nos aislemos del resto del mundo cristiano. De hecho, la Iglesia Adventista dialoga con otras confesiones religiosas. Estas conversaciones nos han permitido dar a conocer el mensaje adventista a líderes de otras denominaciones y a la vez proporcionar información confiable sobre quiénes somos y así eliminar falsos prejuicios. Estas conversaciones no han sido acontecimientos ocultos ni secretos. En la página de Internet del Instituto de Investigación Bíblica de la Asociación General se puede encontrar el texto completo de las presentaciones que han hecho los representantes adventistas en dichos encuentros.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Entre los beneficios que reporta a nuestra vida y a la de la iglesia un ambiente de perfecta unidad en Cristo sobresalen los siguientes:

- La unidad convierte a la iglesia en una amorosa y comprensiva familia donde todos experimentamos aceptación y un fuerte sentido de pertenencia.
- Una iglesia unida es el mejor lugar para aprender adecuadamente cómo actúa la gracia de Dios, pues nos encontraremos con personas distintas que demuestran que pueden tratarse con espíritu de hermandad, dignidad y tolerancia.

- La unidad de la iglesia permite que los recursos para alcanzar a todo el mundo con el evangelio estén disponibles en forma coordinada y bajo la dirección del Espíritu Santo.
- Practicar la unidad con los demás creyentes nos libra del mal hábito de querer manipular la vida de otros y de vivir comparándonos con ellos, ya que podemos entender que todos somos valiosos para Dios tal como somos.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, tú que junto al Hijo y al Santo Espíritu nos has dado el más grande ejemplo de perfecta unidad, danos también discernimiento espiritual para contemplarte y seguir ese ejemplo. Ayúdanos a entender que las divisiones, contiendas y barreras entre los seres humanos no vienen de ti, sino que es la obra de un enemigo. Y haz, Padre, que por tu gracia, en nuestras vidas y en nuestra iglesia, la unidad perfecta en Cristo sea un perfume que atraiga a todos y glorifique tu nombre.

ESTO CREEMOS SOBRE
El bautismo

Por medio del bautismo confesamos nuestra fe en la muerte y resurrección de Jesucristo, y damos testimonio de nuestra muerte al pecado y de nuestro propósito de andar en novedad de vida. De este modo reconocemos a Cristo como nuestro Señor y Salvador, llegamos a ser su pueblo y somos recibidos como miembros de su iglesia. El bautismo es un símbolo de nuestra unión con Cristo, del perdón de nuestros pecados y de la recepción del Espíritu Santo. Se realiza por inmersión en agua, y depende de una afirmación de fe en Jesús y de la evidencia de arrepentimiento del pecado. Es un paso que sigue a la instrucción en las Sagradas Escrituras y a la aceptación de sus enseñanzas (Rom. 6: 1-6; Col. 2: 12, 13; Hech. 16: 30-33; 22: 16; 2: 38; Mat. 28: 19, 20).— *Creencia Fundamental* nº 15

15

El pez era uno de los símbolos más populares del cristianismo primitivo. En griego «pez» es ictys, y los cristianos vieron en él un acróstico de *Iesous Christos Theou Yios Soter*, que quiere decir «Jesús, Cristo, Hijo de Dios y Salvador». Así, para los primeros cristianos, el pez era un símbolo de la deidad y humanidad de nuestro Señor. Como hijos del «Gran Pez», a los cristianos se los llamaba «pequeños peces». Jesús indirectamente había comparado a todos los que habían de creer en él con peces (Mat. 4: 19). Como la vida de un pez, la experiencia cristiana tiene su origen en el agua, en el bautismo. El bautismo marca el momento público que da inicio a la nueva vida del creyente, por eso resulta de vital importancia que podamos entender el significado de este rito.

Lo que todo adventista debe saber sobre el bautismo

Jesús, el ejemplo a seguir

Quizá la razón principal por la cual todos hemos de ser bautizados sea el hecho de que Cristo, nuestro ejemplo, dio inicio a su ministerio público tras ser bautizado por Juan en el río Jordán. Este acontecimiento es tan significativo que ha quedado registrado en los cuatro Evangelios (Mat. 3: 13-17; Mar. 1: 9-11; Luc. 3: 21, 22; Juan 1: 31-34). Debido a que el bautismo de Juan se hallaba estrechamente relacionado con el arrepentimiento (Mat. 3: 6-8; Mar. 1: 4) cabe preguntarnos, ¿acaso Jesús debía arrepentirse de algo? Por supuesto que no. Entonces hemos de vincular el bautismo de Cristo con otro aspecto implicado en esta ceremonia: la proclamación pública de que somos hijos de Dios.

Durante la última parte del siglo II algunos creyentes usaron el reconocimiento público de Cristo como «Hijo de Dios», que tuvo lugar en su bautismo, como un argumento para justificar una cristología

adopcionista. Según este punto de vista, Jesús era un ser humano común y corriente que, en el momento de su bautismo, fue adoptado por Dios como su hijo. Uno de sus principales exponentes fue Teódoto de Bizancio. El problema con esta concepción del bautismo de nuestro Señor es que evade, por ejemplo, la afirmación de Lucas de que Jesús era el «Hijo de Dios» desde el momento de su nacimiento (Luc. 1: 35).

Entonces, ¿qué sentido tiene en el contexto del bautismo la frase: «Se oyó una voz de los cielos que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia"» (Mat. 3: 17)? Que en ocasión de su bautismo el cielo no hizo a Jesús «Hijo de Dios», sino que dio a conocer públicamente la identidad mesiánica de Cristo. Juan lo explicó con estas palabras: «Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo". Y yo lo he visto *y testifico que este es el Hijo de Dios*» (Juan 1: 33-34). Más adelante, en el versículo 36, Juan agrega que Jesús era «el Cordero de Dios». De acuerdo con Juan, el bautismo de Jesús constituye la proclamación pública de que era el Hijo y Cordero de Dios.

Mateo 3: 17 rememora dos profecías mesiánicas. La expresión «este es mi Hijo» es una reminiscencia del Salmo 2: 7, que describe la ceremonia de entronización del rey; y «en quien tengo complacencia» alude al ministerio del Siervo de Jehová que recibe el Espíritu según Isaías 42: 1, y que es el mismo Siervo sufriente que cargará con el pecado del mundo según los capítulos 52: 13-53: 12. El bautismo dio inicio a la misión redentora de Cristo en la tierra, que habría de culminar cuando fuera proclamado rey de los judíos (Juan 19: 19), no en el trono de David, sino en la cruz, como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». El bautismo inauguró su misión como el Mesías-Cordero (Luc. 4: 16-21).

Aunque tan pronto creemos en Jesús llegamos a ser hijos de Dios (Juan 1: 12), es mediante el bautismo que esa relación de fe llega a ser visible para todos (Gál. 3: 27). No me bautizo para llegar a ser un hijo de Dios, sino que participo del bautismo para mostrar al mundo lo que ya soy. Así como la Trinidad estuvo presente cuando Cristo fue proclamado públicamente como Hijo de Dios en su bautismo, de igual modo el trío divino se une para aceptarnos como sus hijos. El Padre nos ama tanto que nos ha dado el privilegio de que «seamos llamados hijos de Dios» (1 Juan 3: 1); «el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Rom. 8: 16) y somos «hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál. 3: 26). El bautismo es nuestro testimonio ante el mundo y el universo de

que, gracias a la obra de la Trinidad, hemos llegado a ser miembros de la familia celestial.

De la manera en que el bautismo de Cristo marcó el inicio de su misión como embajador de la gracia divina, cuando nosotros somos bautizados también damos inicio a nuestra misión terrenal. Como hemos gozado de la gracia de Dios en nuestras vidas, al bautizarnos proclamamos que estamos listos para ayudar a otros a fin de que también disfruten de esa gracia. Igual que Jesús, nos comprometemos a llevar las «buenas nuevas a los pobres; […] a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos» (Luc. 4: 18). Cuando Pablo fue bautizado, «en seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que este era el Hijo de Dios» (Hech. 9: 20). El bautismo es un símbolo de que estamos comprometidos con la misión de Dios en este mundo. «Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como un misionero» (Servicio cristiano, cap. 1, p. 13).

El paso que sigue a la enseñanza de la Palabra

En Mateo 28: 19, 20 encontramos tres expresiones que llaman nuestra atención: 1) «Haced discípulos» (*matheteusate*), 2) «bautizándolos» (*baptizontes*) y 3) «enseñándoles» (*didaskontes*). Entender la relación que existe entre ellas es crucial para comprender realmente el significado de la orden dada por Jesús.

Los términos originales *baptizontes* y *didaskontes* son participios en presente activo. A este tipo de participios se los llama «participios gráficos», pues describen una acción que se refiere explícitamente a otra acción precedente. En nuestro texto, la acción que precede a «bautizar» y a «enseñar», es «haced discípulos»; por lo tanto, estas expresiones están aludiendo a esta última acción. Es decir, «bautizar y enseñar» se suman al verbo principal, «haced discípulos», para explicarlo. «Bautizar y enseñar» son entonces los medios a través de los cuales se cumple el mandato de «haced discípulos». En otras palabras, la orden de Jesús recae sobre «haced discípulos». La función de «bautizar y enseñar» en ningún modo implica establecer una secuencia, sino explicar de qué manera hemos de cumplir el mandato del Señor.

En cuanto al tema de la instrucción prebautismal no hay una regla escrita en concreto. Veamos algunos ejemplos sobre cómo la iglesia primitiva manejó el asunto de la preparación previa al bautismo.

El día de Pentecostés. En Hechos 2, Lucas dice que vinieron a Jerusalén

«judíos piadosos, de todas las naciones bajo el cielo» (vers. 5). Hechos 2: 10 registra que había dos grupos allí: judíos y prosélitos.

Un prosélito era el gentil que se había convertido al judaísmo y se había circuncidado. Ser un prosélito era, por decirlo de alguna manera, hacerse judío. De este grupo de judíos y prosélitos se bautizaron «como tres mil» ese día cuando escucharon el sermón de Pedro (Hech. 2: 41). Compungidos de corazón dijeron: «Hermanos, ¿qué haremos?» (vers. 37), y en repuesta Pedro les aconsejó: «Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» (Hech. 2: 38). Ellos tomaron la decisión, y los apóstoles procedieron a bautizarlos. Estos eran judíos devotos, sinceros en sus creencias, que habían conocido la verdad durante el ministerio de Cristo. Fueron la cosecha de tres años de siembra durante el ministerio del Señor.

El etíope. Hechos 8 narra la historia de un funcionario etíope. Para predicarle a esta persona, el Espíritu le pidió a Felipe que se levantara y fuera al «sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto» (vers. 26). La predicación de Felipe produjo fruto de inmediato, pues el etíope se bautizó (vers. 38) aquel mismo día, tan pronto Felipe «le anunció el evangelio de Jesús» (vers. 35) explicándole el mensaje de Isaías 53 (vers. 32, 33).

Cornelio. Hechos 10 cuenta la historia de la conversión de Cornelio. Este suceso es el relato más largo de todo el libro (Hech. 10-11:18). Cornelio también fue bautizado el mismo día en que Pedro le predicó la Palabra. Sin embargo, hay que fijarse en varias cosas que Lucas destaca con respecto a Cornelio. Primero, dos veces lo llama «temeroso de Dios» (Hech. 10: 2, 22), términos que usualmente se empleaban para describir a los gentiles que asistían a la sinagoga sin haber sido circuncidados; observaban el sábado, respetaban las leyes alimentarias y oraban diariamente. Lo que les faltaba a los «temerosos de Dios» era aceptar a Cristo como Mesías. Una vez que Pedro lo convenció de esto, Cornelio estuvo listo para ser recibido como miembro de la iglesia por medio del bautismo. Además, Cornelio era un hombre «piadoso», que «hacía muchas limosnas al pueblo» y que «oraba siempre a Dios» (vers. 2). Cornelio es el perfecto ejemplo de aquellos que evidencian frutos dignos de arrepentimiento incluso antes de ser bautizados. Alguien así no debe encontrar ningún tipo de reparos para ser aceptado en la comunidad de creyentes.

El carcelero de Filipos. Hechos 16 nos presenta a alguien que no era judío, que no conocía la ley, que no era religioso y, sin embargo, fue bautizado la primera noche que escuchó la predicación de Pablo. A la pregunta del carcelero: «¿Qué debo hacer para ser salvo?», la respuesta fue: «Cree en el Señor Jesucristo» (Hech. 16: 30, 31). Pero antes de que el carcelero fuera bautizado «le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa. […] Y enseguida se bautizó él con todos los suyos» (Hech. 16: 32, 33). Antes de ser bautizado se le habló «la Palabra del Señor», se lo instruyó en los aspectos básicos que rigen a un miembro de la iglesia.

Como vemos en todos estos casos hay cierto nivel de instrucción antes del bautismo, pero muy diferentes los unos de los otros. El principio que hemos de tomar aquí es que a la hora de decidir quién puede bautizarse o no, los extremos siempre son peligrosos. La iglesia primitiva bautizaba a personas como Cornelio, que poseía un estilo de vida digno de ser imitado por todo miembro ya bautizado; pero también aceptaba en su seno a gente que no había dado evidencia de piedad, aunque sí había dado muestra de tener fe en Dios, como el carcelero de Filipos. Por eso, al cumplir la orden de hacer discípulos, la iglesia debe realizar un papel de instrucción que precede al bautismo, y que no ha de concluir con el bautismo.

Saber qué tiempo necesita una persona antes de tomar la decisión de ser bautizada no nos compete a nosotros, sino al Espíritu de Dios. Juan dice que «el viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu» (Juan 3: 8); es decir, no somos capaces de entender esta obra en su totalidad. Probablemente usted conozca gente que ha recibido varias series de estudios bíblicos, que ha asistido asiduamente a reuniones evangelísticas, que incluso ha sido miembro de algún grupo de crecimiento espiritual, humanamente hablando tenían el sello: «No pueden fallar»; sin embargo, por una u otra razón no perseveraron en la fe. También conocerá gente que no recibió un estudio detallado de las veintiocho creencias fundamentales, que no solían visitar nuestras congregaciones, ni se distinguían por su piedad, pero que un día fueron cautivados por la Palabra de Dios, se entregaron a Jesús, y se han mantenido firmes en el conocimiento de la verdad toda su vida. No es mi función ni su función determinar quién puede o no puede ser aceptado en la iglesia de Dios por medio del bautismo. Eso ha de quedar en manos del Espíritu Santo.

Aporte del don profético

«Fui recibida, junto con otras personas, en la Iglesia Metodista para el período de prueba. Me preocupaba mucho el asunto del bautismo. Aunque joven, no me era posible ver que las Escrituras autorizasen otra manera de bautizar que la inmersión. Algunas de mis hermanas metodistas trataron en vano de convencerme de que el bautismo por aspersión era también bíblico» (Notas biográficas de Elena G. de White, cap. 2, p. 27).

Quizá haya quien crea que es preciso fijar plazos para permitir o impedir el bautismo. En la Biblia no hay un solo pasaje que apoye esta práctica. Hipólito de Roma, que es considerado como el primer antipapa de la historia, en su *Tradición apostólica* planteó que cada candidato al bautismo debía recibir tres años de instrucción antes de ser admitido como miembro del cuerpo de Cristo. La tradición anabaptista establecía un período de seis meses de prueba antes de permitirle el bautismo a un creyente. La propia Elena G. de White, antes de ser bautizada en la Iglesia Metodista, tuvo que pasar un período de prueba.

Reflexionemos sobre esta cuestión: ¿Hemos de asegurarnos de que el candidato conozca al pie de la letra todas las doctrinas antes de ser bautizado? No olvidemos que la misión de la iglesia conlleva un proceso prebautismal y otro posbautismal. Nuestra labor con las almas no termina cuando se bautizan, sino que ha de continuar después. El candidato no conocerá todo antes del bautismo y tampoco llegará a conocerlo todo después del bautismo. Si ni tan siquiera un creyente experimentado conoce todo sobre el cristianismo, ¿por qué exigirle al nuevo converso que nazca como un adulto y no como un niño espiritual?

El bautismo y el gran conflicto

Para el apóstol Pablo, el bautismo es un símbolo de nuestra muerte al pecado, de que nuestro «viejo hombre» ha muerto y hemos iniciado una «nueva vida» (Rom. 6: 4, 6). El bautismo es un testimonio público de que «las cosas viejas pasaron» (2 Cor. 5: 17). Esta muerte a nuestro pasado da paso al nacimiento «de agua y del Espíritu» (Juan 3: 5). Como hemos «nacido de Dios», la «simiente de Dios permanece» en nosotros (1 Juan 3: 9) y, por tanto, «ya no vivimos según la naturaleza pecaminosa sino según el Espíritu» (Rom. 8: 4, NVI). Al bautizarnos damos testimonio público de que hemos pasado «del poder de las tinieblas» al «reino de su amado Hijo» (Col. 1: 13) y de que ahora somos parte de la familia de Dios (Efe. 2: 19).

En otras palabras, cuando nos bautizamos estamos anunciando al mundo que ya no vivimos bajo la sombra del poder de Satanás. Por eso uno de los objetivos del gran engañador es desvirtuar y denigrar la ceremonia bautismal. Con razón los cristianos de la antigüedad se referían a Satanás como la serpiente horriblemente monstruosa que se empeñaba en sacarlos del agua a fin de propinarles la muerte.

Durante el siglo II comenzaron a introducirse en la iglesia ciertas concepciones magicorreligiosas sobre el bautismo. A los candidatos se les exigía que echaran demonios y que ayunaran dos días antes de ser bautizados. Más tarde, Agustín de Hipona estableció las bases del concepto bautismal que prevalece en la Iglesia Católica hasta hoy. Según el dogma romano el bautismo es un sacramento mediante el cual la iglesia concede la gracia salvadora, independientemente de la fe. Por eso, para los católicos, el bautismo confiere gracia a los infantes que no tienen la capacidad de ejercer fe, pero que son aceptados por Dios a través de la fe de la iglesia. No existe ni un solo pasaje bíblico que justifique esta creencia. Según el Nuevo Testamento todo candidato al bautismo tiene que expresar su fe en Cristo y su disposición a separarse del pecado (Hech. 2: 38, 39). Creer y luego ser bautizado es el modelo que vemos en el libro de los Hechos (8: 12; 18: 8).

Por otro lado, el diablo se ha encargado de quitarle todo significado a la ceremonia bautismal. Si bien es cierto que el bautismo no tiene poder en sí mismo, es importante que recordemos que este rito fue ordenado por nuestro Señor. Jesús dijo: «El que crea y sea bautizado, será salvo» (Mar. 16: 16). A Pablo le fue dicho: «Levántate, bautízate y lava tus pecados invocando su nombre [el de Jesús]» (Hech. 22: 16). El bautismo nos identifica como gente que pertenece a Dios. Al bautizarnos estamos manifestando públicamente que dentro de la trama del gran conflicto entre el bien y el mal, hemos decidido dejar a las huestes de Satanás y unirnos a los seguidores del Cordero.

En defensa de nuestra fe

El momento y la forma del bautismo

La historia demuestra que el bautismo que se practicaba en la era apostólica sufrió paulatinamente numerosos cambios a lo largo de los siglos, de modo que tanto en el momento como en la forma, algunas iglesias

populares lo practican de modo bien diferente a como se practicaba en la era apostólica. En la popular Wikipedia en español se registran estas esclarecedoras aclaraciones:

> «Los primeros cristianos, según San Justino mártir y Tertuliano, no tenían más bautisterios que las fuentes, los ríos, los lagos o la mar que estuviesen más cerca de su habitación y como muchas veces la persecución no les permitía bautizar en medio del día, acudían de noche o conferían el bautismo en sus casas. Después que la religión cristiana llegó a ser la religión de los emperadores, además de las iglesias, se construyeron edificios particulares, destinados únicamente a la administración del bautismo y por esto se les llamó bautisterios o baptisterios. Pretenden algunos autores que estos bautisterios estaban colocados antiguamente en el vestíbulo interior de las iglesias, como lo están ahora nuestras pilas bautismales, pero esto es un error. Los bautisterios eran edificios enteramente separados de las basílicas y situados a alguna distancia de los muros exteriores de estas. No dejan ninguna duda los testimonios de San Paulino, de San Cirilo de Jerusalén y de San Agustín. Separados así los bautisterios han subsistido hasta fines del siglo VI […]. La mayor parte de estos edificios eran de una capacidad considerable, en razón de que por la disciplina de los primeros siglos no se administraba entonces más que por inmersión. Los baptisterios tenían muchos nombres diferentes, tales como piscina, lugar de iluminación, etc. todos relativos a las diferentes gracias que se recibían en ellos por el sacramento».

Los cambios que sufrió el momento y la forma del bautismo algunos pretenden basarlos en la enseñanza de los apóstoles e incluso en la del propio Jesucristo. Veamos si los Evangelios y las Epístolas confirman estas opiniones.

El bautismo de infantes se ha pretendido justificar en el caso del carcelero de Filipos, de quien se dice que «se bautizó con todos los suyos» (Hech. 16: 33), suponiendo que este «todos» también incluía niños pequeños. Esta aventurada conjetura se ve completamente refutada por el propio significado del bautismo y los requisitos para recibirlo. En primer lugar el bautismo no se administra para borrar ninguna supuesta culpabilidad por el llamado pecado original, como sostiene la Iglesia Católica, pues el apóstol Pedro indica con toda claridad cuál es la función

de este rito cristiano: «El bautismo no consiste en la limpieza del cuerpo, sino en el compromiso de tener una buena conciencia delante de Dios» (1 Ped. 3: 21, NVI). Ningún recién nacido se puede comprometer públicamente a nada. Es más, la orden de Cristo es que se bauticen los que hayan creído, algo que tampoco está al alcance de ningún bebé: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado» (Mar. 16: 15, 16).

En cuanto a la forma, solo hay una que cumpla con el requisito de que el bautismo signifique una muerte al viejo hombre y una resurrección a nueva vida, y esa es la inmersión completa. Tanto el sustantivo «bautismo» como el verbo «bautizar» no son traducción del griego a las lenguas modernas, sino que simplemente se adaptaron de sendas transliteraciones. Una vez más con consultar Wikipedia se aclara la cuestión:

> «La palabra española "bautismo" viene del griego koiné báptisma, y esta, a su vez, del griego clásico bapto, verbo […] que significa: «sumergir», «zambullir», «hundir» (en el agua)».

Por eso, la acreditada versión católica de la Biblia conocida como Nueva Biblia Española, vierte así el texto de Romanos 6: 3-5:

> «¿Han olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos vinculándonos al Mesías Jesús, nos bautizaron vinculándonos a su muerte? Luego aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte, nos sepultó con él, para que así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una vida nueva. Pues si por esa acción simbólica hemos sido incorporados a su muerte, también lo seremos por su resurrección» (Nuevo Testamento, México: Ediciones Dabar).

Si el bautismo bíblico no fuera por inmersión no tendrían sentido estas expresiones: «Juan estaba bautizando en Enón, cerca de Salín, porque allí había mucha agua. Así que la gente iba para ser bautizada» (Juan 3, 23, NVI). «Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua» (Mat. 3: 16). «Mandó parar el carro; y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más; y siguió gozoso su camino»

(Hech. 8: 38, 39).

El bautismo en nombre de la Trinidad

Como la Trinidad estuvo presente en el bautismo de Cristo, la fórmula bautismal que habrá de usarse en el bautismo de los creyentes es descrita en términos netamente trinitarios: «Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mat. 28: 19). Algunos han rechazado este bautismo trinitario tildándolo de ceremonia apóstata y herética, y en su lugar abogan por un bautismo que solo invoque «el nombre de Jesús». Aunque es cierto que en el libro de los Hechos aparece en varias ocasiones la frase «bautizados en el nombre de Jesús» (Hech. 8: 16; 10: 48; 19: 5), en ninguno de estos pasajes se está describiendo una ceremonia bautismal. En estos textos simplemente se nos informa de que dichas personas fueron bautizadas en el nombre de Jesús. La razón por la que únicamente se anunciaba que habían sido bautizados en el nombre de Jesús no tiene nada que ver con un rechazo del bautismo trinitario por parte de la iglesia primitiva, como suponen algunos grupos antitrinitarios. Es absurdo pensar que la iglesia apostólica hubiera sido capaz de alterar una orden dada por su mismo Señor.

Hemos de recordar que el problema de los judíos en el libro de los Hechos no se hallaba relacionado ni con el Padre ni con el Espíritu, sino con Jesús. Según Lucas, a los discípulos se les prohibió que enseñaran «en el nombre de Jesús» (Hech. 4: 18), que hicieran «sanidades, señales y prodigios» en el nombre de Jesús (4: 30), que «hablaran en el nombre de Jesús» (5: 40). Sin embargo, en lugar de acobardarse ante tales exigencias, los seguidores del Señor hablaron «valerosamente en el nombre de Jesús» (9: 27), invocaron y glorificaron el nombre de Jesús (19: 13, 17) y estuvieron dispuestos a morir «en el nombre del Señor Jesús» (21: 13). Al proclamar que los creyentes eran bautizados en el «nombre del Señor Jesús» se ponía de manifiesto que habían recibido a Jesús como su Señor y Mesías (Hech. 2: 36).

Donde no había este tipo de conflictos, Pablo no tuvo problemas en unir el «nombre del Señor» con los otros miembros de la Deidad. Por ejemplo, a los corintios les enseñó que habían sido justificados «en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios» (1 Cor. 6: 11). A los colosenses los amonestó a hacerlo todo «en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col. 3: 17).

Documentos cristianos de finales del siglo I y principios del siglo II dan

testimonio de la práctica apostólica de un bautismo en nombre del Dios trino. La Didajé, conocida también como «enseñanza de los doce apóstoles», y que era una especie de manual bautismal de la iglesia de aquellos tiempos, presenta estas instrucciones respecto al bautismo: «Habiendo repetido todas estas cosas, os bautizaréis en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (7: 1).

Otra declaración bautismal de importancia de la era posapostólica, que confirma el bautismo trinitario, es la registrada por Justino en su *Primera apología*:

> «Cuando se convencen y tienen fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos, y prometen poder vivir conforme a ellas, se les instruye ante todo para que oren y pidan, con ayuno, perdón a Dios por sus pecados […] y nosotros ayunamos y oramos juntamente con ellos. Luego los conducimos a un sitio con agua, y por el mismo modo de regeneración con que fuimos también regenerados, son regenerados ellos, pues *entonces toman en el agua el bautismo de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*» (61: 2, 3, la cursiva es nuestra).

Es un error decir que el bautismo en el nombre del Dios trino se introdujo en la iglesia cristiana después de la conversión de Constantino. Al ser bautizados en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los creyentes proclaman que fueron adoptados por Dios el Padre (Efe. 1: 5), que fueron lavados con la sangre del Dios Hijo (Apoc. 7: 14) y que ahora son confortados y santificados porque en ellos habita Dios el Espíritu Santo (2 Tes. 2: 13).

Los pioneros de la Iglesia Adventista siguieron con la fórmula dada por Jesús y seguida por la iglesia primitiva. Jaime White escribió en 1862: «El bautismo es una ordenanza perpetua, y los pastores del siglo XIX bautizan en el "nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", tal y como lo prescribe la orden original» (*Review and Herald*, 3 de febrero de 1862).

La bendición de esta doctrina para nosotros

En el momento en que se lleva a cabo el bautismo Dios otorga dos regalos

al creyente: el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo (Hech. 2: 38). ¿Ha pensado usted siquiera un momento en lo grandes que son estos obsequios?

Además, como sucedió en el bautismo de Cristo, cuando manifestamos públicamente que pertenecemos a Dios, el Señor abre los cielos para derramar bendición sobre nosotros hasta que sobreabunde. ¡Dios celebra nuestra llegada a la familia celestial!

El bautismo nos da derecho de entrada, con todos los privilegios y deberes, a la comunión de la iglesia. Esto significa que tendremos un espacio donde podremos servir al Señor en algún ministerio, mientras continuamos recibiendo instrucción, consuelo, esperanza y corrección por parte del Señor y disfrutando del compañerismo y del ánimo de aquellos que están creciendo en Cristo junto a nosotros. Si bien es cierto que al bautizarnos corremos el riesgo de perder a nuestra familia terrenal, el cielo ha hecho provisión para que tengamos entrada a su gran familia aquí en la tierra.

Orando a la luz de esta doctrina

Señor, gracias por el ejemplo de Jesús que, mediante su bautismo, nos enseñó la importancia que este acto público tiene para ti. Ayúdanos para que ese paso no sea sino el primero de un largo caminar contigo, de un crecimiento constante en fe, obediencia y conocimiento de ti.

ESTO CREEMOS SOBRE

La Cena del Señor

La Cena del Señor es una participación en los emblemas del cuerpo y la sangre de Jesús como una expresión de fe en él, nuestro Señor y Salvador. Cristo está presente en esta experiencia de comunión para encontrarse con su pueblo y fortalecerlo. Al participar de la Cena, proclamamos gozosamente la muerte del Señor hasta que venga. La preparación para la Cena incluye un examen de conciencia, el arrepentimiento y la confesión. El Maestro ordenó el servicio del lavamiento de los pies para denotar una renovada purificación, para expresar la disposición a servirnos mutuamente en humildad cristiana, y para unir nuestros corazones en amor. El servicio de comunión está abierto a todos los creyentes cristianos (1 Cor. 10: 16, 17; 11: 23-30; Mat. 26: 17-30; Apoc. 3: 20; Juan 6: 48- 63; 13: 1-17). — *Creencia Fundamental* nº 16

16

Durante el siglo XVII muchos cristianos fueron perseguidos en Escocia, lo cual los obligó a celebrar reuniones en secreto. En cierta ocasión, una joven se dirigía a uno de esos encuentros clandestinos cuando se encontró con opositores de la fe evangélica.

—¿A dónde vas?—, le preguntaron, mientras la sujetaban violentamente.

—Voy a una cena donde escucharé la voluntad y el testamento de mi hermano mayor—, respondió valientemente.

—Esta mujer es inofensiva. Dejémosla ir—, sugirió uno del grupo.

La joven decía la verdad, pues iba a participar de la Cena del Señor. Cuando instituyó este rito, Jesús hizo la función de nuestro hermano mayor y estableció las bases que nos dan la garantía de nuestra herencia eterna. Aquella muchacha creía que la Cena del Señor era una gozosa celebración; y nosotros, ¿cómo la consideramos?

Lo que todo adventista debe saber sobre la Cena del Señor

El significado del lavamiento de los pies

Si hay algo que distingue al cristianismo de las demás religiones es que ninguna otra presenta a su Dios como alguien capaz de humillarse y servir a sus criaturas. El Dios de los cristianos «tomó la forma de siervo» y «se humilló a sí mismo» (Fil. 2: 7, 8). Durante más de treinta años anduvo por este mundo con la apariencia de una «raíz de tierra seca», sin especial hermosura ni esplendor (Isa. 53: 2). Al concluir su obra fue al Padre para ser glorificado con la gloria que había tenido antes de que el mundo existiera (Juan 17: 1, 4, 5). Sin embargo, como dice el proverbio, «antes de los honores está la humildad» (Prov. 18: 12). Cristo, antes de ascender y recibir la gloria de los seres celestiales, habría de dar el último ejemplo de humildad a sus seguidores. Y lo hizo una noche de un jueves en el aposento

alto. Poco antes sus discípulos habían discutido respecto a quién ocuparía el primer lugar en el nuevo reino; Jesús entonces les recordó que él no había venido al mundo «para ser servido, sino para servir» (Mat. 20: 28).

«Sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios y a Dios iba, se levantó de la cena, se quitó su manto y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido» (Juan 13: 3-5).

Lavar los pies de otra persona se consideraba en tiempos de Jesús una tarea tan indigna, que incluso los siervos judíos estaban exentos de cumplirla, y la asignaban a los sirvientes gentiles. La mayoría de las obras literarias antiguas se refieren al lavamiento de los pies como una práctica deshonrosa. En cierta ocasión la esposa del rabí Ismael se ofreció para lavar los pies de su marido cuando este regresó a casa y él se negó, pues consideraba que era un acto muy degradante. Cuando Jesús comenzó a lavar los pies de los discípulos, asumió la posición de un esclavo, lo cual resultaba inadmisible para los demás. El rabino Judá ha-Nasi decía que era capaz de hacer cualquier cosa por los demás, excepto dejar a un lado su papel de superior, y sin embargo Jesús, el Creador del mundo, estuvo dispuesto a hacerse siervo para que usted y yo pudiéramos tener acceso a la vida eterna. A través del lavamiento de los pies, el Maestro enseñó con su ejemplo que es «manso y humilde de corazón» (Mat. 11: 29).

Ahora podemos entender mejor por qué Pedro le dijo a Jesús: «No me lavarás los pies jamás» (Juan 13: 8). Pedro no concebía que Jesús se humillara de aquella manera. La única forma en que Cristo pudo convencerlo de cambiar su actitud de rechazo hacia el lavamiento de pies fue diciéndole: «Si no te lavo, no tendrás parte conmigo» (Juan 13: 8). El uso de la expresión «tener parte» en el Antiguo Testamento está vinculado con la herencia que recibiría el pueblo de Israel (Núm. 18: 20; Deut. 12: 12). Pedro sabía que si se quedaba sin herencia dejaría de formar parte de la comunidad del pacto. Por tanto, le pidió a Cristo, no solo que le lavara los pies, «sino también las manos y la cabeza» (Juan 13: 9) pues él no quería perder «las riquezas de la gloria de su herencia» (Efe. 1: 18), «una mejor y perdurable herencia en los cielos» (Heb. 10: 34). Jesús nos ordenó dar continuidad a esta ceremonia cuando dijo que nos había dado ejemplo para que lo siguiéramos (Juan 13: 15).

Aporte del don profético

«El que salía del baño, estaba limpio, pero los pies calzados de sandalias se cubrían pronto de polvo, y volvían a necesitar que se los lavase. Así también Pedro y sus hermanos habían sido lavados en la gran fuente abierta para el pecado y la impureza. Cristo los reconocía como suyos. Pero la tentación los había inducido al mal, y necesitaban todavía su gracia purificadora. Cuando Jesús se ciñó con una toalla para lavar el polvo de sus pies, deseó por este mismo acto lavar el enajenamiento, los celos, el orgullo de sus corazones» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 71, pp. 617, 618).

El significado del lavamiento de los pies se puede expresar en tres palabras: humildad, servicio y herencia. Pablo escribió: «Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con *humildad*, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (Fil. 2: 3). Servir a los demás es uno de los dones del Espíritu (Rom. 12: 7). Al participar de la ceremonia del lavamiento de los pies estamos dando testimonio de que no nos creemos mejores que nuestros hermanos, y de que nos hemos «dedicado al servicio de los santos» (1 Cor. 16: 15). Si no somos humildes y servidores de los demás, no tendremos parte en nuestra herencia futura, que es la salvación (Isa. 54: 17). Al participar del lavamiento de pies estoy admitiendo que, aun cuando no soy perfecto, quiero «tener parte» con Cristo en las moradas eternas.

El significado de la Cena del Señor

El Nuevo Testamento relata en varias ocasiones la celebración de esta ceremonia por parte de Jesús y sus discípulos (Mat. 26: 17-29; Mar. 14: 12-25; Luc. 22: 14-20; Juan 13: 21-30; 1 Cor. 11: 23-26). El relato más antiguo es el de Pablo, quien fue el primero en llamarla «Cena del Señor» (1 Cor. 11: 20). Veamos algunos de los significados que encierra esta ceremonia.

Liberación pasada. Jesús se refirió a la Cena como una comida pascual (Luc. 22: 10-14). No hemos de deducir que existe una correspondencia exacta entre la ceremonia pascual y la Cena del Señor, pues la Pascua halló su cumplimiento no en la Cena, sino en la muerte de Cristo en la cruz (1 Cor. 5: 7). El punto clave aquí es que ambas son ceremonias conmemorativas de una liberación. Moisés se refirió a la Pascua como un día «memorable» (Éxo. 12: 14) puesto que evocaba la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. Según la Misná, Gamaliel, el maestro de Pablo, decía que todo israelita, cuando participaba de la comida pascual, debía imaginarse a sí mismo como si estuviera siendo liberado de Egipto en ese instante. De igual modo nosotros, al celebrar la Cena del Señor, hemos de

dar gracias a Cristo, alabarlo, glorificarlo y exaltarlo por habernos librado del poder esclavizador del pecado (Rom. 6: 18, 22). La Cena del Señor nos hace rememorar que Cristo nos trajo de la esclavitud a la libertad (Gá. 5: 1), de la tristeza al gozo, del luto a la alegría (Est. 9: 22; Isa. 35: 10), de las tinieblas a la luz (Isa. 9: 2; 1 Ped. 2: 9; 1 Juan 2: 8), de la servidumbre a la regeneración (2 Cor. 5: 17; Tito 3: 5).

Unidad presente. La Cena del Señor también ha de ser un símbolo de la unidad de la iglesia. Hay quienes pretenden participar de la Cena sin experimentar el sentido de unidad que esta representa. Pablo dijo a los hermanos de Corinto: «Esa copa de bendición por la cual damos gracias, ¿no significa que entramos en comunión con la sangre de Cristo? Ese pan que partimos, ¿no significa que entramos en comunión con el cuerpo de Cristo? Hay un solo pan del cual todos participamos; por eso, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo» (1 Cor. 10: 16-17, NVI). El problema radicaba en que los creyentes de Corinto aseveraban celebrar la Cena del Señor, pero al mismo tiempo la iglesia estaba profundamente dividida (1 Cor. 11: 18). Incluso Pablo los acusó de que «sus reuniones» generaban «más perjuicio que beneficio» (1 Cor. 11: 17, NVI), y de que lo que ellos hacían era cualquier cosa menos «comer la Cena del Señor» (vers. 20), pues no había comunión entre ellos.

La Cena es un símbolo de nuestra unión con el Señor y de que hemos aceptado su sacrificio (tenemos comunión con su sangre y su cuerpo), pero también de que todos los que comemos del pan y bebemos de la sangre del Señor hemos llegado a ser uno en Cristo (Gál. 3: 27-28; Efe. 2: 15, 16). La Cena es una celebración de la unidad (koinonia) cristiana.

Redención futura. Este rito no solo tiene que ver con el pasado y el presente, sino también con el futuro. Hay dos declaraciones bíblicas que presentan esta dimensión futura de la Cena. Por una parte, Pablo escribió: «Así pues, todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga» (1 Cor. 11: 26); y a su vez Jesús dijo a sus discípulos: «Os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre» (Mat. 26: 29). Cada vez que celebramos la Cena del Señor, estamos proclamando nuestra fe en que muy pronto nos sentaremos con él y juntos comeremos «la cena de las bodas del Cordero» (Apoc. 19: 9; *cf.* 3: 20). Este rito constituye por tanto una anticipación del banquete que Cristo

ofrecerá a los redimidos (Isa. 25: 6-8).

Renovación de nuestro pacto con Dios. En todos los relatos bíblicos de la Cena del Señor se halla presente el concepto de «pacto» o «nuevo pacto en mi sangre» (Mat. 26: 28: Mar. 14: 24; Luc. 22: 20; 1 Cor. 11: 25). Los vocablos «sangre» y «pacto» solo aparecen juntos en dos textos del Antiguo Testamento (Éxo. 24: 8; Zac. 9: 11). En Éxodo 24 el Señor está confirmando el pacto del Sinaí, por eso «Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: "Esta es la sangre del pacto que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas"» (vers. 8). En Zacarías 9: 11 se le dice a Sion que será salvada por la sangre del pacto. Recordemos que en el pacto del Antiguo Testamento la sangre del pacto no solamente estaba relacionada con la entrega de la ley, sino también con la salvación. Tanto la obediencia a la ley como la salvación son obra de la gracia divina que se ha hecho presente en el pacto por medio de la sangre.

El los tiempos bíblicos era costumbre ratificar una alianza con una comida. Así, cuando Abimelec hizo un pacto con Isaac, lo consumó ofreciéndole un banquete, en el que «comieron y bebieron» (Gén. 26: 28-31). El rey de Babilonia demostró su compasión por Joaquín, el rey de Judá, cuando lo invitó a comer en su mesa «todos los días de su vida» (Jer. 52: 31-34). Por tanto, cuando Jesús decide invitar a la mesa a sus discípulos es porque quiere confirmar su pacto con ellos, y al mismo tiempo les extiende un gesto de gracia. ¿Cuál es el contenido del «nuevo pacto» que Jesús está formalizando en la Cena del Señor? Hebreos 8: 10-12 nos dice: «Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: "Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré […]. Y nunca más me acordaré de sus pecados ni de sus maldades"».

Dos veces Pablo repite las palabras de Cristo: «Haced esto en memoria de mí» (1 Cor. 11: 24). Como la Cena era un símbolo del pacto, la celebración continua no es más que la manera que tiene la iglesia de ratificar constantemente la vigencia del pacto en sus miembros. ¿Por qué es necesaria la renovación? ¿Alguien habrá fallado? Pablo le dijo a Timoteo: «Si sufrimos, también reinaremos con él; si lo negamos, él también nos negará; si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo» (2 Tim. 2: 12, 13). Dios se mantiene leal al pacto. Quienes fallamos somos nosotros, de ahí la necesidad de que, al comer el pan y beber el vino, testifiquemos que seguimos siendo parte del pueblo del

pacto. Negarnos permanentemente a participar de esta ordenanza no solo representa una negativa a cumplir con el mandato divino, sino que es una evidencia externa de nuestro poco interés en renovar nuestro pacto con Dios. Al renovar el pacto estamos admitiendo nuestro compromiso con la ley, y que hemos aceptado por fe el perdón de todos nuestros pecados.

La Cena del Señor y el gran conflicto

El enemigo ha hecho todo lo posible para que le restemos importancia a nuestra participación de los emblemas del sacrificio de Cristo. Hay quienes adoptan una postura de indeferencia hacia este rito, pues no lo consideran coherente con una manera racional de ver la vida. Otros tal vez concuerden con un grupo de creyentes de Corinto que consideraba que la Cena no era nada en sí misma (1 Cor. 11: 22) y participaban de ella solo por comer y beber para saciar su apetito. Satanás logró que algunos incluso ligaran la «copa del Señor» con la «copa de los demonios», y de esa manera en lugar de sentarse a comer en la «mesa del Señor», en realidad se sentaban «en la mesa de los demonios» (1 Cor. 10: 21).

Quizá el ataque más letal que el diablo ha lanzado contra esta doctrina haya sido el dogma de la transubstanciación. En el Concilio de Trento (1545-1563) se estableció dogmáticamente que durante la misa «por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda substancia del pan y del vino en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia Católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio *transubstanciación*» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, § 1376, la cursiva figura en el original). En otras palabras, cada partícula de pan y de vino se *transforma literalmente* en el cuerpo y la sangre de Cristo. De esta forma el sacerdote posee el poder de realizar el más grande de los milagros: crear al Creador. Razonan ellos que como el cuerpo, la sangre y la divinidad de Cristo se hallan contenidos en el pan y el vino, la adoración de los presentes no debe ser elevada al Cristo que está sentado a la diestra de Dios, sino al Cristo de la eucaristía, al que está sometido a las manos del sacerdote. El papa Urbano IV llegó a decir que esta prerrogativa de poder crear al Creador hacía que el sacerdote fuera, incluso, superior a los mismos ángeles.

Aunque Cristo nos ordenó beber el vino, la Iglesia Católica le ha quitado este privilegio al miembro común, y lo ha reservado únicamente para el clero, contradiciendo con ello lo que dice la Biblia. Evidentemente la

transubstanciación es una enseñanza que no se funda en la Palabra de Dios. Esta concepción de la Cena del Señor no admite la enseñanza bíblica de que tanto el pan como el vino únicamente son *símbolos* del sacrificio de Cristo. Al introducir en la iglesia cristiana este tipo de conceptos magicorreligiosos, el enemigo ha hecho que millones de personas rechacen el rito y, por tanto, no tengan la posibilidad de renovar públicamente sus votos de consagración al Señor. De esta manera, por su rechazo o sus enfoques incorrectos hacia los emblemas del Señor, muchos llegan a debilitarse, enfermarse e incluso morir espiritualmente (1 Cor. 11: 30).

En defensa de nuestra fe

¿Quién puede participar en la Cena del Señor?

A veces se oye decir, con las mejores intenciones del mundo: «Hermanos, mañana celebraremos la Cena del Señor. Si alguno de ustedes no se siente listo para participar de ella, es mejor que no lo haga. Recuerde las palabras de Pablo: "Cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor" (1 Cor. 11: 27). Por tanto, si usted sabe que su vida espiritual no es digna de tomar la Cena del Señor, es mejor que la evite para que no se haga culpable de la muerte de Cristo».

¿Qué quiso decir Pablo cuando utilizó la expresión «indignamente»? La palabra griega que usó, *anaxios*, no es un adjetivo calificativo, sino un adverbio de modo. Pablo no estaba hablando *de la gente*, sino *del modo en que la gente* participaba de la Cena. Lo que hace indigna mi participación no es que yo sea indigno, sino la manera en la que yo me acerque a los emblemas. Los indignos son aquellos que toman la Cena con irreverencia, que manifiestan un comportamiento indecoroso durante la ceremonia; los que no valoran el sacrificio que estos emblemas representan. En el contexto de Pablo, señala a quienes iban a la iglesia a satisfacer sus apetitos.

La razón de ser de la Cena del Señor es que participen de ella los que, al comparar su vida con la de Cristo, llegan a la conclusión de que son indignos, que necesitan la gracia de Dios, que precisan renovar su pacto con el Creador, que han fallado en su peregrinaje hacia el cielo, que sus pies se han ensuciado con las tentaciones y afanes del mundo. La Cena del Señor no es para gente que se cree justa, sino para pecadores que anhelan alcanzar una mejor relación con el Dios del pacto. El propio Jesús, aun

sabiendo que Judas estaba sucio espiritualmente (Juan 13: 10), le permitió participar del servicio, pues iba a ser la última oportunidad para que la gracia de Dios alcanzara el corazón del traidor. No dejemos de participar de la Cena por causa de nuestros pecados, pidamos perdón por ellos y hagamos reconciliación con el Dios del Calvario. La Cena del Señor es la ocasión propicia para que Jesús reciba y coma con nosotros los pecadores (Luc. 15: 2). «Un Salvador longánime ofreció al pecador todo incentivo para recibirlo, para arrepentirse y ser limpiado de la contaminación del pecado» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 72, p. 627).

Aporte del don profético

«Nadie debe excluirse de la comunión porque esté presente alguna persona indigna. Cada discípulo está llamado a participar públicamente de ella y dar así testimonio de que acepta a Cristo como Salvador personal. Es en estas ocasiones designadas por él mismo cuando Cristo se encuentra con los suyos y los fortalece por su presencia. Corazones y manos indignos pueden administrar el rito; sin embargo Cristo está allí para ministrar a sus hijos. Todos los que vienen con su fe fija en él serán grandemente bendecidos. Todos los que descuidan estos momentos de privilegio divino sufrirán una pérdida» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 72, p. 628).

Escribiendo a los creyentes de Éfeso, Ignacio de Antioquía dijo: «Sean pues diligentes en congregarse con más frecuencia para celebrar la acción de gracias [Cena del Señor]. Porque cuando ustedes se congregan, las fortalezas de Satanás son derrumbadas y sus asechanzas son derrotadas por la unión de la fe de ustedes» (*Carta a los Efesios*, cap. 13).

La bendición de esta doctrina para nosotros

La doctrina de la Cena del Señor constituye un buen resumen del evangelio de salvación y de la experiencia cristiana. De ahí que nos proporcione múltiples bendiciones:

- Nos ayuda como creyentes a darle el primer lugar a Cristo y a mantener en perspectiva que la victoria ganada por él en la cruz del Calvario es el núcleo esencial del plan de salvación y la razón de ser de todas las bendiciones que recibimos.
- Nos muestra que, aun cuando nuestra salvación está asegurada en Cristo, debemos mantener una relación personal y permanente con el Señor;

porque así como dependemos del alimento y la bebida para la vida física, dependemos de Cristo para nuestra salvación.

- Fomenta y fortalece la unidad de la iglesia, al recordarnos a través del pan y el vino que no solo debemos tener comunión con Cristo, sino también unos con otros.
- Al recordarnos constantemente la venida del Señor, nos ayuda a vivir sabiendo que estamos de paso por este mundo, y nos motiva a proclamar a todos ese acontecimiento que será la consumación de la historia.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, gracias por el privilegio de poder tener un encuentro de fe con Jesús a través de la celebración de la Santa Cena. Gracias por recordarnos a través de ella que Cristo murió por nosotros y nos concedió la salvación. Ayúdame a prepararme para participar de este rito, y permite que pueda experimentar todas las bendiciones que tú quieres concederme a través del rito de humildad y los emblemas del pan y el jugo puro de la uva.

ESTO CREEMOS SOBRE
Los dones y ministerios espirituales

DIOS CONCEDE A todos los miembros de su iglesia, en todas las épocas, dones espirituales para que cada miembro los emplee en un amoroso ministerio por el bien común de la iglesia y de la humanidad. Concedidos mediante la operación del Espíritu Santo, que los distribuye entre cada miembro según su voluntad, los dones proveen todos los ministerios y talentos que la iglesia necesita para cumplir sus funciones divinamente ordenadas. De acuerdo con las Escrituras, estos dones incluyen ministerios —tales como fe, sanidad, profecía, predicación, enseñanza, administración, reconciliación, compasión, servicio abnegado y caridad—, para ayudar y animar a nuestros semejantes. Algunos miembros son llamados por Dios y dotados por el Espíritu para ejercer funciones reconocidas por la iglesia en los ministerios pastorales, de evangelización, apostólicos y de enseñanza, particularmente necesarios con el fin de equipar a los miembros para el servicio, edificar a la iglesia con el objeto de que alcance la madurez espiritual, y promover la unidad de la fe y el conocimiento de Dios. Cuando los miembros emplean estos dones espirituales como fieles mayordomos de la multiforme gracia de Dios, la iglesia queda protegida de la influencia destructora de las falsas doctrinas, crece gracias a un desarrollo que procede de Dios, y se edifica en la fe y el amor (Rom. 12: 4-8; 1 Cor. 12: 9-11, 27, 28; Efe. 4: 8, 11-16; Hech. 6: 1-7; 1 Tim. 3: 1-13; 1 Ped. 4: 10,11).— Creencia Fundamental nº 17

17

¿Ha oído hablar de Albert Pujols? Es un jugador de béisbol profesional que el último contrato que ha firmado ha sido de 254 millones de dólares con uno de los equipos de las grandes ligas. Este contrato también implica un aumento impresionante de su fama, cobertura especial de los medios de comunicación, contratos adicionales de publicidad y, sobre todo, la confirmación de la idea de que Pujols es, hoy por hoy, el mejor jugador de béisbol del mundo. Por supuesto, él esta recibiendo este pago por el desempeño sobresaliente que ha tenido durante toda su carrera. Su nuevo equipo tiene la esperanza de que él les ayude a obtener más victorias, a recaudar más dinero y a ganar la serie mundial.

Este caso nos muestra cómo nuestro mundo maneja la vida de quienes poseen habilidades especiales. En nuestra sociedad el talento pertenece a la persona que lo tiene; por eso debe recibir gloria, fama, honor y riquezas. Y el hecho de tenerlo lo hace superior a los demás. Resulta claro también que quien posee talento debe sacarle el mayor beneficio y conseguir de él el máximo partido económico. De esta manera se ha creado el negocio de los talentos, formado por unos cuantos talentosos, por los que descubren el talento, por los que lo desarrollan y por quienes pagan para ver u oír el talento en acción.

¿Qué enseña la Biblia respecto a los dones o talentos espirituales? ¿A quién le pertenecen? ¿Con qué propósito los tenemos? ¿Qué espera Dios que hagamos con ellos?

Lo que todo adventista debe saber sobre los dones y ministerios espirituales

Dios es quien otorga los talentos

La Biblia indica que quien otorga los dones espirituales es Dios, y que el

Espíritu Santo es el agente divino que realiza la distribución de esos dones. Cuando se iba a iniciar la construcción del tabernáculo del desierto, Moisés buscó «todo hombre de talento a quien Jehová haya dado sabiduría e inteligencia» (Éxo. 36: 1). La Palabra de Dios presenta estos dones como dones del Espíritu (1 Cor. 12: 7-11). De hecho, en el Pentecostés podemos ver que coincide el momento cuando se cumple la promesa del derramamiento del Espíritu Santo con la manifestación de estos dones espirituales en la vida de la iglesia (Hech. 2: 1-4).

Durante su ministerio, Jesús impartió a sus discípulos una lección acerca de los dones espirituales en una parábola sobre un hombre que, al salir de viaje, llamó a sus siervos y les confió sus bienes (Mat. 25:14-30). En este relato, el hombre que se fue de viaje representa a Cristo, y es quien da o entrega los talentos; él decide cuántos dones y a quién los concede para que los usen hasta que él regrese (vers. 15). La iglesia primitiva era consciente de que la manifestación de estos dones y el poder que añadieron a la predicación eran el cumplimiento de lo que Jesús les había anunciado: «Recibiréis poder» (Hech. 1: 8). Por eso Pedro pudo explicar a la perpleja multitud que había ido a Jerusalén a celebrar el Día de Pentecostés, que en aquel preciso momento se estaba cumpliendo la promesa de Dios respecto al derramamiento del Espíritu Santo profetizado por Joel (Hech. 2: 14-17). El apóstol Santiago afirmó enfáticamente que «toda buena dadiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant. 1: 17).

El propósito de los dones espirituales

En Efesios 4:11-15 Pablo nos presenta el propósito divino al otorgar dones a su iglesia: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error; sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo». Según esta declaración de Pablo, los dones espirituales tienen como objetivo:

- **Perfeccionar a los santos para que cumplan con su ministerio.** Como iglesia, creemos en el ministerio de todos los creyentes (1 Ped. 2: 9). En la práctica esto significa que la Biblia vislumbra el ministerio como una obra que fue dada a toda la iglesia, y no solo a los pastores o a los líderes. Eso nos ayuda a entender por qué los dones han sido dados a todos los miembros de la iglesia, pues cada uno de nosotros es responsable del bienestar de la iglesia, y debemos trabajar unidos a fin de cumplir la misión que nos ha sido encomendada. Y, aunque todos debemos usar los dones que nos fueron confiados por el Espíritu Santo, hemos de aceptar que habrá diversidad de ministerios y servicios en la iglesia; lo más importante es que todos tengamos parte activa en el establecimiento del reino de Dios. La doctrina de los dones y ministerios espirituales nos recuerda que Dios nos ha llamado a todos y que tiene una misión para cada uno; porque nos ha dado a todos dones como él ha querido (1 Cor. 12: 11).
- **Edificar a la iglesia.** Hemos de recordar constantemente que tenemos un compromiso especial con la edificación de la iglesia (Efe. 4: 11-12). Esto significa que debemos usar nuestros dones para ayudar a la iglesia a alcanzar una madurez espiritual que procure la plena estatura en Cristo. Todo don debe ser usado para dar estabilidad espiritual a la iglesia. Siendo que los dones nos son dados para edificar a la iglesia, queda claro que las necesidades de la obra del Señor son las que determinan qué tipo de dones distribuye el Espíritu, y a quién se los da. Esto implica que ningún don debe ser menospreciado o pasado por alto. Ningún miembro de la iglesia debe manifestar su orgullo ni sentirse superior a los demás por haber recibido una posición que se considere más «encumbrada»; y nadie debiera sentirse inferior por creer que su puesto es menos importante que otro. Todos los ministerios los ha dado Dios a fin de que, juntos, edifiquemos espiritualmente al cuerpo de Cristo. Pablo nos exhorta a procurar tener en abundancia los dones «que sirvan para la edificación de la iglesia» (1 Cor. 14: 12).
- **Fomentar la unidad en Cristo.** Cuando el agradecimiento por nuestros dones espirituales es dado a Dios y no a la persona que ejerce el don, entonces el ministerio de los dones del Espíritu promueve la unidad de la iglesia en Cristo. Los dones traen unidad al ayudarnos a reconocer que todos los miembros de la iglesia tienen algo que aportar al crecimiento y la edificación mutua (Efe. 4: 16). Es muy importante notar que, debido a los diversos dones que existen, se trata de una

unidad que se da en medio de la diversidad y que no debe forzar a ningún creyente a ser igual a otro. Cada uno de nosotros ha de poner los dones que tiene al servicio de los demás y dar la gloria a Cristo (1 Ped. 4: 10, 11).

- **Librar a la iglesia del engaño de las falsas doctrinas.** Nada protege mejor a nuestras congregaciones de los engaños y errores doctrinales que el respeto y la obediencia al ministerio del Espíritu Santo a través de los dones espirituales. Por eso la iglesia cuenta con pastores y maestros para educar y equipar al pueblo de Dios para cumplir su ministerio (Efe. 4: 11, 12). Se trata de una iglesia con estabilidad porque habla la verdad en amor (Efe. 4: 15), y porque cada creyente ha recibido la gracia de Cristo conforme a la medida del don que ha recibido (Efe. 4: 7). De esta manera el creyente adquiere madurez espiritual, solidez en la fe, y no tiene la actitud infantil de cambiar de intereses a cada momento movido por cualquier viento de doctrina (Efe. 4: 13,14).
- **Generar crecimiento en la iglesia.** El resultado del ministerio de los dones en la iglesia será el crecimiento de ella. Este crecimiento lo da Dios (1 Cor. 3: 6), y lo hace utilizando a todos los miembros de la iglesia, al darles la capacidad de ministrarse unos a otros a través de los diferentes ministerios de servicio, y de testificar del amor de Dios a los no creyentes (Efe. 4: 16; 1 Ped. 4: 10, 11). Por eso no se trata solo de un crecimiento numérico, sino también de un crecimiento en madurez, espiritualidad, unidad, fe, conocimiento y gracia (Efe. 4: 11-16).

No sustituyen a la fe, a la esperanza ni al amor

En 1 Corintios 12: 29-31 Pablo explica que no todos los creyentes poseen los mismos dones. Esto, por supuesto, se debe a que el Espíritu reparte los dones «a cada uno en particular como él quiere» (1 Cor. 12: 11). Por eso Pablo dice que todos los creyentes debemos procurar los mejores dones (vers. 31). Él se refiere a estos dones mejores como un camino más excelente. Posteriormente, en 1 Corintos 13, Pablo desarrolla el tema de la preeminencia del amor. El argumento central de dicho capítulo es que el camino más excelente consiste en que aquellos que han recibido dones espirituales consideren mucho más importante que todo albergar el amor de Dios en el corazón. De hecho, la operación de los dones sin amor no edifica a la iglesia ni da gloria a Dios, sino que trae confusión y divisiones a la

iglesia de Cristo. Por ello Pablo les dice a los corintios que procuren los dones, pero sin dejar de seguir el amor (1 Cor. 14: 1).

Muchas veces, cuando vemos a una persona que posee un gran talento, tenemos la tendencia a dejarnos impresionar por ese don en concreto sin tomar en cuenta el carácter de esa persona. Debido a ello, falsos maestros y falsos hermanos han logrado engañar y persuadir a aquellos que no se dan cuenta de que los dones espirituales por sí mismos no son suficientes; si así fuese, Pablo no hubiera hablado de un camino mucho más excelente (1 Cor. 12: 31). El gran ideal que tenemos, como iglesia y como creyentes individuales, no es contar con uno o varios de los dones del Espíritu sino, conforme al consejo de Pablo, presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es nuestro verdadero culto (Rom. 12: 1). Por lo tanto, los dones espirituales no son un sustitutivo de esa experiencia, sino un complemento que nos es dado para perfeccionarnos y edificarnos, hasta alcanzar esa estatura espiritual en Cristo Jesús (Efe. 4: 12, 13).

Descubrir y desarrollar los dones espirituales

El apóstol Pablo aconsejó a Timoteo con estas palabras: «No descuides el don que hay en ti» (1 Tim. 4: 14). En la segunda Epístola que le escribió insistió en esto diciéndole: «Por eso te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti» (2 Tim. 1: 6). De estos consejos se desprende que cada creyente tiene una responsabilidad que cumplir respecto a los dones que ha recibido. Para cumplirla es necesario que conozca sus dones y comprenda cómo espera Dios que los use. Estos dones capacitan al creyente para dar testimonio de su fe y para ayudar a la iglesia a cumplir su misión a través de algún ministerio en particular. Esto explica la importancia que tiene que cada miembro de iglesia conozca sus dones, los cuide y los mantenga vivos. Si no lo hacemos así, la iglesia pierde efectividad en su misión y se debilita espiritualmente. Fue Jesús quien llamó «siervo malo y negligente» al que no había usado su talento y había despreciado la recompensa eterna (Mat. 25: 26-30).

Existen algunos pasos que nos ayudan a descubrir y cuidar los dones que Dios nos ha dado:

- **Pedir a Dios en oración que nos muestre su voluntad.** El apóstol Santiago escribió: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (Sant. 1: 5). Nunca debemos olvidar que antes del

Pentecostés, cuando la iglesia primitiva fue investida con poder para cumplir su misión, había experimentado una preparación espiritual, y la oración resultó primordial en todo ese proceso (Hech. 2: 1-4). De la misma manera, cada uno de nosotros necesita experimentar su propio Pentecostés para ser bautizado con el Espíritu Santo y para que Dios le muestre lo que debe hacer.

- **Estudiar diligentemente la Palabra de Dios**. La Biblia es el libro a través del cual Dios comunica a sus hijos su voluntad, sus instrucciones, sus principios y valores y la forma como él desea que vivamos en este mundo caído y corrompido (2 Tim. 3: 16, 17). Al estudiar la Biblia podemos ser impresionados por el Espíritu Santo en relación con el ministerio específico que Dios tiene para nosotros.
- **No tener miedo de probar cosas nuevas.** El apóstol Pablo dice que Dios es quien produce en nosotros tanto «el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2: 13). Esto significa que si reconocemos la soberanía de Dios en nuestras vidas, debemos estar preparados para aceptar lo que él disponga para nosotros. Lo más importante es que no tengamos temor y recordemos lo que Pablo dijo a Timoteo: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Tim. 1: 7).
- **Escuchar lo que otros creyentes le dicen.** Siendo que Dios da los dones para edificar a la iglesia y equipar a los santos (Efe 4: 12), entonces es lógico que los santos muestren de alguna manera que están siendo edificados y equipados. Así que una de las mejores pruebas de que estamos siguiendo el plan de Dios para nuestra vida, es cuando otros miembros de la iglesia nos confirman que Dios les está bendiciendo a través de los dones que nos ha dado (1 Ped. 4: 10).

Los dones espirituales y el gran conflicto

Desde el principio, Satanás sembró en el corazón humano la semilla del egoísmo que dio como resultado el individualismo y la falta de solidaridad. El enemigo siempre ha querido que el ser humano piense que la vida consiste en buscar la felicidad propia, incluso a expensas de la de los demás, y que estamos aquí para disfrutar y ser servidos en lugar de servir. Pero el plan de Dios es radicalmente distinto.

A través de la doctrina de los dones y ministerios espirituales queda claro que servir a los demás es la ley de la vida en Cristo (1 Ped. 4: 10). Este

servicio debe darse primero a Dios y luego a nuestro prójimo. Según esta doctrina, todos estamos capacitados para servir, debido a que hemos recibido dones espirituales de acuerdo con nuestras capacidades (Mat. 25: 14-15). De esta manera esta doctrina contradice la diabólica idea de que los seres humanos son felices cuando viven solo para sí mismos (Rom. 14: 7-8), y muestra que el verdadero camino hacia la felicidad consiste en amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos (Mat. 22: 36-40).

En defensa de nuestra fe

El don de lenguas

Uno de los dones que el Señor tiene para terminar la predicación del evangelio en el mundo es el don de lenguas, que consiste en la facultad de aprender un idioma desconocido a partir del poder del Espíritu Santo.

En la Biblia se presentan relatos en los que el Señor facultó a sus hijos para que proclamaran su Palabra en otros idiomas bajo la influencia del Espíritu Santo. Por ejemplo, en Hechos 2: 1-13 Lucas no está registrando un milagro auditivo, sino de percepción, es decir, que los discípulos hablaron en su propio idioma pero la gente entendió lo que estaban diciendo, cada cual en su respectiva lengua. La Biblia dice explícitamente que «cada uno los oía hablar en su propia lengua» (Hech. 2: 6), lo cual significa que, hablando en su propio idioma, los oyentes de otras lenguas, sin embargo, los estaban entendiendo. Además, si se apoya la perspectiva auditiva, entonces se traslada el milagro de los discípulos, que habían tenido una notable preparación, a la multitud incrédula; a ello hay que agregar que el hablar en lenguas empezó antes de que hubiera una audiencia (Hech. 2: 4). De este relato se desprenden tres enseñanzas con relación al don de lenguas:

1. Fue dado específicamente para testificar, esto es, una acción externa de parte de la comunidad de creyentes hacia aquellos que no creen.
2. Su propósito fue llevar un mensaje de Dios a la raza humana.
3. Tenía una connotación universal. Así fue como Pedro lo entendió cuando aplicó la profecía de Joel 2: 28 (Hech. 2: 16-21).

Desde principios del siglo XX una buena parte del mundo cristiano ha sido seducido con la idea de que el don de lenguas consiste en una especie

de sonidos extraños y actitudes extáticas y de exaltación emocional. Uno de los textos que se emplean para apoyar dicha pretensión es 1 Corintios 14: 13, 14: «Por lo tanto, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. Si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto». El término griego *glose se* puede traducir como «lengua» (órgano), «lenguaje» y «pronunciación de sonidos». En ese caso parece ser que tiene el sentido de lenguaje. De esta expresión se derivan dos interpretaciones fundamentales: a) El fenómeno es una habilidad repentina de hablar en un lenguaje que nunca se ha estudiado. b) Es un sentimiento de entusiasmo religioso que expresa en sí mismo una vocalización audible que no se comprende en un lenguaje conocido.

La palabra griega que se traduce por «entendimiento» significa «mente», «intelecto», «facultad de pensar». Si una mente es «sin fruto», según algunos intérpretes, no hace bien a otros. Mientras que para otros significa que «no produce nada». No obstante, existe una diferencia entre ser sin inteligencia y ser sin fruto. El versículo 21 prueba que las lenguas de 1 Corintios 14 se refieren a lenguas inteligibles. Por lo tanto, el uso de la palabra *glose* a lo largo de todo el capítulo debe tener el mismo significado. De modo que, dado que la iglesia de Corinto era cosmopolita, a veces los miembros deseaban hablar en sus idiomas natales para predicar o dar su testimonio, sin embargo, los demás no entendían y requerían traducción. No se trataba de un milagro, sino de una habilidad aprendida. Por lo tanto, esta parte de la Biblia no apoya los sonidos confusos y los éxtasis místicos con que algunos confunden al genuino don de lenguas.

La bendición de esta doctrina para nosotros

- **Al ser bendición para los demás con nuestro servicio de amor, nosotros también resultamos beneficiados.** Esto es algo maravilloso que Dios ha diseñado así para que aquellos que le sirven resulten inmediatamente recompensados. Elena G. de White escribió: «Cada rayo de luz derramado sobre otros se reflejará en nuestros propios corazones» (*Consejos sobre mayordomía*, cap. 67, p. 359).
- **Servir a Dios en algún ministerio espiritual es beneficioso para la salud.** Al servir a Dios nos sentimos felices, y esa felicidad se refleja en nuestra salud mental y física. La Biblia dice que «el corazón alegre

embellece el rostro, pero el dolor del corazón abate el espíritu» (Prov. 15: 13). «El placer de hacer el bien a otros imparte calor a los sentimientos, el que se propaga a los nervios, activa la circulación de la sangre e induce salud mental y física» (*Consejos sobre mayordomía*, cap. 67, p. 359).

- **Servir a Dios a través de los dones espirituales es indispensable para ser verdaderamente felices.** Dios nos da la oportunidad de colaborar con él, no porque nos necesite, sino porque él sabe que no podríamos ser verdaderamente felices sin experimentar el gozo, el desarrollo y el sentimiento de utilidad que nos da el ocupar un lugar en la obra de Dios. En *Consejos sobre mayordomía*, cap. 67, p. 360 leemos: «Dios podría haber cumplido su objetivo en la salvación de los pecadores sin la ayuda del hombre. Pero él sabía que el hombre no podría ser feliz sin desempeñar una parte en la gran obra de la redención».

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, ayúdame a utilizar los dones que me has dado para el avance de tu obra aquí en la tierra y la edificación de mis hermanos de iglesia. Si me has concedido algún don que todavía no he descubierto o no estoy utilizando de acuerdo a tu voluntad, ayúdame a darme cuenta de ello.

ESTO CREEMOS SOBRE

El don de profecía

Uno de los dones del Espíritu Santo es el de profecía. Este don es una señal identificadora de la iglesia remanente y se manifestó en el ministerio de Elena G. de White. Como mensajera del Señor, sus escritos son una permanente y autorizada fuente de verdad que proporciona consuelo, dirección, instrucción y corrección a la iglesia. Estos escritos establecen con claridad que la Biblia es la norma por la cual debe ser probada toda enseñanza y toda experiencia (Joel 2: 28, 29; Hech. 2: 14-21; Heb. 1: 1-3; Apoc. 12: 17; 19: 10).— *Creencia Fundamental* nº 18

18

Un sábado de tarde, al concluir la semana de oración de 1893 en el Tabernáculo de Battle Creek, el pastor Alonzo T. Jones se puso en pie y leyó un testimonio que hasta aquel momento era desconocido para la iglesia: «¡Sepárense del mundo y de la mundanalidad! ¡Quítense sus adornos de oro. No vistan como lo hacen los mundanos!». Cuando terminó de leer el mensaje, los hermanos, compungidos por la exhortación que Dios les había enviado, se despojaron de sus joyas de oro y piedras preciosas, así como de vestidos y muebles lujosos, y lo donaron todo para que el dinero recaudado pudiera ser invertido en la obra de Dios. Según el informe publicado en la *Review and Herald* aquel sábado se recolectó un total de 21,347.09 dólares. Emocionados ante semejante ejemplo de dadivosidad la congregación cantó «Alabad a Dios, de quien fluyen todas las bendiciones». Esta situación solo presentaba un pequeño inconveniente, y era que el testimonio leído por el pastor Jones no había sido escrito por Elena G. de White, sino por otra persona que también creía tener el don profético: Anna Phillips.

La última mitad del siglo XIX se caracterizó por un notable surgimiento de diferentes tipos de manifestaciones sobrenaturales. Las experiencias llamadas «carismáticas» eran tan comunes que los dirigentes milleritas acordaron el 21 de mayo de 1845 que no tendrían «confianza en ningún mensaje nuevo, visiones, sueños, lenguas, ni milagros». Junto con el nacimiento de la Iglesia Adventista aparecieron dos «profetisas» en Estados Unidos, Jemina Wilkinson y Ann Lee. También hizo su entrada en el escenario profético Joseph Smith, que decía haber recibido mensajes del Padre y del Hijo. Además de estos que aseveraban ser profetas de Dios, en aquella época el enemigo también se encontraba estableciendo los cimientos del espiritismo moderno. En medio de incontables místicos, fanáticos e impostores los adventistas asimismo afirmaban tener una orientación profética que los distinguía como pueblo especial. Según ellos el don profético se había manifestado en el ministerio de Elena G. de

White. ¿Era Elena G. de White diferente a los demás profetas de su época?

Lo que todo adventista debe saber sobre el don de profecía

Un don espiritual

La Biblia es muy clara cuando dice que Dios habló «muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas» (Heb. 1: 1). La importancia del don profético era de tal trascendencia que el mismo Señor dijo que no haría nada sin antes «revelar su secreto a sus siervos los profetas» (Amós 3: 7). Para Pablo el don de profecía era tan vital que lo menciona en cada una de las listas de dones que el Espíritu ha dado a la iglesia (Rom. 12: 6; 1 Cor. 12: 28; Efe. 4: 11). Aunque el apóstol destaca la función de cada don en la edificación del cuerpo de Cristo (1 Cor. 12: 1-31), a la hora de procurar uno en concreto se inclinaba por el don de profecía (1 Cor. 14: 1). La razón de esta preferencia se debe a que el profeta desempeña la triple misión de edificar, exhortar y consolar (1 Cor. 14: 3). No en vano les dijo a los creyentes de Éfeso que aunque Cristo era «la principal piedra del ángulo», los profetas formaban parte del cimiento de la iglesia (Efe. 2: 20).

Algunos han querido limitar el ministerio profético a la época del Antiguo Testamento y al primer siglo de la era cristiana. Sin embargo, esta idea no armoniza con el papel que la Biblia asigna a los profetas. El don de profecía fue la manera que Dios tuvo para restablecer la comunicación con el ser humano, pues esta había quedado deteriorada a causa del pecado (Isa. 59). Como habíamos perdido la capacidad de entablar una comunicación directa con nuestro Creador, el cielo se valió de los profetas para instruir a su pueblo. Por tanto, mientras exista el pecado siempre habrá la necesidad de que Dios se comunique con nosotros mediante el don de profecía. Además, afirmar que en este tiempo no es preciso que la iglesia posea el don de profecía es decir que el cuerpo de Cristo ya no necesita ser edificado ni consolado. Los dones espirituales, incluyendo el de profecía, continuarán operando en la iglesia de Dios «hasta que todos lleguemos […] a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo» (Efe. 4: 13), es decir, hasta que la iglesia sea trasladada al reino de los cielos.

Aporte del don profético

«Debemos seguir las indicaciones dadas por medio del Espíritu de Profecía. Debemos amar y obedecer la verdad para este tiempo. Esto nos salvará de aceptar fuertes engaños. Dios nos ha hablado mediante su Palabra. Nos ha hablado por medio de los testimonios dados a la iglesia, y por medio de los libros que han contribuido a aclarar nuestro deber actual y la posición que debemos ocupar» (Obreros evangélicos, p. 323).

Los profetas siempre han desempeñado una parte activa en la relación de Dios con su pueblo. Cuando el Señor decidió separar un pueblo mediante el cual llenaría de bendición «a todas las familias de la tierra» (Gén. 12: 3) llamó a Abraham, que era profeta (Gén. 20: 7). Cuando la nación quedó dominada por el yugo egipcio «por medio de un profeta, Jehová hizo subir a Israel de Egipto, y por un profeta fue guardado» (Ose. 12: 13). Los que salieron del exilio babilónico contaban con los «profetas de Dios que los ayudaban» (Esd. 5: 2). El Antiguo Testamento concluye con la promesa de un profeta (Mal. 4: 5, 6), y el Nuevo Testamento se inicia anunciando la llegada de ese profeta (Mar. 1: 1-3). Cuando la iglesia primitiva iba a llevar a cabo el mayor de los programas de evangelización que se había celebrado hasta entonces, los profetas estuvieron presentes (Hech. 13: 1-3). Al momento de dar a conocer las importantes decisiones que se tomaron en el primer concilio de la iglesia cristiana, entre los elegidos para cumplir con dicha tarea estuvieron dos profetas: Judas y Silas (Hech. 15: 22, 32). ¿Podría Dios dejar sin orientación profética a su iglesia del tiempo del fin?

El don de profecía: característica de la iglesia remanente

Apocalipsis 12: 17 dice que la iglesia remanente posee dos características distintivas: 1) «guardan los mandamientos de Dios» y 2) «tienen el testimonio de Jesucristo». La expresión «testimonio de Jesucristo» aparece seis veces en el libro de Apocalipsis (1: 2, 9; 12: 17; 19: 10; 20: 4). Gramaticalmente esta frase puede entenderse de dos maneras:

- *Como un genitivo objetivo.* Así haría referencia al testimonio acerca de o concerniente a Jesús, es decir, lo que los cristianos testifican sobre Jesús.
- *Como un genitivo subjetivo.* De esta forma significa el testimonio proveniente de o dado por Jesús.

Un breve análisis de algunos de los pasajes de Apocalipsis donde

aparece esta frase nos hará ver que debe ser entendida como un genitivo subjetivo y, por tanto, se refiere al testimonio que Jesús ha dado a la iglesia por medio de la revelación profética.

En Apocalipsis 1: 1, 2 «el testimonio de Jesús» y «la palabra de Dios» son las cosas que Juan ve, en otras palabras, lo que Jesús le ha presentado. Al final del Apocalipsis nos encontramos con una versión simplificada de estas expresiones: «Las palabras de esta profecía» (Apoc. 22: 7, 10, 18). En este contexto resulta evidente que «la revelación de Jesucristo» apunta a una revelación proveniente de o dada por Jesús a Juan. Si comparamos Apocalipsis 19: 10 con 22: 9 notaremos que hay una estrecha relación entre el testimonio de Jesús y la manifestación del don profético. Fíjese en el siguiente cuadro:

Apocalipsis 19: 10	Apocalipsis 22: 8, 9
Yo me postré a sus pies para adorarlo	Me postré a los pies del ángel [...] para adorarlo
Y él me dijo: «¡Mira, no lo hagas!»	Pero él me dijo: «¡Mira, no lo hagas!
Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos	pues yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos
que mantienen el testimonio de Jesús.	*los profetas* [...].
¡Adora a Dios!» (El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía)	¡Adora a Dios!»

Apocalipsis 19: 10 nos dice que «el testimonio de Jesús» es «el espíritu de profecía». Por ello los que «mantienen el testimonio de Jesús» en 19: 10, son «los profetas» en 22: 9. El Espíritu habla a través del profeta. La relación entre el testimonio y la profecía ya había sido presentada en Apocalipsis 11: 3 cuando se les dice a los «dos testigos que profeticen». Por tanto, podemos concluir que cuando Apocalipsis 12: 17 dice que la iglesia remanente tiene «el testimonio de Jesús», que es «el espíritu de profecía», lo que está diciendo es que Dios dotará a su iglesia con la manifestación del don profético durante el tiempo del fin, tal y como predijo también el profeta Joel en el capítulo 2 de su libro. La entrega del

don de profecía a la iglesia remanente nos proporciona la alentadora verdad de que Cristo ha decidido hablar una vez más a su pueblo a través de un profeta. Los adventistas creemos que ese don profético nos ha sido legado por medio del ministerio de Elena G. de White.

Elena G. de White y la Biblia

Aunque Elena G. de White se consideraba una mensajera especial para el pueblo de Dios, era consciente de que sus escritos no constituían una adición al canon bíblico. Ella declaró por escrito: «Por mucho que uno progrese en la vida espiritual, nunca llegará al punto en que no necesite escudriñar diligentemente las Escrituras; porque en ellas se hallan las evidencias de nuestra fe» (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 542).

En la introducción de *El conflicto de los siglos* explicó que por medio de «su Palabra, Dios comunicó a los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter; nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa» (p. 11). En esta misma introducción, Elena G. de White habla de que el canon de las Escrituras ha quedado ya cerrado, cuando afirma: «Una vez cerrado el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo debía llevar adelante su obra de esclarecimiento» (p. 12). Otra declaración que no deja duda sobre el papel prioritario de la Biblia en la vida de Elena G. de White es esta: «La Biblia y solo la Biblia, ha de ser nuestro credo» (*Mensajes selectos*, cap. 65, t. 1, p. 487).

Según Elena G. de White las Sagradas Escrituras constituyen una mina donde la gente puede descubrir la verdad de Dios y ser educada por el Señor. «La verdadera educación superior se obtiene estudiando y obedeciendo la Palabra de Dios. Pero cuando la Biblia se deja de lado en beneficio de libros que no conducen a Dios ni al reino de los cielos, la educación adquirida es una perversión de ese nombre» (*Palabras de vida del gran Maestro*, cap. 8, p. 79). A los predicadores les aconsejó: «Los testimonios de la hermana White no deben ser presentados en primera línea. La Palabra de Dios es la norma infalible. Los testimonios no han de ocupar el lugar de la Palabra». Para ella sus escritos eran «una luz menor» cuya función era dirigir a sus lectores a «la luz mayor», que es la Biblia (*El evangelismo*, cap. 8, p. 190).

El don de profecía y el gran conflicto

Todo lo que podemos conocer del gran conflicto entre el bien y el mal ha sido posible gracias a la obra de los profetas. Ellos han servido de medio de comunicación entre Dios y la humanidad. De ahí que la intención de Satanás siempre haya sido acabar con el ministerio profético. Para ello ha utilizado todas sus fuerzas para eliminar físicamente a los verdaderos profetas de Dios. A lo largo de la historia el mundo se ha mofado y burlado de los profetas de Dios (2 Crón. 36: 16). El diablo y sus agentes se encargaron en el pasado de quitar la vida a los profetas que amonestaron a los seres humanos a retomar el camino hacia Dios (Neh. 9: 26). A quienes se opusieron al ministerio de Cristo, él los identificó como «los hijos de aquellos que mataron a los profetas» (Mat. 23: 31).

¿Sería diferente con Elena G. de White? Los embates del enemigo la asediaron toda su vida. Cuando tenía nueve años recibió un golpe en la cabeza que la dejó en estado de coma durante tres semanas. Aquella situación le quitó el deseo de vivir y afectó considerablemente su salud. A los diecisiete años la tuberculosis casi le quita la vida, su voz apenas era un susurro, tenía graves problemas cardíacos y respiratorios. En esas condiciones fue llamada al ministerio profético. Dios se había propuesto ganarle la batalla al «hombre fuerte» del que habló Jesús por medio de un frágil instrumento que a la vista humana era de muy poco valor.

A lo largo de su ministerio recibió todo tipo de ataques. Su primer hijo murió, después de casi un mes de mucho sufrimiento, con apenas tres meses de edad. Otro le fue arrebatado cuando tenía dieciséis años. De los dos hijos que quedaron con vida, uno estuvo descarriado por un tiempo. Su esposo murió relativamente joven. Elena G. de White vivió en carne propia la lucha entre el bien y mal. Los ataques del enemigo no pudieron evitar que ella cumpliera con su misión. Durante más de setenta años de ministerio profético recibió más de dos mil visiones y sueños, escribió más de cien mil páginas, de las cuales se han publicado más de cien libros. Su voz quedó silenciada con su muerte, pero sus escritos siguen brindando orientación, esperanza y consuelo a quienes la hemos considerado la voz profética de Dios para estos tiempos.

En defensa de nuestra fe

La fiabilidad de Elena G. de White

Sin duda alguna la reputación de un profeta depende en gran medida del cumplimiento de sus predicciones. Cuando el pueblo quería saber si tal o cual mensaje provenía del Señor, esta era la señal: «Si lo que el profeta proclama en nombre del Señor no se cumple ni se realiza, será señal de que su mensaje no proviene del Señor. Ese profeta habrá hablado por presunción. No le temas» (Deut. 18: 22, NVI).

Echemos un vistazo a algunas de las profecías hechas por Elena G. de White y su cumplimiento en la historia.

La guerra civil norteamericana (1861-1865). Elena G. de White recibió varias visiones relacionadas con el conflicto que casi provoca el desmembramiento de los Estados Unidos. En *Testimonios para la iglesia*, t. 1, pp. 264-268 se describe una de las más amplias. Contra todos los pronósticos de aquel entonces, el 12 de enero de 1861 la señora White presentó su primera profecía sobre la guerra. La fecha de esta visión es muy importante, puesto que la guerra comenzó el 12 de abril, tres meses después.

Ese día se estaba dedicando el templo de Parkville, Míchigan. Jaime White, Elena G. de White, E. J. Waggner y Urías Smith asistieron a la ceremonia. Después del sermón predicado por el pastor White, la mensajera del Señor presentó una poderosa exhortación. Más tarde ella entró en visión. J. N. Loughborough nos relata la visión en este párrafo:

> «No hay nadie en casa que tan solo haya soñado con las dificultades que vendrán sobre nuestra nación. La gente ha prestado poca importancia a la orden de secesión emitida por Carolina del Sur, pero a mí me ha sido presentado que un gran número de estados se le unirán, y entonces habrá una terrible guerra. He visto grandes ejércitos, tanto del Norte como del Sur, reunidos en el campo de batalla. He escuchado el bombardeo de los cañones, y he visto los muertos de ambos bandos. Vi cómo de manera impetuosa se lanzaban en un combate mano a mano. Al terminar la guerra se me mostró el campo de batalla, estaba lleno de muertos y moribundos. Fui llevada a las prisiones, y vi los sufrimientos de aquellos que estaban cada día más debilitados. Luego me fueron mostrados los hogares de los que habían perdido a sus esposos, hijos y hermanos durante la guerra. Vi en esos hogares angustia y dolor. […] Veo en este lugar personas que perderán a sus hijos en la guerra» (*Rise and Progress of Seventh-day*

Adventist, pp. 236, 237).

Lo interesante es que cuando Elena G. de White tuvo esta visión la posibilidad de que las diferencias entre ambos bandos terminaran en conflicto sangriento era sumamente inverosímil. En marzo de 1861 el presidente Lincoln declaró «que la crisis, el pánico y la ansiedad de la nación, es artificial». Incluso los periódicos más importantes de la época decían que un puñado de mujeres viejas eran capaces de ir a Carolina del Sur y acabar con la rebelión. Sin embargo, la predicción de la señora White se cumplió al pie de la letra. La guerra duró cuatro años y se cobró cientos de miles de vidas. Un año después el pastor Loughborough regresó a predicar a la iglesia de Parkville, allí se enteró de que cinco familias de la iglesia habían perdido a sus hijos durante la guerra.

Como testimonio de la veracidad del cumplimiento de la profecía, el 30 de enero de 1891 Martha V. Ensign, dijo:

> «En 1861 yo vivía en Saint Joseph, Míchigan, a unas seis millas de Parkville. En aquel tiempo no era adventista. Recuerdo que el 12 de enero un grupo de mis vecinos viajó a Parkville para asistir a una reunión. Cuando regresaron, me contaron que una mujer había tenido una visión de que una terrible guerra se iniciaría en los Estados Unidos».

Raudales de luz para el mundo. Mientras participaba de una reunión en Dorchester, Massachusetts, en noviembre de 1848, Elena G. de White recibió una visión sobre la proclamación del mensaje. Después de la visión llamó a su esposo y le dijo: «Debes imprimir una pequeño periódico y repartirlo ante la gente. Aunque al principio será pequeño, cuando la gente lo lea te enviará recursos para imprimirlo y tendrá éxito desde el principio. Se me ha mostrado que de este modesto comienzo brotarán raudales de luz que han de circuir el globo» *(El ministerio de publicaciones*, cap. 1, p. 16).

Jaime White vaciló un poco, pero finalmente en el verano de 1849 quedó convencido y se decidió a escribir. En julio de ese año ya estaban listos los primeros mil ejemplares del primer número del nuevo periódico. La señora White relata lo siguiente: «Nos arrodillamos junto a los periódicos y, con humilde corazón y lágrimas, suplicamos al Señor que otorgase su bendición a aquellas páginas impresas, mensajeras de la verdad» *(El ministerio de publicaciones*, cap. 1, p. 17). ¿Se habrá cumplido su predicción? En la

actualidad, la Iglesia Adventista coordina más de sesenta editoriales alrededor del mundo que publican libros y revistas en casi todos los idiomas, y que distribuyen anualmente cerca de sesenta millones de libros.

Aportes científicos. Elena G. de White hizo declaraciones sobre medicina que contradecían abiertamente los conocimientos científicos de su tiempo. Por ejemplo, en su tiempo se consideraba al tabaco y al cigarrillo como un buen remedio contra las enfermedades respiratorias; sin embargo, contrariando las opiniones de los médicos, ella dijo en 1864: «El tabaco es veneno de la especie más engañosa y maligna, porque tiene influencia, excitante primero y luego paralizadora, sobre los nervios del cuerpo. Es tanto más peligroso porque sus efectos en el organismo son muy lentos y al principio difícilmente pueden ser apreciados. Multitudes han caído víctimas de su influencia venenosa. Ciertamente se han suicidado mediante este lento veneno» (La temperancia, sec. III, p. 51). Casi cien años después, la ciencia médica le dio la razón.

La fiabilidad de un profeta, sin embargo, no solo depende de su capacidad predictiva, sino también de su apego a las verdades registradas en la Palabra de Dios (Deut. 13: 1-4; 18: 22). Todo profeta ha de ser evaluado conforme «a la ley y al testimonio» que ya se había dado (Isa. 8: 20). Por esta razón los profetas que escribieron después de Moisés habrían de hablar en armonía con lo dicho por Moisés. Los que escribieron después de los profetas debían escribir basados en lo dicho por los profetas y Moisés (1 Cor. 14: 32). Los que recibieron el mensaje de Dios que hoy tenemos en el Nuevo Testamento, lo hicieron apegados a las escrituras del Antiguo Testamento. Y aquí es donde una vez más se pone de manifiesto la fiabilidad de los escritos de Elena G. de White, pues ellos están basados en la revelación profética que la había antecedido. Los escritos de la mensajera del Señor, bajo ninguna circunstancia, contradicen lo que está escrito en la Biblia, sino que complementan la verdades bíblicas.

Un elemento determinante que evidencia la inspiración de los escritos del Espíritu de Profecía es que dichos libros han transformado millones de vidas en todas partes del mundo (Mat. 7: 15-20). Si usted, con corazón humilde y dispuesto a aprender, se detiene a leer obras como *El camino a Cristo*, *Palabras de vida del gran Maestro*, *El conflicto de los siglos*, El hogar cristiano, *La educación*, en fin cualquiera de los libros escritos por la señora White, su vida no será la misma. Quizá la obra más grande que pueden hacer estos libros, aparte de mostrarnos el futuro y estar en armonía

con los escritos bíblicos, es producir un cambio en nuestra vida tanto física como espiritual, lo cual hará de nosotros mejores seres humanos.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Sin duda alguna Dios nos ha dado una gran bendición por medio de los escritos de Elena G. de White. He aquí algunas de las bendiciones que hemos recibido gracias al don de profecía:

- Hemos establecido una estructura administrativa que nos permite tener una visión global de la obra de Dios.
- Sus escritos nos han guiado a una experiencia espiritual más profunda y real.
- Hemos comprendido el significado de las profecías bíblicas más significativas, a la vez que sus escritos han presentado ante nosotros el desenlace final de la historia de este mundo.
- Sus consejos sobre un estilo de vida saludable nos han permitido disfrutar de una mejor salud.
- Sus escritos han evitado que fuerzas centrífugas, fanatismos, personalismos y desviaciones de la verdad bíblica, dividieran a la iglesia.

Orando a la luz de esta doctrina

Gracias, Señor, por las palabras de instrucción, consuelo y esperanza que hemos recibido a través del ministerio profético de Elena G. de White. Ayúdanos a poner en práctica esos consejos para disfrutar de una calidad de vida y una visión espiritual acordes con tu voluntad para nosotros.

ESTO CREEMOS SOBRE

La ley de Dios

Los grandes principios de la ley de Dios están incorporados en los Diez Mandamientos y ejemplificados en la vida de Cristo. Expresan el amor, la voluntad y el propósito de Dios con respecto a la conducta y a las relaciones humanas, y son obligatorios para todas las personas en todas las épocas. Estos preceptos constituyen la base del pacto de Dios con su pueblo y son la norma del juicio divino. Por medio de la obra del Espíritu Santo, señalan el pecado y despiertan el sentido de la necesidad de un Salvador. La salvación es totalmente por la gracia y no por las obras, pero su fruto es la obediencia a los mandamientos. Esta obediencia desarrolla el carácter cristiano y da como resultado una sensación de bienestar espiritual. Es una evidencia de nuestro amor al Señor y de nuestra preocupación por nuestros semejantes. La obediencia por fe demuestra el poder de Cristo para transformar las vidas y, por lo tanto fortalece el testimonio cristiano (Éxo. 20: 1-17; Sal. 40: 7, 8; Mat. 22: 36-40; Deut. 28: 1-14; Mat. 5: 17-20; Heb. 8: 8-10; Juan 15: 7-10; Efe. 2: 8-10; 1 Juan 5: 3; Rom. 8: 3, 4; Sal. 19: 7-14).— *Creencia Fundamental* nº 19

19

En 1956 se estrenó la película *Los Diez Mandamientos*, que causó una gran sensación. En su filmación participaron más de doce mil personas y quince mil animales. El film recaudó en el mismo año de su estreno más de ochenta millones de dólares y fue nominado a seis premios Óscar. En la actualidad, más de medio siglo después de su estreno, continúa atrayendo la atención de miles de personas, pues se ha convertido en todo un clásico del cine. Sin embargo, por muy vívidas y espectaculares que fueran las imágenes de tan famosa película, el momento en el que Dios promulgó el Decálogo ante su pueblo recién liberado de la esclavitud de Egipto fue mucho más impactante. El pueblo de Israel quedó atónito ante el estruendo de «los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante» (Éxo. 20: 18, BJ). «La tierra tembló, la lluvia cayó del cielo, el Sinaí tembló delante de Dios, delante del Dios de Israel» (Sal. 68: 8, DHH).

Lutero, hablando respecto a los Diez Mandamientos, dijo que «deberíamos […] obedecerlos con alegría». Por su parte, el *Catecismo Valdense* sostiene que los Diez Mandamientos constituyen uno de los «fundamentos de nuestra fe». La *Fórmula de Concordia* luterana estableció que los cristianos somos libres de la maldición de la ley, pero no de la ley en sí, y que hemos de ejercitarnos «continuamente en la obediencia de los mandamientos». No obstante, a pesar de estas declaraciones y de la importancia que la Biblia atribuye a la ley de Dios, muchos cristianos manifiestan una actitud de hostilidad hacia los requerimientos divinos.

Lo que todo adventista debe saber sobre la ley de Dios

La ley constituye un resumen de los grandes principios de

Dios

Tres meses después de que los israelitas fueran liberados de la esclavitud egipcia, llegaron al desierto y acamparon frente al monte Sinaí (Éxo. 19: 1, 2). El mismo Señor había elegido aquel lugar a fin de tener un encuentro con su pueblo: «El Señor le dijo [a Moisés]: "Ve y consagra al pueblo hoy y mañana. Diles que laven sus ropas y que se preparen para el tercer día, porque en ese mismo día yo descenderé sobre el monte Sinaí, a la vista de todo el pueblo"» (Éxo. 19: 10, 11, NVI). Fíjese bien en la secuencia: Dios 1) libera al pueblo, 2) santifica al pueblo y 3) tiene un encuentro con su pueblo. Una vez se han dado estos tres pasos previos, entonces el pueblo se halla listo no solo para recibir la ley, sino para obedecerla. Hubiera resultado imposible para el pueblo asumir un compromiso con la obediencia mientras estuviera bajo el peso de la esclavitud. Antes de un encuentro con la ley, la nación había de tener un encuentro santificador con el Dador de la ley. *La gracia obró primero que la ley.*

Aunque suele ser pasado por alto, no hemos de eludir el hecho de que la proclamación del Decálogo comienza con una declaración que tiene como objetivo revelar la identidad de su autor y su autoridad para impartirla: «Yo soy el Señor tu Dios, que te sacó de Egipto, donde eras esclavo» (Éxo. 20: 2, DHH). Cuando Israel recibió la ley en el Sinaí no lo hizo en condición de esclavo, sino como un pueblo libre. La ley nada más puede ser recibida con amor por aquellos que reconocen al Señor como su Dios. Lo primero que nos recuerda la ley es que pertenecemos a Dios, puesto que él nos ha redimido de la esclavitud.

Dios entregó una ley sencilla. Los Diez Mandamientos son tan fáciles de aprender que incluso un niño puede memorizarlos (Deut. 6: 7; 30: 11; Luc. 2: 46, 47). Además estas prescripciones eran «leyes verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos» (Neh. 9: 13), cuyo objetivo consistía en dar «vida a quienes los practican» (Neh. 9: 29, DHH). El Señor dividió el Decálogo en dos grandes secciones (Mat. 22: 34-40), lo cual facilita enormemente su memorización. La primera sección incluye los primeros cuatro mandamientos, que tienen que ver con el respeto que hemos de profesar a nuestro Dios. La segunda está formada por los otros seis, y su punto principal es regular la relación de los seres humanos con sus semejantes. Podemos resumir el mensaje de Éxodo 20: 3-17 de la siguiente manera:

Deber del ser humano hacia Dios Éxodo 20: 3-11	Deber del ser humano hacia sus semejantes Éxodo 20: 12- 17
1. No tendrás dioses ajenos	5. Honra a tus padres
2. No adorarás imágenes	6. No matarás
3. No tomarás el nombre de Dios en vano	7. No adulterarás
4. Guardarás el sábado tú y tu prójimo	8. No robarás
	9. No mentirás
	10. No codiciarás

Una ley única

Alguien ha dicho que desde los tiempos de Hamurabi hasta las leyes romanas, desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, los seres humanos han creado no menos de tres millones de leyes. Pero con el paso del tiempo las leyes promulgadas por los hombres han experimentado cambios radicales. Esto no ha sucedido con la ley de Dios, porque fue promulgada por uno que «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Heb. 13: 8).

He aquí tres elementos que hacen de la ley de Dios una ley única en su clase.

- **Dada por Dios.** El Decálogo es diferente a las demás leyes porque fue dado y escrito por el propio Dios (Éxo. 31: 18). Es la única porción de la Biblia que él mismo redactó. Y mediante el Espíritu Santo, Dios continúa escribiendo su ley, no en tablas de piedra, sino en la mente de todos sus hijos (Heb. 10: 15, 16).
- **Es un resumen del carácter de Dios.** Según Jesús, cumplir la ley es amar a Dios y amar al prójimo (Mat. 22: 37-40). El apóstol Pablo también asoció el cumplimiento de la ley con el amor (Rom. 13: 10; Gál. 5: 14). De ahí que el fundamento de la ley es el amor. La ley pierde su esencia a menos que exista una relación de amor entre el Dador y sus súbditos. En el Antiguo Testamento se menciona en reiteradas ocasiones la expresión «los que me aman y guardan mis

mandamientos» (Éxo. 20: 6; Deut. 5: 10; Dan. 9: 4). Jesús dijo: «Si me aman, guardarán mis mandamientos» (Juan 14: 15, BJ). «Si guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor» (Juan 15: 10, NBLH). Juan dijo: «Este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos» (1 Juan 5: 3; *cf.* 2 Juan 1: 6). La ley va de la mano con el amor. Todo lo que la Biblia pueda decir respecto a la Deidad halla su máxima expresión en estas palabras: «Dios es amor» (1 Juan 4: 8). Por tanto, la ley es un resumen de Dios, un reflejo de su carácter. Por esta razón la Biblia describe la ley con los mismos atributos de Dios, como vemos en el siguiente cuadro:

Dios es	La ley es
Justo: Esd. 9: 15	Justa: Sal. 119: 172
Perfecto: Mat. 5: 48	Perfecta: Sal. 19: 7
Santo: Lev. 19: 2	Santa: Rom. 7: 12
Bueno: Sal. 34: 8	Buena: Rom. 7: 12; 1 Tim. 1: 8
Verdad: Deut. 32: 4	Verdad: Sal. 119: 142

- **Es eterna.** La ley de Dios existía desde antes de su promulgación escrita en el Sinaí. El mandamiento del sábado entró en vigencia en la misma creación del mundo (Gén. 2: 1-3). Antes de que se entregara la tabla que contenía los primeros dos mandamientos, Jacob ya había ordenado a su familia quitar «los dioses ajenos» que había entre ellos (Gén. 35: 2). José, antes de la promulgación de la ley en el Sinaí, creyó que si adulteraba estaba pecando «contra Dios» (Gén. 39: 9). Podríamos citar ejemplos de todos los mandamientos en el libro de Génesis, pero el punto clave aquí es que la ley rompe las barreras del tiempo y se extiende hasta la misma eternidad. Como Dios, su Dador, la ley no sufre ninguna variación durante el transcurso de los años, puesto que es inmutable. El Señor estableció sus mandamientos para siempre (Sal. 119: 152). «Fieles son todos sus mandamientos, afirmados eternamente y para siempre» (Sal. 111: 7, 8).

La ley de la libertad

Al promulgar los Diez Mandamientos Dios presentó ante el pueblo la manera en que habrían de vivir las personas libres. Contrario a lo que piensan algunos, la ley no es para esclavizar, sino que en ella se manifiesta la verdadera libertad. El salmista comprendía bien esto cuando dijo: «Andaré en libertad, porque busqué tus mandamientos» (Sal. 119: 45). El Nuevo Testamento está en plena sintonía con el Antiguo cuando se refiere a la ley como «la ley de la libertad» (Sant. 2: 12). Moisés advirtió al pueblo que una de las consecuencias que traería la desobediencia a los mandamientos era el cautiverio (Deut. 28: 15, 41), pero si ellos cumplían «todos sus mandamientos», ninguna nación los dominaría (Deut. 15; 5, 6). Por tanto, Dios entregó la ley a fin de que el pueblo mantuviera la liberación que había recibido por gracia.

La ley únicamente puede resultar gratificante para quienes han sido liberados del poder esclavizador del pecado mediante la obra de Cristo Jesús (1 Ped. 2: 16; Gál. 5: 1; Juan 8: 36). El mismo hecho de que la ley haya sido entregada a personas libres indica que la obediencia a la ley no es para que seamos libres, sino porque ya lo somos.

Cuando la gracia de Cristo ha obrado su liberación en nosotros, la ley llega a ser «apetecible más que el oro [...]. Y dulce más que la miel» (Sal. 19: 9, 10). Proclamaremos: «Tu ley es mi delicia», «amo tus mandamientos» (Sal. 119: 77, 48, 97, 113, 159, 163). Solo así admitiremos, a diferencia de lo que cree el mundo, «que sus mandamientos no son difíciles de cumplir» (1 Juan 5: 3, RVC).

Entre otras cosas la Biblia dice que «el pecado es infracción de la ley» (1 Juan 3: 4). Desde los tiempos de Pablo siempre ha habido personas que han considerado la ley como algo nocivo. Pero Pablo fue categórico al decir: «¿Vamos a decir por esto que la ley es pecado? ¡Claro que no! Sin embargo, de no ser por la ley, yo no hubiera sabido lo que es el pecado» (Rom. 7: 7, DHH). Una de las funciones de la ley es mostrarme el pecado (Rom. 3: 20; Sant. 1: 23-25), a fin de que yo pueda acudir a Cristo. A esto se refería Pablo cuando dijo que «Cristo es el fin [*griego telos*] de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia» (Rom. 10: 4, NVI).

Aporte del don profético

«La ley es una expresión del pensamiento de Dios: cuando se recibe en Cristo, llega a ser nuestro pensamiento. Nos eleva por encima del poder de los deseos y tendencias naturales, por encima de las tentaciones que nos inducen a pecar. Dios desea que seamos felices, y nos ha dado los preceptos de la ley para que obedeciéndolos tengamos gozo» (*El Deseado*

de todas las gentes, cap. 31, p. 277).

La felicidad que el ser humano procura desesperadamente solo podrá encontrarse si se acepta la liberación que Jesús ofrece y se obedecen los mandamientos de Dios. Cuando decidamos hacerlo seremos «verdaderamente libres» (Juan 8: 36).

Desde hace algunos años el tema de los Diez Mandamientos se ha puesto de moda en diferentes ámbitos. Ha habido conflictos legales por edificios que llevan monumentos en su honor, o grupos religiosos han dedicado un «día» a los Diez Mandamientos. Sin embargo, lo que Dios realmente anhela no es que se levanten monumentos en honor al Decálogo, ni que se declare un día en honor a ellos; él desea algo más importante: que le hagamos un monumento en nuestras mentes, que la ley no se aparte de nuestros labios (Jos. 1: 8), que permitamos que él los grabe en nuestros corazones (Heb. 10: 16). Más que dedicar un día al Decálogo, Cristo desea que nosotros honremos y respetemos la ley en cada instante de nuestra vida (2 Rey. 17: 37; Sal. 119: 44).

Jesús y la ley

A fin de que podamos obtener una comprensión válida y plena de la ley, hemos de acudir a Cristo, el único que la ha obedecido de forma perfecta.

La vida de Jesús estuvo sujeta a la obediencia de la ley desde su mismo nacimiento (Luc. 2: 27). La Biblia hace mención a la «ley de Cristo» (Gál. 6: 2). El mismo Jesús expresó su conformidad con la ley cuando dijo: «No crean ustedes que yo he venido a suprimir la ley o los profetas; no he venido a ponerles fin, sino a darles su pleno valor» (Mat. 5: 17, DHH). La palabra griega traducida como «pleno valor» es *pleroma*, que también significa «completar», «llenar». Jesús había venido para darle «pleno valor a la ley» al dar a conocer la voluntad divina por medio de sus enseñanzas y mediante su ejemplo. Nuestro Señor fue categórico al decir «que ni una jota ni una tilde pasará de la ley» (Mat. 5: 18). La jota era la letra más pequeña del alefato hebreo, por tanto ni lo más mínimo de la ley, ha de perder vigencia.

Para Jesús la ley era un todo, quien se atreviera a violar «uno de estos mandamientos muy pequeños […], será llamado pequeño en el reino de los cielos» (Mat. 5: 19). Una opinión similar expresó Santiago, el hermano de Jesús, cuando escribió que «cualquiera que guarde toda la ley, pero ofenda en un punto, se hace culpable de todos» (Sant. 2: 10).

En el tiempo de Cristo, los escribas habían elaborado una lista exhaustiva de ordenanzas, a las que Jesús se refirió «como cargas pesadas y difíciles de llevar» (Mat. 23: 4). En cambio, los seguidores de Jesús hemos de concentrar toda nuestra atención en «lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe» (Mat. 23: 23).

Como el «pecado es infracción de la ley» (1 Juan 3: 4), Jesús, aunque «fue tentado en todo», no cometió pecado (Heb. 4: 15), por ende no transgredió ninguno de los mandamientos. Así nos ha dejado «un ejemplo para que sigamos sus pisadas» (1 Ped. 2: 21). Calvino estaba en lo correcto cuando dijo que no debemos suponer «que la venida de Cristo nos haya librado de la autoridad de la ley; porque es la norma eterna de una vida devota y santa, y debe, por lo tanto, ser tan inmutable, como constante y uniforme es la justicia de Dios que la abarcaba».

La ley de Dios y el gran conflicto

La primera acción que la Palabra de Dios atribuye a Satanás está relacionada con la violación de un mandato explícito de Dios: «La serpiente era el animal más astuto de todos los que Dios el Señor había creado. Así que le dijo a la mujer: "¿Así que Dios les ha dicho a ustedes que no coman de ningún árbol del huerto?"» (Gén. 3: 1, RVC). Según Satanás, la intención de Dios al prescribir esa orden había sido evitar que nuestros primeros padres pudieran «saber lo que es bueno y lo que es malo» (Gén. 3: 5, DHH). El resto de la historia es conocida por todos: Eva terminó creyendo a Satanás y desobedeciendo a Dios.

Al pie del Sinaí también vemos al diablo mostrando su oposición a la ley divina. Mientras Moisés se hallaba en la cumbre del monte, las fuerzas del mal incitaron al pueblo a crear un becerro de oro al que le atribuyeron su salida de Egipto (Éxo. 32: 1-13). Por medio de este acto el enemigo trató de destruir el plan de Dios no solo para Israel, sino para toda la raza humana. Aunque siempre hubo un grupo que permaneció firme ante los requerimientos de la ley, finalmente la «casa de Israel y de Judá —dijo Dios— quebrantaron mi pacto» (Jer. 11: 10). El diablo siempre se ha asegurado de tener gente que siga los pasos de Efraín, que «no guardaron el pacto de Dios ni quisieron andar en su ley» (Sal. 78: 10, 11). Como Jehú, muchos deciden no preocuparse por «seguir de todo corazón la ley del Señor» (2 Rey. 10: 31, RVC).

Una estrategia del enemigo en su lucha por invalidar la ley de Dios ha sido atribuirle poder salvífico. Con ello ha llevado a muchos a las puertas de la perdición al hacerles creer que sus esfuerzos por obedecer al pie de la letra los preceptos de Dios los hacen merecedores de la vida eterna. Pablo identificó a este tipo de gente como los que van tras la justicia «no por fe, sino dependiendo de las obras de la ley» (Rom. 9: 32). Cuando uno se aferra a la ley como medio de salvación, el mandamiento que «era para vida» termina siendo un instrumento de muerte (Rom. 7: 10). Por tanto, hemos de reconocer que «el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley» (Rom. 3: 28).

Aporte del don profético

«La ley de Dios es tan santa como él mismo. Es la revelación de su voluntad, el reflejo de su carácter, y la expresión de su amor y sabiduría. La armonía de la creación depende del perfecto acuerdo de todos los seres y cosas […] con la ley del Creador (*Patriarcas y profetas*, cap. 3, p. 32).

Durante su ministerio terrenal Jesús confrontó a quienes enseñaban como «doctrinas, mandamientos de hombres» mientras echaban por tierra «el mandamiento de Dios» (Mar. 7: 7, 8). Satanás trató de desacreditar el ministerio de Pablo acusándolo de promover la pecaminosidad y el libertinaje (Rom. 3: 8), a lo que Pablo respondió que bajo ninguna circunstancia la fe invalida la ley, más bien la confirma (Rom. 3: 31).

Nuestra enemistad hacia la ley es algo que hemos heredado de nuestra naturaleza pecaminosa: «Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden» (Rom. 8: 7). El odio de Satanás hacia la ley es tan grande que ha hecho todo lo posible por cambiarla (Dan. 7: 25). Sin embargo, aunque el enemigo ha batallado contra la ley de Dios, aun cuando los deseos naturales del ser humano contrarían la voluntad del Eterno, el Creador no se ha quedado sin testigo. Se ha reservado un pueblo que está compuesto por los «que guardan los mandamientos de Dios» (Apoc. 14: 12). Un pueblo que, como David, puede decir: «¡Cuánto amo yo tu ley! ¡Todo el día es ella mi meditación!» (Sal. 119: 97). Por eso el enemigo hará guerra contra este grupo (Apoc. 12: 17) no solo para destruirlo, sino también para acabar con la ley de Dios.

En defensa de nuestra fe

¿Abolió Cristo la ley?

Cierto sector del cristianismo ha insistido en decir que con la muerte de Cristo se puso fin al ministerio de la ley. Hay ciertos pasajes que son utilizados con el propósito de fundamentar su posición. Uno de los textos favoritos de estos opositores a la ley es Romanos 10: 4: «Cristo es el fin [*griego telos*] de la ley, para que todo el que cree reciba la justicia» (NVI). Algunos han pretendido asignarle a la palabra *telos* una función temporal en Romanos 10: 4 y argumentan que Cristo puso fin a la ley con su muerte en la cruz. Pero en el Nuevo Testamento la palabra «fin», *telos*, podía referirse al propósito, objetivo o meta final de algo. En dos pasajes del Nuevo Testamento el término *griego telos* ha sido traducido de la siguiente manera: «Están alcanzando la meta [*telos*] de su fe, que es la salvación» (1 Ped. 1: 9, DHH). «El propósito [*telos*] de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio» (1 Tim. 1: 5). Por tanto, lo que Pablo quiere decir es que la «meta», el «propósito», el «objetivo final» de la ley es llevarnos a Cristo a fin de que recibamos la justicia que viene por la fe y no por nuestras propias obras (Rom. 10: 4; 3: 22; Fil. 3: 9). La ley nos impele a venir a Cristo para que la justicia que Cristo ha conseguido mediante su obediencia a la ley nos sea atribuida de forma gratuita (Rom. 5: 19). La ley no tiene poder para hacernos justos, pero sí para mostrarnos nuestras faltas a fin de que acudamos al único que puede hacernos justos al cubrirnos con su manto de justicia: Jesús (Isa. 61: 10; Apoc. 3: 5).

La bendición de esta doctrina para nosotros

Quizás la mejor manera de conocer los beneficios que nos otorga la obediencia a la ley, es leyendo la primera parte de uno de los más sublimes poemas de David:

> La ley de Jehová es perfecta: **convierte el alma**;
> el testimonio de Jehová es fiel: **hace sabio al sencillo**.
> Los mandamientos de Jehová son rectos: **alegran el corazón**;
> el precepto de Jehová es puro: **alumbra los ojos**.
> El temor de Jehová es limpio: **permanece para siempre**;
> los juicios de Jehová son verdad: **todos justos**.
> Deseables son más que el oro, más que mucho oro refinado;

y dulces más que la miel, la que destila del panal.
Tu siervo es, además, **amonestado con ellos**;
en guardarlos hay gran recompensa» (Sal. 19: 7-11).

Orando a la luz de esta doctrina

Señor, abre mi corazón al entendimiento de tu ley. Capacítame para que yo pueda vivir en armonía con tus mandamientos. Te suplico que tu Espíritu Santo pueda grabar tu ley en mi mente y en mi corazón. Amén.

ESTO CREEMOS SOBRE

El sábado

El bondadoso Creador, después de los seis días de la creación, descansó el séptimo día, e instituyó el sábado para todos los seres humanos como un monumento conmemorativo de la creación. El cuarto mandamiento de la inmutable ley de Dios requiere la observancia del séptimo día, sábado, como día de reposo, adoración y servicio, en armonía con las enseñanzas y la práctica de Jesús, el Señor del sábado. El sábado es un día de agradable comunión con Dios y con nuestros hermanos. Es un símbolo de nuestra redención en Cristo, una señal de nuestra santificación, una demostración de nuestra lealtad y una anticipación de nuestro futuro eterno en el reino de Dios. El sábado es la señal perpetua del pacto eterno entre él y su pueblo. La gozosa observancia de este tiempo sagrado, de un atardecer hasta el siguiente, de puesta de sol a puesta de sol, es una celebración de la obra creadora y redentora de Dios (Gén. 2: 1-3; Éxo. 20: 8-11; Luc. 4: 16; Isa. 56: 5, 6; 58: 13, 14; Mat. 12: 1-12; Éxo. 31: 13-17; Eze. 20: 12, 20; Deut. 5: 12-15; Heb. 4: 1-11; Lev. 23: 32; Mar. 1: 32).— *Creencia Fundamental* nº 20

20

En cierta ocasión el automóvil de un hombre se quedó sin gasolina. Aquel día llovía muchísimo, pero por suerte el auto se había detenido cerca de una gasolinera, por lo que pudo empujarlo hasta llegar a la estación. Tocó la bocina, pero nadie salió a atenderlo. Al no recibir respuesta, decidió tomar su capa e ir hasta la casa más cercana a la gasolinera; tocó el timbre y un señor, que resultó ser el dueño de la gasolinera, lo atendió:

—Amigo, me he quedado sin combustible.

—Lo siento —dijo el dueño de la gasolinera—, nosotros somos guardadores del sábado y, por tanto, no puedo venderle gasolina.

—Pero si quiere, no me la venda —replicó el hombre—, solo necesito que me ayude. Al menos facilíteme algo de combustible para que pueda llegar hasta la próxima gasolinera.

—Ya le dije que no puedo, mis convicciones religiosas no me permiten brindarle esa ayuda. Desde pequeño mis padres me instruyeron a respetar la ley de Moisés, y esa ley prohíbe hacer todo lo que no sea sagrado durante las horas del día de reposo.

—Señor, ¿hay algo más sagrado que ayudar al prójimo?

—Sí. Tener mi conciencia tranquila. Sé que si tomo la manguera y le pongo gasolina, transgredo el cuarto mandamiento de la ley de Dios y me convierto en pecador. El hombre no tuvo más remedio que seguir a pie, bajo la lluvia, hasta la siguiente gasolinera, esperando que el dueño no fuera otro guardador de tan inhumana ley sabática.

¿Qué opinión le merece este relato? ¿Era el sábado que este hombre guardaba el día de reposo del cual habla la Biblia? En nuestros días, como en la época de Cristo, es muy común que se nos olvide que «está permitido hacer el bien en sábado» (Mat. 12: 12). El tratado Shabbat, documento que agrupa una serie de tradiciones impuestas por los judíos al día reposo, incluía normas como:

- El sastre no puede tomar una aguja, ni el escriba una pluma.

- Quien escriba dos letras con cualquiera de sus manos, transgrede la ley.
- Si le duele una muela, no puede sorber vinagre para calmar el dolor.
- Si apaga una vela para ahorrar aceite, transgrede la ley.
- No puede calentar agua para lavarse ni para beber.
- Si una lámpara derrama aceite, es pecado colocar un vaso debajo.

El Rabí Johanán dijo que existían 1,521 prohibiciones sobre el sábado. Y si les agregamos no ayudar a alguien que se ha quedado sin combustible serían 1,522. ¿Puede ser que para algunos la observancia del sábado haya perdido su significado espiritual y haya devenido en mero legalismo?

Lo que todo adventista debe saber sobre el sábado

El sábado es un monumento conmemorativo de la creación

Durante los seis días de la creación, Dios iba evaluando cada obra (Gén. 1: 4, 10, 12, 18, 25). La semana creadora llegó a su culminación con la obra maestra divina, el ser humano: «Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera» (vers. 31). Sin embargo, a pesar de que en seis días «fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos» (Gén. 2: 1; *cf.* Éxo. 20: 11; 31: 17), la creación de Dios no quedó concluida el día sexto, sino el séptimo: «El *séptimo día concluyó Dios la obra* que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho. Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación» (Gén. 2: 2, 3). De esta manera, con la creación del día de reposo, Dios completó el ciclo de perfección de su obra creadora.

Pero, ¿por qué creó Dios el día de reposo si «el Dios eterno, el creador del mundo entero, no se fatiga ni se cansa» (Isa. 40: 28, DHH)? Adán tampoco estaba cansado, pues acababa de salir de las manos de Dios. Por tanto, la creación del sábado no estaba asociada exclusivamente al descanso físico. El primer día completo de la vida de Adán, el sábado, le fue dado para que estuviera en comunión con Dios. El sábado no solo nos recuerda que somos «hechura suya» (Efe. 2: 10), sino que nuestro Creador ha de ocupar el primer lugar en nuestra vida (Mat. 6: 33). Lo primero que hizo el hombre fue disfrutar de la santidad divina durante el día de reposo.

Aporte del don profético

«Todas las cosas fueron creadas por el Hijo de Dios. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios […]. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho". Y puesto que el sábado es un monumento recordativo de la obra de la creación, es una señal del amor y del poder de Cristo» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 29, pp. 253, 254).

Como último elemento de la obra creadora de Dios, el sábado viene a ser como un monumento que nos mueve a recordar quién es el Creador de todo cuanto existe en nuestro mundo. Sabiamente, Dios colocó ese monumento en el tiempo a fin de que nada ni nadie pudiera borrarlo de la consciencia de los seres humanos. Por esta razón, el Salmo del sábado, el 92, es un recordativo de la obra creadora de Dios: «Tú, Señor, me llenas de alegría con tus maravillas; por eso alabaré jubiloso las obras de tus manos. Oh Señor, ¡cuán imponentes son tus obras, y cuán profundos tus pensamientos!» (Sal. 92: 4, 5, NVI). En Éxodo 31: 12-17 el Señor dijo que el sábado «para siempre será una señal» que da a conocer que «en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra» (vers. 17).

El sábado es un santuario en el tiempo

Hay varios pasajes que relacionan el sábado con el santuario: «Respeten mis sábados. Guarden reverencia por mi santuario» (Lev. 19: 30, DHH). Para el profeta Ezequiel la profanación del santuario estaba vinculada a la violación del día de reposo (Eze. 22: 8; 22: 26; 23: 38). Todas las instrucciones relativas a la construcción del santuario le fueron dadas a Moisés el «séptimo día» (Éxo. 24: 16) que, según Elena G. de White, era sábado (*Patriarcas y profetas*, cap. 27, p. 285). Ese sábado, la gloria divina descendió sobre el Sinaí (Éxo. 24: 17), así como luego lo haría sobre el santuario (Éxo. 40: 34). Cuando se finalizó la construcción del santuario, fue bendecido y santificado (Éxo. 39: 43; 40: 9), como había hecho Dios con el día de reposo (Éxo. 20: 11). Además, el sábado se cambiaban los panes del santuario (1 Crón. 9: 32), se duplicaban los sacrificios (Núm. 28: 9, 10) y entraban en función los turnos de los sacerdotes (1 Crón. 9: 32; 23: 4, 8). Así como la creación del mundo concluye con la creación del día de reposo (Gén. 2: 1-3), todo lo relativo a la construcción del santuario llega a su final con un mandato a observar el sábado (Éxo. 31: 12-17). Y el santuario, que era el lugar donde Dios se encontraba con su pueblo (Éxo. 25: 8, 9), es llamado «el lugar de reposo» de la Deidad (Sal. 132: 14).

Aporte del don profético

«El cuarto mandamiento no presenta el sábado como una institución nueva, sino como establecido en el tiempo de la creación del mundo. Hay que recordar y observar el sábado como monumento de la obra del Creador. Al señalar a Dios como el Creador de los cielos y de la tierra, el sábado distingue al verdadero Dios de todos los dioses falsos» (*Patriarcas y profetas*, cap. 27, p. 279).

El encuentro entre Dios y Moisés aquel sábado en el Sinaí es el modelo de lo que debe ocurrir con nosotros. El sábado ha de ser un día donde tengamos un encuentro especial con nuestro Creador, como lo hicieron Jesús y los apóstoles (Luc. 4: 16; 6: 6; 23: 56; Hech. 13: 14). Mientras el santuario terrenal era el lugar que representaba la santidad de un espacio físico (Éxo. 28: 36; Sal. 93: 5), el sábado es el santuario que Dios ha colocado en el tiempo para que podamos encontrarnos con él sin tener que preocuparnos por el lugar. Es un santuario que el ser humano nunca podrá derribar.

Como santuario en el tiempo, el sábado constituye una anticipación del reposo eterno (Heb. 4: 3-12). Así como cada sábado nos reunimos para recibir las bendiciones de Dios, en la tierra nueva «de mes en mes, y de sábado en sábado» iremos a adorar a nuestro Señor (Isa. 66: 23).

El sábado nos presenta al Dios verdadero

Antes de continuar leamos Éxodo 20 y Deuteronomio 5 y demos respuesta a las siguientes preguntas: ¿Quién dijo: «No matarás» y «No tendrás dioses ajenos delante mí»? ¿Quién es el que prohíbe la adoración de imágenes? ¿Quién nos ordena honrar a nuestros padres y no hablar mentira? ¡Dios!, por supuesto, y aquí viene otra pregunta: ¿Quién es ese Dios? ¿Nos hemos dado cuenta de que los mandamientos podrían haber sido promulgados por cualquier dios? Muchas de las religiones antiguas, sin adorar al verdadero de Dios, obedecían algunos de esos preceptos. En cambio el cuarto mandamiento es el único que dice quién es ese Dios que entregó la ley: el Creador y Redentor (Éxo. 20: 8-12 y Deut. 5: 12-15). El sábado es el único mandamiento de los diez que describe la obra creadora y redentora de Dios.

Cuando el apóstol Pablo quiso presentarles a los atenienses al Dios verdadero, que para ellos era el «Dios no conocido», lo hizo utilizando el vocabulario del cuarto mandamiento: «Yo os anuncio», dijo Pablo, al «Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y

de la tierra» (Hech. 17: 23, 24).

El sábado ocupa el corazón de la ley

El compendio de la ley es amar a Dios y amar al prójimo (Mat. 22: 37-40). Mucha gente es honesta y honrada y no ama a Dios; también puede que no adore imágenes, y sin embargo no ame a su vecino. Sin embargo, el sábado es el único mandamiento que une las dos partes de la ley. Guardar correctamente el sábado implica amar a Dios y respetar sus órdenes (Lev. 19: 3; Deut. 5: 12; Isa. 56: 2), pero también amar a nuestro prójimo al dejarlo disfrutar del descanso sabático (Éxo. 20: 8-11; Deut. 5: 12-15).

Por esta razón quien guarda correctamente el sábado, guarda toda la ley; pero el que lo desobedece resulta culpable de violar todos los mandamientos (Sant. 2: 10-12). ¿Verdad que resulta muy contundente que las dos razones por las que hemos de obedecer el cuarto mandamiento sean precisamente las dos grandes obras que Dios ha hecho por la raza humana: la creación y la redención? Esto pone de manifiesto la centralidad del sábado en la ley de Dios.

El sábado es el sello de la ley y símbolo del pacto

Isaías 8: 16 dice: «Guarda bien el testimonio; *sella la ley* entre mis discípulos» (NVI). Dios ha colocado un sello en su ley, ese sello es el sábado, porque el cuarto mandamiento contiene el nombre de Dios, su función y el ámbito de su autoridad. Como el sábado es el sello de la ley, y la ley se halla estrechamente relacionada con el sello de Dios, es innegable que la observancia del sábado tiene un vínculo muy estrecho con el sello de Dios, que es la impronta de su carácter en nuestras vidas a través de la obra del Espíritu Santo (Apoc. 7: 2-4; 14: 1; Efe. 4: 30).

En no menos de cinco ocasiones la Palabra de Dios se refiere al sábado como «pacto perpetuo» o señal visible entre Dios y su pueblo (Éxo. 31: 13, 16, 17; Eze. 20: 12, 20). El sábado no solo era un símbolo del pacto con Israel, como suponen algunos. El profeta Isaías menciona a los «extranjeros que se han unido al Señor para servirle, para amar el nombre del Señor, y adorarlo» y los define como aquellos «que observan el sábado sin profanarlo y se mantienen firmes en mi pacto» (Isa. 56: 6, NVI). El pacto sabático no dejaba fuera de las bendiciones divinas a los gentiles, sino que estaban incluidos.

El sábado puede ser símbolo del pacto ya que es por naturaleza un

mandato universal e inmutable. Es universal porque abarca a todos: ricos y pobres, padres e hijos, libres y esclavos, judíos y gentiles. Es inmutable puesto que ha sobrevivido a la caída, al diluvio, a la esclavitud en Egipto, al cautiverio babilónico, a las leyes antisabáticas del imperio romano, al intento de los revolucionarios franceses de establecer una semana de diez días, o la de los soviéticos una de cinco días. En fin, nada ni nadie ha podido destruirlo.

El sábado y el gran conflicto

Satanás siempre ha sido enemigo del cuarto mandamiento de Dios. La profecía bíblica hace referencia a su intento de «cambiar los tiempos y la ley» (Dan. 7: 25), y el sábado es el único mandamiento de la ley de Dios relacionado con aspectos temporales. El enemigo de las almas ha hecho todo lo posible para eliminar el sábado y en su lugar imponer el domingo, el primer día de la semana, como día de reposo. Lamentablemente, un amplio sector del mundo cristiano se ha prestado para llevar a cabo esta estrategia.

El cambio del sábado por el domingo no posee ningún fundamento bíblico. Las referencias bíblicas al «primer día de la semana» (Mat. 28: 1; Mar. 16: 2, 9; Luc. 24: 1; Juan 20: 1, 19; Hech. 20: 7; 1 Cor. 16: 2) no sugieren ni prescriben la observancia del domingo como día de reposo. La idea de que el domingo debe ocupar el lugar del sábado no tiene nada que ver con la Palabra de Dios, sino que se introdujo en el cristianismo después de la muerte de todos los apóstoles.

Las primeras citas respecto a este cambio nos han llegado a través de los escritos de Bernabé y Justino Mártir (135 y 150 d. C.). En aquel tiempo el emperador Adriano (117-138) había prohibido la práctica de la ley judía, especialmente la observancia del sábado como día de reposo. Estas medidas llevaron a los cristianos a no querer «judaizar», como se tildaba al sábado y a la circuncisión, y por esta razón decidieron alejarse del sábado bíblico y adoptar el domingo como día de reposo. Incluso cuando Constantino promulgó la primera ley dominical el 7 de marzo de 321, su justificación fue: «¿Cómo podemos nosotros, que somos cristianos, guardar el mismo día que esos impíos judíos?». Más tarde el Concilio de Laodicea (343-381) declararía que «los cristianos no […] estarán ociosos en el día sábado, sino que trabajarán en ese día; pero deberán honrar el día del Señor de una manera especial. […] Si se los encuentra judaizando, serán

separados de Cristo». No olvide que para ellos el «día del Señor», no era el sábado sino el domingo.

Jerónimo nos explica el porqué de la elección del domingo: «Si es llamado día del sol por los paganos, con mayor voluntad y reconocimiento nosotros debemos llamarlo igual, pues durante ese día apareció la luz en este mundo y ese día el sol de justicia resucitó». Por tanto, el día del sol fue presentado como un día providencial y como un sustituto válido del día de reposo bíblico, el sábado. Al mismo tiempo, podía ser bien aceptado por los paganos, puesto que era un día con el cual ellos estaban familiarizados.

Como no hay fundamento bíblico para este cambio del sábado por el domingo, Tomás de Aquino tenía toda la razón cuando dijo: «La observancia del día del Señor tomó el lugar de la observancia del sábado no en virtud de un precepto [bíblico] sino que fue instituida por la iglesia».

Durante los acontecimientos finales de la historia de nuestro planeta, los enemigos del pueblo de Dios usarán métodos coercitivos a fin de obligar a todo el mundo a guardar el domingo como día de reposo. Cuando llegue ese momento, el domingo se habrá convertido en la marca de la bestia (Apoc. 13: 14-18) y el sábado será determinante en la última batalla entre el bien y el mal.

En defensa de nuestra fe

¿Guardó Jesús el sábado?

Lucas registra que Jesús inició su ministerio público un sábado, entrando en la sinagoga (Luc. 4: 16-21). También el sábado estuvo presente al final de su ministerio terrenal, pues en su último discurso el Maestro hizo referencia a la permanencia del día de reposo justo antes de su segunda venida (Mat. 24: 20).

En los Evangelios encontramos varios relatos en los que se acusa a Jesús y a sus discípulos de no respetar el cuarto mandamiento de la ley de Dios (Mat. 12: 2; Luc. 6: 6-19; 13: 14, 15; Juan 5: 10-16). «Los judíos perseguían a Jesús e intentaban matarlo» porque realizaba milagros durante las horas sagradas del sábado (Juan 5: 16). Hasta se llegó a decir que Cristo no era un hombre «de Dios, porque no respeta[ba] el sábado» (Juan 9: 16, DHH). Basándose en estos incidentes algunos profesos seguidores de Cristo han querido justificar su negativa a observar el sábado del cuarto mandamiento.

Jesús fue quien creó el sábado en el Edén (Gén. 2: 1-3) y escribió el mandamiento del sábado en las tablas de la ley en el Sinaí (Éxo. 20: 8-11). Por ende, el Señor mismo estaba comprometido con la obediencia a la ley (Isa. 42: 21), incluyendo el cuarto mandamiento. Ahora bien, la Biblia dice que a Jesús «no le quitaban la vista de encima» (Mar. 3: 2, NVI) a fin de hallarlo culpable de violar el sábado. Fíjese en algunas de las acusaciones que se hicieron contra Cristo y sus discípulos sobre la violación del día de reposo: recoger espigas (Mat. 12: 1, 2), sanar a los enfermos (Mat. 12: 10-14), permitir que alguien cargara su camilla después de haber sido sanado (Juan 5: 8-16), hacer lodo para sanar a un ciego (Juan 9: 14-16). No existe un solo texto en las Escrituras que valide dichas acusaciones. En realidad, este tipo de normas forma parte de una serie de tradiciones orales que los judíos habían agregado al mandamiento del sábado. Basta leer el tratado sobre el sábado de la Misná para descubrir la gran cantidad de cosas que según los maestros judíos no podían hacerse durante las horas del sábado. Muchas de las acusaciones que se esgrimieron contra Cristo forman parte de dicho tratado. El problema, pues, es que Jesús rechazó el sábado de la tradición rabínica, el sábado deformado por criterios humanos, pero no transgredió el sábado del cuarto mandamiento, sino el que habían creado los «expertos de la ley» (Luc. 11: 45, NVI).

El propio *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: «El Evangelio relata numerosos incidentes en que Jesús fue acusado de quebrantar la ley del sábado. Pero Jesús nunca falta a la santidad de este día, sino que con autoridad da la interpretación auténtica de esta ley: “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mar. 2: 27). Con compasión, Cristo proclama que “es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla” (Marc. 3: 4). El sábado es el día del Señor de las misericordias y del honor de Dios».

Nuestro Señor respetó el sábado que él mismo había establecido. Él, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (Juan 13: 15; 1 Ped. 2: 21), dedicaba el día de reposo a ir a la sinagoga (Luc. 6: 6), leer las Escrituras (Luc. 4: 16), enseñar (Mar. 1: 21), curar a los enfermos (Luc. 13: 10-17) y hacer obras de bien (Mat. 12: 12). Los judíos querían matarlo simplemente porque hacía «estas cosas en sábado» (Juan 5: 16), porque no comprendieron que, en realidad, Jesús es «quien decide qué puede hacerse y qué no puede hacerse en el día de descanso» (Mar. 2: 28, TLA). Lo que el Salvador hace durante su ministerio es devolver la santidad y la bendición que él mismo le había dado al sábado en la creación (Gén. 2: 3) y de lo que

la seudorreligión de «los maestros de la ley» lo habían despojado.

Según Cristo «el sábado se hizo para bien de los seres humanos» (Mar. 2: 27, TLA) y para que hagamos el bien a nuestro prójimo (Mat. 12: 12). Durante su vida Jesús puso de manifiesto que el sábado era una «delicia», algo «honorable», un día en el cual experimentamos «gozo en el Señor» (Isa. 58: 13, 14, NVI). Su manera de guardar el sábado era una evidencia práctica de cómo la misericordia está por encima de las opiniones religiosas (Mat. 12: 7).

Algunos de los primeros milagros de Jesús se realizaron en sábado. Uno de ellos fue la liberación de un endemoniado (Luc. 4: 31-37), y otro la curación de la suegra de Pedro (Luc. 4: 38, 39) quien, tan pronto como fue curada, se dedicó a servir (Mar. 1: 31). Los resultados de estos milagros hechos en sábado aportaron la nota tónica del ministerio de Cristo y de su ideal para el día reposo: un día de liberación y de servicio.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Hace algunos años el Dr. H. G. Koenig publicó un estudio en *The International Journal of Psychiatry in Medicine*, donde abordó la estrecha relación que existe entre la salud y la adoración. El artículo concluía diciendo que las personas que asisten a los servicios religiosos una vez por semana o más, y que oran y estudian la Biblia de manera regular, tienen un cuarenta por ciento menos de probabilidades de sufrir hipertensión. ¿Sabe por qué? Porque los seres humanos fuimos creados para que cada semana hagamos una pausa renovadora a fin de entrar a la esfera de lo sagrado.

Dios nos ha dado el sábado como una cura para el agobiante estrés al que estamos sometidos durante la semana. El sábado es el antídoto divino contra la ansiedad. Otras investigaciones revelan que una buena experiencia semanal de adoración a Dios reduce la presión arterial, disminuye el dolor de la artritis y aminora el riesgo de una posible enfermedad cardíaca. Grandes son las bendiciones físicas de obedecer el mandato divino. Ya lo había dicho el profeta Isaías: «Dichoso el que respeta el día de descanso» (Isa. 56: 2, TLA).

Dios nos ha proporcionado el sábado para que experimentemos gozo aquí, y dentro de muy poco podamos subir «sobre las cumbres de la tierra» (Isa.

58: 14, NVI) y «gozar de la herencia» que Dios ha preparado para todos los que aman su día santo (Isa. 58: 14, DHH).

Orando a la luz de esta doctrina

Gracias, Señor, porque cada sábado puedo tener el privilegio de recordar que mi salvación es por gracia, que todo lo que soy lo debo a que tú eres mi Creador y Redentor.

ESTO CREEMOS SOBRE

La mayordomía

Somos mayordomos de Dios, a quienes se nos ha confiado tiempo y oportunidades, bienes y talentos, y las bendiciones de la tierra y sus recursos. Y somos responsables ante él por el empleo adecuado de todas esas dádivas. Reconocemos el derecho de propiedad por parte de Dios mediante nuestro servicio fiel a él y a nuestros semejantes, y mediante la devolución de los diezmos y las ofrendas que entregamos para la proclamación de su evangelio y para el sostén y desarrollo de su iglesia. La mayordomía es un privilegio que Dios nos ha concedido para que crezcamos en amor y para que logremos la victoria sobre el egoísmo y la codicia. El mayordomo fiel se regocija por las bendiciones que reciben los demás como fruto de su fidelidad (Gén. 1: 26-28; 2: 15; 1 Crón. 29: 14; Hag. 1: 3-11; Mal. 3: 8-12; 1 Cor. 9: 9-14; Mat. 23: 23; 2 Cor. 8: 1-15; Rom. 15: 26, 27).— *Creencia Fundamental* nº 21

21

¿Alguna vez Satanás ha logrado causar más daño con su mentira «seréis como Dios» (Gén. 3: 4) que en este tiempo que vivimos? Creer en esta mentira ha llevado a muchos al fracaso, no solo en esta vida, sino también en la venidera. ¿Puede el ser humano ser su propio dios? ¿Cómo vive una persona que se cree igual a Dios? ¿Cómo usa su tiempo, su cuerpo, sus recursos? ¿Cómo se relaciona con los demás y, más aun, qué lugar ocupa el verdadero Dios en su vida?

Todas estas interrogantes están directamente relacionadas con la doctrina bíblica de la mayordomía. Por eso esta doctrina resulta fundamental y sumamente importante para entender quién es Dios y en qué forma hemos de relacionarnos con él.

Lo que todo adventista debe saber sobre la mayordomía

Dios es el dueño de todo

Un mayordomo es alguien que recibe el encargo de administrar los bienes de otra persona. Siendo así, para que seamos mayordomos es imprescindible que un «dueño» nos confíe su propiedad. La mayordomía no se origina en nosotros, ni consiste en darle algo a Dios como si a él eso le faltara; más bien somos mayordomos porque Dios, como dueño, nos ha dado un voto de confianza al nombrarnos administradores de sus bienes aquí en la tierra.

La Biblia establece claramente los derechos de propiedad de Dios. El Salmo 24: 1 expresa este hecho y su alcance: «Del Señor es el mundo entero, con todo lo que en él hay, con todo lo que en él vive» (DHH). El propio Dios se declara dueño de todo en el Salmo 50: 10, 11: «Porque mía es toda bestia del bosque y los millares de animales en los collados. Conozco todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los

campos me pertenece». «Mía es la plata y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos» (Hag. 2: 8). También la Biblia aclara que ni siquiera el pecado ha generado cambios en los derechos de propiedad de Dios. En todo caso él reclamó y redimió en la cruz del Calvario (Efe. 1: 7) lo que siempre había sido suyo por creación (Gen. 1: 1).

Entender que Dios es el dueño de todo es indispensable para una correcta comprensión de la mayordomía. Somos definidos como mayordomos porque Dios es dueño, y eso establece nuestros límites y nuestro lugar como administradores de los bienes del Señor. En otras palabras, la doctrina de la mayordomía desmiente la mentira satánica de que podemos ser como Dios, y pone de manifiesto cuál es nuestra realidad y nuestra responsabilidad delante de él, como también el plan que tiene para desarrollar en nosotros un carácter semejante al suyo. Elena G. de White escribió que Dios estableció el sistema de la benevolencia sistemática para que el hombre llegara a ser semejante a su Creador: generoso y desinteresado (*Consejos sobre mayordomía*, cap. 6, p. 36).

Debemos reconocer que Dios es el dueño de todo

Cuando una persona se convence de que todo ha sido creado y redimido por Dios y que, por tanto, el Señor es dueño de todo, jamás se concebirá a sí misma como propietaria, sino como mayordomo de Dios, administrador de los bienes del Señor. La pregunta más importante que se hace el mayordomo en cada aspecto de su vida es: «¿Qué tipo de administrador soy?». La Palabra de Dios indica que el cielo pedirá cuentas a los seres humanos de su mayordomía (Mat. 25: 14-30). El Señor espera fidelidad de aquellos que administran sus bienes (1 Cor. 4: 2). De ahí que la naturaleza de nuestra mayordomía se encuentra vinculada a la manera en que abordamos las interrogantes que presentamos a continuación.

¿Cómo estoy administrando el cuerpo que Dios me ha dado? Según las Sagradas Escrituras, hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios (Gén. 1: 26-27). Así que el cuerpo físico del cual somos mayordomos tiene el valor y la enorme dignidad de reflejar de algún modo la imagen de Dios. Elena G. de White nos dice que «al principio, el hombre fue creado a la semejanza de Dios, no solo en carácter, sino también en lo que se refiere a la forma y la fisonomía» (*El conflicto de los siglos*, cap. 41, p. 627). Según la Palabra de Dios, nuestro cuerpo no nos pertenece porque Dios es su dueño, y espera que lo cuidemos de la mejor manera posible (1 Cor. 6: 19,

20).

¿Cómo estoy administrando el tiempo que Dios me da? Ser buenos mayordomos del tiempo es una de las mayores responsabilidades de la vida. El Señor nos anima en su Palabra a que aprovechemos bien el tiempo, considerando que los días son malos (Efe. 5: 15, 16). Sin ninguna excepción, el uso que hacemos del tiempo tiene un profundo impacto sobre nosotros, de tal forma que incluso puede determinar lo que llegaremos a ser. Por eso a todos nos conviene elevar a Dios la petición de Moisés: «Enséñanos de tal modo a contar nuestros días que traigamos al corazón sabiduría» (Sal. 90: 12). Dios, entre otras cosas, se ha reservado para sí un día de cada semana, el sábado. Los seis días restantes se espera que nos ocupemos en actividades que sean útiles para nosotros y para los que nos rodean, pero el sábado ha de ser completamente dedicado a Dios (Éxo. 20: 8-11).

¿Cómo estoy administrando los dones que Dios me concede? El apóstol Santiago escribió: «Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación» (Sant. 1: 17). Por su parte, Pablo preguntó: «¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado?» (1 Cor. 4: 7, NVI). Esto debiera hacernos pensar en la responsabilidad que tenemos de administrar las capacidades y talentos recibidos para gloria de Dios. Los dones son diversos porque cada persona, según las Escrituras, ha recibido su propio don de Dios (1 Cor. 7: 7), por ende, cada uno de nosotros es responsable delante de Dios de la forma en que lo usa, y es un hecho que Dios nos pedirá cuentas por cada talento (Mat. 25: 14-30). Con razón Pablo animó a Timoteo a no descuidar el don que había recibido (1 Tim. 4: 14), y el apóstol Pedro nos aconseja usarlo de tal forma que otros salgan también beneficiados (1 Ped. 4: 10).

¿Cómo estoy cuidando los recursos naturales que Dios ha puesto bajo mi cuidado? Génesis 1: 28 revela que el ser humano fue declarado administrador de la creación de Dios y que, como mayordomos del planeta, debemos hacer lo posible por preservar la vida, el orden y el equilibrio. Por otro lado en Apocalipsis 11: 18 se nos dice que Dios «va a destruir a los que destruyen la tierra». Esto nos ayuda a entender que somos

responsables delante de Dios, incluso más allá de nuestras posesiones, por el uso que hagamos de los bienes naturales que tanto disfrutamos.

¿Cómo estoy administrando los recursos materiales que Dios me da? Moisés había enseñado a los israelitas que Dios es quien «da el poder para adquirir las riquezas» (Deut. 8: 18). Cuando examinamos el relato de la creación podemos observar que, desde el principio, el Señor delegó en nosotros la administración del planeta y los recursos que hay en él (Gén. 1: 28; Sal. 8: 6). También desde el mismo comienzo el Creador estableció límites al ser humano y le mostró que hay recursos que él se ha reservado, como fue el caso del árbol de la ciencia del bien y del mal (Gén. 2: 17).

Dios también ha establecido un recordativo para que el hombre no olvide su responsabilidad como mayordomo de los recursos financieros que él le ha dado: El diezmo y las ofrendas. «El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al Señor, pues le está consagrado» (Lev. 27: 30, NVI). Por ser algo consagrado al Señor, el lugar donde el diezmo habría de ser depositado era el templo: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa: Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3: 10). El alfolí es la casa de Dios. Tanto los diezmos como las ofrendas debían llevarse al lugar que Dios había escogido; ese lugar era el templo donde Dios habitaba y donde había puesto su nombre (Deut. 12: 5-7). En tiempos de Ezequías, cuando los israelitas trajeron «en abundancia los diezmos de todas las cosas», se prepararon depósitos en la casa de Jehová «y en ellos metieron fielmente las primicias, los diezmos y las cosas consagradas» (2 Crón. 31: 6, 12; *cf.* Neh. 10: 38, 39).

Dios ordenó a los israelitas que los diezmos fueran entregados a los levitas, pues esa tribu no había recibido herencia durante el reparto de la tierra, y debía dedicar todo su tiempo a los deberes del santuario y el ministerio: «Yo he dado a los hijos de Leví todos los diezmos en Israel como heredad por su ministerio, por cuanto ellos sirven en el ministerio del tabernáculo de reunión» (Núm. 18: 21; *cf.* Deut. 14: 29). Mucho antes de que Israel recibiera las regulaciones dadas por Moisés, ya se sabía que Dios había reservado el diezmo para sufragar los gastos de aquellos que estuvieran vinculados a la obra sacerdotal. Un ejemplo de esto es Abraham, que entregó «los diezmos de todo» a Melquisedec, «sacerdote del Dios Altísimo» (Gén. 14: 18, 20; *cf.* Heb. 7: 8-10).

Aporte del don profético

«Me ha sido dado un mensaje claro y bien definido para nuestro pueblo. Se me ha pedido que les comunique que están cometiendo un error al dedicar el diezmo a diferentes propósitos que, aunque son buenos en sí mismos, no son los objetivos para los cuales el Señor ha establecido el diezmo. Los que hacen este uso del diezmo se están apartando de las disposiciones del Señor. Dios los juzgará por esto» (*Consejos sobre mayordomía*, cap. 21, p. 107).

Con la muerte de Cristo y el cese del sacerdocio levítico no perdió su vigencia el principio de la devolución de los diezmos para el sostenimiento del ministerio evangélico establecido por el Señor. Pablo se hace eco de este principio en 1 Corintios 9: 11-14: «¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio». «Los que comen del templo, y los que sirven al altar» es una alusión a los sacerdotes del antiguo Israel (Deut. 18: 1, 2; Lev. 6: 16-18). Pablo está comparando el ministerio de los obreros consagrados a la predicación con la labor desempeñada por los sacerdotes en el templo. El razonamiento de Pablo nos lleva a deducir que, así como los sacerdotes que servían en el templo vivían del diezmo, los predicadores de la Palabra han de vivir del diezmo. Pablo refuerza su declaración con un «así también ordenó el Señor».

Dios también espera que, como parte de nuestra mayordomía de los bienes materiales, traigamos a él ofrendas generosas, sistemáticas, voluntarias y personales (1 Cor. 16: 1, 2). Israel traía estas ofrendas para solventar los gastos de mantenimiento del templo y para compartir con los más pobres (Éxo. 30: 12-16; 2 Rey. 12: 4, 5; Neh. 10: 32, 33). Pablo también motivó a los creyentes a ofrendar con alegría (2 Cor. 9: 6, 7) e indicó que eso promovería un espíritu de igualdad y confraternidad entre los hermanos (2 Cor. 8: 13-15).

Tanto el diezmo como las ofrendas representan la medida mínima de nuestra mayordomía de los recursos financieros. De esta manera el Señor está probando nuestra honestidad y amor por él. La infidelidad en la devolución de los diezmos y la entrega de las ofrendas es considerada por la Palabra de Dios como un robo a nuestro Creador (Mal. 3: 8). Esta condición acarrea ruina material y espiritual sobre la persona y la iglesia (Mal. 3: 9). A quienes necesitamos arreglar nuestras cuentas con Dios, él nos ofrece una oportunidad de reconciliación y nos garantiza que tendremos sus bendiciones en todos los ámbitos de la vida (Mal. 3: 10-12). Finalmente, no hemos de olvidar que nuestra mayordomía de los recursos

materiales no termina al devolver los diezmos y dar las ofrendas, sino que incluye la parte que nos resta, con la cual debemos también glorificar a Dios. Desde la perspectiva de Dios el dinero es útil si lo usamos para satisfacer nuestras necesidades, las de los demás, y las de la obra de Dios.

La mayordomía y el gran conflicto

Desde el Edén, Satanás ha tratado de poner en entredicho el carácter de Dios delante de los seres humanos. Su diálogo con Eva no estuvo centrado en analizar las propiedades nutritivas de una fruta o la hora más conveniente para comerla. El punto clave de la conversación giraba en torno al carácter de Dios. La serpiente trató de convencer a Eva de que si se sometía a la orden divina limitaría su infinito potencial y se convertiría en una esclava de Dios. Satanás argumentó que los humanos no debían verse como una simple imagen del supuesto creador, sino como individuos que podían vivir en independencia e igualdad con su Creador.

La caída de Adán y Eva puso de manifiesto que no eran mayordomos fieles. Ellos conocían la verdad, Dios se la había dado, pero no la administraron bien, fueron infieles a ella. Su desatino los abocó a la más terrible esclavitud, separación de Dios, condenación, dolor, enfermedad y muerte. Todas estas secuelas permanecen hasta hoy. La doctrina de la mayordomía es la respuesta de Dios a las milenarias mentiras de Satanás. Es un rechazo al humanismo sin Dios, que termina en materialismo, secularismo, egoísmo y autodestrucción. La mayordomía desempeña un papel importante en el gran conflicto, dentro del cual cada ser humano está decidiendo si será su propio dios o aceptará su lugar como mayordomo de los bienes de Dios en esta tierra. Si toma el segundo camino, recibirá el premio de administrar por la eternidad los bienes divinos en el mundo celestial (Mat. 25: 14-30; Luc. 16: 11).

En defensa de nuestra fe

¿Dónde debo entregar el diezmo?

Dios ha bendecido grandemente a nuestra iglesia en lo referente al uso que debe ser dado al diezmo. A pesar de esto, no faltan quienes defienden que los diezmos pueden destinarse a cualquier propósito que tenga que ver con la obra de Dios, para ayudar a cualquier persona que nos parezca que

está realizando una labor eclesiástica, o que no debemos entregarlo a la tesorería de la iglesia si suponemos que sus dirigentes no están dando un ejemplo de fidelidad cristiana. Estos argumentos, por muy espirituales que puedan parecer, no tienen ninguna base en la Palabra de Dios, y son artimañas del enemigo para tratar de impedir que la iglesia reciba medios con los cuales pueda cumplir su misión de predicar el evangelio en este mundo.

La Biblia no solo dice que los diezmos pertenecen a Dios, sino que también indica dónde deben ser depositados. Malaquías 3: 10 dice que «todos los diezmos», no una parte de ellos, debían ser llevados al «alfolí» que se encontraba en la casa de Dios. No debemos pasar por alto el hecho de que cuando el Señor acusó al pueblo de Israel de haberle robado en los diezmos y las ofrendas (Mal. 3: 8-10), los sacerdotes no eran ejemplos de virtud y santidad. Lo que Dios dice de ellos es que «se han desviado del camino», que «han arruinado el pacto», que «no han guardado mis caminos» (Mal. 2: 8, 9, NVI). Pero, a pesar de la condición de los sacerdotes, Dios le dijo al pueblo que no tenían excusa para robarle los diezmos y las ofrendas. Elena G. de White dice: «La iglesia está compuesta de hombres y mujeres falibles, imperfectos, que no son sino aprendices en la escuela de Cristo» (*Eventos de los últimos días*, cap. 4, p. 55).

Números 18: 21, 24 indicó que Dios, el dueño de los diezmos, los apartó para sostener a los levitas que estaban encargados de ministrar la vida espiritual del pueblo y servir en el santuario. Según el apóstol Pablo, tal uso de los diezmos no ha sido invalidado por el Señor y, por lo tanto, aún hoy deben tratarse como fondos sagrados destinados al sostén del ministerio evangélico en la iglesia (1 Cor. 9: 11-14). Esta evidencia bíblica elimina la posibilidad de que los diezmos puedan usarse para atender necesidades personales o ajenas, o para mantener algún tipo de ministerio de nuestra preferencia. Los diezmos son fondos que pertenecen a Dios, y él ha pedido que se devuelvan en su iglesia para sostener la obra de la predicación.

La bendición de esta doctrina para nosotros

La práctica de la mayordomía cristiana desarrolla nuestros caracteres, nos ayuda a erradicar de nuestras vidas tanto el egoísmo como la codicia, y a

desarrollar hábitos de economía, generosidad y fidelidad. También nos permite ser una bendición para otros al poner en práctica la regla de oro establecida por el Señor, que nos manda tratar a nuestros semejantes como deseamos ser tratados por ellos (Mat. 7: 12). De esta manera, nuestras relaciones con los demás estarán dominadas por el deseo de glorificar a Dios y hacerles bien.

La mayordomía también nos hace útiles para el avance de la iglesia de Dios en esta tierra, al enseñarnos a colaborar activamente con su ministerio de amor a través de nuestros talentos, nuestro tiempo y nuestros recursos financieros. Así, mientras mostramos nuestro amor y gratitud a Dios, ayudamos a la iglesia a mostrar al mundo sus misericordias y bendiciones.

La mayor bendición que recibimos de ser mayordomos fieles es que demostramos nuestra genuina conversión y nuestro amor a Cristo el Salvador. Decía Lutero que convertir la mente es bastante fácil, convertir el corazón ya resulta más difícil, pero lo que demuestra la genuina entrega a Dios es «la conversión de la bolsa». Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14: 15). El verdadero amor a Dios se demuestra entregándole lo mejor de nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestros tesoros. Porque si robar a un semejante está claramente condenado en el Decálogo y en toda la Escritura, pues es un acto de desamor y de falta de respeto al prójimo, además de un daño material y moral, ¿qué no será robarle a Dios? Por el contrario, dar a cada uno lo suyo es la mejor demostración de amor. Y a Dios no le podemos dar nada, porque todo, incluida nuestra propia persona, es suyo por derecho de creación y de redención (Sal. 50: 12, 13; Isa. 41: 8; 43: 1; 44: 21, 22). Nosotros, lo único que podemos hacer es gozar de la bendición de devolverle una pequeñísima parte de lo que él nos ha encomendado como administradores. Porque, ¿puede haber mayor bendición que compartir con la Deidad lo que ella nos ha entregado en usufructo?

La verdadera prosperidad es una de las bendiciones que recibiremos por ser fieles mayordomos de Dios. Esta prosperidad no se limita a los bienes terrenales, sino que sus alcances repercutirán más allá de lo que Dios pueda darnos en este mundo (Mat. 19: 29, 30). Muchos creen que las bendiciones de Dios se miden en función de la cantidad de dinero que tengamos en nuestras cuentas de ahorros, pero hay incontables bendiciones que recibimos diariamente sin tan siquiera darnos cuenta. Si hacemos una lista de todo lo que recibimos cada día como resultado directo de las bendiciones que nuestro Dios nos ha prodigado, seguro que será amplia y

larga. Por supuesto que no hemos de suponer que estas bendiciones son el pago que merecemos por nuestra fidelidad. Dios no da pagos, sino que estas bendiciones son dones que nos entrega por su gracia.

Probemos a Dios y reclamemos esta promesa: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa: Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3: 10).

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, queremos estar a la altura de la gran responsabilidad que nos has dado de administrar el tiempo, los bienes, los talentos y las oportunidades a nosotros confiados. Ayúdanos a ser responsables en nuestra mayordomía personal y también como iglesia. Permite que el uso que hagamos de nuestros recursos sea para el adelanto de tu obra y para el bien de toda la humanidad.

ESTO CREEMOS SOBRE

La conducta cristiana

Somos llamados a ser un pueblo piadoso que piense, sienta y actúe en armonía con los principios del cielo. Para que el Espíritu recree en nosotros el carácter de nuestro Señor, participamos únicamente en lo que produzca en nuestra vida pureza, salud y gozo cristiano. Esto significa que nuestras recreaciones y nuestros entretenimientos estarán en armonía con las más elevadas normas cristianas de gusto y belleza. Si bien aceptamos las diferencias culturales, nuestra vestimenta debe ser sencilla, modesta y de buen gusto, como corresponde a aquellos cuya verdadera belleza no consiste en el adorno exterior, sino en el inmarchitable ornamento de un espíritu apacible y tranquilo. Significa también que, debido a que nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo, debemos cuidarlos inteligentemente. Junto con la práctica adecuada del ejercicio y el descanso, debemos adoptar un régimen alimentario lo más saludable posible, y abstenernos de los alimentos inmundos, identificados como tales en las Escrituras. Considerando que las bebidas alcohólicas, el tabaco y el consumo irresponsable de drogas y narcóticos son dañinos para nuestros cuerpos, debemos también abstenernos de todo ello. En cambio, debemos participar en todo lo que ponga nuestros pensamientos y nuestros cuerpos en armonía con la disciplina de Cristo, quien quiere que gocemos de salud, de alegría y de todo lo bueno (Rom. 12: 1, 2; 1 Juan 2: 6; Efe. 5: 1-21; Fil. 4: 8; 2 Cor. 10: 5; 6: 14-7: 1; 1 Ped. 3: 1-4; 1 Cor. 6: 19, 20; 10: 31; Lev. 11: 1-47; 3 Juan 2).— Creencia Fundamental nº 22

22

En sentido general, al ser humano no le gustan los cambios. Hay personas que muestran simpatía hacia la religión cristiana, pero no deciden unirse a ella porque se ven incapaces de vivir conforme a las normas que rigen al pueblo de Dios; en otras palabras: no quieren cambiar su estilo de vida. Para que este cambio pueda producirse en nosotros hay algunas cosas que debemos hacer.

Lo que todo adventista debe saber sobre la conducta cristiana

Morir para vivir

Lo primero que debe ocurrir es que nuestro «yo» esté dispuesto a crucificar sus propios intereses egoístas. Pablo ilustró esto cuando dijo que es necesario que el «viejo hombre sea crucificado juntamente con» Cristo (Rom. 6: 6). Fue un poco más preciso al decir que «con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál. 2: 20). El «viejo hombre» de Romanos 6: 6 es el «yo» que aparece en Gálatas 2: 20. Cristo había expresado dicha verdad al pronunciar estas palabras: «Si alguno quiere ser discípulo mío, *olvídese de sí mismo*, cargue con su cruz y sígame» (Mat. 16: 24, DHH).

Ser cristiano conlleva que mis gustos y placeres sean sacrificados (Rom. 12: 1). De esa manera se cumple lo dicho por Pablo: «Si Cristo está en ustedes, *el cuerpo está muerto* a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida» (Rom. 8: 10, NVI). Evidentemente esta muerte al pecado no ocurre una vez y para siempre, sino que ha de repetirse día tras día: «Cada día muero» (1 Cor. 15: 31). Este proceso de dar muerte al yo genera cambios externos en nuestra conducta y apariencia.

Morir al yo conlleva cambios en la vestimenta

Dios ha mostrado su preocupación por nuestra vestimenta desde el mismo principio. Cuando Adán y Eva eligieron vestir su desnudez con hojas de higuera, Dios acudió en su ayuda y personalmente los vistió (Gén. 3: 7, 21). Durante el peregrinaje del pueblo de Dios por el desierto, el Señor obró milagros en la ropa del pueblo al impedir que envejeciera (Neh. 9: 21). Incluso prohibió que la mujer se vistiera con ropa de hombre, y el hombre con ropa de mujer (Deut. 22: 5). Algunos han tratado de hacer de este texto bíblico todo un sistema teológico mediante el cual deciden qué se puede o no se puede usar como vestimenta, pero la intención del pasaje tiene poco que ver con el estilo de la ropa, sino con mantener la identidad sexual del ser humano.

Aporte del don profético

«No debiéramos preguntar, ¿cuál es la práctica de los hombres?, ni ¿cuál es la costumbre del mundo? No debemos preguntar, ¿cómo procederé para tener la aprobación de los hombres?, ni ¿qué tolerará el mundo? La pregunta de intenso interés para cada alma es: ¿qué ha dicho Dios? Debiéramos leer su Palabra y obedecerla, sin distorsionar una jota ni una tilde de sus requerimientos, sino actuar sin tener en cuenta las tradiciones humanas y su autoridad» («Comentarios de Elena G. de White», Comentario bíblico adventista, t. 7A, p. 278).

El hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios (Gén. 1: 26; 9: 6). De alguna forma la imagen de Dios está asociada con el hecho de que Dios creó al ser humano «varón» y «hembra» (Gén. 1: 27). Cuando nuestra vestimenta pone en duda nuestra masculinidad o femineidad, entonces no agrada a Dios y, por tanto, no ha de ser usada. Por ello, mientras en los tiempos de Pablo era costumbre que la mujer se cubriera la cabeza para orar (1 Cor. 11: 5), el hombre no debía «cubrirse, pues él es imagen y gloria de Dios» (1 Cor. 11: 7). Al cubrirse la cabeza, el hombre ponía en entredicho la imagen de Dios en él, pues estaba usando una prenda femenina. Al elegir nuestra vestimenta hemos de tener en cuenta que no debe poner en duda la imagen de Dios en nosotros.

Aunque la Biblia no se detiene a hablar de formas ni de estilo de ropa, basados en 1 Timoteo 2: 9, 10 encontramos que hay tres palabras que definen la vestimenta de un hijo de Dios: *decoro, pudor y modestia*. El término «modestia» tiene su origen en el verbo griego *sofrosune*, que principalmente hace referencia a «tener una mente sana». En el Nuevo

Testamento *sofrosune* también ha sido traducido como «sobrio» (1 Tim. 3: 2), «de buen juicio» (Tito 1: 8, DHH), «prudente» (Tito 2: 5). En 2 Timoteo 1: 7 Pablo dice que «no nos ha dado Dios espíritu de cobardía sino de […] dominio propio [sophrosune]». Dios es quien pone en nosotros el deseo de ser modestos, prudentes y sobrios en nuestra manera de vestir y, por supuesto, de vivir. Si él no lo hace, nadie lo hará. Hemos de pedirle que su gracia opere en nosotros «el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil. 2: 13).

Ir en contra de estos principios es simplemente la manifestación externa de un problema que se origina en nuestro interior. Vestir con decoro, pudor y modestia no significa que seamos anticuados y parezcamos estrafalarios, o que andemos desaliñadamente, sino ataviarnos sin excesos y con respeto por nosotros y por Dios, «no con peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos» (1 Tim. 2: 9). Aquí caben bien las palabras de Jesús: «La vida es más que la comida, y el cuerpo más que el vestido» (Luc. 12: 23).

Nuestra forma de vestir ha de reflejar nuestro compromiso con los principios bíblicos. Al antiguo Israel el Señor le solicitó que llevaran «unos flecos en los bordes de sus vestidos» a fin de que se acordaran de los «mandamientos de Jehová» (Núm. 15: 38-39). Por supuesto, ahora no hemos de andar, como los fariseos, con filacterias encima (Mat. 23: 5), pero el principio es que si nuestra vestimenta atenta contra alguno de los mandamientos de Dios, entonces no es apta para ser usada por nosotros. El profeta Ezequiel hace referencia a «la santidad de la ropa» (Eze. 44: 19, DHH). No es coincidencia que la Biblia vincule la vida espiritual de una persona con su vestimenta. Dios nos viste con «vestiduras de salvación» (Isa. 61: 10). Cuando el sumo sacerdote Josué recibió la remisión de sus pecados, evidenció un cambio en su vestimenta (Zac. 3: 5, 6). La aceptación del hijo pródigo en la casa del padre fue confirmada con la orden: «Sacad el mejor vestido y vestidlo» (Luc. 15: 22). En el libro de Apocalipsis leemos que «el vencedor será vestido de vestiduras blancas» (Apoc. 3: 5 *cf.* 3: 17, 18).

Morir al yo conlleva un cambio en mis diversiones

La lectura y otros medios de entretenimiento como la televisión, el cine, los juegos electrónicos e Internet, constituyen medios de alimentación para nuestra mente. Lo que vemos, oímos y leemos influye en lo que somos. De igual modo, los programas de televisión y películas son cada vez más

osados y a menudo caen en una vulgaridad ofensiva. Muchas producciones cinematográficas y contenidos de libros y revistas populares se basan en ideas contrarias a los principios bíblicos que fomentan la destrucción de la familia, la violencia y la comunicación con los muertos.

La persona que se enfoca «en las cosas del Espíritu» (Rom. 8: 5) tratará de que sus actividades recreativas estén en armonía con la Palabra de Dios y la ayuden a crecer en su vida espiritual. Para esto no hay nada mejor que dedicar tiempo diario a leer la Biblia, a meditar en sus enseñanzas y a compartir lo aprendido con nuestros seres queridos. «Lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera a mi camino» (Sal. 119: 105), dijo David. Pablo nos aconseja llevar «cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo» (2 Cor. 10: 5) y ofrecerle a Dios un «culto racional» (Rom. 12: 1, NBLH).

El gran principio que hará que nuestra vida sea diferente es este: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad» (Fil. 4: 8). Si nuestra manera de vestir y el empleo que hacemos de nuestro tiempo libre cumplen con estos requisitos, eso indica que Cristo ya nos ha hecho diferentes, y que nuestro yo está muriendo cada día.

Morir al yo conlleva un cambio en nuestra alimentación

De acuerdo con la Biblia, la alimentación va más allá de ser un simple medio a través del cual se satisface una necesidad natural de nuestro organismo. Para los escritores bíblicos «comer» implica el establecimiento de una relación y no simplemente satisfacer el apetito. Mi alimentación pone de manifiesto con quién estoy relacionado. La entrada del pecado en el mundo tuvo que ver con la comida. Adán y Eva demostraron que su relación con Dios se había roto cuando comieron del fruto del cual Dios les había dicho que no comieran (Gén. 2: 17; 3: 6). Al elegir comer del fruto prohibido tomaron la decisión de separarse completamente de Dios. De igual manera el primer conflicto entre Cristo y Satanás en la tierra estuvo relacionado con la comida (Mat. 4: 2-4). La comida tuvo que ver tanto con la caída como con la restauración de la humanidad.

Como Dios es nuestro Creador, conoce mejor que nadie qué debemos comer. De hecho, decir qué alimentos puede ingerir el ser humano es una prerrogativa divina (Gén. 1: 29). Cuando Nabucodonosor quiso establecer un régimen alimentario para Daniel y sus amigos, ellos se negaron a ingerir las viandas del rey, no solo por una cuestión de salud, sino para «no

contaminarse con la porción de la comida del rey» (Dan. 1: 8). Si Daniel y sus tres compañeros hubieran decidido comer la comida del rey, hubieran dado a Nabucodonosor una prerrogativa divina, pero al decidir usar el menú establecido por Dios en Génesis 1: 29, dejaron claro que solo obedecerían lo que su Creador había establecido (Dan. 1: 12).

El libro de Deuteronomio registra que el largo caminar del pueblo de Israel hacia Canaán apuntaba hacia una meta: «Comer y regocijarse» (Deut. 27: 7, NVI). De la misma manera la entrada triunfal a la Canaán celestial es motivada por nuestro deseo de participar en «la cena de las bodas del Cordero» (Apoc. 19: 9). Jesús mostraba su interés por los pecadores participando con ellos en las comidas; pero lo hacía para manifestar su deseo de compartir y relacionarse con ellos (Luc. 15: 1, 2). Todo esto revela la importancia espiritual que en la Biblia se concede a la comida.

Si lo que comemos resulta determinante en nuestra relación con Dios, es conveniente que sepamos cuál es el régimen alimentario aprobado por la Biblia.

El plan original. A fin de mantener en óptimas condiciones la salud del ser humano, Dios le asignó una alimentación estrictamente vegetariana: «Yo les doy de la tierra todas las plantas que producen semilla y todos los árboles que dan fruto con semilla; todo esto les servirá de alimento» (Gén. 1: 29, NVI). Ese fue el plan original de Dios. Con la entrada del pecado al mundo hubo un ligero cambio, pues se le permitió al ser humano comer «plantas del campo» (Gén. 3: 18).

El plan alternativo. Con el paso del tiempo, los seres humanos comenzaron a ingerir carne como alimento (*Consejos sobre alimentación*, cap. 23, p. 315). Este nuevo problema planteó la necesidad de que Dios estableciera una división entre los animales: «El Señor le dijo a Noé: "[…] De todos los animales *puros*, lleva siete machos y siete hembras; pero de los impuros, solo un macho y una hembra"» (Gén. 7: 1, 2, NVI). Se dio una instrucción similar con respecto a las aves (Gén. 7: 3). Como en los tiempos de Noé no había ningún judío, pues ni siquiera existían otras naciones (Gén. 10 y 11) resulta bastante claro que esta regulación no estuvo limitada al inexistente pueblo de Israel, sino que era un principio que abarcaba a toda la humanidad.

Cientos de años más tarde, el Señor una vez más abordó el tema de los animales limpios e inmundos en Levítico 11 y Deuteronomio 14. En esos

capítulos se presentan las características que identifican a los animales que pueden ser usados como alimento, y a aquellos que no. De la carne de animales terrestres se puede consumir la del que tiene «pezuña hendida y que rumia» (Lev. 11: 5); sin embargo, quedan proscritos aquellos que rumian pero no tienen pezuña hendida y los que tienen pezuña hendida pero no rumian (vers. 3, 4). Levítico 11 también prescribió que los seres acuáticos que no tengan escamas ni aletas y las aves mencionadas por nombre, las de rapiña en especial, no deben formar parte de nuestra alimentación (vers. 9-14).

Pero, ¿qué valor tenían estas leyes? La Palabra de Dios relaciona estas leyes con la santidad: «Yo soy el Señor su Dios. Por lo tanto, ustedes se santificarán, y serán santos, porque yo soy santo. Así que no se contaminen con ninguno de los animales que se arrastran por la tierra» (Lev. 11: 44, RVC). Esta declaración hace evidente el contraste entre lo impuro y lo santo. La misma verdad es presentada en Deuteronomio 14; justo antes de impartir las leyes alimentarias, el Señor le dijo al pueblo: «Porque eres un pueblo santo a Jehová, tu Dios, y Jehová te ha escogido para que seas un pueblo único entre todos los pueblos que están sobre la tierra» (Deut. 14: 2). Lo santo es aquello que pertenece a Dios y, por lo tanto, constituye un símbolo de la vida. Las leyes alimentarias procuraban preservar la vida de la gente, y de esta manera alejarlas del ámbito de la enfermedad y del sufrimiento.

Algunos han sugerido la transitoriedad de estas regulaciones al decir que la impureza de estos animales quedó eliminada con la muerte de Cristo. El problema con este concepto es que atribuye a la inmundicia de los animales una naturaleza temporal y limitada. Por ejemplo, la persona que tocara el cadáver de un animal, quedaba inmunda hasta la noche (Lev. 11: 25), las mujeres al dar a luz también participaban de cierto tipo de impureza temporal (Lev. 12: 1-5). Pero la inmundicia de los animales no era temporal sino permanente, pues formaba parte de la naturaleza del animal. De hecho, eran impuros mucho antes de que se establecieran las regulaciones levíticas (Gén. 7: 1, 2). En el antiguo ritual no existía ninguna ceremonia que erradicara la impureza de estos animales. Por esta razón, el apóstol Pedro, después de la muerte de Cristo, seguía afirmando la validez de la división entre lo limpio y lo impuro (Hech. 10: 14; 11: 8).

La conducta cristiana y el gran conflicto

Dios siempre ha requerido que sus hijos sean santos (Éxo. 22: 31; Lev. 20: 7; 1 Cor. 1: 2). Nos ha llamado la «luz del mundo» (Mat. 5: 14). Satanás persistentemente ha tratado de que el pueblo de Dios no alcanzara este ideal divino. Como la Palabra de Dios es el instrumento santificador por excelencia, una de las estrategias más eficaces que pone en práctica el gran engañador es quitarle al pueblo de Dios «la palabra que se sembró en sus corazones» (Mar. 4: 15). Una vez ha logrado esto, el diablo toma ventaja (2 Cor. 2: 11) y algunos terminan descarriándose «para seguir a Satanás» (1 Tim. 5: 15, NVI) y quedan sumergidos en «los profundos secretos de Satanás» (Apoc. 2: 24, DHH).

Pablo acusó al pueblo de Israel de haber practicado la idolatría cuando se «sentó a comer y a beber, y luego se levantó a divertirse» (1 Cor. 10: 7, RVC). De esa forma la comida, la bebida y la sana recreación fueron distorsionadas por el enemigo. Lo mismo ha hecho en este tiempo, hasta el punto de que estas cosas se han convertido en objetos de idolatría para mucha gente que ha hecho de la comida, la bebida y la diversión el centro de su existencia. Por ello el mismo Pablo nos aconseja: «Entonces, ya sea que coman, que beban, o que hagan cualquier otra cosa, háganlo todo para la gloria de Dios» (1 Cor. 10: 31, NBLH).

Nuestro cuerpo es «templo del Espíritu Santo» (1 Cor. 6: 19), y es nuestro deber evitar que la morada divina quede contaminada por lo que hacemos, comemos o bebemos. Cada uno de nosotros debe proponerse que el «tiempo que le queda de vida en este mundo lo viva conforme a la voluntad de Dios y no conforme a los deseos humanos» (1 Ped. 4: 2, RVC). Así, por medio de lo que comemos, bebemos o vestimos, en fin, de todo cuanto hagamos, hemos de revelar el amor de Dios al mundo.

En defensa de nuestra fe

La ingestión de bebidas alcohólicas

Es cierto que en algunos pasajes se puede entender que, aunque la Escritura en todo caso rechaza la ebriedad (1 Cor. 6: 10), no proscribe el consumo moderado de bebidas alcohólicas (*cf.* Prov. 31: 6, 7). Que el Señor haya podido tolerar ciertas costumbres alejadas del ideal, aunque con limitaciones, está claro que no significa que nosotros hayamos de seguir

con unas prácticas ajenas al propósito original que Dios desea para sus hijos (Mat. 19: 8; Mar. 10: 5).

En la Biblia se nos previene clara y explícitamente contra los peligros del alcohol y el Espíritu nos insta a que los evitemos (Prov. 20: 1; 21; 17; 23: 30-32; Isa. 5: 10-12, 21-23). Decir que Pablo le aconsejó a Timoteo que no fuera abstemio es en realidad una distorsión de su consejo. Más bien lo que se deduce de 1 Timoteo 5: 23 es que el joven discípulo de Pablo tomaba únicamente agua, y que un dedo —o algo así— de vino diluido en agua favorecería el mejoramiento de sus funciones digestivas.

No hemos de olvidar que los cristianos somos súbditos de «un reino de sacerdotes y gente santa» (Éxo. 19: 6; *cf.* 1 Ped. 2: 9). Por eso creemos cabalmente en el sacerdocio universal de los fieles, con todos los privilegios y los deberes que corresponden a tan alto y noble oficio. Además sabemos que nuestro cuerpo es «santuario del Espíritu Santo» (1 Cor. 6: 19, RV77), lo cual significa que las veinticuatro horas de todos y cada uno de nuestros días estamos oficiando como subalternos de nuestro Sumo Sacerdote celestial, Cristo, y hemos de tener la mente clara para discernir lo santo de lo profano (Lev. 10: 8-10; Isa. 29: 8-10).

La consecuencia razonable de esto que decimos, y conociendo los graves daños físicos, morales y sociales que provocan todas las drogas intoxicantes y especialmente el alcohol, los cristianos apegados a los principios básicos de la temperancia nos abstenemos por completo de ellas. No hemos de dejarnos engañar por quienes han creado alrededor de algunas drogas, sobre todo del vino, una aureola de *glamour* e incluso de supuestas bondades medicinales. Por todo ello en nuestra iglesia, respaldados por la orientación profética y para una cabal protección del individuo, la familia y la sociedad, se prescribe la abstinencia total como norma de discipulado (ver *La temperancia*, pp. 144-150).

«Esto decía declarando limpios todos los alimentos» (Mar. 7: 19)

Algunos cristianos creen haber descubierto en Marcos 7: 19, Romanos 14: 2-3 y 1 Corintios 10: 25 un argumento para considerar obsoletos los preceptos alimentarios de la ley de Dios. El Señor dejó bien claro que ni aun los mandamientos que pudieran ser considerados menores o secundarios de la ley y los profetas pueden ser descuidados (Mat. 5. 17-20), y no cabe duda de que, tanto para Jesús como para quienes lo seguían, todo el Antiguo Testamento tenía valor de «ley» en el sentido bíblico de

esta palabra (Neh. 8: 1-3, 8, 14, 18; 10: 29; Luc. 2: 22-24; Juan 7: 19; 10: 33-34; 12: 34).

Si tenemos en cuenta el contexto literario y sociocultural en que se hicieron esas afirmaciones que, sacadas de contexto algunos aplican a las carnes inmundas, veremos que nadie puede decir que Jesús o el apóstol Pablo estuvieran hablando de que las prescripciones alimentarias establecidas por el Creador desde el principio (Gén. 1: 29; 3: 18; 7: 2, 8; 8: 20; 9: 4; Lev. 3: 17; 7: 26; 11; 17: 12-14; Deut. 12: 16, 23; 14, etc.) hayan podido perder valor o vigencia.

Si leemos en su contexto la declaración de Marcos 7: 19 veremos, si recurrimos al pasaje paralelo, que para los escribas y fariseos lo que hacía impuros los alimentos era haberse lavado ritualmente —no higiénicamente, que es otra cosa— las manos (Mat. 15: 1-3, 20). Los alimentos se contaminaban por el contacto con las manos sin lavar, puesto que los animales impuros nunca podían ser un alimento, pues su impureza era consustancial a la naturaleza de todos ellos. No se nos puede olvidar que para Jesús y sus oyentes ninguna de las carnes proscritas en Levítico 11 eran un «alimento», al igual que entre nosotros cuando hablamos de «alimentos» nadie va a pensar que nos pudiéramos estar refiriendo a las hormigas, a los perros, o a los gatos, por mencionar animales de los más comunes.

En cuanto a lo dicho por Pablo, hay que situar sus palabras en el contexto que les corresponde, es decir, el de la polémica suscitada por las carnes que se habían sacrificado a los ídolos (1 Cor. 8: 4-10, 10: 28). Así veremos que la cuestión que él quiere dilucidar no es qué tipos de carne tolera Dios, como mal menor, que consumamos; sino de si se podía o no ingerir carnes que habían sido ofrecidas a los dioses paganos en sus templos, que luego eran vendidas en el mercado.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Somos llamados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo (Mat. 5: 13-16). Siendo así, cabría preguntarse: ¿Qué valor tendría la sal si no tuviera gusto, o la luz si no se distinguiera de la oscuridad?

No podemos vivir de cualquier manera ni aceptando como buena y válida cualquier cosa que no pueda sostenerse ante los principios de la Palabra de

Dios. Esta es la realidad que nos impone la obligación de tener normas y principios que nos permitan mostrar una conducta cristiana. Y, viéndolo así, resulta evidente que estas normas cristianas traen a nuestra vida grandes beneficios:

- Nos hacen más eficientes cuando servimos al Señor y nos ayudan a obtener mejores resultados cuando se trata de dar un testimonio a los no creyentes. Esto se nos haría muy cuesta arriba si nuestra conducta no mostrara que somos diferentes por causa de nuestra relación con Cristo.
- Seguir un estilo de vida saludable nos ayuda a añadir años a la vida y vida a los años.
- La práctica de una conducta cristiana, basada en los sólidos principios de la Palabra de Dios, promueve la unidad dentro de la iglesia, un sano gozo y un mejor entendimiento entre los creyentes.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, ayúdame a pensar, sentir y actuar de acuerdo con los principios del cielo. Permite que cada día pueda parecerme más a Jesús y llevar un estilo de vida puro y saludable. Gracias por la sabiduría que encuentro en las Escrituras para vivir una vida de acuerdo con tu voluntad.

ESTO CREEMOS SOBRE

El matrimonio y la familia

El matrimonio fue establecido por Dios en el Edén y confirmado por Jesús para que fuera una unión para toda la vida entre un hombre y una mujer, en amante compañerismo. Para el cristiano, el matrimonio es un compromiso con Dios y con el cónyuge, y debiera celebrarse únicamente entre personas que comparten la misma fe. El amor mutuo, el honor, el respeto y la responsabilidad constituyen la estructura de esa relación, que debe reflejar el amor, la santidad, la intimidad y la perdurabilidad de la relación que existe entre Cristo y su iglesia. Con respecto al divorcio, Jesús enseñó que la persona que se divorcia, a menos que sea por causa de fornicación, y se casa con otra persona, comete adulterio. Aunque algunas relaciones familiares estén lejos de ser ideales, los cónyuges que se dedican plenamente el uno al otro pueden, en Cristo, lograr una amorosa unidad gracias a la dirección del Espíritu y a la instrucción de la iglesia. Dios bendice a la familia y quiere que sus miembros se ayuden mutuamente hasta alcanzar la plena madurez. Los padres deben criar a sus hijos para que amen y obedezcan al Señor. Tienen que enseñarles, mediante el precepto y el ejemplo, que Cristo disciplina amorosamente, que siempre es tierno, que se preocupa por sus criaturas, y que quiere que lleguen a ser miembros de su cuerpo, la familia de Dios. Una creciente intimidad familiar es uno de los rasgos característicos del último mensaje evangélico (Gén. 2: 18-25; Mat. 19: 3-9; Juan 2: 1-11; 2 Cor. 6: 14; Efe. 5: 21-33; Mat. 5: 31, 32; Mar. 10: 11, 12; Luc. 16: 18; 1 Cor. 7: 10, 11; Éxo. 20: 12; Efe. 6: 1-4; Deut. 6: 5-9; Prov. 22: 6; Mal. 4: 5, 6).— Creencia Fundamental nº 23

23

Cuando Dios llegó al clímax de su obra creadora consideró que todo era bueno excepto una cosa: «No es bueno que el hombre esté solo: le haré ayuda idónea para él» (Gén. 2: 18). Más adelante, el texto bíblico registra la manera en que Dios corrigió lo único que no era bueno:

> «Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras este dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar. De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: "¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Será llamada 'Mujer', porque del hombre fue tomada". Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne» (Gén. 2: 21-24).

El matrimonio fue el medio que Dios utilizó para corregir lo único que no era bueno al «principio»: la soledad del hombre. Este acto Jesús lo consideró una obra divina al referirse a él como «lo que Dios juntó» (Mat. 19: 6). De igual manera que sucedió cuando Dios dijo y fue hecho, también cuando «juntó» al hombre con la mujer estaba llevando a cabo una parte de su obra creadora. Por ello el matrimonio es una institución que forma parte de lo que Dios creó en el «principio».

Lo que todo adventista debe saber sobre el matrimonio y la familia

En el principio era la familia

Como la creación del matrimonio es anterior a la entrada del pecado, el ideal divino es que en lugar de conformarse a los criterios que imperan en nuestra sociedad, el matrimonio se rija por lo que era en el «principio» (ver

Mat. 19: 8). Así que repasemos algunos de los componentes de la institución matrimonial que Dios estableció en el Edén.

«En el principio» Dios creó al ser humano con una identidad sexual bien definida: varón y hembra (Gén. 1: 27). El matrimonio honroso ante Dios no puede obviar este hecho. Pretender que Dios apoya la unión entre personas del mismo sexo sería contradecir lo que él instituyó en el «principio». De hecho, la relaciones sexuales entre personas del mismo sexo están prohibidas por la Palabra de Dios: «No te acuestes con un hombre como si te acostaras con una mujer. Ese es un acto infame» (Lev. 18: 22, DHH; *cf.* Lev. 20: 13; Rom. 1: 27).

«En el principio» Dios creó a la pareja en igualdad de condiciones: no había uno superior al otro. Algunos han pretendido establecer la superioridad del hombre sobre la mujer basados en argumentos como que el hombre fue creado primero, que la mujer fue concebida como una ayuda, que ella procede del varón, etcétera. Sin embargo, el relato de Génesis no se desarrolla de lo superior a lo inferior, sino de lo incompleto a lo completo. La mujer fue creada al final porque es quien completa al hombre. A veces se cree que la frase «ayuda idónea» es sinónimo de «ayudante», pero no es así. En Deuteronomio 33: 7 se usa la misma palabra hebrea, ezer, para decir que Dios ayuda a Israel, ¿significa eso que Dios está por debajo de su pueblo? Así como la mujer provino de Adán, este provino de la tierra, ¿posee la tierra mayor valor que Adán? Por supuesto que no. Como iguales en la unidad matrimonial el hombre y la mujer se pertenecen mutuamente. El uno es dueño del otro y viceversa: «¡Mi amado es mío y yo soy suya!» (Cant. 2: 16). «En el Señor, ni el varón es sin la mujer ni la mujer sin el varón» (1 Cor. 11: 11). Dios creó primero al hombre y de él surgió la primera mujer. Luego, sin embargo, todos los varones han tenido que nacer de una mujer. Esto es así como demostración palpable de que el Creador estableció una completa igualdad entre los dos sexos.

Elena G. de White describe la igualdad que existía en el «principio» entre el hombre y la mujer con estas palabras:

> «Dios mismo dio a Adán una compañera. Le proveyó de una ayuda idónea para él, alguien que realmente le correspondía, una persona digna y apropiada para ser su compañera y que podría ser una sola cosa con él en amor y bondad. Eva fue creada de una costilla tomada del costado de Adán, este hecho significa que ella no debía dominarle como cabeza ni tampoco debía ser humillada y hollada bajo sus

> plantas como un ser inferior, sino que más bien debía estar a su lado como su igual para ser amada y protegida por él. Siendo parte del hombre, hueso de sus huesos y carne de su carne, era ella su segundo yo; y quedaba en evidencia la unión íntima y afectuosa que debía existir en esta relación» (El hogar cristiano, cap. 3, pp. 25, 26).

Usted se preguntará: ¿No implica que el hombre es superior el hecho de que Pablo lo describa como «cabeza»? Veamos lo que dijo el apóstol respecto a este asunto en Efesios 5: 22-33:

> «*Las casadas estén sujetas* a sus propios maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también *las casadas lo estén a sus maridos* en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella […]. Así también los *maridos deben* amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia. […] Por lo demás, cada uno de vosotros *ame también a su mujer* como a sí mismo; y *la mujer respete a su marido*».

Si bien es cierto que el marido es «la cabeza», resulta muy significativo que tres veces se le pide al marido que «ame a su mujer»; y tres veces se le pide a la mujer que se sujete/respete a su marido. Parece que el problema de la sumisión va más allá de quién cumplirá las órdenes. Aquí Pablo está abordando dos problemas que podrían hacer de cualquier matrimonio un verdadero tormento. Como el hombre en general es poco expresivo, y la mujer más locuaz e independiente, ¿será que esto fue lo que provocó la ruina de la pareja en el mismo Edén? ¿Por qué Adán se descuidó y dejó sola a la mujer? ¿Por qué la mujer se separó de su marido y entabló la infernal conversación con la serpiente?

Volviendo a la declaración de Pablo, resulta evidente que lo que hace que el hombre sea la cabeza no es su capacidad de mandar, sino de amar. Cristo es cabeza de la iglesia porque la «amó y se entregó» por ella, no porque la pisoteó y le dio órdenes. La mujer debe superar ese sentido de independencia que viene arrastrando desde aquella conversación con la serpiente. El hogar es el espacio donde se restaura el Edén perdido y la

pareja se compromete a respetarse y sujetarse mutuamente bajo el vínculo del amor. El apóstol Pedro expresó una opinión similar a la de Pablo cuando dijo que las mujeres deben estar sujetas a sus maridos, pero que los maridos deben dar «honor a la mujer como a vaso más frágil» (1 Ped. 3: 7). Faltar a este espíritu de amor y sujeción podría incluso provocar que nuestras oraciones no se eleven más allá del techo de nuestras casas.

En resumen: En el «principio» el Señor creó el matrimonio entre un hombre y una mujer. El matrimonio debe regirse por lo que Dios estableció en el «principio». Desde el «principio» el ideal divino fue que ningún sexo ejerciera la supremacía sobre el otro, sino que cada uno se considerara como un ser especial, sin rebajar ni maltratar a su pareja. Si hacemos esto, nuestras oraciones ascenderán al cielo como un agradable incienso ante la presencia del Señor.

El matrimonio es un pacto

El vocablo hebreo berith, que se traduce como «pacto», aparece casi trescientas veces en el Antiguo Testamento. Usualmente designa convenios, vínculos o alianzas entre personas. También se usa para describir el pacto de Dios con los seres humanos. En el caso de un pacto entre personas, se trataba de un tipo de acuerdo que establecía beneficios y responsabilidades para ambas partes. El elemento principal en aquellos pactos, por extraño que nos pueda parecer, no eran los detalles del pacto, sino la relación que debía existir entre las partes, puesto que se esperaba de cada una fidelidad al compromiso. De este modo, la palabra clave en el pacto era: *fidelidad.*

Será provechoso que repasemos brevemente algunos de los pasajes bíblicos que describen el matrimonio como un pacto. Hemos de precisar aquí que la Biblia no se detiene a explicar ni a dar detalles de una ceremonia matrimonial. Ese momento especial es descrito de manera muy escueta bajo la frase: «tomar por esposa/mujer» (Gén. 24: 37; Éxo. 21: 8; Lev. 21: 13; Deut. 24: 4; Jue. 3: 6). Sin embargo, la Palabra de Dios sí destaca que el padre celebraba un banquete para entregar a la novia el día del casamiento (Gén. 29: 22, 23), y que el novio pagaba cierta dote por la novia (Gén. 34: 11, 12; Éxo. 22: 16).

Malaquías 2 menciona el vínculo entre el pacto y el matrimonio: «Otra cosa que ustedes hacen es inundar de lágrimas el altar del Señor; lloran y se lamentan porque él ya no presta atención a sus ofrendas ni las acepta de sus manos con agrado. Y todavía preguntan por qué. Pues porque el Señor actúa como testigo entre ti y la esposa de tu juventud, a la que traicionaste aunque

es tu compañera, la esposa de tu pacto» (Mal. 2: 13, 14, NVI). La mujer es «la esposa de tu pacto». El problema en Malaquías 2 es que los sacerdotes pretendían mantener la alianza con el Señor mientras quebrantaban el pacto con sus esposas. El testigo de este pacto matrimonial había sido el mismo Señor. El hecho de que Dios se identifique como testigo del pacto matrimonial sugiere no solo la importancia, sino la santidad que conlleva un compromiso de esa naturaleza. No puede entonces sorprendernos que Dios utilizara la imagen matrimonial para describir el vínculo que lo une a su pueblo. El profeta Isaías lo dice con estas palabras: «Porque tu esposo es tu Hacedor, el Señor de los ejércitos es su nombre; y tu Redentor es el Santo de Israel, que se llama Dios de toda la tierra» (Isa. 54: 5, 6). La misma imagen es usada en Oseas 2: 19, 20 y Efesios 5: 25-33.

El profeta Ezequiel también utiliza el pacto matrimonial como metáfora del pacto de Dios con su pueblo: «Pasé otra vez junto a ti y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores. Entonces extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez; te hice juramento y entré en pacto contigo, dice Jehová, el Señor, y fuiste mía» (Eze. 16: 8). Lamentablemente, el pueblo fue infiel al pacto, ¿haría Dios lo mismo? «Yo no haré contigo como tú hiciste, que menospreciaste el juramento para invalidar el pacto. Antes bien, yo tendré memoria de mi pacto que concerté contigo en los días de tu juventud, y estableceré contigo un pacto eterno» (vers. 59, 60). Dios se mantiene fiel al pacto a pesar de las infidelidades del pueblo. Su compromiso es ser fiel, independientemente de cuál sea la conducta de Israel.

No tenemos tiempo ni espacio para llevar a cabo un análisis de los pactos realizados entre Dios y su pueblo. Pero sí podemos mencionar cinco características del pacto bíblico que bien podrían hallar su cumplimiento en la relación matrimonial: 1) Se centra en el beneficio del otro. 2) No depende de cómo se comporte el otro. 3) Se basa en un amor que no cambia. 4) Constituye un compromiso permanente. 5) Requiere confrontación y perdón. Si cada hogar procurara desarrollar estas cinco características tendríamos pequeños cielos en cada rincón de la tierra.

El matrimonio y la familia y el gran conflicto

No es un secreto que gran parte de la debacle moral que está atravesando nuestro mundo es resultado del siniestro ataque que Satanás ha lanzado

contra la institución matrimonial. Él solo se las ha arreglado para desunir lo que Dios unió. En la actualidad, la duración promedio de un matrimonio es apenas siete años. Solo en los Estados Unidos, uno de cada dos matrimonios termina en divorcio. En algunos países como España ha habido años con más divorcios que casamientos. El enemigo sabe que, si debilita la familia, habrá logrado minar el centro de operaciones de Dios.

Elena G. de White declaró: «Mientras los hombres desconocen los artificios de tan vigilante enemigo [Satanás], este les sigue a cada momento las pisadas. Se introduce en todos los hogares [...], confundiendo, engañando, seduciendo, arruinando por todas partes las almas y los cuerpos de los hombres, mujeres y niños, destruyendo la unión de las familias, sembrando odios, rivalidades, sediciones y muertes». Más adelante agregó que «Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera ondea hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos» (*El conflicto de los siglos*, cap. 31, p. 498; cap. 37, p. 572).

Dios también está haciendo su obra a fin de mantener la unidad familiar. Justo antes de la segunda venida se producirá un gran reavivamiento espiritual que permitirá que «padres e hijos se reconcilien» (Mal. 4: 6, DHH). La gracia de Cristo puede hacer de cada matrimonio lo que Dios desea que llegue a ser. Por imperfectas que sean, Dios ha escogido a las familias de la tierra para que sean las representantes de la familia del cielo. Él no le dejará el camino libre al enemigo; luchará para que cada hogar pueda imitar la decisión de Josué: «Por mi parte, mi familia y yo serviremos al Señor» (Jos. 24: 15, NVI).

En defensa de nuestra fe

¿Cuál es la posición de la iglesia respecto al divorcio y al nuevo matrimonio?

Cuando Dios creó el matrimonio nada tenía el poder de separar lo que el Señor había unido, pues no existía la muerte. Cuando el pecado introdujo la muerte, esta se convirtió en la única posibilidad que invalidaría el pacto matrimonial (Rom. 7: 1-3). Sin embargo, por causa de la obstinación humana, se hizo necesario establecer ciertas regulaciones en cuanto al divorcio (Deut. 24: 1-4), «pero al principio no fue así» (Mat. 19: 8). Bajo la dirección de la Palabra de Dios, los adventistas han establecido claramente su posición respecto al divorcio y el nuevo matrimonio en el

Manual de la Iglesia. He aquí la declaración del Manual (pp. 163-165):

1. Cuando Jesús dijo: "No lo separe el hombre", estableció una norma de comportamiento para la Iglesia bajo la dispensación de la gracia, que debe trascender todas las promulgaciones civiles que vayan más allá de la interpretación de la ley divina que gobierna la relación conyugal. […]. "En el Sermón del Monte, Jesús indicó claramente que el matrimonio no podía disolverse, excepto por infidelidad a los votos conyugales" (*Así dijo Jesús* [*El discurso maestro de Jesucristo*], cap. 3, p. 104; ver también Mat. 5: 32; 19: 9).
2. »Se ha considerado por lo general que la infidelidad al voto matrimonial se refiere al adulterio y a la fornicación. Sin embargo, la palabra que en el Nuevo Testamento se traduce como «fornicación» incluye también otras irregularidades sexuales (1 Cor. 6: 9; 1 Tim. 1: 9, 10; Rom. 1: 24-27). Por lo tanto, las perversiones sexuales, incluyendo el incesto, el abuso sexual de menores y las prácticas homosexuales, se consideran asimismo como un mal uso de las facultades sexuales, y son una violación de la intención divina del matrimonio. Como tales, son causa justa de separación o divorcio. […]
3. »En el caso de que la reconciliación no se produzca, el cónyuge que permaneció fiel a los votos matrimoniales tiene el derecho bíblico de obtener el divorcio, así como de volver a casarse.
4. El cónyuge que violó el voto matrimonial (ver los puntos 1 y 2) estará sujeto a la disciplina de la iglesia local. Si dicho cónyuge está genuinamente arrepentido, podrá ser sometido a censura por un período determinado, en vez de separarlo de la feligresía de la iglesia. Si no da evidencias de pleno y sincero arrepentimiento, será separado de la feligresía de la iglesia. En caso de que la violación haya significado oprobio público para la causa de Dios, la iglesia, con el fin de proteger sus normas y su buen nombre, puede separar a tal persona de la feligresía de la iglesia. […]
5. El cónyuge que violó el voto matrimonial y se divorcia no tiene el derecho moral de volver a casarse mientras el cónyuge que fue fiel a dicho voto se mantenga con vida y permanezca sin casarse y casto. La persona que en estas circunstancias vuelva a contraer matrimonio será dada de baja de la feligresía de la iglesia. La persona con quien él o ella se case, si es miembro de la iglesia, también será separada de la misma.

6. Se reconoce que algunas veces las relaciones matrimoniales se deterioran hasta tal punto que es mejor que los cónyuges se separen. “Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido. Y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer” (1 Cor. 7: 10, 11). En muchos de esos casos, la custodia de los hijos, el acuerdo sobre los derechos de propiedad o aun la protección personal pueden hacer necesario un cambio en el estado civil. En estos casos puede ser conveniente obtener lo que en algunos países se denomina separación legal. Sin embargo, en otras jurisdicciones, tal separación se puede lograr únicamente por medio del divorcio.

   »Una separación o divorcio que es el resultado de factores tales como la violencia física, y donde no ha intervenido la “infidelidad al voto matrimonial” (ver los puntos 1 y 2), no concede a ninguno de los cónyuges el derecho bíblico de volver a casarse. Una excepción es que la otra persona haya vuelto a casarse, haya cometido adulterio o fornicación, o haya muerto. […]
7. El cónyuge que violó el voto matrimonial y se divorció, y fue separado de la feligresía de la iglesia y se volvió a casar, o la persona que se divorció por otros motivos fuera de los mencionados en los puntos 1 y 2, y se vuelve a casar, y es separada de la feligresía de la iglesia, será considerada inelegible para volver a ser aceptada como miembro de la iglesia, excepto en la forma que se estipula más adelante».

La bendición de esta doctrina para nosotros

Cuando Dios estableció el matrimonio en el Edén, bendijo a sus integrantes (Gén. 1: 28). Con razón desde el mismo principio la familia se convirtió en el lugar más tierno y sagrado de la tierra. Hemos de confiar en que, así como Dios bendijo a la primera pareja, estará dispuesto a bendecir a nuestras familias desde ahora y para siempre. Como todo lo relacionado con nuestra vida, el matrimonio debe estar cimentado sobre la Roca, que es Cristo.

Las bendiciones que reciben aquellos que poseen un matrimonio cimentado en los valores que Dios estableció en el «principio» son

innumerables. Cuando los cónyuges reconocen que el uno vive para el otro, que su compañero/a va a dedicar su vida a hacerlo feliz, tienden a sentirse más satisfechos con su existencia. Un estudio publicado por la Universidad de Warwick, que abarcó a veinte mil personas durante veinte años, reveló que los casados tienen una media de tres años más de vida que los solteros o divorciados. Esto se debe a que, como disfrutan de un buen matrimonio, los niveles de estrés disminuyen, así como sus preocupaciones, si se muestran interesados por los problemas de la pareja. Además poseen un sistema inmunológico más fuerte.

Elena G. de White menciona, entre los beneficios que otorga el matrimonio, los siguientes: 1) Salvaguarda el gozo y la pureza de la raza humana. 2) Satisface nuestras necesidades sociales. 3) Eleva nuestra naturaleza física, mental y moral. Además, cuando la familia hace de Dios su centro, agrega que el amor se manifiesta mediante una atenta amabilidad y desinteresada cortesía.

Los niños que se crían en un hogar basado en valores suelen tener mejores resultados académicos, una mayor estabilidad emocional y menos problemas de conducta. Por otro lado, los niños que se desarrollan en un ambiente donde impera el respeto a Dios, por lo general siguen el camino de sus padres. Por eso, el culto familiar es un excelente medio de bendición que Dios nos ha dado.

Hoy, los medios de comunicación, las letras de las canciones populares y la filmografía al uso, han banalizado la sagrada institución del matrimonio, convirtiéndola en motivo de bromas y chistes de mal gusto y procacidades de todo tipo. Por eso representa una gran bendición y un estímulo enorme recordar que el Creador de la primera relación conyugal nos exhorta a que «tengan todos en alta estima el matrimonio y la fidelidad conyugal, porque Dios juzgará a los adúlteros y a todos los que cometen inmoralidades sexuales» (Heb. 13: 4, NVI). Incluso cuando el Eterno Todopoderoso tiene que manifestar su deseo de regocijarse con sus criaturas, lo ejemplifica en la vida conyugal: «Porque así como un joven se casa con su novia, así Dios te tomará por esposa, te reconstruirá y será feliz contigo, como es feliz el marido con su esposa» (Isa. 62: 5, DHH). ¿Puede alguien sentirse más beneficiado que con la bendición de Dios? ¿Habrá alguna institución divina más sublime que la del matrimonio, a la cual se compara la relación del propio Dios con su pueblo? (ver Jer. 3: 14; 31: 32, NVI; Ose. 2: 16, NVI; Mat. 9: 15; Mar. 2: 20; Luc. 5: 34; Apoc. 21: 2, 9).

La voz profética del tiempo del fin nos presenta las inefables bendiciones

de la familia cristiana: «El hogar debiera ser todo lo que la palabra implica. Ha de ser un pedacito de cielo en la tierra. […] El símbolo más agradable del cielo es un hogar presidido por el Espíritu del Señor». «El vínculo de la familia es el más estrecho, el más tierno y sagrado de la tierra. Ha estado destinado a ser una bendición para la humanidad. Y lo es siempre que el pacto matrimonial haya sido sellado con inteligencia, en el temor de Dios y con la debida consideración de sus responsabilidades. […] Hemos de hacer de nuestros hogares un Betel, y de nuestros corazones un templo. Dondequiera que el amor de Dios sea apreciado en el alma, habrá paz, luz y gozo». «El hogar hermoseado por el amor, la comprensión y la ternura es un lugar que los ángeles visitan con agrado, y donde se glorifica a Dios» (El hogar cristiano, pp. 16, 18).

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Padre, gracias por la gran bendición del matrimonio, que nos permite, tanto a hombres como a mujeres, complementarnos y realizarnos como individuos. Ayúdanos a entender los grandes propósitos que tienes para nosotros a través de esta institución y a mantenernos fieles al pacto que hemos establecido con nuestro cónyuge. Bendice nuestras familias, para que puedan representarte como tú te mereces.

ESTO CREEMOS SOBRE

El ministerio de Cristo en el Santuario celestial

Hay un Santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En él ministra Cristo en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los beneficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz. Cristo llegó a ser nuestro gran Sumo Sacerdote y comenzó su ministerio intercesor en ocasión de su ascensión. En 1844, al concluir el período profético de los 2,300 días, inició la segunda y última fase de su ministerio expiatorio. Esta obra es un juicio investigador, que forma parte de la eliminación definitiva del pecado, prefigurada por la purificación del antiguo Santuario hebreo en el Día de la Expiación. En el servicio simbólico, el Santuario se purificaba mediante la sangre de los sacrificios de animales, pero las cosas celestiales se purifican mediante el perfecto sacrificio de la sangre de Jesús. El juicio investigador revela a las inteligencias celestiales quiénes de entre los muertos duermen en Cristo, siendo, por lo tanto, considerados dignos, en él, de participar en la primera resurrección. También pone de manifiesto quién, de entre los vivos, permanece en Cristo, guardando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, estando, por lo tanto, en él, preparado para ser trasladado a su reino eterno. Este juicio vindica la justicia de Dios al salvar a los que creen en Jesús. Declara que quienes permanecieron leales a Dios recibirán el reino. La conclusión de este ministerio de Cristo señalará el fin del tiempo de prueba otorgado a los seres humanos antes de su segunda venida (Heb. 8: 1-5; 4: 14-16; 9: 11-28; 10: 19-22; 1: 3; 2: 16, 17; Dan. 7: 9-27; 8: 13,14; 9: 24-27; Núm. 14: 34; Eze. 4: 6; Lev. 16; Apoc. 14: 6, 7; 20: 12; 14: 12; 22: 12).— Creencia Fundamental nº 24

24

El nombre de «adventistas del séptimo día» nos recuerda a todos los que nos identificamos con él que servimos al Dios que creó el mundo y que muy pronto volverá. Nos dirige a la obra del Creador en el pasado y a lo que pronto hará en el futuro. Sin embargo, ¿se ha preguntado usted qué está haciendo Jesucristo ahora?

Para los pioneros de la Iglesia Adventista, la obra de Cristo en el Santuario celestial era sumamente importante. Según Jaime White el Santuario constituye «el eje central de todas las grandes verdades de la verdad presente», el «núcleo alrededor del cual se agrupan todas las verdades reveladas referentes a la salvación». John N. Andrews entendía que el Santuario constituía «el núcleo del sistema cristiano» y «el centro y fortaleza de la verdad presente». Urías Smith llegó a decir que la verdad sobre el ministerio sumosacerdotal de Jesús es el «gran núcleo alrededor del cual se agrupa la gloriosa constelación de la verdad presente». Para Elena G. de White «la correcta comprensión del ministerio del Santuario celestial es el fundamento de nuestra fe» (*El evangelismo*, cap. 8, p. 165).

Lo que todo adventista debe saber sobre el ministerio de Cristo en el Santuario celestial

Hay un santuario en el cielo

La existencia de un Santuario celestial es una verdad incuestionable. Cuando se le ordenó a Moisés construir un lugar de adoración también se le advirtió: «Mira y hazlos *conforme al modelo* que te ha sido mostrado en el monte» (Éxo. 25: 40; *cf.* 25: 9; 26: 30; Núm. 8: 4). Citando este pasaje, Pablo menciona que el santuario terrenal «es figura y sombra de las cosas

celestiales» (Heb. 8: 5). El modelo mostrado a Moisés correspondía al «verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre» (Heb. 8: 2), un Santuario que «es mejor y más perfecto» pues «no ha sido hecho por los hombres; es decir, no es de esta creación» (Heb. 9: 11, DHH). La Palabra de Dios confirma la obediencia de Moisés a las instrucciones divinas: «Moisés hizo conforme a todo lo que Jehová mandó. Así lo hizo» (Éxo. 40: 16).

La Biblia menciona el Santuario celestial en declaraciones como: «Miró el Señor desde su altísimo Santuario; contempló la tierra desde el cielo» (Sal. 102: 19, NVI). Cuando el profeta Isaías recibió su llamamiento al ministerio profético, vio «al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo» (Isa. 6: 1). Al vencedor se le promete que será «columna en el templo de mi Dios» (Apoc. 3: 12). Juan vio «el templo de Dios abierto en el cielo, y el Arca de su pacto se dejó ver en el templo» (Apoc. 11: 19). En Apocalipsis 14: 17 un «ángel salió del templo de Dios que está en el cielo». Cuando la ira de Dios iba a ser derramada sobre la tierra, «el templo se llenó de humo por causa de la gloria de Dios y por causa de su poder» (Apoc. 15: 8).

Jesús fue a prepararnos una morada en la casa de su Padre, y cuando nuestro lugar esté listo, vendrá a por nosotros (Juan 14: 1-3). Juan utilizó la expresión «casa de mi Padre» para referirse al templo terrenal (Juan 2: 15-17). En el Antiguo Testamento el Santuario también era llamado «la casa de Dios» o «templo de la casa de Dios» (Esd. 5: 14; Dan. 5: 3). Por tanto, Jesús, como nuestro Sumo Sacerdote (Heb. 7: 26), está en el cielo preparando nuestras moradas en la casa del Padre, es decir, está en el templo celestial. Esdras aseguró al remanente que regresó de Babilonia: «Nuestro Dios […] nos ha dado un lugar seguro en su Santuario» (Esd. 9: 8).

El pueblo de Dios no tiene que esperar hasta la segunda venida para acceder al Santuario celestial, pues Pablo dice que por fe ya estamos sentados «en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Efe. 2: 6). Mientras que el trono de Cristo en el Santuario es llamado «trono de la gracia» (Heb. 4: 16), nosotros «también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes» (Rom. 5: 2); según Pedro ya se nos ha otorgado «amplia y generosa entrada en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 Ped. 1: 11). No olvidemos que «donde él esté, allí estará su iglesia» (*El Deseado de todas las gentes*, cap. 87, p. 790).

Profecías de tiempo y el Santuario

Las profecías de Daniel 7, 8 y 9 se hallan estrechamente relacionadas con el ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Las «setenta semanas» de la profecía de Daniel 9: 24-27 establecieron la fecha del inicio del ministerio de Cristo, su muerte en la cruz y el comienzo de su ministerio sacerdotal en el cielo. Según el ángel Gabriel, durante las setenta semanas se había previsto «acabar la prevaricación, poner fin al pecado, expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos» (Dan. 9: 24, NRV). Como este tipo de profecía precisa que contabilicemos cada día como un año, deducimos que estos acontecimientos tendrían lugar a lo largo de 490 años concedidos a la nación de Israel.

La profecía continuó diciendo: «Sabe, pues, y entiende que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas» (vers. 25). Según Esdras 7: 11-26 el decreto que cumple con las especificaciones de Daniel 9 fue promulgado por Artajerjes I en el año 457 a. C. Si a partir del 457 a. C. contamos 69 semanas proféticas, es decir 483 años, llegamos al año 27 d. C. Ese año Jesús fue ungido por el Espíritu Santo en su bautismo, y dio inicio a su ministerio público (Luc. 3: 1, 21).

La profecía también anunciaba que después de las sesenta y dos semanas, siendo más preciso, a la «mitad de [la última] semana» (vers. 27), «se quitará la vida al Mesías» (ver. 26), se «confirmará el pacto con muchos» y se «hará cesar el sacrificio y la ofrenda» (vers. 27). Efectivamente, durante la última semana que iba desde el 27 al 34 d. C., después de un breve ministerio de tres años y medio, nuestro Señor fue crucificado en el año 31. En el momento de su muerte, el velo del templo que separaba el Lugar Santo del Santísimo se rasgó, lo cual puso en evidencia que los sacrificios del antiguo ritual habían encontrado su cumplimiento en la muerte expiatoria del Salvador (Mat. 27: 50, 51). Gracias a su sacrificio, Cristo pudo completar otras especificaciones de la profecía de las setenta semanas, a saber, «poner fin al pecado y expiar la iniquidad para traer la justicia perdurable» (Dan. 9: 24).

Aporte del don profético

«El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de aquel templo celestial donde Cristo nuestro precursor ministra por nosotros ante el trono de Dios» (*El conflicto de los siglos*, cap. 24, pp. 409-410).

La profecía de las setenta semanas hace referencia al comienzo del ministerio sacerdotal de Cristo, al predecir que dentro de ese lapso de tiempo se iba a «ungir al Santo de los santos» (vers. 24). Algunos han querido aplicar la expresión «Santo de los santos» como una referencia al Mesías, sin embargo, esta frase encaja mejor si la aplicamos al Santuario. La frase en hebreo *qodesh qodashim* aparece en múltiples ocasiones en relación al Santuario (Éxo. 29: 37; Lev. 10: 2; Núm. 18: 10). Nunca se usa para referirse a los seres humanos. Puesto que en el tiempo de Daniel el Santuario terrenal yacía en ruinas, es evidente que Daniel está anunciando el momento cuando Cristo daría inicio a su ministerio en el Santuario celestial.

La Biblia dice que las setenta semanas fueron «determinadas» (Dan. 9: 24). La palabra hebrea jathak también puede ser traducida como «cortadas», «tajadas» (Biblia de Ferrara). ¿De dónde fueron cortadas las setenta semanas? Como Daniel 9 es una explicación de la parte de la visión de Daniel 8 que no le fue explicada, la visión de las 2,300 tardes y mañanas, vemos que esta profecía fue «cortada» del período profético más largo de los 2,300 días/años de Daniel 8: 14.

Aquí llegamos a lo que constituye el núcleo del pensamiento doctrinal adventista: «Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el Santuario será purificado». Como las setenta semanas fueron «cortadas» de los 2,300 días/años, sostenemos que ambas profecías comenzaron en el 457 a. C., por tanto el período mencionado en Daniel 8: 14 ha de extenderse por muchos siglos, hasta 1844 d. C, cuando comenzaría el proceso de la purificación del Santuario celestial.

El significado olvidado de Daniel 8: 14

Los pasajes que tratan todo lo relacionado con el Día de la Expiación son: Éxodo 30: 10, Levítico 16 y 23: 26-32. Según estos pasajes vemos que había por lo menos tres objetivos que habrían de ser alcanzados mediante las ceremonias de ese día: 1) vindicar el santuario, 2) juzgar al pueblo y 3) limpiar al pueblo.

Según Levítico 16 el Santuario necesitaba ser purificado «a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados» (Lev. 16: 16). El pueblo estaba estrechamente relacionado con la purificación del Santuario, pues sus pecados lo habían contaminado. De ahí que para limpiar el Santuario fuera necesario limpiar a quienes habían

propiciado su contaminación. De esta manera, cuando concluía la expiación del santuario (Lev. 16: 20), el pueblo también era declarado limpio (Lev. 16: 30).

Durante el Día de la Expiación también se efectuaba la reconciliación entre Dios y su pueblo: «Es día de expiación, para reconciliaros delante de Jehová, vuestro Dios» (Lev. 23: 28). Este texto sugiere que la tarea de purificar el Santuario es paralela al proceso de reconciliación entre Dios y el pecador arrepentido. En el texto hebreo de Levítico 23: 28 la palabra *kaphar* aparece dos veces. La Biblia de Jerusalén la traduce en ambas ocasiones como «expiación». En Levítico 9: 7 Moisés utilizó dos veces el término *kaphar*: «Acércate al altar, ofrece tu sacrificio de expiación (*kaphar*) y haz la reconciliación (*kaphar*) por ti y por el pueblo». Esta declaración alude al servicio diario; así que lo que ocurría durante el Día de la Expiación, una expiación reconciliadora, una vez al año, también se llevaba a cabo diariamente. Eso implica que la obra anual consumaba, hacía perfecta, la obra que había sido hecha durante el servicio diario. Así, la expiación es un proceso dinámico y transformador a través del cual se restaura la relación entre el cielo y la tierra.

Otro pasaje que hace referencia a la purificación del pueblo de Dios durante el Día de la Expiación es Malaquías 3. Allí se hace alusión a la venida del Señor «a su templo» (vers. 1). Según el profeta este acontecimiento tiene un propósito purificador y judicial: «Él es fuego *purificador y como jabón de lavadores* […]. Él se sentará para *afinar y limpiar* la plata: *limpiará a los hijos de Leví* […]. Vendré a vosotros para juicio» (vers. 2, 3, 5). La purificación del Santuario conlleva una revisión de las obras de quienes adoran en él. Lo interesante es que Malaquías no habla de purificar el templo, sino de una obra de purificación que tiene por objeto a los miembros de la tribu de Leví (Mal. 3: 3). La limpieza la reciben aquellos que están vinculados al sacerdocio. El juicio está reservado para los que profesan pertenecer al pueblo del pacto, de ahí que dicha obra solo la puede ejecutar el «ángel del pacto», es decir, el propio Señor (vers. 1). Este juicio no es para los paganos, es realizado a favor de los miembros del pueblo de Dios.

Tomando en cuenta que Daniel 7 describe el inicio del proceso judicial cósmico con expresiones muy similares a las de Malaquías, pues el «Hijo del hombre» «llega», y el juez se «sienta» en un «trono como llama de fuego» (Dan. 7: 9, 13, 14), podemos concluir, como dice Elena G. de White, que ambos capítulos describen el mismo episodio.

> «La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al Lugar Santísimo para la purificación del Santuario, de la que se habla en Daniel 8: 14; la venida del Hijo del hombre al lugar donde está el Anciano de días, tal como está presentada en Daniel 7: 13; y la venida del Señor a su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del mismo acontecimiento» (*El conflicto de los siglos*, cap. 25, p. 422).

Jeremías describió el esfuerzo del pueblo en tratar de resolver el problema del pecado (Jer. 2: 22), y lo inútil que resultó. Malaquías nos presenta al Señor como aquel que tiene el único jabón que puede quitar el pecado, y esto se logra mediante el proceso purificador que se realiza en el Santuario. Elena G. de White dijo que «mientras prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras se eliminan del Santuario los pecados de los creyentes arrepentidos, debe llevarse a cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra» (Cristo en su santuario, p. 114).

El día de la purificación del Santuario era un día de juicio, y como tal debía ser precedido por un proceso investigativo. Dios había ordenado a cada miembro del pueblo que reposara y afligiera su alma (Lev. 16: 29). Al hacer esto, el creyente demostraba su confianza y dependencia de la gracia divina. Ese día la persona que violara cualquiera de estas prescripciones era «cortada» del pueblo (Lev. 23: 29, RVA). Evidentemente, para que el divino Juez tomara esa decisión tuvo primero que haber investigado la vida de dicha persona. No hemos de pasar por alto que este juicio está rodeado de conceptos que aluden al evangelio eterno. Palabras como «reconciliación», «purificación» y «liberación» son muy afines a la obra de Cristo en favor de los seres humanos (2 Cor. 5: 20; Luc. 4: 18; Gál.1: 4) y, sin embargo, formaban parte del vocabulario del Día de la Expiación.

El punto clave aquí es que, cuando en Daniel 8: 14 se habla de la purificación del Santuario celestial, también se hace referencia a la purificación del pueblo de Dios en la actualidad. Por lo tanto, mientras asistimos al día antitípico de la purificación del Santuario, podemos tener seguridad y confianza (Heb. 4: 16). Ante el tribunal celestial el Señor está garantizando nuestra purificación. «La sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo» (Heb. 9: 14). A la vez que purifica «las figuras de las cosas celestiales» con su propia

sangre (Heb. 9: 23, 12), Jesús también limpia nuestras conciencias de «todo pecado» (1 Juan 1: 7).

Como el pueblo era llamado a «afligir» sus almas (Lev. 16: 29, 31) en señal de arrepentimiento, hoy el Señor nos invita a despojarnos «de todo peso de pecado» (Heb. 12: 1), purificar nuestras almas (1 Ped. 1: 22) y tener un corazón puro (Sant. 4: 8). Lamentablemente, muchos piensan que la purificación se ha de llevar a cabo por medio de nuestro esfuerzo personal. Gente sincera, comprometida y bien intencionada, enseña que el pueblo santo de Dios vindica a su Señor durante el juicio si vive en obediencia impecable a sus mandamientos. Sin embargo, la verdad es que Dios se vindica a sí mismo mediante lo que él hace por, y en su pueblo. Pedro es muy claro al decir que es el Espíritu Santo quien va «purificando por la fe» nuestros corazones (Hech. 15: 9). Nuestra purificación —como la justificación— no es por obras, sino por gracia mediante la fe.

David, al reconocer la malignidad de su pecado, no se conformó con solo saber que podía ser perdonado, sino que su oración fue: «Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado» (Sal. 51: 2). Es Dios quien realiza la purificación tanto del Santuario como de cada persona. Nadie logrará obtener por sus propios méritos la limpieza del alma; esta es una obra exclusiva del Salvador. Únicamente él podrá declararnos limpios. Si depositamos nuestra confianza en Dios, el tribunal celestial fallará en favor de «los santos del Altísimo» (Dan. 7: 22).

Muchos podemos quedar abatidos por la tristeza al ver que nuestra vida parece estar sucia —y de hecho lo está—, e incluso asumir una actitud de incredulidad respecto a la seguridad de nuestra salvación, teniendo en poca estima la obra de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote. En esos momentos es preciso que recordemos que «engañoso es el corazón más que todas las cosas» (Jer. 17: 9). Nuestro Señor «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio» (Tito 2: 14). Cristo entregó su vida y ministra en el Santuario celestial para que la iglesia sea purificada. Es importante que recordemos en todo momento esta promesa: «Si crees que estás perdonado y limpiado, Dios lo da por hecho, estás sano […], así es, no porque yo lo sienta, sino porque Dios lo ha prometido» (*El camino a Cristo*, cap. 6, p. 78). Quizá la mejor manera de leer Daniel 8: 14 sea aplicándonoslo a nosotros mismos: «Pasarán dos mil trescientas tardes y mañanas y mi vida será purificada».

El santuario y el gran conflicto

Siempre ha sido el propósito de Satanás tener un santuario donde pudiera él ser adorado como si fuera Dios. Por eso con su rebelión pretendía establecer su propio trono «en el monte del testimonio» (Isa. 14: 13) lo cual provocó que fuese expulsado «del monte de Dios» (Eze. 28: 16). Al no haber podido conquistar el Santuario celestial, el enemigo lanzó sus embates contra los santuarios de Dios aquí en la tierra. Sus ataques han incluido intentos de profanar el Santuario por medio de sacerdotes indignos (Lev. 10: 1-3; 1 Sam. 2: 12-17), cuestionamientos contra los sacerdotes establecidos por Dios (Núm. 16) o motivando al pueblo a dejar de ofrecer los sacrificios en el templo e irse a «los lugares altos» (1 Rey. 3: 2).

A pesar de todo, el tabernáculo se mantuvo en pie durante 480 años, hasta que Salomón edificó el templo en el siglo IX a. C. Este templo fue destruido por completo en 586 a. C. Isaías se refirió a esta destrucción con las siguientes palabras: «Nuestros enemigos han pisoteado tu Santuario» (Isa. 63: 18). El salmista escribió: «Oh Dios, los pueblos paganos han invadido tu herencia; han profanado tu santo templo» (Sal. 79: 1, NVI). Permaneció en ruinas durante setenta años, hasta que Zorobabel inició el proceso de reconstrucción. Herodes comenzó a remodelar este segundo templo el 20 a. C. Quedó terminado en el año 63, poco antes de que los romanos lo destruyeran en el 70. d. C.

El odio de Satanás contra el Santuario, sin embargo, no desapareció con la destrucción del templo terrenal. Daniel 8 describe el momento en que los ataques del enemigo tendrán como blanco el Santuario celestial. El profeta menciona un poder, llamado el cuerno pequeño, que «desafió al Príncipe de los ejércitos» (Dan. 8: 11, RVC) y logró quitar «el sacrificio continuo» y derribar «el lugar de su [del Príncipe] Santuario» (vers. 11).

Aporte del don profético

«El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado"» (*El conflicto de los siglos*, cap. 24, p. 405).

¿De qué manera el cuerno pequeño quitó «el sacrificio continuo»? Aclaremos que el texto hebreo solo utiliza el vocablo *tamid*, que es «continuo», la palabra «sacrificio» no forma parte del texto original. En el Antiguo Testamento *tamid* era una expresión que designaba las actividades que se celebraban durante el servicio diario en el Lugar Santo del Santuario

(ver Éxo. 27: 20, 21; 30: 8; Lev. 6: 13). En el contexto profético, quitar el *tamid* supone eliminar el ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Al arrogarse a sí mismo la obra del Príncipe, el cuerno pequeño pretende convertir en ineficaz el ministerio intercesor de Cristo en el Santuario mediante el establecimiento de un sistema espurio de mediación, que incluye sacerdotes humanos, santos, ángeles o a María, como enseña el catolicismo romano.

Después, el cuerno pequeño echó por tierra «el lugar de su Santuario» (Dan. 8:11). Cuando un enemigo o un ejército es derribado implica que ha sido derrotado. Pero en Daniel 8: 11 no se derriba a un individuo, sino el «lugar de su Santuario». Evidentemente el cuerno pequeño no pudo llegar hasta el cielo y destruir físicamente el Santuario celestial. Por tanto, el cuerno pequeño «derribaría», en el sentido de rechazar, abandonar o dejar «el lugar de su Santuario». La palabra hebrea makon, traducida como «lugar», se usa en el Antiguo Testamento para designar la morada de Dios, tanto el Santuario celestial (Sal. 33: 14), como el terrenal (Esd. 2: 68). En Daniel 8: 11 «lugar» puede significar «fundamento» en un sentido metafórico; es decir, podría referirse a la misma esencia y al propósito del Santuario. Esta aplicación sería similar a la que encontramos en el Salmo 89: 14, donde el «cimiento [makon] de tu trono» no es literal sino figurado. De esta manera, cuando el cuerno pequeño se adueña del ministerio continuo del Príncipe, está, de hecho, rechazando el fundamento mismo del Santuario celestial como un centro de mediación y perdón para los seres humanos.

Daniel predijo que estas acciones contra el Santuario celestial concluirían al final de los 2,300 días, es decir en 1844, pues a partir de ese momento el Santuario, y las verdades que encierran sus símbolos, quedarían vindicadas ante la humanidad por medio de la doctrina del Santuario tal y como la enseñamos los adventistas del séptimo día. Curiosamente, aunque los enemigos de Cristo se han ensañado contra su ministerio en el templo celestial, «entrando en el Santuario de Dios» es como podemos llegar a comprender «el fin de ellos» (Sal. 73: 17).

En defensa de nuestra fe

El papel de Azazel/Satanás en el Día de la Expiación

Muchos han interpretado de forma errónea la función que los adventistas

atribuimos a Azazel/Satanás dentro de los rituales del culto hebreo. Algunos nos acusan de imputarle al macho cabrío de Azazel una función expiatoria de pecados (Lev. 16: 8, 10, 26). Según ellos, los adventistas en realidad atribuimos el perdón final de los pecados al diablo. Harold Bloom, en su libro *La religión americana*, dice: «No se me ocurre ninguna otra doctrina […] que asigne un papel tan crucial a Satán. Si ese espíritu malo se borrara de manera prematura, entonces para los adventistas del séptimo día no *habría salvación* […]. Satán […] carga con los pecados del pecador, y así lo que se nos ofrece es, en realidad, una *expiación satánica*» (pp. 162, 163; la cursiva es nuestra). Esta es una acusación grave pero, ¿habrá algo de cierto en ella?

Recordemos que «sin derramamiento de sangre no hay perdón» (Heb. 9: 22, NVI). Justo después de haber dado las instrucciones respecto al Día de la Expiación, Dios le dijo a Moisés que «la misma sangre es la que hace expiación por la persona» (Lev. 17: 11). Por eso los adventistas creemos que Jesús murió por nuestros pecados (1 Cor. 15: 3), cargó nuestros pecados (Isa. 53: 6) y nos limpia de todo pecado (1 Juan 1: 7). Dicho esto repasemos algunos puntos clave de Levítico 16.

El Señor ordenó que se eligieran «dos machos cabríos» (vers. 5), uno para Jehová y otro para Azazel (vers. 8). El hecho de que aquí se contraste a Jehová con Azazel sugiere que este último ha de ser un personaje tan real como lo es Jehová, y además que representa un poder contrario al Señor. La literatura judía extrabíblica identifica claramente a Azazel como Satanás. Hay quienes rechazan esta posición bajo el argumento de que el macho cabrío no puede ser usado para representar tanto a Cristo como al diablo. Olvidan que en la Biblia la serpiente y el león son usados como símbolos de Jesús (Juan 3: 14, 15; Apoc. 5: 5) y también de Satanás (Apoc. 12: 9; 1 Ped. 5: 8).

Levítico 16: 9 dice algo bien interesante: «Hará traer Aarón el macho cabrío sobre el cual caiga la suerte por Jehová, *y lo ofrecerá como expiación*». Otras versiones dicen «sacrificio expiatorio» (NVI, BP), «sacrificio por el pecado» (DHH, BJ). En cambio, el macho cabrío que representaba a Azazel debía presentarse vivo (vers. 10); es decir, su sangre no era derramada, su función no tenía nada que ver con la expiación del pecado. Incluso, su participación en el proceso comenzaba cuando el sacerdote ya había «acabado de expiar el Santuario» (vers. 20).

«Expiar el Santuario», ¿de qué? Cada vez que un miembro de la comunidad pecaba, tenía que manifestar su arrepentimiento ofreciendo un

animal (oveja, cabrito, paloma) en sacrificio. Con este acto de manera simbólica los pecados eran transferidos al animal. Luego la sangre de ese animal era llevada al Santuario (Lev. 4: 6; 6: 30; 10: 30), y el pecado pasaba del animal al Santuario. Por tanto, cada día el Santuario iba recibiendo los pecados que Dios había perdonado al pueblo. En otras palabras, el pecado pasaba del pecador al Santuario. Así el pecador quedaba libre del pecado, pero el Santuario quedaba contaminado.

Al final del Día de la Expiación, todos estos pecados que ya habían sido perdonados y que habían contaminado el Santuario, eran sacados del tabernáculo y colocados de manera simbólica «sobre la cabeza del macho cabrío vivo» (vers. 21) para que este llevara «sobre sí todas sus iniquidades» (vers. 22). La responsabilidad del macho cabrío de Azazel no era perdonar pecados, sino pagar por haber sido el instigador del pecado. Decir que los adventistas creemos en una «expiación satánica» es tergiversar nuestra posición. Lo que creemos es que Satanás no se saldrá con la suya, será destruido como el responsable final del pecado.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Millones de personas peregrinan cada año a diversos lugares «sagrados» en busca de solución a su vacío espiritual. Otros van a confesionarios atendidos por sacerdotes humanos para buscar el perdón de sus pecados. Sin embargo, lo único que debe hacer el ser humano es confiar en lo que Cristo hizo en la cruz, en lo que está haciendo ahora en el Santuario y en lo que hará cuando regrese por segunda vez a esta tierra.

Creer que Jesús es nuestro sacerdote nos evita el humillante y vergonzoso proceso de tener que revelar nuestras intimidades a hombres que creen tener la potestad de perdonar pecados, y nos permite tener acceso permanente al verdadero Sacerdote, Cristo Jesús, que siempre está listo para interceder por nosotros (Heb. 7: 25). Por medio de la obra del Espíritu Santo, Cristo no solo purifica el templo celestial, sino también a nosotros y, por tanto, a nuestras familias y congregaciones.

El ministerio de Jesús en el Santuario celestial satisface nuestro deseo de justicia. Muy pronto Satanás pagará por todo el mal que nos ha causado. Muy pronto recibirá el castigo por las desgracias que ha provocado en nuestras vidas.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Señor, me asombra ver la inefable grandeza del plan de rescate que has establecido en nuestro favor. Hazme comprender cada vez más y mejor las verdades relativas a mi salvación y concédeme tu gracia para vivir por la fe en el sacrificio hecho en mi favor por Cristo.

ESTO CREEMOS SOBRE

La segunda venida de Cristo

La segunda venida de Cristo es la bienaventurada esperanza de la iglesia, la gran culminación del evangelio. La venida del Salvador será literal, personal, visible y de alcance mundial. Cuando el Señor regrese, los justos muertos resucitarán y, junto con los justos que estén vivos, serán glorificados y llevados al cielo; pero los impíos morirán. El hecho de que la mayor parte de las profecías esté alcanzando su pleno cumplimiento, unido a las actuales condiciones del mundo, nos indica que la venida de Cristo es inminente. El momento en que ocurrirá este acontecimiento no ha sido revelado, y por lo tanto se nos exhorta a estar en todo momento preparados (Tito 2: 13; Heb. 9: 28; Juan 14: 1-3; Hech. 1: 9-11; Mat. 24: 14; Apoc. 1: 7; Mat. 24: 43, 44; 1 Tes. 4: 13-18; 1 Cor. 15: 51-54; 2 Tes. 1: 7-10; 2: 8; Apoc. 14: 14-20; 19: 11-21; Mat. 24; Mar. 13; Luc. 21; 2 Tim. 3: 1-5; 1 Tes. 5: 1-6).— *Creencia Fundamental* nº 25

25

Viktor Frankl relata una experiencia muy conmovedora que vivió en un campo de concentración nazi. Una noche lo despertaron los gemidos de otro prisionero que parecía estar atravesando una terrible pesadilla. En ese momento Frankl decidió despertar al pobre hombre, pero se detuvo al comprender «con rapidez, de forma descarnada, que ningún sueño, por horrible que fuese, podría ser peor que nuestra actual realidad, una realidad a la que estuve a punto de cometer la crueldad de devolverlo».

Si echamos un vistazo a un mundo que gime «con dolores de parto» (Romanos 8: 22), donde viven millones de personas que sufren por causa de la guerra, el hambre, las enfermedades, la pobreza o los desastres naturales, es muy probable que lleguemos a la misma conclusión que Frankl: «No existe nada peor que nuestra realidad».

La revista Time catalogó los diez primeros años del siglo XXI como «la década del infierno» y advirtió que «no hay garantía de que la próxima sea mejor». Mientras usted lee este artículo casi dos de cada tres personas en el mundo experimentan una grave escasez de agua potable. Según el Programa Mundial de Evaluación de los Recursos Hídricos de la UNESCO, para el año 2025 entre 1,000 y 2,400 millones de personas vivirán con escasez de agua. Aunque estos asuntos suscitan controversia entre la comunidad científica, lo cierto es que la capa de ozono se está deteriorando, el deshielo de los polos es cada vez mayor... Nuestro mundo parece tener un destino tan promisorio como el que tendría un elefante al borde de un precipicio con la cola atada a una margarita. Solo es cuestión de tiempo que caiga al vacío. Pero no hemos de angustiarnos. Dios tiene el control de todo y muy pronto pondrá fin a las tragedias humanas por medio del más glorioso acontecimiento que ojo alguno habrá de ver: la segunda venida de Cristo. Este acontecimiento se menciona 318 veces en los 260 capítulos del Nuevo Testamento.

Lo que todo adventista debe saber sobre la

segunda venida de Cristo

La inminencia de la segunda venida

En la última reunión que Jesús tuvo con sus seguidores, poco antes de su muerte, les hizo esta alentadora promesa: «No se turbe su corazón; crean en Dios, crean también mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, se lo hubiera dicho; porque voy a preparar un lugar para ustedes. Y si me voy y les preparo un lugar, vendré otra vez y los tomaré adonde yo voy; para que donde yo esté, allí estén ustedes también» (Juan 14: 1-3, NBLH). Estas palabras fueron dichas la misma noche que Jesús instituyó la Santa Cena. Uno de los propósitos de la celebración de este rito era mantener la esperanza de la segunda venida (1 Cor. 11: 26).

Los discípulos esperaban que este glorioso acontecimiento se produjera en vida de ellos (Hech. 1: 6), pues creían que estaban viviendo en los últimos días (Hech. 2: 17-23). Pedro escribió que «el fin de todas las cosas se acerca» (1 Ped. 4: 7). El apóstol Santiago también creía que Jesús regresaría pronto, y por esa razón amonestó a los creyentes a que fueran pacientes «porque la venida del Señor se acerca» (Sant. 5: 8, 7).

Alrededor del año 51 el apóstol Pablo escribió su Epístola a los Tesalonicenses, donde exponía su creencia en la inminente venida de Cristo; incluso pensando que algunos de ellos estarían vivos cuando se produjera (1 Tes. 4: 17). A los cristianos de Corinto Pablo les escribió diciéndoles que el «tiempo es corto» (1 Cor. 7: 29) y que ellos estaban viviendo los «tiempos finales» (1 Cor. 10: 11). En Filipenses el apóstol de los gentiles es muy enfático al decir que el Señor «está cerca» (Fil. 4: 5). En Hebreos se asevera que la venida de Cristo iba a ocurrir dentro de «poco» y que no tardaría (Heb. 10: 37, 38). El apóstol Juan entendía que vivía en la «hora final» (1 Juan 2: 18, NVI). En Apocalipsis el mismo Juan nos dice que «el tiempo está cerca», que Jesús viene «pronto» (Apoc. 1: 3; 22: 7, 12, 20, NVI).

La inminencia de la segunda venida también era real para los cristianos postapostólicos. Clemente de Roma escribió una carta a los corintios donde les decía que el Señor venía pronto (1 Clemente 23). Ignacio de Antioquía advirtió a los efesios de que vivían en «los últimos tiempos» (*Efesios* 11). Los lectores de la *Epístola de Bernabé* fueron confortados con estas palabras: «Cerca están el Señor y su galardón» (21: 3). Siglos después Lutero también creía que el día final no estaba muy lejano. William Miller,

aunque falló en su predicción de la segunda venida el 22 de octubre de 1844, murió creyendo que era inminente. Para Elena G. de White nuestro tiempo en esta tierra tan solo «puede durar un poquito más» (*Primeros escritos*, cap. 11, p. 85).

Vale preguntarnos: ¿Se equivocaron todos ellos al creer que la venida de Jesús estaba cerca? ¿Por qué este énfasis en la inminencia de la venida? Por una cuestión práctica: porque hemos de vivir como si la venida de Jesús fuera a ocurrir hoy mismo. Aceptar que la venida del Señor «está a las puertas» nos constreñirá a no descuidar nuestra vida espiritual y a cumplir con diligencia la obra que el Señor nos ha encomendado. La inminencia de la segunda venida nos ayuda a mantener nuestra atención no en los acontecimientos externos, sino en nuestra propia vida, a fin de que estemos preparados y ayudemos a otros a prepararse para el encuentro con Cristo. Como no sabemos cuándo terminará nuestro tiempo de vida en esta tierra, hemos de estar listos para esperar a Jesús hoy mismo (2 Cor. 6: 2) y vivir «en este siglo sobria, justa y piadosamente» (Tito 2: 12). Nos toca poner en práctica las palabras de Lord Shaftesbury, el gran reformador inglés, cuando dijo: «No creo que en los últimos cuarenta años haya vivido una sola hora consciente en la que no haya sido influenciado por el pensamiento de la segunda venida de Cristo».

La inminencia de la segunda venida tiene un impacto real en nuestro presente. Por eso, como Dios nos ha prometido una tierra nueva donde morará la justicia, nosotros procuramos esa justicia ahora; como viviremos en una tierra nueva de paz, buscamos esa paz ahora; como en esa tierra nueva no habrá hambre, alimentaremos a los hambrientos ahora; como allá no habrá ni muerte, ni lágrimas, consolamos y damos esperanzas ahora. Creemos que la segunda venida está tan cerca que ya hemos comenzado a vivir y disfrutar la vida eterna desde ahora.

Un acontecimiento literal, personal, visible, audible y de alcance mundial

Contrariamente a lo que suponen algunos cristianos que proclaman que la venida de Cristo ocurre cuando él habita espiritualmente en el corazón de los creyentes, o que Cristo vendrá en secreto para arrebatar a los fieles, la Biblia enseña que la venida del Señor será un acontecimiento literal, personal, visible, audible y de alcance mundial.

La Palabra de Dios describe la segunda venida como un evento memorable. Cristo vendrá «en la gloria de su Padre con los santos ángeles»

(Mar. 8: 38). Las naciones lo verán «venir sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria» (Mat. 24: 30). Frente al sumo sacerdote, los escribas y los ancianos de Israel, el Señor prometió que vendrá «sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo» (Mat. 26: 64). Después de la ascensión dos ángeles confortaron a los discípulos con estas palabras: «Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo *Jesús*, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como lo habéis visto ir al cielo» (Hech. 1: 11). «Igual que el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre» (Mat. 24: 27).

Respecto a la segunda venida Pablo dice que «el *Señor mismo*, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo. Entonces, los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes. 4: 16, 17).

Cuando Cristo vuelva «todo ojo lo verá» (Apoc. 1: 7). Será un acontecimiento tan real que nos reuniremos con él (2 Tes. 2: 1) y recibiremos nuestra «corona de justicia» (2 Tim. 4: 8). Juan nos aconseja permanecer «en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados» (1 Juan 2: 28). El resplandor de su venida consumirá a sus enemigos (2 Tes. 2: 8). El regreso de Cristo impactará notablemente el mundo físico, pues en ese instante el cielo se replegará «como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla» será removida de su lugar y «los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre» se esconderán «en las cuevas y entre las peñas de los montes» y dirán «a los montes y a las peñas: "Caed sobre nosotros y escondednos de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie"» (Apoc. 6: 14-17).

De acuerdo con Apocalipsis 13 «pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos» son los que reciben la marca de la bestia. Por tanto, el grupo mencionado en Apocalipsis 6: 15, 16, que pretende esconderse de la segunda venida, son los que de una u otra forma han rechazado al Dios que viene. El profeta Isaías utilizó un lenguaje semejante al de Apocalipsis 6: 14-17 cuando describió la venida del día de Jehová sobre los idólatras. Estas fueron sus palabras: «La altivez del hombre será abatida; la soberbia humana será humillada. *Solo Jehová será exaltado en aquel día*. Y acabará

por completo con los ídolos. Se meterán en las cavernas de las peñas y en las aberturas de la tierra, a causa de la presencia temible de Jehová y del resplandor de su majestad, cuando él se levante para castigar la tierra» (Isa. 2: 17-19). ¿Dónde estaremos nosotros aquel día?

La segunda venida de Cristo y el gran conflicto

Durante la etapa final de la historia de la humanidad, Satanás y sus aliados realizarán todo tipo de «hechos poderosos, señales y falsos milagros» (2 Tes. 2: 9). No hemos de olvidar que el blanco de Satanás es engañar «al mundo entero» (Apoc. 12: 9). En Apocalipsis 13: 13, 14; 16: 13, 14; 19: 20 se describen a las fuerzas del mal obrando en conjunto con el objetivo de engañar a los moradores de la tierra. Afortunadamente, estos engaños solo lograrán arrastrar a los que reciban «la marca de la bestia» y adoren «su imagen» (Apoc. 19: 20). Por tanto, si usted y yo nos preparamos ahora para recibir el sello de Dios, no seremos engañados por el diablo (Eze. 9: 4; Efe. 4: 30; Apoc. 7: 1-8; 14: 1-5).

Jesús nos advirtió sobre un engaño que superaría a todos los engaños. Este sería la obra maestra de Satanás, su último acto a fin de conseguir la adoración de todo el mundo: falsificaría la segunda venida del Señor. Jesús habló de esto en Mateo 24: «Entonces, si alguno os dice: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Mirad, allí está”, no lo creáis, porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos» (vers. 23, 24). La falsificación será tan real, tan convincente, que casi engañará a los que hemos amado y esperado la venida del Señor. Este acto pone de manifiesto la desesperación del enemigo al saber que pronto su imperio será destruido.

En defensa de nuestra fe

¿Cuándo vendrá Jesús?

Aunque los cristianos siempre hemos tenido la tentación de poner fecha a la venida de Cristo, nuestro Señor fue muy enfático al decir que el día y la hora exacta de su venida no es conocido por ningún ser humano (Mat. 24: 36). De hecho, las profecías de tiempo llegaron hasta 1844. A partir de ese

año no hay ningún período profético que esté determinado por una fecha concreta. En cuanto a la segunda venida, cuando los discípulos le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?», Jesús les dijo: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre puso en su sola potestad» (Hech. 1: 6, 7). Por ello cualquier intento de poner fecha a la segunda venida de Cristo va en contra de lo que Dios ha revelado en su Palabra. Como la iglesia no sabe ni el día ni la hora de la venida del Señor (Mat. 24: 42), su deber es estar preparada pues «el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mat. 24: 44).

Que no sepamos la fecha no significa que no podamos saber de antemano cuán cercana está la venida del Señor. Jesús nos dejó una serie de señales que nos van indicando lo cerca que nos hallamos del hogar eterno. El problema es que algunos hemos confundido las señales que nos dicen lo que falta para llegar al cielo, con el letrero que proclama: «¡Bienvenido al cielo!». La lista de señales dadas en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21 no proclaman que el fin del mundo ha llegado. Para que evitemos este tipo de confusión, los mismos evangelistas nos dicen que: «Es necesario que así suceda; pero *aún no es el fin*» (Mar. 13: 7); «es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero *el fin no será inmediatament*e» (Luc. 21: 9). Mateo usa una imagen muy gráfica y cataloga todas las señales como «principio de dolores» (Mat. 24: 8).

Aporte del don profético

«Al considerar el poco tiempo que nos queda, debiéramos velar y orar como pueblo, y en ningún caso dejarnos distraer de la solemne obra de preparación para el gran acontecimiento que nos espera. Porque el tiempo se alarga aparentemente, muchos se han vuelto descuidados e indiferentes acerca de sus palabras y acciones. No comprenden su peligro, y no ven ni entienden las misericordias de nuestro Dios al prolongar el tiempo de gracia a fin de que tengan oportunidad de adquirir un carácter digno de la vida futura e inmortal» (*Exaltad a Jesús*, p. 345).

Sin embargo, existe una señal que sí apunta al fin del mundo, que nos dice: «¡Bienvenidos a casa!». Usted puede leerla en Mateo 24: 14: «Y será predicado este evangelio del Reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, y *entonces vendrá el fin*». Esta es la única señal que Jesús directamente relacionó con su segunda venida. Los primeros cristianos creyeron esto y trabajaron arduamente para que el mundo conociera el evangelio de Jesús (Hech. 1-13). Cuando Pablo escribió a los colosenses les dijo que el evangelio se estaba predicando «en todas partes del mundo» (Col. 1: 23, DHH).

Según la *World Christian Encyclopedia*, publicada en 1982 por la Universidad de Oxford, al final del siglo I había alrededor de un millón de cristianos en el Imperio Romano, entre una población de ciento ochenta millones de personas. Esto significa que menos del 1% de la población mundial había aceptado la religión cristiana. Mil años después los cristianos alcanzaron la suma de cincuenta millones, en una población de 269 millones, lo que equivale al 18% del total de la población. Hacia el año 1900, una tercera parte de la raza humana profesaba nominalmente la doctrina de Cristo, 558 millones en una población de 1,619 millones. Durante el siglo XX hubo un crecimiento enorme de la cristiandad, de manera muy especial después de mediados de siglo, el número total pasó de 558 millones en 1900 a 1,433 millones en 1980. La mayor parte de este crecimiento se produjo en África, América y Asia.

Un factor primordial del desarrollo de la misión ha sido el libre acceso a las Escrituras. En 1900 la Biblia estaba disponible —completa o grandes fragmentos— en 537 lenguas y dialectos. Actualmente la Biblia ha sido traducida al 98% de las lenguas de nuestro planeta.

Los adventistas, de forma especial, hemos asumido nuestro compromiso con la verdadera señal del fin del mundo. Según el Reporte Estadístico de la Asociación General, al comienzo del siglo XX, en 1902, solo teníamos setenta y siete mil miembros. De esta cantidad el 93% vivía en Norteamérica y Europa, y el 7% en el resto del mundo. Este cuadro comenzó a cambiar en la década de 1960. Para esa fecha la distribución de los adventistas era de la siguiente manera: 27% en América del Norte, 16% en Europa, 20% en América Latina, 20% en África, 13% en Asia y 4% en el Pacífico Sur. En poco menos de cien años del inicio de las misiones extranjeras, el adventismo ya había establecido presencia en todo el mundo.

En 2011 la Iglesia Adventista tiene casi diecisiete millones de miembros y únicamente el 10% de ellos vive en Europa y Norteamérica; el resto está en África, Asia, Centroamérica y Sudameerica, Australia y Oceanía. De 232 países reconocidos por las Naciones Unidas, los adventistas hemos establecido oficialmente la obra en 206, esto es más del 90%.

Aunque estos datos son alentadores, aún nos queda mucho trabajo por realizar. Jesús dijo que debíamos «ir a todas las naciones» (panta ta *etné*). Pero el vocablo que Jesús usó, *etné*, implica mucho más de lo que nosotros pensamos. *Etné* puede significar «pueblo», «grupo» o incluso «familia». No se trata de que el evangelio llegue a una nación, sino de que llegue a cada familia. Por ejemplo, en Afganistán la etnia *tajik* tiene una población de

casi nueve millones de habitantes, y solo el 0,01% ha escuchado el evangelio. Ahora bien, no hemos de olvidar que mucha gente está conociendo el mensaje sin haber tenido un «contacto oficial» con la iglesia.

Aporte del don profético

«La doctrina del segundo advenimiento es verdaderamente la nota tónica de las Sagradas Escrituras» (*El conflicto de los siglos*, cap. 18, p. 301).

Los medios de comunicación, especialmente Radio Mundial Adventista, se han encargado de llevar el evangelio a las regiones más recónditas del planeta. Mucha gente está conociendo y aceptando las verdades distintivas que proclama nuestra iglesia por medio del testimonio silente de nuestras publicaciones. Por ejemplo, en Puerto Rico, un grupo de hermanos bautistas han decidido guardar el sábado como día de reposo por lo que leyeron en la revista Prioridades. Además, la televisión está logrando conversiones donde no ha llegado ni un solo obrero pagado por la iglesia.

La tarea es grande, pero no olvidemos que los movimientos finales serán rápidos. Dentro de poco, cada «nación, tribu, lengua y pueblo» será «alumbrada» con el mensaje de Cristo (Apoc. 14: 6-12: 18: 1). Por eso hemos de orar, clamar por la presencia del Espíritu Santo a fin de que podamos recibamos el poder necesario para terminar la obra de Dios en el mundo. Cuando lo hagamos, el Señor vendrá a buscar a su pueblo.

La bendición de esta doctrina para nosotros

La vida de Pablo estuvo llena de pruebas y tribulaciones (2 Cor. 11: 16-29), pero su mirada estaba puesta en el futuro, pues él aguardaba, es decir, esperaba con expectación, «la esperanza bienaventurada» (Tito 2: 13). Otra manera de traducir esta frase es «la esperanza que trae bendición». Esta esperanza es la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador. Pedro nos dice que, a pesar de que seamos afligidos en esta tierra, nosotros tenemos «una esperanza viva» (1 Ped. 1: 3). Esta esperanza no es algo que merezcamos, sino que la hemos recibido por «la misericordia de Dios». Tanto Pablo como Pedro eran conscientes de que no podían evitar el sufrimiento en este mundo, pero adoptaron una buena actitud para enfrentarlo: mirar hacia el futuro, contemplar la segunda venida de Cristo.

¿Qué esperanza nos ofrece la segunda venida de Cristo?

- **Esperanza de ver a nuestros seres queridos.** La segunda venida nos llena de emoción al saber que veremos a nuestros seres queridos que murieron con la esperanza puesta en el Señor. El sepulcro no es el final, muy pronto la voz de Dios sonará «y los que murieron en Cristo resucitarán primero» (1 Tes. 4: 16, DHH). Jesús subrayó esta misma verdad cuando dijo: «De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán» (Juan 5: 25). Después de haber mencionado la segunda venida y la resurrección, Pablo aconsejó a los miembros de la iglesia de Tesalónica a que se alentaran «los unos a los otros con estas palabras» (1 Tes. 4: 18). Esta verdad nos colmará de esperanza y consuelo en nuestros momentos más tristes.
- **Esperanza de un mundo mejor.** La segunda venida de Cristo nos da la seguridad de que muy pronto Dios establecerá un mundo nuevo. La Biblia dice que viviremos en un lugar donde habrá «un cielo nuevo y una tierra nueva» donde «no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron» (Apoc. 21: 1, 4). La segunda venida pondrá fin al cáncer, al sida, a las guerras, a los desastres naturales. Nuestro planeta será restaurado y llegará a ser la morada permanente de Dios (Apoc. 21: 3; 22, 23).
- **Esperanza en el tiempo presente.** No hemos de permitir que las desgracias e injusticias que vemos a diario a nuestro alrededor nos impidan encontrar el sentido de esta vida presente. Si comparamos los sufrimientos actuales con la gloria que hemos de recibir cuando Jesús vuelva, solo podemos llegar a una conclusión: «Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Rom. 8: 18). La segunda venida nos recuerda que la solución de Dios para nuestros problemas será completa y definitiva. Él está preparando un lugar para nosotros, y cuando ese lugar esté listo vendrá a buscarnos (Juan 14: 3). La esperanza de un futuro eterno nos ayuda a enfrentar el tiempo presente. Sabemos que lo mejor está por venir, pues «nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo» (Fil. 3: 20).

Orando a la luz de esta doctrina

Señor, gracias por esta bienaventurada esperanza. Solo poniendo la vista en ese día en que vendrás a buscarnos en las nubes de los cielos, podemos encontrar fuerza para mantener la esperanza en este mundo lleno de pecado y de dolor. Permite que podamos recibirte con gozo en tu segunda venida para que nos lleves a morar contigo por la eternidad.

ESTO CREEMOS SOBRE

La muerte y la resurrección

La paga del pecado es la muerte. Pero Dios, el único que es inmortal, otorgará vida eterna a sus redimidos. Hasta ese día, la muerte constituye un estado de inconsciencia para todos los que han fallecido. Cuando Cristo, que es nuestra vida, aparezca, los justos resucitados y los justos vivos serán glorificados, todos juntos serán arrebatados para salir al encuentro de su Señor. La segunda resurrección, la resurrección de los impíos, ocurrirá mil años después (Rom. 6: 23; 1 Tim. 6: 15, 16; Ecl. 9: 5, 6; Sal. 146: 3, 4; Juan 11: 11-14; Col. 3: 4; 1 Cor. 15: 51-54; 1 Tes. 4: 13-17; Juan 5: 28, 29; Apoc. 20: 1-10).— *Creencia Fundamental* nº 26

26

Tan temible resulta la muerte que los seres humanos tratamos por todos los medios de disminuir su impacto y de posponer el momento de enfrentarla. Sin embargo, la gran verdad es que todos estamos «a un paso de la muerte» (1 Sam. 20: 3). Cuando el agnóstico David Hume presentía la cercanía de su muerte, declaró con gran amargura: «Me siento atemorizado […]. ¿Dónde estoy? ¿Quién soy? ¿Hacia dónde voy? Estas preguntas me afligen y confunden. Comienzo a darme cuenta de que me encuentro en una situación deplorable, rodeado de tinieblas densas e impenetrables». Sin embargo, por su parte, el apóstol Pablo dijo poco antes de morir: «Estoy a punto de ser ofrecido como un sacrificio […]. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera. Me he mantenido en la fe. Por lo demás me espera la corona de justicia que el Señor, el juez justo, me otorgará en aquel día» (2 Tim. 4: 6-8, NVI). «Para mí la vida es Cristo, y el morir, una ganancia» (Fil. 1: 21, BJ).

Fíjese de qué dos maneras tan diferentes afrontaron la muerte Hume y Pablo. Mientras que a Hume lo *atemorizaba, confundía y afligía*, Pablo la esperaba sin aprensión, pues estaba «*preparado*» para enfrentarla. Para Hume la muerte *traía tinieblas densas e impenetrables*; para Pablo solamente era un compás de espera hasta que reciba la «*corona de la vida*».

Lo que todo adventista debe saber sobre la muerte y la resurrección

El origen de la muerte

Cuando Dios creó al hombre lo declaró señor de toda la creación (Gén. 1: 26). Lo único que el Creador se reservó para sí fue un árbol: «De todo árbol del huerto podrás comer; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, *ciertamente morirás*»

(Gén. 2: 16, 17). Esta orden es nuestro primer ejemplo de que los seres humanos no fuimos creados inmortales. La inmortalidad no es un atributo inherente a nuestra naturaleza. La inmortalidad de nuestros primeros padres se hallaba condicionada a su obediencia al mandado divino. Que la vida del ser humano depende de Dios queda demostrado por el propio relato de la creación del hombre: «Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente» (Gén. 2: 7). El hombre no tiene vida en sí mismo, sino que su vida deriva de Dios.

Pero Satanás se aprovechó de nuestro deseo de vivir para siempre (Ecl. 3: 11) y presentó ante Adán y Eva su gran mentira: «No moriréis» (Gén. 3: 4). Ellos creyeron la mentira satánica, y por su deseo de ser «como Dios», es decir, eternos, se introdujo la peor maldición que nos ha tocado recibir: la muerte. Es preciso decir que la muerte no formaba parte del plan de Dios para nosotros, sino que es resultado directo del pecado. «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5: 12). La muerte se ha convertido en nuestro salario por servir al pecado (Rom. 6: 23). Como todos pecamos (Rom. 3: 23), el pecado ha logrado establecer su reino en la tierra (Rom. 6: 12) y traer a nuestro mundo «el imperio de la muerte» (Heb. 2: 14).

La muerte como un sueño

«La vida es sueño», dijo Calderón de la Barca. Y según la Biblia, la muerte también es un sueño. No obstante, muchos cristianos creen que cuando una persona muere, en realidad no muere, sino que sigue viva, ya sea en el infierno, o en el cielo, o, según los católicos, en un lugar intermedio, el purgatorio. Este tipo de aseveraciones de una u otra forma presenta al ser humano como una especie inmortal, lo cual contradice las evidencias bíblicas que presentan a Dios como «el único que tiene inmortalidad» (1 Tim. 6: 16). Contrariamente a esto, la Biblia describe la muerte bajo la metáfora del sueño. Cuando Moisés iba a morir Dios le dijo: «Mira que vas a *acostarte* con tus padres» (Deut. 31: 16, BJ). Refiriéndose a su propia muerte Job expresó: «Pronto *dormiré* en el polvo» (Job 7: 21). El salmista exclamó: «Mira, respóndeme, Jehová, Dios mío; alumbra mis ojos, para que no *duerma de muerte*» (Sal. 13: 3). Daniel alude al momento en que resucitarán «muchos de los que *duermen* en el polvo de la tierra» (Dan. 12: 2).

El Nuevo Testamento también contiene referencias a la muerte como un

sueño. El Salvador dijo: «Nuestro amigo Lázaro *duerme*» (Juan 11: 11), y más adelante Juan explicó que «Jesús les dijo claramente: "Lázaro ha muerto"» (Juan 11: 14). Hablando de los muertos en Cristo, el apóstol Pablo nos aconseja no ignorar «acerca de los que *duermen*» (1 Tes. 4: 13). Pedro habla de los padres que durmieron para referirse a gente que había muerto mucho tiempo antes (2 Ped. 3: 4). La metáfora del sueño es útil porque presenta la muerte como algo que, desgraciadamente, ya forma parte de nuestra cotidianidad. Morir es tan sencillo como dormir. Así como no le tememos al sueño, tampoco hemos de sentir temor por la muerte.

Los muertos no saben nada

El sabio Salomón expresó esta verdad de la siguiente manera: «Los vivos saben que han de morir; pero los muertos *nada saben* […]. Su memoria cae en el olvido» (Ecl. 9: 5, NVI). Cuando los seres humanos mueren «también perecen su amor, su odio y su envidia; y ya nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo el sol» (Ecl. 9: 6). Ese mismo día «se desbaratan sus planes» (Sal. 146: 4, NVI). No tienen recuerdos de ninguna clase (Sal. 6: 5).

Precisamente ese estado de inconsciencia es la razón por la cual ni el hijo de la viuda (1 Rey. 17: 17-24), ni el hijo de la sunamita (2 Rey. 4: 18-37), ni el hijo de la viuda de Naín (Luc. 7: 11-15), ni la hija de Jairo (Luc. 8: 49-56), ni Tabita (Hech. 9: 36-41) ni Eutico (Hech. 20: 9-12) relataron experiencias vividas en el más allá tras ser resucitados, pues el que muere no tiene memoria de nada.

Aporte del don profético

«Para el creyente, la muerte es un asunto trivial. Cristo habla de ella como si fuera de poca importancia. […] Para el cristiano, la muerte es tan solo un sueño, un momento de silencio y tinieblas. La vida está oculta con Cristo en Dios y "cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria"» (El Deseado de todas las gentes, cap. 81, p. 731).

En el 2010 se publicó un libro que figuró en la lista de los más vendidos del *New York Times, El cielo es real*. Relata el viaje de un niño de cuatro años de edad al cielo. El pequeño muere durante una intervención quirúrgica, permanece cinco minutos muerto en el quirófano y sube al cielo; su experiencia durante ese breve período de tiempo se relata en 186 páginas. ¿Se imagina usted todo lo que hubiera dicho Lázaro de los cuatro días que duró en la tumba? Pero nuestro amigo Lázaro no dijo nada respecto

a su experiencia en el más allá, y la razón es simple: no existe ese supuesto más allá. Lo único que hay después de la muerte es un sepulcro donde nuestros cuerpos permanecerán hasta el día de la resurrección. La Biblia es tan clara al respecto que dice que David, hombre conforme al corazón de Dios (Hech. 13: 22), cuando murió «no subió a los cielos» (Hech. 2: 34). Pedro categóricamente afirmó que David «murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy» (Hech. 2: 29).

Muchos vienen utilizando la parábola del rico y Lázaro como la supuesta definitiva demostración de que los muertos siguen vivos en otro lugar. En esta parábola, Jesús relató para sus oyentes un popular «cuento egipcio», como indica el gran erudito bíblico Joachim Jeremías en *Interpretación de las parábolas*. Se trata de dos personajes que tuvieron un destino totalmente opuesto: un hombre rico que al morir fue al «infierno» (Luc. 16: 22, 23), y un mendigo que tras su muerte fue «al seno de Abraham» (Luc. 16: 22). Esta parábola se divide en dos partes. La primera aborda las situaciones del presente (vers. 19-26); la segunda nos transporta al «más allá». Al describir la vida presente, el relato destaca que el rico había sido indiferente ante la miserable condición de Lázaro (vers. 19-23), que celebraba suculentos banquetes «todos los días» mientras que Lázaro velaba a la espera de tan siquiera poder recoger las migajas que caían de la mesa del rico. La segunda parte del relato invierte esta situación y presenta a Lázaro disfrutando, mientras el rico sufre.

La narración deja entrever que el descuido del rico no fue pasado por alto por Dios, y su cruel indiferencia ante los más necesitados lo hizo merecedor del castigo eterno. Ahora bien, Jesús había afirmado poco antes que la recompensa para el que comparte con el pobre se le entregará «en la resurrección de los justos» (Luc. 14: 14), y no cuando la persona muera. La resurrección ocurrirá cuando Cristo venga (1 Tes. 4: 13-17; 1 Cor. 15: 51, 52), no después de la muerte de la persona. Por tanto, como la resurrección no ha ocurrido, Lázaro no ha recibido su recompensa ni el rico su castigo. Ambos tendrán que esperar el momento de la resurrección, cuando el Señor «pagará a cada uno conforme a sus obras» (Rom. 2: 6; *cf.* Mat. 16: 27).

Por otro lado, tratar de fundamentar una doctrina en un cuento popular imaginario repleto de simbolismos va en contra de toda sana interpretación. ¿Acaso hemos de suponer que el «seno de Abraham» es tan grande como para albergar a todos los salvos? ¿Que la distancia entre el cielo y el infierno es tan pequeña que es posible sostener una conversación desde ambos extremos? ¿De verdad el que está «sufriendo mucho en este fuego»

solo necesita que le refresquen la lengua con un dedo mojado de agua (Luc. 16: 24)? El fuego presentado aquí no es más real que el «seno de Abraham». No es posible entender de forma literal estas imágenes. Por ende, estamos frente a un relato puramente simbólico. La conversación entre el rico y Lázaro es tan hipotética como lo fue el nombramiento de un rey en la parábola de los árboles de Jueces 9.

La palabra griega traducida como «infierno» es *hades*. Este vocablo aparece varias veces en el Nuevo Testamento y significa «sepulcro», «morada de los muertos». David, sabiendo que no subiría al cielo inmediatamente después de su muerte, le rogó al Señor: «No dejarás que mi vida termine en el sepulcro [*hades*]» (Hech. 2: 27, NVI). Cuando el rico murió, el único lugar donde fue a parar fue al «sepulcro». Por lo tanto, la referencia al infierno como un lugar de tormento es otra imagen simbólica.

¿Qué es real en la historia? ¿Cuál es la lección que hemos de extraer de ella? El punto clave del relato es que tanto el rico como Lázaro definieron en el presente su destino futuro, que la suerte del ser humano se está jugando en este preciso momento. No hemos de esperar una revelación del más allá para decidir qué haremos con nuestra vida. Algunos desean una manifestación sobrenatural para convertirse a Dios; otros esperan que venga alguien del más allá. Nada de esto es válido. Nuestro futuro eterno dependerá de que obedezcamos lo que dicen Moisés y los profetas, es decir, de que guardemos la Palabra de Dios.

El mensaje central de esta parábola sigue teniendo vigencia para nosotros, pues hay gente sincera que ruega por la salvación de familiares que ya murieron. Incluso, desde finales del siglo XV, la Iglesia Católica estableció un sistema mediante el cual, con la compra de una bula, se podía pagar para obtener la salvación de los seres queridos ya fallecidos. Los mormones suelen bautizase por los muertos a fin de conseguir la salvación por los que ya perecieron. Sin embargo, así como ni Lázaro ni Abraham pudieron socorrer al rico, ninguno de nuestros actos servirá para alterar el destino eterno de aquellos que ya han muerto. «Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación» (2 Cor. 6: 2).

No es el final, sino el comienzo

Todo el que muere creyendo en Cristo es sepultado con la esperanza de que muy pronto resucitará para vivir por siempre (1 Tes. 4: 16). Esta resurrección ocurrirá «en el día final» (Juan 6: 44) y dará inicio ¡a mil años de «vacaciones» en el cielo! (Apoc. 20: 6). Así como «Dios resucitó al

Señor, [...] nos resucitará también a nosotros» (1 Cor. 6: 14, NVI). Isaías se refirió a la resurrección de los justos con estas palabras: «Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra entregará sus muertos» (Isa. 26: 19).

Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera» (Juan 11: 25, NVI). Cristo destruyó el dominio eterno de la muerte (Heb. 2: 14) y ahora nos ofrece vivir en un lugar donde «no habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor ni dolor» (Apoc. 21: 4).

La muerte y la resurrección y el gran conflicto

La Palabra de Dios personifica a la muerte bajo la figura de un rey tirano que ha establecido su señorío en nuestro plantea. Pablo hace mención del reinado de la muerte (Rom. 5: 14, 17). Los súbditos de este rey son todos aquellos que han pecado (Rom. 6: 16). Jeremías dice que «la muerte entró en nuestros hogares, llegó a nuestros palacios; mata a los niños en las calles y a los jóvenes en las plazas» (Jer. 9: 21, DHH). Su fuerza es tan grande que no hay ningún ser humano «que tenga poder sobre ella» (Ecle. 8: 8, DHH). Ahora podemos entender el clamor de Pablo: «¿Quién me librará del poder de la muerte que está en mi cuerpo?» (Rom. 7: 24, DHH). Si el ser humano no puede enfrentarse a la muerte, entonces ¿quién podrá hacerlo?

Aquí es donde entra Cristo. Él no solo nos salvó, sino que también «destruyó el poder de la muerte y que, por medio del evangelio, sacó a la luz la vida inmortal» (2 Tim. 1: 10, DHH). Jesús se enfrentó al rey de la muerte y lo destruyó usando sus propias armas: «Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Heb. 2: 14). Esta victoria de Cristo sobre la muerte tuvo lugar en la cruz: «Despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col. 2: 15). El triunfo del Señor quedó ratificado en la resurrección: «Sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de entre los muertos, no volverá a morir; la muerte ya no tiene dominio sobre él» (Rom. 6: 9, NBLH). Su resurrección le da la potestad de tener «las llaves de la muerte y del *hades*» (Apoc. 1:

18). La resurrección constituye la prueba irrefutable de que, así como Cristo resucitó, «la vida de Jesús» se manifestará «en nuestros cuerpos» (2 Cor. 4: 10). Cuando creemos que él es «la resurrección y la vida» (Juan 11: 25) tenemos la esperanza de que estaremos «con él en gloria» (Col. 3: 4). Por la obra de Cristo todos podemos beber «gratuitamente de la fuente del agua de la vida» (Apoc. 21: 6).

El gran conflicto entre el bien y mal llegará a su fin cuando la misma muerte sea destruida. En visión profética el apóstol Juan nos relata dicha escena: «La muerte y el *hades* fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue lanzado al lago de fuego» (Apoc. 20: 14, 15). Cuando eso ocurra «entonces se cumplirá lo que está escrito: "La muerte ha sido devorada por la victoria". "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?". El aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Cor. 15: 54-57, NVI). La destrucción final de la muerte dará paso al inicio de un «cielo nuevo y una tierra nueva» donde «ya no habrá más muerte» (Apoc. 21: 1, 4).

En defensa de nuestra fe

El infierno: ¿verdad bíblica o divina comedia?

> «Por mí se va hasta la ciudad doliente,
> por mí se va al eterno sufrimiento,
> por mí se va a la gente condenada […].
> Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza»
> (*Infierno*, Canto III: 3-9)

Con estas palabras describe Dante su visión del infierno. En ese espantoso lugar, el poeta italiano vio a todo tipo de personas: papas, reyes, emperadores, soldados, traidores. Los conceptos emitidos por Dante en su obra han servido de base para una de las creencias más antibíblicas: la existencia de un lugar de tormento donde los malos se encuentran, en este preciso instante, sufriendo por causa de sus pecados, y así por la eternidad sin fin.

En la Biblia se establece con bastante claridad que todo aquel que haya rechazado la salvación ofrecida por Cristo, será castigado (Juan 3: 18); que los impíos serán exterminados, talados (Sal. 37: 9; Abd. 10, NRV); que de

los soberbios no quedará «ni raíz ni rama» (Mal. 4: 1); que todo el que peque morirá (Eze. 18: 4); que el nombre de los malos será borrado «eternamente y para siempre» (Sal. 9: 5). La Palabra de Dios también asocia este castigo final con el fuego. Jesús enseñó que los malos serán lanzados al fuego o infierno (Mat. 13: 30; 18: 9; 25: 41) y que este castigo también es eterno (Mat. 25: 46) y «no puede ser apagado» (Marc. 9: 43). Los adoradores de la bestia serán atormentados con «fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero. El humo de su tormento sube por los siglos de los siglos» (Apoc. 14: 9, 10). Juan dice que la bestia y el falso profeta también serán «lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre» (Apoc. 19: 20). Un destino similar tendrá el diablo donde, junto con sus aliados, «serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos» (Apoc. 20: 10). En resumen, los malos serán castigados, serán lanzados al fuego o infierno y este castigo será eterno.

Para muchos católicos y protestantes el problema radica en la última parte: el castigo eterno. Ellos razonan que si es eterno, entonces los impíos deberán arder para siempre en lo que tanto ellos como Dante denominan «infierno».

¿Cuál es el significado de la expresión «fuego eterno»?

A fin de que podamos entender el significado del fuego eterno, resulta oportuno que echemos un vistazo al relato bíblico de la destrucción de Sodoma y Gomorra. La Biblia enseña que estas ciudades fueron destruidas con fuego (Gén. 19: 24) y que constituyen un ejemplo de lo que ocurrirá en el fin del mundo (2 Ped. 2: 6; Luc. 17: 29). Judas 7 dice que estas ciudades «sufrieron el castigo del fuego eterno»; sin embargo, esas ciudades no continúan ardiendo en la actualidad, por eso la expresión «fuego eterno» no puede referirse a un fuego que nunca se apaga, sino a un fuego que destruye para siempre el objeto que ha sido consumido con sus llamas, pues procede del Eterno y sus consecuencias son eternas. Un texto clave para comprender en qué sentido fue eterno el castigo de Sodoma y Gomorra es Lamentaciones 4: 6, donde leemos que estas ciudades fueron destruidas en «un instante». Después de advertir que Amón quedaría como Sodoma y Gomorra, el profeta Sofonías explica que Amón sería un «lugar desolado para siempre» (Sof. 2: 9). Estas ciudades fueron quemadas con el «fuego eterno» porque fueron reducidas a cenizas (2 Ped. 2: 6) y nada quedó de ellas. Por tanto, concluimos que el fuego eterno no es un fuego que arde permanentemente, sino que destruye hasta dejar solo las cenizas; Pablo lo

llama «destrucción eterna» (2 Tes. 1: 9, NVI).

Cuando la Biblia dice que, como Sodoma y Gomorra, los impíos serán lanzados al fuego eterno, lo que quiere decir es que serán destruidos en su totalidad, que no quedará nada de ellos. Como dice Salmo 68: 2: «Los malvados dejarán de existir» (NVI). Por eso el apóstol Pedro habla de la «destrucción de los impíos» (2 Ped. 3: 7, NVI; «exterminios», Str).

Esta interpretación armoniza con otros pasajes bíblicos donde se usa la expresión «para siempre». Por ejemplo, explicando la relación entre un amo y su siervo, Moisés declaró: «Entonces su amo lo llevará ante los jueces, lo arrimará a la puerta o al poste, y le horadará la oreja con lesna. Así será su siervo *para siempre*» (Éxo. 21: 6). Evidentemente, todos los amos y esclavos de la época del éxodo ya murieron, lo cual sugiere que la expresión «para siempre» está limitada a la vida tanto del amo como del siervo. Giezi, el siervo de Eliseo, fue condenado a ser leproso «para siempre» (2 Rey. 5: 27), es decir durante toda su vida. Una vez que murió, el «para siempre» llegó a su final. «Para siempre», «por los siglos de los siglos», «eternamente» expresan permanencia o perpetuidad dentro de los límites de las cosas o las personas a las que sean aplicadas.

Cuando Jesús habla del «castigo eterno» (Mat. 25: 46) no quiere decir que la gente estará allí durante una cantidad infinita de tiempo, sino que su castigo será para siempre, puesto que acabará cuando ellos perezcan. El infierno eterno, tal y como lo enseñan muchas iglesias, no es una verdad bíblica, es, como el libro de Dante, una divina comedia.

La bendición de esta doctrina para nosotros

Si hay algo en lo que Satanás ha logrado engañar a millones y millones de seres humanos, es en cuanto a lo que ocurre después de la muerte y la posibilidad de la resurrección. Sin embargo, también debemos decir que se trata de una doctrina claramente expuesta en las Sagradas Escrituras y, por lo tanto, el sincero estudiante de la Biblia puede beneficiarse ampliamente de su correcta comprensión.

El primer beneficio que recibimos de esta doctrina es la gran esperanza que nos da saber que tenemos una nueva oportunidad de recuperar el regalo de la inmortalidad condicional que perdieron nuestros primeros padres al

desobedecer en el Edén. Esta nueva oportunidad es a través de Cristo, quien venció a la muerte, trajo a la luz la vida, y la hace disponible para todos los que depositen su fe en él.

Entender lo que la Biblia enseña sobre la muerte nos prepara para no ser engañados por los conceptos espiritistas o similares que promueven la idea de la inmortalidad natural, la comunicación con los muertos y la vida activa después del fallecimiento. Si creemos en la Biblia y evaluamos todo a la luz de sus principios jamás seremos engañados aunque el espiritismo adopte un ropaje «cristiano». Lo que la Biblia enseña acerca de la resurrección nos da una segura esperanza de que nos aguarda un mundo increíblemente mejor, donde no existirá la muerte.

Orando a la luz de esta doctrina

Gracias, Señor, por la bendita esperanza de la resurrección. La fe en ti nos evita la angustia que supone la muerte para nosotros. Gracias a las verdades que encontramos en tu Palabra sabemos que tienes poder sobre la muerte, y que algún día resucitaremos
para vivir en un mundo sin pecado, donde no habrá más muerte ni dolor.

ESTO CREEMOS SOBRE

El milenio y el fin del pecado

El milenio es el reino de mil años de Cristo con sus santos en el cielo, y se extiende entre la primera y la segunda resurrección. Durante ese tiempo serán juzgados los impíos; la tierra estará completamente desolada, desprovista de vida humana, pero sí ocupada por Satanás y sus ángeles. Al terminar ese período, Cristo y sus santos y la santa ciudad descenderán del cielo a la tierra. Los impíos muertos resucitarán entonces y, junto con Satanás y sus ángeles, rodearán la ciudad; pero el fuego de Dios los consumirá y purificará la tierra. De ese modo el universo será librado del pecado y de los pecadores para siempre (Apoc. 20; 1 Cor. 6: 2, 3; Jer. 4: 23-26; Apoc. 21: 1-5; Mal. 4: 1; Eze. 28: 18, 19).— *Creencia Fundamental* nº 27

27

Apocalipsis 20 es uno de los pasajes más controvertidos de las Escrituras. Su mensaje ha inspirado valor y temor a más de uno. Su contenido ha recibido las más diversas y, a menudo, contradictorias interpretaciones. La creencia de que el milenio se cumpliría como un reinado en la tierra se remonta a los primeros siglos de la era cristiana. Fue, sin embargo, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, como bien observa Jürgen Moltmann en *La venida de Dios*, cuando se produjo en el mundo occidental una general y desmedida euforia que preveía la eclosión de un milenio de paz. La Madre Rusia extendía su imperio y «cristianizaba» territorios inmensos. Las grandes potencias de la Europa occidental expandían la «civilización cristiana» por toda África, el sudeste asiático y el Pacífico sur, los Estados Unidos avanzaban imparables en su conquista «civilizadora» del «Lejano» Oeste. Así, no es de extrañar que la mayoría de los cristianos, imbuidos del preconcepto de que se había de producir un reinado milenario de Cristo previo a su segundo advenimiento, estuvieran persuadidos por la predicación de multitud de clérigos y pastores, de que estaba por llegar un milenio de paz y progreso; es decir, de «cristianización» de todo el planeta. Por eso Hitler, influido por las creencias esotéricas de los gerifaltes nazis, se apropió de esa idea que estaba en el ambiente y pronosticó temerariamente que, con las conquistas militares de su régimen racista y totalitario, el dominio mundial el Tercer Reich iba a durar mil años.

Pero ¿qué enseña la Biblia sobre el milenio? ¿Cuándo comenzará? ¿Qué van a hacer los salvos durante ese período?

Lo que todo adventista debe saber sobre el milenio y el fin del pecado

Encarcelamiento de Satanás en la tierra

Satanás se ha jactado de andar por la tierra (Job 1: 6; 2: 2) sembrando dolor y desgracia. Durante miles de años ha perseguido y tratado de destruir al pueblo de Dios. Pero ahora ha llegado el momento en que las cosas habrán de cambiar de forma definitiva. Juan dice que vio «un ángel que descendía del cielo con la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso un sello sobre él, para que no engañara más a las naciones hasta que fueran cumplidos mil años» (Apoc. 20: 1-3).

Antes de analizar ciertos pasajes de este capítulo hemos de destacar que hay algunos elementos de Apocalipsis 20 que rememoran e invierten los acontecimientos presentados en el capítulo 12. Por ejemplo, en ambos capítulos el enemigo es descrito como el «dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás» (20: 1-3; 12: 9). En ambos capítulos un ser celestial se enfrenta a Satanás: Miguel y un ángel anónimo (12: 7; 20: 1); en ambos capítulos Satanás es derrotado y arrojado a la tierra (12: 9, 10; 20: 3, 10). Pero hay ciertos detalles que diferencian ambas visiones. En el capítulo 12 la guerra se libra en el cielo, mientras que en el capítulo 20 se libra en la tierra; en el 12 Satanás engaña a todo el mundo (12: 9), pero en el 20 no puede engañar a nadie (20: 3); en el 12 los cristianos son expuestos a persecución y muerte (12: 11), y en el 20 resucitan y reinan (20: 4). En el capítulo 20 se describe la retribución que Satanás recibirá por todas las maldades que había hecho en el capítulo 12. Lo primero que señala el milenio es que las obras del diablo en contra de los hijos de Dios no quedarán impunes; Dios hará justicia a sus elegidos.

Tan pronto se produce la venida de Cristo (Apoc. 19: 11-21), un ángel encierra a Satanás en el abismo. ¿Quién es este ser tan poderoso capaz de «atar», «arrojar» y limitar al mismo diablo? En la literatura judía de aquella época Miguel era el responsable de aprisionar a los demonios. Esta idea está en armonía con el libro de Apocalipsis, pues Miguel es quien se enfrenta y arroja fuera a Satanás en el capítulo 12. Un enfrentamiento similar ocurre en Daniel 10 y en Judas 9. Como vimos cuando analizamos la doctrina del gran conflicto, Miguel es otro nombre de Cristo. Siguiendo esta secuencia es posible identificar al ángel de Apocalipsis 20: 1 con Cristo. Pero ¿puede un ángel representar a un miembro de la Deidad? Solo en tres ocasiones el libro de Apocalipsis menciona a un ángel descendiendo del cielo: 10: 1; 18: 1 y 20: 1.

El «ángel fuerte» cuyo rostro «era como el sol y sus pies como columnas

de fuego», es semejante a la descripción que se hace de Cristo en Apocalipsis 1: 15, 16. Con razón Elena G. de White identificó a este ángel con el Señor Jesucristo (*Comentario bíblico adventista*, t. 7, p. 982). En cuanto al ángel de Apocalipsis 18: 1, los adventistas lo hemos identificado como la representación simbólica del derramamiento del Espíritu Santo a fin de capacitar a la iglesia para el fuerte clamor. La fraseología de Apocalipsis 18: 1 es similar a la que se utiliza para identificar a Dios en Ezequiel 43: 1, 2. Después de citar Apocalipsis 18: 1 la señora White escribió que «el Espíritu del Señor bendecirá tan abundantemente a los seres humanos consagrados, que hombres, mujeres y niños abrirán sus labios en alabanza y acción de gracias, llenando la tierra del conocimiento de Dios y de su gloria inigualable» (*Comentario bíblico adventista*, t. 7, p. 994). Por tanto, es evidente que, en Apocalipsis, un ángel puede representar a un miembro de la Deidad.

La Biblia dice que el ángel, que es Cristo, arrojó a Satanás al abismo. Las naciones del antiguo Oriente Próximo creían que sus territorios eran la esfera donde existía el orden, puesto que se hallaban bajo la protección de los dioses. Lo que estaba fuera de sus contornos era considerado como el lugar del caos, el desorden y la desolación, el abismo, la zona donde los demonios ejercían su señorío. No hay una mejor palabra para describir los resultados de la obra del diablo sobre nuestro planeta, pues lo convirtió en un gran abismo. Los antiguos creían que el abismo era como una enorme caverna que había debajo de la tierra (Gén. 49: 25; Deut. 33: 13; Sal. 107: 26). Sin embargo, para los poderes del mal, el abismo consiste en no poder ejercer su influencia maléfica en la vida de los hombres (Luc. 8: 31). En Apocalipsis 20 el abismo es la tierra en condición caótica, tal y como se hallaba al inicio de la creación: desordenada y vacía, sin seres humanos (Gén 1: 1).

Los acontecimientos presentados en Apocalipsis 20 ya habían sido anunciados por otros profetas del Antiguo Testamento. Isaías menciona el momento cuando «Jehová castigará al ejército de los cielos en lo alto y a los reyes sobre la tierra. Serán amontonados como se amontona a los encarcelados en una mazmorra, y en prisión quedarán encerrados. Y al cabo de muchos días serán castigados» (Isa. 24: 21, 22). La frase «ejército de los cielos» se refiere a poderes angelicales, en este caso ángeles malos. Pablo dice que estas fuerzas ejercen su poder en las «regiones celestes» (Efe. 6: 12). Resultará provechoso que veamos más de cerca el paralelismo entre Isaías 24 y Apocalipsis 19 y 20. Fijémonos en el siguiente cuadro:

Isaías 24	Apocalipsis 19, 20
Canto de victoria (vers. 15-17)	Canto de victoria (19: 1-8)
Castigo a los habitantes de la tierra (vers. 18-20)	Castigo a los habitantes de la tierra (19: 17-19)
Encarcelamiento del ejército del cielo (vers. 22)	Encarcelamiento de Satanás (20: 2)
Castigo después de muchos días (vers. 23)	Destrucción de Satanás después del milenio (vers. 7-10)
Jehová reinará en Sion delante de sus ancianos (vers. 23)	Cristo reinará con sus santos (20: 4-6)

En Isaías 24 tenemos una visión anticipada de los acontecimientos que tendrán lugar en un futuro no muy lejano. Jeremías también describe la condición del planeta durante el milenio: «Miré a la tierra, y vi que estaba desordenada y vacía; y a los cielos, y no había luz en ellos. […] Miré, y no había hombre, y todas las aves del cielo se habían ido. Miré, y vi que el campo fértil era un desierto, y todas sus ciudades estaban asoladas delante de Jehová, delante del ardor de su ira» (Jer. 4: 23-27).

Jesús había dicho que era necesario entrar a la casa del hombre fuerte y atarlo (Mar. 3: 27). Apocalipsis 20 está presentando el cumplimiento de lo dicho por Cristo. Satanás se creía el dueño absoluto del mundo (Mat. 4: 8, 9; Juan 12: 31; 14: 30), pero ahora Cristo ha destruido su reino y lo dejará atado durante mil años. Los tres verbos utilizados en Apocalipsis 20: 1-3, arrojar, cerrar y sellar ponen de manifiesto que a Satanás se le ha quitado su poder. En documentos extrabíblicos estas tres expresiones se utilizaban para afirmar que el demonio había sido derrotado. Durante los mil años el diablo no podrá engañar nadie, pues estará recluido a una tierra desolada y vacía.

La función de los redimidos en el cielo durante el milenio

Del lúgubre y triste lugar donde morarán el diablo y su séquito, Juan pasa a describir una escena gloriosa en la que ve unos tronos donde se sientan «los que recibieron la facultad de juzgar», «los decapitados por causa del

testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron con Cristo mil años» (Apoc. 20: 4). ¡Qué contraste! ¡Mientras Satanás está encadenado, los santos viven con Cristo!

Durante el milenio el pueblo de Dios tendrá la responsabilidad de verificar y validar cuán justo fue Dios en los anteriores procesos judiciales, y así confirmar que la justicia de Dios ha triunfado sobre la maldad. El hecho de que ellos hayan resucitado «en la primera resurrección» (Apoc. 20: 5, 6) implica que previamente hubo un proceso judicial donde se determinó que ellos merecían estar en ese grupo, pero ¿qué les sucederá a los que no estén allí y que van a sufrir la muerte segunda? ¿Por qué, si lo último que Isaías vio fue a Manasés aserrándolo, al resucitar se encuentra con su asesino en el cielo? El Señor permitirá a los santos abrir los libros (Apoc. 20: 12) a fin de que entiendan las razones por las que algunos se perdieron y otros se salvaron. Los vencedores ahora se sentarán en tronos para juzgar (Apoc. 3: 21). Jesús se refirió a este juicio cuando les prometió a sus discípulos que en «la regeneración» ellos se sentarían «sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Mat. 19: 28). Pablo expande mucho más la función judicial de los santos al decir que no solo juzgarían a Israel, sino también al mundo y a los ángeles (1 Cor. 6: 2, 3). Pero más que condenar, la función de los santos es confirmar que lo que Dios ha decidido está fundamentado en su justicia. En otras palabras, durante el juicio que se efectuará durante el milenio, la justicia de Dios quedará vindicada ante todos nosotros y ante los mundos no caídos.

Pablo habló de la necesidad de la vindicación divina en Romanos 3. Citando el Salmo 51: 4, el apóstol escribió: «Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso; como está escrito: "Para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado"» (Rom. 3: 4). Antes de aniquilar completamente a Satanás y a sus seguidores todo el universo ha de recibir respuestas a las interrogantes que ellos han presentado contra las acciones divinas a lo largo de la batalla entre el bien y el mal. Por eso es necesario que nosotros tengamos que celebrar un juicio más, no solo para confirmar la sentencia de muerte contra los enemigos de la verdad, sino para disipar cualquier duda respecto a la bondad del Creador, y para que así Dios pueda quedar justificado ante el universo. No hemos de olvidar que Satanás no solo arruinó la vida humana en el planeta sino que también sembró dudas en cuanto al carácter de Dios.

Aporte del don profético

«El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor» (*El conflicto de los siglos*, cap. 43, p. 657).

El juicio se realizará tomando en cuenta las cosas que fueron «escritas en los libros» (Apoc. 20: 12). Evidentemente, los libros celestiales no están para informar a Dios, pues él lo sabe todo; sino que su función es permitir que los santos puedan tener acceso a información fidedigna sobre las acciones cometidas por los perdidos. Juan dice que los «libros fueron abiertos», y que también fue abierto «el libro de la vida». La idea de un registro donde la Deidad escribe nuestras obras es anterior a Juan. Moisés le pidió al Señor que borrara su nombre del registro divino en caso de que no pudiera perdonar el pecado de Israel (Éxo. 32: 32). Jesús exhortó a sus discípulos a alegrarse porque sus «nombres están escritos en los cielos» (Luc. 10: 20). Los colaboradores de Pablo habían sido inscritos «en el libro de la vida» (Fil. 4: 3). Hebreos 12: 23 menciona a los miembros de la iglesia cuyos nombres «están inscritos en los cielos».

Que en algún momento un nombre haya sido escrito en el libro no significa que ya se posea la vida eterna, puesto que si esa persona descuida su vida espiritual su nombre puede ser borrado «del libro de la vida» (Sal. 69: 28, DHH; Apoc. 3: 5). Tomar a la ligera la Palabra de Dios constituye un motivo contundente para que seamos sacados «del libro de la vida» (Apoc. 22: 19). Una de las cosas que entenderemos en este juicio es la razón por la cual una persona que había sido inscrita en el libro de la vida no llegó a formar parte de los que reinarán con Cristo. En los libros del cielo están escritos nuestros actos de bondad (Neh. 13: 14), nuestros momentos de dolor (Sal. 56: 8) y nuestras malas acciones (Isa. 65: 6). Dios lleva un «memorial» de todo lo que hacemos (Mal. 3: 16). Por eso, el juicio se apoyará en lo que haya quedado escrito de nosotros en los registros celestiales.

El milenio y el gran conflicto

Al final de los mil años «los otros muertos», es decir, los impíos, volverán a vivir (Apoc. 20: 6). Como ya habrá seres humanos en la tierra, Satanás habrá sido liberado de su prisión (Apoc. 20: 7). De inmediato

saldrá «a engañar a las naciones» y a formar un ejército para guerrear contra Cristo (Apoc. 20: 8). El diablo no pierde la esperanza de alcanzar la victoria en el gran conflicto. Le encanta ser perseverante, aun cuando sabe que ya todo está perdido. Cualquiera hubiera pensado que los mil años le habrían servido para que recapacitara y se arrepintiera de todo el mal que había hecho, pero su odio hacia Cristo y sus seguidores no disminuirá ni un ápice mientras le quede un hálito de vida. El diablo está decidido a no rendirse en su lucha contra el bien.

Mediante sus sutiles y eficaces engaños logrará reunir un ejército tan numeroso como la arena del mar. Al final de los mil años, la nueva Jerusalén habrá descendido a nuestro planeta. Satanás creará todo tipo de estratagemas a fin de conquistarla. Dice la Biblia que él y todo su ejército «subieron por la anchura de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada» (Apoc. 20: 9). Aquí tenemos el último capítulo del gran conflicto entre el bien y el mal.

Al final del milenio se produce la última batalla, la que definitivamente pondrá fin a la rebelión que ha mantenido en expectación durante miles de años a todo el universo. La Palabra de Dios dice que «descendió fuego del cielo y los consumió» (Apoc. 20: 9). Finalmente, «el diablo, que los engañaba, fue lanzado en el lago de fuego y azufre» (Apoc. 20: 10). Lo mismo ocurre con la muerte y el *hades*, que también «fueron lanzados al lago de fuego» (Apoc. 20: 14). Aquí, después del milenio, se cumplen las palabras de Pablo: «El postrer enemigo que será destruido es la muerte». «Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde, sepulcro, tu victoria?» (1 Cor. 15: 26, 55).

En defensa de nuestra fe

¿Cuándo comenzará y dónde ocurrirá el milenio?

Poco después de la muerte de Juan se introdujeron en la iglesia cristiana varias interpretaciones respecto al milenio. La mayoría de ellas no se fundaban en la Biblia, sino en la incorporación al pensamiento cristiano de las ideas derivadas de la literatura apocalíptica de los judíos. Por ejemplo, Justino Mártir creía que el milenio se celebraría durante mil años en Jerusalén. Ireneo variaba un poco respecto a Justino y en lugar de ubicarlo en Jerusalén, dijo que el milenio ocurriría en algún lugar de la tierra. Eusebio expresó sus críticas a los que esperaban un «milenio de lujo y

placeres en la tierra». Pero quien implantó la interpretación más aplaudida y aceptada, y que ha servido de base para las interpretaciones protestantes sobre el milenio fue Agustín de Hipona. En el libro XX de su obra cumbre, *La ciudad de Dios*, propuso una interpretación espiritual a todo lo relacionado con el milenio. Según Agustín este será el período que cubre la historia del mundo desde la primera venida de Cristo hasta su segunda venida. Durante esta época los santos establecerán su reinado en el mundo a través de la obra llevada a cabo por la iglesia. Para él la primera resurrección ocurre cuando el ser humano se aparta del pecado y acepta la vida que Dios le ofrece. De acuerdo con el pensamiento agustiniano, Satanás ha sido atado, pues ya no tiene control sobre todos los seres humanos. La posición de Agustín es conocida como amilenialismo.

Otro punto de vista que gozó de cierta popularidad en algunos círculos protestantes sostiene que el milenio será una época de prosperidad y justicia que vendrá sobre la tierra cuando el mundo crea el mensaje del evangelio, y no necesariamente ha de ser un período literal. Así quedará demostrado el poder transformador de Cristo. Al final de esos mil años de progreso y prosperidad Cristo vendrá a la tierra.

Estas interpretaciones suscitan graves problemas. Por ejemplo, en contra de los que ubican el milenio en la tierra, la Biblia dice que durante el milenio Juan vio a los santos sentados en tronos mientras juzgaban al mundo, y que ellos participaron de la primera resurrección. En Apocalipsis todas las ocasiones en que aparece la palabra «trono», excepto cuando alude al trono de Satanás y al trono de la bestia (Apoc. 2: 13; 13: 2; 16: 10), se refiere a tronos ubicados en el cielo. Cuando Juan vio el trono de Dios, lo vio en el cielo (Apoc. 4: 1, 2). Los santos reinan con Cristo; por tanto, si el trono de Cristo se encuentra en el cielo, el de ellos no puede estar en otro lugar. Además, Pablo dice que quienes forman parte de la primera resurrección no se quedan en la tierra, sino que ascenderán junto con los vivos para recibir al Señor en el aire (1 Tes. 4: 16, 17). Durante el milenio los santos estarán en el cielo.

Por otro lado, hasta la venida de Cristo, Satanás desempeña una parte activa en el mundo. Anda como león rugiente (1 Ped. 5: 8), engañará si le es posible a los escogidos de Dios (Mat. 24: 24). Pablo dice que estamos enfrascados en una lucha contra «huestes espirituales de maldad» (Efe. 6: 12). Es ingenuo y falto de todo realismo suponer que el diablo ya no tiene poder sobre este mundo. Nuestro enemigo no está amarrado, anda suelto y persiguiendo a la iglesia de Dios (Apoc. 12: 17).

Por eso, y siguiendo la secuencia de Apocalipsis 19-22, los adventistas creemos que el milenio se inicia inmediatamente después de la segunda venida de Cristo. En Apocalipsis, los tres grandes enemigos del pueblo de Dios son el dragón, la bestia y el falso profeta (16: 13). En Apocalipsis 19, durante la segunda venida de Cristo, se describe el momento cuando la «bestia y el falso profeta» son «lanzados vivos al lago de fuego que arde con azufre» (vers. 20). Fíjese que al inicio del milenio no hay pecadores en la tierra, «todos fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo» (19: 21). El castigo del tercer gran enemigo, el diablo, entonces es narrado en Apocalipsis 20.

La bendición de esta doctrina para nosotros

¿Cuándo fue la última vez que usted tomó vacaciones? Los estudios dicen que cada vez hay más gente que no toma vacaciones. No menos cierto es que la gente que toma vacaciones y disfruta del reposo durante ese tiempo, es mucho más feliz que aquellos que no lo hacen. Si por alguna razón usted no ha podido disfrutar de un buen período de vacaciones aquí en la tierra, no se preocupe: Dios le tiene reservada una gran «vacación» de mil años en el mismo cielo. Esto es lo que más me emociona del milenio. ¡Mil años compartiendo con mi Señor en las moradas celestiales!

Supongo que en algún momento ha llorado por su incapacidad frente a los ataques del enemigo. Seguramente ha imaginado a Satanás burlándose de usted mientras le hacía sufrir. Pues el milenio nos adelanta que las cosas cambiarán, que muy pronto los papeles se invertirán y el diablo pagará por todo lo que ha hecho. Nuestro reclamo de justicia divina muy pronto se llevará a cabo.

Además, el milenio hará posible que los redimidos de todas las edades, culturas, razas y naciones, nos conozcamos y nos familiaricemos unos con otros. De esa forma nos iremos acostumbrando a estar juntos, puesto que nos tocará vivir por el resto de la eternidad en la tierra restaurada.

Orando a la luz de esta doctrina

Querido Señor, qué gran privilegio será vivir esos mil años en el cielo a tu lado, siendo testigos de cuán justos son tus juicios. Gracias por la oportunidad que nos das de vivir esperando un mundo nuevo, un hogar donde reinará la justicia y no habrá más dolor.

ESTO CREEMOS SOBRE

La tierra nueva

En la tierra nueva, donde morará la justicia, Dios proporcionará un hogar eterno para los redimidos y un ambiente perfecto para la vida, el amor, el gozo y el aprendizaje eterno en su presencia. Porque allí Dios mismo morará con su pueblo, y el sufrimiento y la muerte terminarán para siempre. El gran conflicto habrá terminado y el pecado no existirá más. Todas las cosas, animadas e inanimadas, declararán que Dios es amor; y él reinará por siempre. Amén (2 Ped. 3: 13; Isa. 35; 65: 17-25; Mat. 5: 5; Apoc. 21: 1-7; 22: 1-5; 11: 15).— *Creencia Fundamental* nº 28

28

En cierta ocasión, un viajero visitó al famoso rabino polaco Hofetz Chaim. El visitante se quedó muy impresionado al ver que el hogar del rabino consistía en una habitación repleta de libros, con una mesa vieja y una pequeña silla como único mobiliario. Tras reflexionar un poco sobre la sencillez del admirado maestro, el turista preguntó:

—Maestro, ¿dónde están sus muebles?

—¿Y los tuyos, dónde están? —le respondió interrogándolo a su vez.

—¿Los míos? Qué pregunta tan extraña… yo estoy aquí de paso.

—Yo también. Este no es mi hogar, solo estoy aquí de paso.

Este relato resume muy bien nuestra situación en este mundo: estamos aquí de paso. Este no es nuestro hogar. «Nuestra ciudadanía está en los cielos», dijo Pablo en Filipenses 3: 20. No pertenecemos a este mundo (Juan 17: 16), somos «extranjeros y peregrinos» (Heb. 11: 13; 1 Ped. 2: 11). Dentro de muy poco llegaremos a nuestro hogar eterno: la tierra nueva.

Lo que todo adventista debe saber sobre la tierra nueva

Una nueva creación

Al final de su obra creadora, Dios vio «todo cuanto había hecho, y era bueno, y era bueno en gran manera» (Gén. 1: 31). No había nada imperfecto en la creación. Sin embargo, a pesar de que todo lo creado expresaba la más sublime perfección, el hombre echó a perder el paraíso donde vivía al dejarse seducir por las insinuaciones de la serpiente (Gén. 3: 1-7). Cuando Dios descendió para encontrarse con sus criaturas el hombre «tuvo miedo» y se escondió de su Creador (vers. 10).

Lo primero que los seres humanos perdimos en el Edén fue la comunión con Dios, la posibilidad de tener un encuentro personal con nuestro Creador

sin ningún tipo de temor. El pecado erigió una barrera que nos separó de nuestro Dios (Isa. 59: 2). Sin embargo, aun cuando el ser humano decidió alejarse de su Creador, él insiste en tener un encuentro con sus criaturas.

Aporte del don profético

«Muchos parecen tener la idea de que este mundo y las mansiones celestiales constituyen el universo de Dios. No es así. Los redimidos viajarán de un mundo a otro, y la mayor parte de su tiempo será empleado en escudriñar los misterios de la redención. Y por toda la eternidad, este tema estará continuamente expuesto ante sus mentes. Los privilegios de los que venzan por la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio de ellos, están más allá de toda comprensión» *(Comentario bíblico adventista*, t. 7, p. 1001).

El pecado no solo afectó a la relación de los seres humanos con Dios, sino que también tuvo un trágico impacto sobre toda la creación. La sentencia divina fue: «Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida, espinos y cardos te producirá» (Gén. 3: 17, 18). Pablo dice que «la creación fue sujetada a vanidad» (Rom. 8: 20). La palabra griega traducida como «vanidad» (*matadotes*) tiene el sentido de «carencia», «frustración» y «falta de propósito», como bien traduce la versión Dios *Habla Hoy*: «La creación perdió su verdadera finalidad». Y así ha sido, puesto que ahora presenta por todas partes signos de decadencia y muerte. A pesar de ello, contamos con la promesa divina: «La creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rom. 8: 21). Esa libertad gloriosa llegará cuando el pecado no solo sea erradicado de la vida de los seres humanos, sino también de nuestro planeta. Eso ocurrirá cuando Dios haga «nuevas todas las cosas» (Apoc. 21: 5), cuando el fuego destruya la tierra (2 Ped. 3: 10-12) para purificarla. El hecho de que esta tierra haya sido confinada a la destrucción ha de constituir una buena motivación para que pongamos la esperanza en las promesas de «cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2 Ped. 3: 13).

En Apocalipsis 21 y 22 el profeta describe nuestro futuro hogar: «Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: "El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios"» (Apoc. 21: 1-3).

En griego se usaban dos términos para transmitir el concepto «nuevo»:

neos y *kainós*. Neos se utilizaba para expresar aquello que era nuevo en el tiempo, que pertenecía al presente, lo que llegaba a la existencia por primera vez. Pero en Apocalipsis 21 el vocablo que Juan utiliza cuatro veces es *kainós* (vers. 1, 2, 5). Este adjetivo se aplica a algo que es nuevo, pero cuyo origen se fundamenta en algo que ya había existido, es nuevo no en cuanto al tiempo, sino respecto a su naturaleza. *Kainós* expresa lo nuevo y maravilloso de la obra salvadora de nuestro Creador. El nuevo pacto es hecho a partir del antiguo (Heb. 8: 8, 13), la nueva Jerusalén celestial surge de la terrenal antigua (Gál. 4: 25, 26), el nuevo hombre deriva del viejo hombre (Efe. 2: 15; 4: 24), el nuevo mandamiento tiene su inicio en el antiguo mandamiento (Juan 13: 34; 1 Juan 2: 7), el cántico nuevo es otra versión del cántico antiguo (Apoc. 14: 3; *cf.* 15: 3). Por tanto, en Apocalipsis 21 Juan no está hablando de una segunda tierra ni de un segundo cielo, sino de la misma tierra y del mismo cielo que formaron parte de la creación, pero que ahora han recibido una renovación tan radical que se perciben como una nueva creación. Al crear nuevos cielos y nueva tierra Dios devolverá a este planeta la perfección que el pecado le había quitado. A pesar de que en su momento la tierra fue maldita, muy pronto se escucharán las palabras: «No habrá más maldición» (Apoc. 22: 3). Es decir, no existirá de nuevo el riesgo de que el pecado pueda establecer su morada entre nosotros.

El profeta Isaías, que también había contemplado la tierra redimida, escribió: «Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra. De lo pasado no habrá memoria ni vendrá al pensamiento» (Isa. 65: 17). En la tierra nueva todo será felicidad y gozo (vers. 18); el lloro y el clamor no existirán allí (vers. 19). El profeta, incluso, anuncia que Dios «destruirá a la muerte para siempre» (Isa. 25: 8), «el lobo y el cordero serán apacentados juntos; el león comerá paja como el buey y el polvo será el alimento de la serpiente. No afligirán ni harán mal en todo mi santo monte. Jehová lo ha dicho» (Isa. 65: 25).

Así como la antigua creación tuvo su Edén, la nueva creación tendrá una nueva Jerusalén. Juan escribió: «Vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseada para su esposo. […] Me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios. Tenía la gloria de Dios y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal» (Apoc. 21: 2, 10, 11). Esta era «la ciudad que tiene fundamentos, cuyo

arquitecto y constructor es Dios» que esperaba el patriarca Abraham (Heb. 11: 10). Esta es «la Jerusalén de arriba», «la celestial» mencionada por Pablo (Gál. 4: 26; Heb. 12: 22). La nueva Jerusalén viene a ser la capital de la tierra nueva.

Aporte del don profético

«La doctrina de que nacerán niños en la tierra nueva no forma parte de "la segura palabra profética". Las palabras de Cristo son demasiado claras para ser malinterpretadas. Ellas resuelven definitivamente la cuestión de los matrimonios y nacimientos en la tierra nueva. Ni los que resuciten de la muerte ni los que serán trasladados sin haber gustado la muerte se casarán o darán en matrimonio. Serán como ángeles de Dios, miembros de la familia real» (La fe por la cual vivo, p. 368).

La gloria de Dios resplandece por toda la ciudad (Apoc. 21: 11). Sus doce puertas ponen de manifiesto que la entrada está abierta para todos (vers. 12, 13). En ella se congregarán los santos de todos los tiempos, algo que es sugerido por la mención tanto de las tribus como de los apóstoles, puesto que se establece una continuidad entre el pueblo de Israel y la iglesia del Cordero (vers. 12, 13). La descripción que Juan hace de la nueva Jerusalén en el resto del capítulo 21 proyecta la permanencia, seguridad, belleza y plenitud que exhibe la ciudad; la cual constituye el epítome de todo lo bueno y hermoso.

Llama la atención que en la tierra nueva «el mar ya no existirá más» (Apoc. 21: 1). ¿Por qué? Recordemos que uno de los grandes enemigos del pueblo de Dios surge precisamente del mar (Apoc. 13: 1). Simbólicamente el mar es como un sepulcro donde duermen los muertos (Apoc. 20: 13). El mar es el lugar del cual emergen las bestias de Daniel 7: 2, 3. Además, el mar estaba vinculado a una serie de elementos que ya no formarían parte de la nueva creación. Isaías 57: 20 compara a los impíos con un «mar en tempestad» cuyas «aguas arrojan cieno y lodo». El mismo profeta presenta al mar como la morada del «leviatán, la serpiente veloz» y el dragón (Isa. 27: 1) al cual Dios le quebrará la cabeza (Sal 78: 13, 14; *cf.* Gén. 3: 15).

En las mitologías antiguas el mar es presentado como el lugar donde habitan los poderes opuestos a Dios y a la humanidad. El mar era la morada del dios del caos. Para los primeros lectores del Apocalipsis que el mar no existiera era equivalente a que Dios hubiera alcanzado el triunfo total sobre sus enemigos, y por tanto a que no hubiera «muerte, ni […] llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron» (Apoc. 21: 4).

La ciudad del Cordero

Apocalipsis 21 y 22 contienen siete referencias al Cordero y a su relación con la nueva Jerusalén. Juan dice que la santa ciudad es la esposa del Cordero (21: 9); que el Cordero es su cimiento (21: 14); que el Cordero es su templo (21: 22); que el Cordero es su lumbrera (21: 23); que en ella entrarán los que se hallen «inscritos en el libro de la vida del Cordero» (21: 27); en ella se encuentra el trono del Cordero (22: 1) y en ella habitará el Cordero (22: 3). El Cordero lo es todo para la santa ciudad. En lugar de concentrarnos en las cosas que tendrá la ciudad, fijemos nuestra atención en el soberano de la ciudad, nuestro Señor Jesucristo. Más importante que saber qué habrá allí, es procurar estar allí. Para lograrlo hemos de tener ahora, en el presente, una relación viva con el Cordero de Dios.

¿Quiénes estarán allí?

Juan menciona a un grupo que lamentablemente no podrá recibir una heredad en la tierra nueva. «Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras», «los perros […] y todo aquel que ama y practica la mentira» no morarán allí (Apoc. 21: 8; 22: 15). ¿Los «perros»? ¿Por qué no estarán allí los «perros»?

Según las estipulaciones de Levítico 11 el perro es un animal inmundo. Como tal estaba descalificado para ser usado en los servicios del templo. Para los judíos, los gentiles eran como perros (Mat. 15: 27); Pablo presenta la otra cara de la moneda y llama a los filipenses a guardarse «de los perros», que en este caso eran los judaizantes (Fil. 3: 2, 3). Simbólicamente la inmundicia del perro pasó a representar la maldad humana. Cuando el salmista escribe: «Perros me han rodeado», lo que quiere decir es que había sido cercado por una «banda de malignos» (Sal. 22: 16). En los templos paganos era común calificar como «perros» a los que ejercían la prostitución sagrada. En Deuteronomio 23: 18 se llama «perro» al hombre que practicaba la prostitución. En Mateo 7: 6 «los perros» son los incrédulos.

Tomando en cuenta lo anterior, «los perros» de Apocalipsis han de ser los que participaron de la inmundicia de Babilonia (Apoc. 18: 2-4), los malvados que persiguieron al pueblo de Dios (Apoc. 17: 6; 20: 9), los que se prostituyeron con las rameras de Babilonia (Apoc. 17: 2, 5); en otras palabras, todos los que se han opuesto a Dios y a su Palabra. En cambio, en la tierra nueva vivirá el vencedor, el que pudo perseverar hasta el fin (Mat. 24: 13).

Es interesante observar que todas las promesas que se les hicieron a los

miembros de las iglesias históricas de Apocalipis 2 y 3 hallan su cumplimiento en el relato de la nueva creación. Al vencedor se le prometió comer del «árbol de la vida», y ahora podrá comer de él (2: 7; 22: 2); se le prometió que no sufriría «la muerte segunda», y ahora se le cumple la promesa (2: 11; 21: 7, 8); se le prometió «un nombre nuevo», y ahora podrá tenerlo (2: 17: 22: 4); se le prometió tener «autoridad sobre las naciones», y ahora reinará «por los siglos de los siglos» (2: 26: 22: 5); se le prometió mantener su nombre inscrito en «el libro de la vida», y ahora disfrutará de ello (3: 5; 21: 27); se le prometió tener en su frente el nombre de Cristo, y ahora se le cumplirá la promesa (3: 12; 22: 4); se le prometió sentarse con Cristo en el trono, y ahora el trono de Dios estará en medio de su pueblo y el vencedor reinará junto al Señor (Apoc. 3: 21; 22: 3-5). Los ciudadanos de la nueva Jerusalén son los vencedores. Por supuesto, el secreto de su victoria no estuvo en sus méritos, sino que vencieron «por medio de la sangre del Cordero» (Apoc. 12: 11).

La tierra nueva y el gran conflicto

El 10 de diciembre de 1971 al poeta chileno Pablo Neruda le fue entregado el Premio Nobel de Literatura. Neruda concluyó su discurso de aceptación con estas palabras: «En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esta frase de Rimbaud: “Solo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres”». Pareciera que Neruda estaba describiendo la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén, pero no se refería a ella. Su ciudad se fundamentaba en el accionar humano bajo los premisas políticas que él había abrazado. Platón también había abogado por el establecimiento de una sociedad superior. Otros grandes pensadores han pretendido, por medio de sus ideologías, guiar al mundo hacia un estado de derecho donde impere la justicia y la igualdad para todos. Pero todo sistema humano estará viciado por la corrupción que fluye por el interior de gente egoísta y avara.

Los adventistas por supuesto que no nos oponemos a que mejore la condición de vida de los seres humanos. Creemos que hemos de hacer de este mundo un lugar para todos, y por eso nos empeñamos en trabajar arduamente a favor no solo de la salvación de hombres y mujeres, sino también de su bienestar físico y de su desarrollo intelectual. La Iglesia Adventista del Séptimo Día ha publicado declaraciones donde fija nuestra

posición respecto a la pobreza, los cambios sociales, la guerra o el medio ambiente. Pero reconocemos que nuestro destino se halla en el reino de los cielos. Nuestro trabajo a favor del mundo no impide que reconozcamos que no pertenecemos a este mundo.

Sin embargo, Satanás ha logrado que muchos de nosotros fijemos nuestra atención en las cosas de este mundo para que nos olvidemos de lo que el Señor está preparando en el venidero. El enemigo nos ha hecho creer que la tierra nueva está aquí. Para algunos creyentes el cielo ha dejado de ser un lugar real y se ha convertido en un sinónimo de su relación con Dios. El racionalismo ha penetrado las iglesias cristianas y ha suscitado dudas sobre la veracidad de Apocalipsis 21 y 22. De ahí que muchos cristianos han claudicado como Demas, «amando este mundo» (2 Tim. 4: 10) más de la cuenta.

En defensa de nuestra fe

Muerte, sanidad y árbol de la vida

Dos declaraciones vinculadas a la tierra nueva han suscitado la incredulidad y la confusión en algunos de nosotros. La primera nos llega del Antiguo Testamento. En su visión de la tierra nueva presentada en el capítulo 65 de su libro, el profeta Isaías dice: «No habrá más allí niño que muera de pocos días ni viejo que sus días no cumpla, sino que el niño morirá de cien años y el pecador de cien años será maldito» (vers. 20). Este pasaje pone sobre el tapete la pregunta: ¿Habrá muerte en la tierra nueva? La segunda cuestión surge de un texto del Nuevo Testamento. Al explicar la función del árbol de la vida Juan dice que «las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones» (Apoc. 22: 2). ¿Habrá enfermedad en la tierra nueva?

Veamos un poco más de cerca ambos pasajes. En Isaías 65 el profeta usa un lenguaje poético y utiliza una serie de elementos propios de la vida presente a fin de tratar de explicarles a sus lectores realidades de la vida futura. De hecho este texto es tan simple que no merece una explicación más detallada que esta: ¿Conoce usted un niño que tenga cien años? Ciertamente su respuesta será negativa. Así que cuando Isaías dice que el «niño morirá de cien años» es evidente que lo que quiere decir es que los niños, en realidad, no morirán.

El texto de Apocalipsis 22: 2 es una alusión directa a una cita del Antiguo

Testamento: «Y junto al río, en la ribera, a uno y otro lado, crecerá toda clase de árboles frutales; sus hojas nunca caerán ni faltará su fruto. A su tiempo madurará, porque sus aguas salen del santuario. Su fruto será para alimento y su hoja para medicina» (Eze. 47: 12). La escena también nos evoca al árbol de la vida que estaba en medio del jardín del Edén (Gén. 2: 9, 10). Pero, ¿qué quiso decir Juan al mencionar que las «hojas del árbol» son para «la sanidad de las naciones»? En el texto siguiente Juan despeja toda duda al reiterar que en la nueva creación «no habrá más maldición» (Apoc. 22: 3). La palabra griega que ha sido traducida como «sanidad» es terapeía. Esta palabra puede significar «servir», «atender», «ser servicial», «atender a los enfermos», «curar». En Lucas 12: 42 aparece con el significado de «servicio». Así que una posible traducción de Apocalipsis 22: 2 sería que «las hojas del árbol eran para servir [estaban al servicio] a las naciones». Esto establece un contraste con Génesis 3: 22 donde se le quita al ser humano la oportunidad de comer del árbol de la vida. Desde este punto de vista, Apocalipsis anuncia el fin de la prohibición antigua y el inicio de una etapa donde no habrá restricciones para acercarnos y comer del árbol.

También podemos entender el texto con el significado de sanidad. El pecado ha hecho estragos en el aspecto físico y moral de los seres humanos. A fin de que podamos conocer a nuestros seres queridos cuando resucitemos hemos de hacerlo con la apariencia física que llevamos a la tumba. El que murió siendo niño, resucitará como niño, el que murió adulto, resucitará como tal. Además resucitaremos con los rasgos de carácter que hayamos forjado durante nuestra vida terrenal. ¿Será que algún ser humano al morir puede haber alcanzado ya «la estatura de la plenitud de Cristo» (Efe. 4: 13)? Imagine el contraste que habrá entre nosotros y Adán en la resurrección. Él, con una apariencia «un poco inferior al Hijo de Dios» (*El conflicto de los siglos*, cap. 41, p. 627), y nosotros con el peso de miles años de degeneración y pecado reflejado en nuestra condición. Esa brecha entre Adán y nosotros, ¿será para siempre? Evidentemente no. El árbol de la vida nos irá sanando en la medida en que vayamos comiendo de su fruto. Durante toda la eternidad continuaremos creciendo y expandiendo nuestro potencial. Mientras vayamos comiendo del árbol iremos progresando hasta alcanzar el ideal que Dios había determinado para nosotros desde la fundación del mundo. Recordemos siempre que «reintegrados en su derecho al árbol de la vida, en el desde tanto tiempo perdido Edén, los redimidos crecerán hasta alcanzar la estatura perfecta de la raza humana en su gloria

primitiva» (*El conflicto de los siglos*, cap. 41, p. 627).

La bendición de esta doctrina para nosotros

Sin duda es esta una de las más hermosas, esperanzadoras y motivadoras doctrinas bíblicas. Es imposible estudiar esta doctrina y no llenarse de gozo y de seguridad al ver lo que Dios tiene preparado para sus hijos fieles. Jesús mismo reconoció que esta información causa gozo y alegría cuando dijo: «Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos» (Mat. 5: 12). Así que esta doctrina nos ayuda a renovar nuestro ánimo y vivir con un gozo interior permanente en medio de un mundo en decadencia y crisis.

La Biblia enseña en la Epístola a los Hebreos que en todas las épocas los hijos fieles de Dios se mantuvieron firmes en su fe y resistieron la tentación, porque eran motivados por el pensamiento de llegar algún día a la ciudad celestial, cuyo arquitecto es Dios. De igual manera nosotros somos motivados a mantenernos puros por la esperanza que tenemos de ver a Cristo y de vivir con él en la patria eterna (1 Juan 3: 3), porque ninguna prueba presente es más grande ni poderosa que la esperanza de vivir en ese mundo nuevo y feliz por la eternidad.

Muchos de nosotros hemos recibido el diagnóstico de que ya no hay esperanza humana para nuestras enfermedades. Quizá usted no encuentre la cura a su dolencia en esta tierra, pero muy pronto Dios lo llevará a vivir a un lugar donde nadie dirá «estoy enfermo» (Isa. 33: 24), donde «los ojos de los ciegos serán abiertos y destapados los oídos de los sordos. Entonces el cojo saltará como un ciervo y cantará la lengua del mudo» (Isa. 35: 5, 6). ¿Estamos escuchando la voz del Espíritu que nos dice: «Ven»? Este es el llamado: «El que oye, diga: "¡Ven!". Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida» (Apoc. 22: 17).

Orando a la luz de esta doctrina

Padre celestial, anhelamos vivir en un ambiente de gozo, paz y amor, donde podamos crecer cada día y alcanzar el máximo potencial de nuestra personalidad. Ayúdanos a desarrollar en esta tierra un carácter

que nos haga dignos de vivir contigo eternamente en la tierra nueva.